

EL
CEMENTERIO
DE LAS
HESPÉRIDES



«Lindsey Davis es la Agatha Christie del Imperio romano.»
Santiago Posteguillo

LINDSEY
DAVIS



EL CEMENTERIO DE LAS HESPÉRIDES

Lindsey Davis

Traducción de Gemma Moral Bartolomé



Título original: *The Graveyard of the Hesperides*

Traducción: Gema Moral

1.ª edición: junio 2017

© Lindsey Davis, 2016

First published in Great Britain in 2016 by Hodder & Stoughton
a Hachette UK Company

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-762-7

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Portadilla

Créditos

Mapa roma

DRAMATIS PERSONAE

ROMA. 25 de agosto, año 89 d.C.

1

2

3

4

5

6

7

8

9

26 de agosto

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

27 de agosto

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

28 de agosto

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

29 de agosto

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

30 de agosto

57

58

31 de agosto

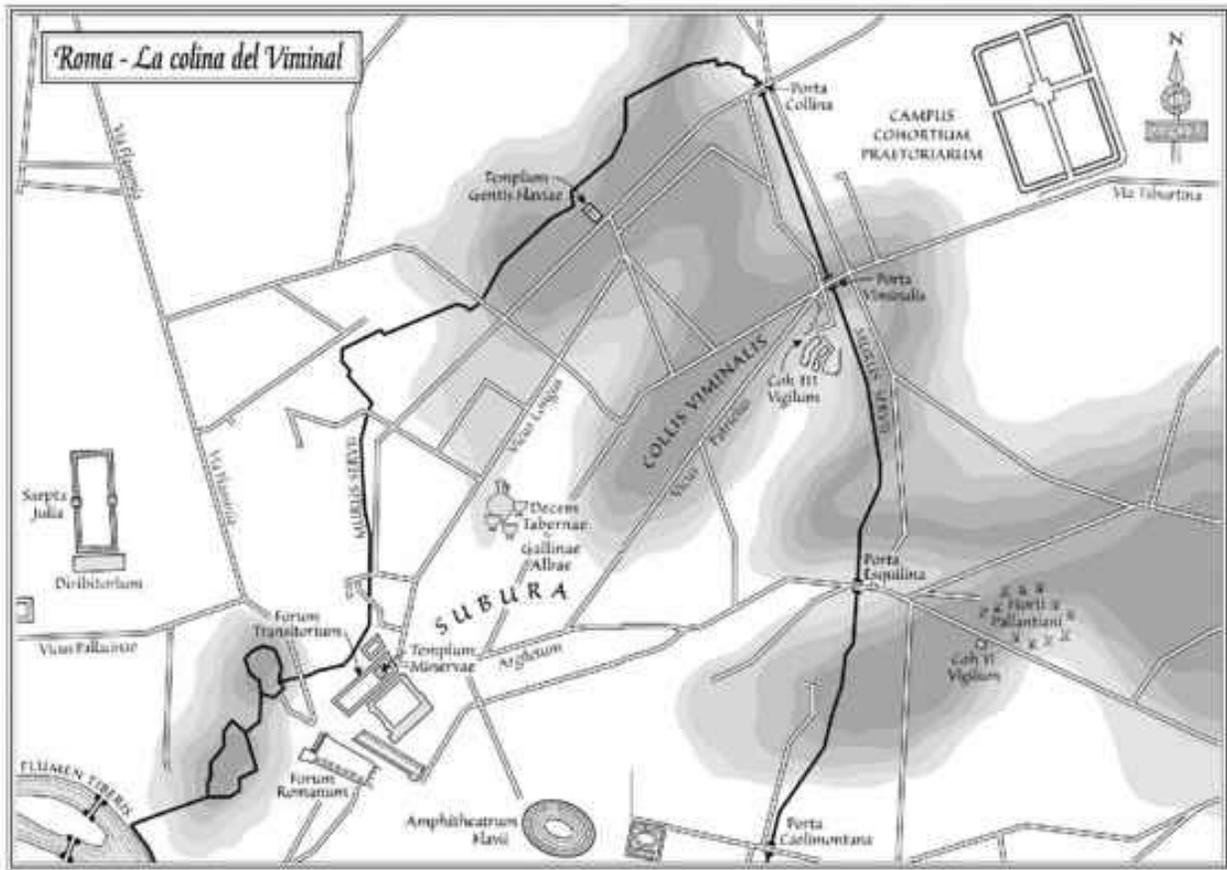
59

60

61

62

Notas



DRAMATIS PERSONAE

En casa...

Flavia Albia: una novia feliz

Tiberio Manlio Fausto: muy convencional, su afortunado novio

Julia y Favonia: hermanas de Flavia Albia, organizan la boda

Por parte de la novia: demasiados parientes para mencionarlos a todos

Por parte del novio: el taimado tío Tulio, la desaliñada tía Valeria, la desdichada Fania Faustina, el grosero Antistio, tres niños lloricas

El fabuloso Estertinio: un citarista que extasía

Genio: el afamado cocinero (que no cocina)

Larcio: un capataz digno de confianza

Esparso y Sereno: dos obreros bobalicones

Trifo: un heroico vigilante

Lares y Penates: torcidos

y fuera de casa...

Julio Liberal: el próspero dueño de una taberna

El viejo Tales: un popular tabernero (fallecido, gracias a Dios)

Rufia: moza de taberna para todo (desaparecida misteriosamente)

Nipio y Natal: dos mozos de taberna libidinosos (que aparecen demasiado)

Artemisa y Orquiva: dos vírgenes (en serio) de Dardania

Menendra: una comerciante (que no parece honrada)

Nona: la mujer sabia (en su negocio, no preguntes)

Costo: la mejor apuesta para un sacrificio religioso

Paso, Erasto y Víctor: que realizarán el sacrificio con:

Nieve: una oveja (para el caldo del día siguiente)

Estaberio: un complaciente augur (pídele lo que quieras)

Silvino: un enterrador que no tiene mucho trabajo

Prisca: la abuela de todo el mundo

Gavio: uno de sus nietos, proveedor de mármol

Sus padres: muy orgullosos de él

Aglaya, Eufrosine, Talía: las Tres Gracias, muy grandes

Apio: mano derecha, honrado

Lépida y Lepidina: propietarias de un puesto de comida

Las macedonias: proporcionan otros servicios

Chía: una macedonia muy joven

Rodina: una madre ambiciosa

Morelo: oficial de la Cuarta Cohorte, burdo pero efectivo

Macer: de la Tercera Cohorte, igual de burdo pero menos efectivo

Juventus: *[información confidencial censurada]*

Manteca: abuela de las Tres Gracias

Una cena con pollo: probable

Los egipcios: mercaderes de productos muy solicitados

Rabirio: un criminal debilitado

Roscio: su pujante heredero (que se mantiene en segundo plano, pero no por mucho tiempo)

Galo: no quiere saber dónde están enterrados los cuerpos

ROMA

25 de agosto, año 89 d.C.

Ocho días antes de las calendas de septiembre
(a.d. VIII Cal. Sept.)

Todo el mundo sabía que había una moza de taberna muerta y enterrada en el patio.

El Jardín de las Hespérides era una taberna típica, aunque bastante grande, situada en la esquina de una calle bulliciosa, con dos mostradores de mármol, cinco hornacinas para tinajas de comida, tres estantes llenos de jarras agrietadas, una lista de precios ilegible colgada en una pared desconchada y un desvaído fresco de mujeres desnudas que parecía pintado por un artista tímido que nunca hubiera visto a nadie desnudo. Las mujeres representadas en él formaban una nerviosa fila de tres, apiñadas bajo ramas nudosas de las que colgaban frutas deslucidas. Hércules se disponía a cumplir con su tarea de robar las manzanas, observado por una serpiente aburrida en lugar de Ladón, que debería de haber sido un temible dragón de cien cabezas que nunca dormían. Sin duda, la serpiente era más fácil de dibujar. Las legendarias manzanas de oro estaban tan picadas que yo personalmente no habría enviado a Hércules a trepar por el árbol para robarlas. Bajo tanta porquería, resultaba difícil saber si sencillamente era arte malo o si la pintura se estaba despegando de la pared.

Sin duda, cuando la taberna estaba abierta la atendían mozos que servían con gran lentitud y chicas guapas que hacían todo el trabajo. Arriba había una habitación que se usaba para citas; la pareja la llevabas tú mismo o podías pagar a alguien del personal.

De su dueño, un famoso personaje local, un tipo horrible, se creía que había asesinado a la mujer, desaparecida hacía años, y que luego había

enterrado el cadáver en el patio, donde los clientes se sentaban al fresco bajo una pérgola. Los habituales se referían a la tragedia con total naturalidad, añadiendo los detalles escabrosos solo cuando querían entablar conversación con recién llegados que pudieran invitarlos a beber. Cualquier persona cabal opinaba que se trataba de una leyenda. Sin embargo, resultaba extraño que la leyenda especificase que el nombre de la moza en cuestión era Rufia.

Unos seis meses antes de que yo entrase por primera vez en aquella taberna, el antiguo propietario había fallecido. El nuevo decidió realizar mejoras. Había estado años esperando a que muriera su predecesor, de modo que no le faltaban ideas. En su mayor parte eran horribles. Una empresa de reformas lo convenció de que necesitaba adecentar el patio; al fin y al cabo, la taberna llevaba el nombre del jardín más famoso del mundo. Le aseguraron muy en serio que debía mejorar aquella zona fría, húmeda y poco atractiva mediante la colocación de una deliciosa fuente que invitara a los bebedores a quedarse allí. Afirmaron que resultaría muy fácil hacerlo. Y si quería ser realmente auténtico, incluso podía plantar un manzano...

El propietario picó. Suele ocurrir.

Le prometieron un buen precio por un trabajo puntual. En su negocio, eso significaba que le cobrarían de más, que los trabajos se eternizarían y que provocarían el caos hasta que, después de semanas de permanecer cerrada al público, el desesperado dueño de la taberna acabaría aceptando un canal que perdería agua en un jardín en el que ya no habría espacio para poner mesas. El árbol, si llegaba a plantarse, se secaría el primer verano.

Hasta ahí, todo normal.

Poco después de que el antiguo propietario apurase su última copa en este mundo, la dueña de la empresa de reformas también murió. Soy investigadora privada y ella había sido clienta mía. Unos cinco meses después, el hombre con el que había empezado a convivir decidió que, hallándose cerca de los cuarenta, había llegado la hora de encontrar su primer trabajo. Tal vez temía que no le saliera barato mantenerme a base de salchichas de Lucania. Puede que también se hubiera percatado de que yo, que sí tenía trabajo como informante, sospechara a mi vez que él pretendiese vivir del cuento. Fuera

como fuese, y dado que conocía al heredero de mi antigua clienta, le compró la casa vacía, junto con su decrépto negocio de construcción y su empresa en decadencia. Parecía una locura, aunque de hecho tenía sus razones, porque era de esa clase de hombres. Además, como señaló mi familia, para haberse juntado conmigo tenía que ser valiente.

Cuando Manlio Fausto compró el negocio, se encontró con el encargo del Jardín de las Hespérides en los libros. En aquel momento, era el único encargo que tenían sus peones. Se acercaban despreocupadamente a la taberna cada dos semanas con una carretilla llena de materiales de baja calidad, permanecían allí la mitad del día y luego volvían a desaparecer. El cliente estaba indignado, como suele ocurrirles a las personas que pretenden reformar su propiedad. No se había dado cuenta de que el negocio había estado a punto de cerrar debido a un fallecimiento y a que el heredero era un fabricante de quesos al que no le interesaba en absoluto; tuvo la inmensa suerte de que mi amado acabara siendo el nuevo propietario. Aunque Fausto no había trabajado en su vida, ahora era magistrado. Sabía organizar las cosas. Para empezar, hizo saber a los peones que él mismo en persona iba a supervisar su trabajo.

Después Fausto se fue a ver al dueño de la taberna, que se asombró al recibir la visita de un hombre de buenas maneras que vestía una túnica limpia y le entregaba unos planos revisados, además de un presupuesto actualizado y un nuevo plazo de finalización. Para colmo, el final de la obra se establecía a finales de agosto, que era ese mismo mes.

Puede que no le entusiasmara tanto recibir una factura por el trabajo hecho hasta entonces. Yo había ayudado a confeccionarla. No era perfecta, porque nadie había llevado un registro, pero demostraba cómo se iban a hacer las cosas en adelante. El tabernero convino en que se le había advertido. No discutió el precio. Solo quería reabrir la taberna y vender bebidas.

Fausto se estaba probando a sí mismo. Por mi parte, también me sentí más segura. Jamás habría vivido a sabiendas con un aprovechado, aunque es un error fácil de cometer. Yo misma había tenido varias clientas que me necesitaban para librarse de las garras de unos holgazanes. Los holgazanes saben cómo parecer atractivos y también cómo aferrarse a ti.

Sin embargo, tal como yo esperaba y deseaba, mi nuevo compañero se

estaba aplicando. Al mes de empezar a vivir juntos, Fausto se encontraba del todo ocupado. Como magistrado, un edil plebeyo, tenía un trabajo duro, y así seguiría hasta que terminara su año en el cargo, en diciembre. Al parecer se estaba labrando un nombre entre los ediles que había junto al templo de Ceres. Lo nunca visto. Cuando lo conocí, se lo pasaba en grande adoptando disfraces harapientos para recorrer las calles y atrapar a los delincuentes en persona. Ahora se ocupaba también de los preparativos de los Juegos Romanos, una gran fiesta organizada por los ediles que tendría lugar en septiembre. Patrullar los mercados, baños, tabernas y burdeles en persona era opcional (disponía de ayudantes que se ocupaban de eso), pero dirigir los juegos, no.

Fausto también había decidido reformar la casa aneja al negocio de construcción, donde pensábamos vivir. Así que tenía tres trabajos. Algunos días apenas nos veíamos.

Estábamos enamorados. Yo quería verlo a todas horas. Así que, una mañana en particular en que él se encontraba en el Jardín de las Hespérides, llené un pequeño cesto con exquisiteces y se lo llevé a la hora de comer. Sí, estaba trabajando en una taberna, pero se encontraba cerrada debido a las obras. Además, me había convencido a mí misma de que solo yo podía preparar a mi hombre un almuerzo adecuado, dispuesto del modo que a él más le gustaba; Fausto lo aceptó, poniendo ojitos y murmurando palabras tiernas. No llevábamos mucho tiempo juntos. Nos acomodaríamos. Seguramente a la semana siguiente ya estaríamos ignorándonos.

Sin embargo, en ese momento seguíamos babeando el uno por el otro, y estábamos sentados juntos en una de las mesas de la taberna, con unos huevos duros y unas olivas en una servilleta. Bebíamos del mismo vaso. Yo le limpiaba el aceite de oliva de su firme mentón y él aceptaba mis atenciones. Le gustaban. No le importaba que nos viesen, aunque sus obreros se rieran.

Dedicábamos casi toda nuestra atención el uno al otro, pero éramos personas observadoras. Ambos realizábamos trabajos que dependían de la perspicacia que demostrásemos. Fue una estupidez por parte de dos obreros confiar en que podían salir a hurtadillas del patio sin que nos diéramos cuenta de que, entre los escombros que se llevaban en una cesta colgada de una

pértiga, asomaban cosas interesantes. Habían encontrado unos huesos.

—¡Alto ahí! —ordenó Fausto tranquilamente y, aun así, con el tono de quien espera que se lo obedezca. Se le daba bien. Lo había intentado conmigo unas cuantas veces, pero se había dado por vencido. A mí nadie me daba órdenes.

Sus peones se detuvieron de mala gana y se quedaron quietos, con la pértiga todavía sobre los hombros. Uno de ellos era un hombre joven llamado Esparso, al que los otros siempre le asignaban las peores tareas. Él lo soportaba, aceptándolo como su papel en esta vida. El otro era Sereno, un veterano bizco y de piernas arqueadas. Aunque era de baja estatura, había conseguido ajustar la pértiga de modo que todo el peso recayese sobre Esparso.

Fausto terminó el huevo duro que se estaba comiendo. Yo me lamí el aliño de la ensalada de los labios. Sin prisas, nos levantamos ambos para acercarnos a ellos. Fausto les indicó que depositaran en el suelo el capazo con escombros y quitaran la pértiga. Agarró las asas del capazo con fuerza y volcó el contenido en el suelo del patio, sacudiéndolo con energía para que se esparcieran los restos al caer. Luego empezó a remover piedras, viejos mosaicos y trozos de ladrillos que habían quedado enterrados bajo la superficie del patio en alguna obra anterior. Pacientemente, Fausto extrajo los huesos y los colocó a un lado. No era la primera vez que lo veía buscar pruebas. Era muy meticulado.

El capataz se acercó con expresión inocente. Seguramente estaba observando a Esparso y a Sereno cuando intentaban llevarse el botín de

manera subrepticia. Todos ellos sabían a la perfección lo que había allí. Sabían que deberían haberlo mencionado en lugar de tratar de ocultar los huesos entre la basura. Les gustaba tener un pretexto para perder el tiempo de cháchara, pero si se suspendía la obra, tal vez no les pagaran.

Fausto se incorporó. Me lanzó una mirada burlona.

—Creo que son huesos humanos —dijo—. Al parecer hemos encontrado a la famosa Rufia.

—Bueno, tú tienes demasiado trabajo para ponerte a investigar. Será mejor que me ocupe yo —repuse, con resignación y curiosidad a la vez, lo que constituye una mezcla peligrosa, como saben muy bien quienes se dedican a mi profesión.

Mi tesoro sonrió.

—¡No esperes que te pague por ello!

—Oh, ¿acaso tu esposa te escatima con la paga para tus gastos?

—Es una tirana. No me da nada.

—Búscate una nueva —le aconsejé.

Ambos sonreíamos. La cuestión de nuestro matrimonio exigía aún más tiempo y esfuerzos de este hombre tan ocupado. Él quería que celebráramos una boda formal. Yo le había dicho que lo olvidara. Fui de lo más grosera, pero no conseguí nada. Mi terquedad era bien conocida, pero sabía hasta qué punto él podía ser obstinado cuando se empeñaba en una cosa. Estaba organizando la boda de todas maneras. No era de extrañar que el muy idiota se sintiera agotado tan a menudo.

Y ahora ocurría esto.

Tiberio Manlio Fausto, mi nuevo y valiente amante, tenía treinta y siete años, era ancho de espaldas, pero no demasiado corpulento, con los ojos grises, astuto y callado. Se raspaba bien el cuerpo con el estrigilo, cuando no llevaba una túnica cubierta de polvo de obra. Era plebeyo, pero procedía de una familia que había hecho dinero: jamás había tenido que vender pescado ni batir cobre. Hasta hacía poco había vivido tranquilamente con un tío propietario de varios almacenes, de cuyos negocios Fausto intentaba ahora obtener dinero. Necesitábamos efectivo para iniciar nuestro nuevo negocio. Yo aún tenía que averiguar por qué quería ser contratista de obras, una decisión que parecía haber tomado por su cuenta, y por qué se había convencido de que podía dedicarse a eso. Pero era un hombre interesante y estaba convencida de que podía aprender a hacer cualquier cosa y tener éxito en cuanto decidiera emprender.

Yo constituía una mezcla más difícil y compleja. Crecí en Britania, huérfana de padres desconocidos. Según la ley romana, tal como me han asegurado los abogados, los expósitos siempre tienen el rango de ciudadanos. Roma no tolera que se le nieguen sus derechos a una sola personita libre solo porque sus padres la hayan perdido o abandonado. Los míos seguramente murieron durante la rebelión de Boudica. Nadie conocía su identidad.

Así pues, yo era libre por derecho, lo que en el Imperio romano resultaba de vital importancia. Debería haberme consolado con esta idea cuando era niña y revolvía en la basura en busca de comida, esquivando golpes crueles. Por desgracia, en aquella época yo no lo sabía. Según mi experiencia, ser un

expósito es como ser esclavo.

En un principio me acogieron unos rudos vendedores de coles del centro de Londinium (una ciudad donde «rudo» significa repelente y el «centro» son los bajos fondos, aunque las coles tienen consistencia), pero intuí que tendría problemas y huí. Por supuesto, me recogió el dueño de un burdel. Justo a tiempo, me vieron y me sacaron de la calle Marco Didio Falco y Helena Justina, él un adusto informante de rango medio y ella la encantadora hija de un senador. Ellos me trajeron a Roma, ciudad de maravillas.

Así pues, había visto algunas de las mejores y también de las peores cosas de la vida. Ahora ocupaba una posición difícil, en la que no podía dar por supuesta la aceptación de los demás. Sí, había nacido libre, me había adoptado una familia de rango medio y me había educado la hija de un senador, pero tenía la mirada y el temperamento de una niña de la calle, e incluso corría el rumor de que era una druida. El hecho de que trabajase como investigadora privada, igual que mi padre, causaba aún más temor entre los presumidos. Roma estaba llena de presumidos. Durante los últimos doce años, desde que emprendiera mi propio camino en el mundo, había intentado mantener la cabeza gacha y que ellos no se fijaran en mí. Como informante, mi nombre seguramente figuraba en alguna lista de los vigiles, lo que nunca es bueno.

Fausto había llevado una vida del todo distinta como chico rico de la gran ciudad. Años atrás había estado casado por poco tiempo. Su ex mujer, Laia Graciana, me despreciaba. Yo la aborrecía. Teníamos opiniones opuestas sobre lo que Fausto merecía, opiniones que jamás podrían concordar. Ella no entendía mis sentimientos hacia él; estaba celosa de la franca atracción que él sentía hacia mí. En un momento caprichoso, le sugerí a Fausto que invitase a la altiva Laia a nuestra boda, si la celebrábamos, puesto que seguía formando parte, indirectamente, de su círculo social. Esto estuvo a punto de disuadirlo de la idea de la boda.

También yo había estado casada cuando era mucho más joven, pero me quedé viuda al morir mi marido en un accidente. No esperaba encontrar a nadie más. Hasta que Fausto se introdujo poco a poco en mi vida.

Otro estupendo concepto de la ley romana es que define el matrimonio como el acuerdo entre dos personas para vivir juntas. Así que, en cuanto

Fausto trajo sus fardos a mi apartamento y se quedó conmigo, volví a ser una esposa. Su esposa. Todo parecía ir bien. Él estaba tranquilo; yo, en cambio, un poco nerviosa.

Mi madre, Helena, nunca había sentido la necesidad de celebrar una ceremonia de boda. Yo esperaba seguir su ejemplo. ¿Quién necesitaba montar un espectáculo? Según mi madre, era mejor ahorrarse el dinero y gastarlo en buenos libros y buena comida. En sus primeros tiempos, Helena y Falco difícilmente podían permitirse ni lo uno ni lo otro, igual que Fausto y yo.

Además, mi madre me dijo que era mejor evitar los horribles regalos de boda. Ella había pasado por un infeliz primer matrimonio en el que los espantosos regalos habían resultado proféticos. Según sus propias palabras, había enviado la notificación del divorcio con el mismo mensajero que aún no había acabado de repartir las notas de agradecimiento por un montón de horrendos jarrones.

Helena Justina es una mujer con conciencia, que siempre escribe notas de agradecimiento, aunque deteste el regalo o tenga ya tres juegos de manicura. Que es, por supuesto, la cantidad que tiene, porque es madre de tres hijas; a veces, sin embargo, parece haber tenido seis, porque tanto Julia como Favonia y yo misma olvidábamos a menudo lo que le habíamos regalado en su anterior aniversario o por las Saturnales, y repetíamos el presente. Ella se limitaba a decir: «¡Oh, no importa, este es mucho más bonito!», como si lo pensase de verdad. Era todo un modelo de madre, como solía señalar nuestro padre. Esa era su idea de la disciplina: «Más vale que seáis como vuestra madre, granujas, o ya os podéis largar de casa.»

Me consideraba afortunada por que Falco y Helena me hubiesen adoptado. Ellos me proporcionaron seguridad, educación, comodidades e independencia. Humor. Sentido de la rebelión. También de la lealtad. Falco me había enseñado la profesión con la que me ganaba el sustento. Ambos alentaron mi incontrolable curiosidad.

Mi excelente entrenamiento como informante me permitiría descubrir lo que le había ocurrido a Rufia, la moza de la taberna desaparecida. Puede que no sea lo que uno desee para su hija, pero pregúntate a ti mismo por qué. Pensé en ello cuando empecé a vivir con Fausto. ¿Implicaba la habilidad de

abordar el misterio de un puñado de huesos desenterrados en un patio, que una informante no podía ser una amiga de confianza? ¿O una elegante compañera? ¿O una útil contribuyente a la bolsa común de la casa? ¿O una hija cariñosa? ¿O una esposa fiel? ¿O incluso una buena madre? Aunque, desde luego, esto último no entraba en mis planes, si los productos del boticario resultaban efectivos.

Por encima de todo, la tarea de un informante es hacer el bien; facilitamos que se haga justicia. Esperaba encontrar a quienes hubiesen querido y se hubieran preocupado por Rufia, para proporcionarles explicaciones y quizá consuelo. Si alguien le había causado la muerte, se lo haría pagar.

Cuando vimos por primera vez lo que suponíamos que eran los restos de la moza de la taberna, Fausto y yo cerramos la cesta del almuerzo y discutimos sobre la manera de proceder. Ahora estábamos solos. Les habíamos ordenado a los peones que dejaran lo que estuvieran haciendo; Fausto los envió de vuelta al Aventino para reanudar su trabajo de la tarde reformando la casa de la vía Loreti Minoris. Yo no había participado gran cosa en todo aquello, así que aún me resultaba difícil considerarla «nuestra» casa. Fausto me había dicho que ya decidiría si viviríamos allí una vez que la viera reformada. Pero yo ya sabía que accedería. Mientras tanto, nos habíamos instalado en mi apartamento y, como la mayoría de las personas en Roma, pasábamos tanto tiempo como era posible fuera de él.

Allí estábamos, sentados en uno de los toscos bancos de madera de la taberna que habíamos sacado de una pila que había guardados para acurrucarnos juntos y compartir el almuerzo. El asiento era viejo y estaba gastado y astillado. Tal vez el dueño de la taberna comprara un nuevo y bonito mobiliario de jardín cuando se terminara la obra, aunque lo dudaba. La Hespérides nunca había sido de esa clase de locales.

Era una taberna ordinaria. La mayoría de los parroquianos se quedaban de pie en la calle, seguramente junto al mostrador principal, que era largo y daba la vuelta a la esquina. Por supuesto, los recipientes, tazas y platos no se lavaban nunca. Para tomar algo sentado, había que entrar por un hueco abierto ex profeso en el mostrador hecho de trozos de mármol, pasar entre las

mesas del interior y la zona de servicio, tal vez echar un vistazo a la ilegible lista de bebidas pintada en la pared junto al estante de jarras, intercambiar unas palabras con quien estuviera sirviendo y recorrer un pasillo muy corto con una oscura escalera, para acabar saliendo al supuesto jardín, no muy ventilado.

El jardín era más grande de lo que se pudiera pensar. Un rústico enrejado separaba unas mesas de otras, permitiendo algo de intimidad. No vi rastro alguno de plantas trepadoras, pero de los postes burdamente tallados del enrejado colgaban dos jaulas de pájaros vacías. Un toldo daba sombra a una parte. Había un laurel medio seco en un gran tiesto al que le faltaba parte del borde. Yo aún no tenía muy claro qué clase de clientes habrían utilizado aquel patio interior. En Roma, solemos relacionarnos en la calle.

El dueño de la taberna nunca había aludido al misterio del jardín, pero nuestro capataz, Larcio, nos había contado los rumores públicos con una sonrisa.

—Se supone que el sitio está encantado. Dicen que hace años enterraron ahí a una moza de taberna asesinada.

Fausto le había dirigido una mirada gélida. Sus trabajadores y él aún no se conocían bien, pero al parecer iban adaptándose. Ellos se habían dado cuenta de que Fausto distaba de ser un alma cándida. Cuando se presentaba en la obra, pronto les demostraba que entendía perfectamente lo que estaban haciendo y que quien no se llevara bien con él podía perder su trabajo.

—No tendrás miedo de los fantasmas, ¿verdad, Larcio? —preguntó Fausto con aspereza.

Larcio no se molestó en responder.

—Me resulta difícil de creer —continuó Fausto, representando el papel de severo edil que no toleraba los chismorreos— que los clientes se hayan pasado décadas apurando aquí sus tragos, sabiendo que había un cadáver justo debajo de sus sandalias.

—Nadie recuerda gran cosa de ella. —Larcio parecía pensar que eso lo justificaba—. Siempre ha sido «la moza de taberna desaparecida».

Pues había dejado de serlo. La habíamos encontrado.

Tenía la suerte, además, de que la hubiéramos encontrado nosotros.

Así pues, después de que se fueran los peones, Fausto y yo meditamos

sobre lo que podíamos hacer. Discutimos si debíamos decírselo cuanto antes al dueño, pero decidimos mantenerlo en secreto por el momento. Yo iniciaría discretas averiguaciones sobre Rufia: quién era, por qué la gente creía que había tenido un triste final, cuándo había ocurrido este, sobre quiénes habían recaído las sospechas en un primer momento, qué nuevos sospechosos podíamos identificar. No me pregunté la razón por la que no se había armado un auténtico revuelo en su momento, porque ya lo sabía. A la gente no le gusta involucrarse. Nadie quiere problemas. Los habituales siempre son reacios a hacer saltar la liebre, pues temen que como consecuencia de ello les cierren su taberna favorita. La «fidelidad» puede justificar muchas cosas. Es penoso, pero así piensa la gente.

Antes de irnos de allí aquella tarde, echamos un último vistazo a los huesos. Era un revoltijo con el que no se podría armar un esqueleto entero. Seguramente habría más huesos enterrados, si no se habían descompuesto por completo. Desde luego, eran viejos, aunque no había manera de saber cuánto. De no ser por la mención previa a Rufia, podríamos haber creído que un antepasado muy antiguo había vivido allí antes incluso de que se fundara Roma. De haber sido personas piadosas, podríamos haberlos recogido en una vasija y enterrado de nuevo en un auténtico cementerio, aunque, para ser sinceros, la mayoría de las personas los habrían arrojado en el muladar más cercano y se habrían alejado a toda prisa.

Fausto tiró del toldo para bajarlo y envolverlos en él. El toldo estaba rígido, casi seguro que a causa del moho, pero de todos modos Rufia no iba a quejarse. Dejamos los huesos allí, poniendo mucho cuidado en que el patio quedase bien cerrado. La puerta trasera daba a un angosto callejón y siempre se dejaba atrancada para impedir que entrara alguien a robar herramientas o materiales. Fausto bloqueó el acceso del pasillo al patio con una vieja y pesada puerta (en todas las obras hay puertas viejas que no encajan en ningún sitio, no me preguntéis por qué), y luego apiló delante sacos y maderos. Por suerte le ayudó un vigil, que posiblemente se había enterado de lo ocurrido, porque lo encontramos en la taberna; había llegado temprano.

Mejor así. No cabía la menor posibilidad de mantener el hallazgo en secreto. Una pequeña multitud de morbosos mirones ya se había congregado en la calle.

Fausto hizo uso de su autoridad como edil para ordenar a los curiosos que se dispersaran. No consiguió impresionarlos. Lo ignoraron por completo, y existía el riesgo de que otros se les unieran. Fausto sacó partido a la situación con un anuncio:

—Imagino que habréis oído decir que se han encontrado unos restos humanos. Estoy enterado de los rumores sobre la desaparición de una moza de taberna hace algunos años. Puede que no exista ninguna relación. Pero cualquiera que tenga información pertinente debería comunicárnoslo. —Al decir esto, me incluía, pero ahora era su esposa, de modo que no se molestó en presentarme, como si fuera una especie de apéndice. Y este apéndice estaba que trinaba y se lo iba a demostrar más tarde en casa—. Ahora, por favor, marchaos y ocupaos de vuestros asuntos con tranquilidad.

De haber estado abierta la Hespérides, no habría conseguido que la gente se fuera. Dadas las circunstancias, algunos se alejaron de mala gana, pero sencillamente para desplazarse hasta la Medusa o la Rómulo, que estaban en la misma calle, y seguir mirando desde allí.

En bien del interés público, volvimos a entrar y, ayudados por el vigil, desbloqueamos el pasillo interior para acceder a los huesos y llevárnoslos.

Después, teniendo en cuenta que lo sabía ya un montón de gente, fuimos a informar al dueño de la taberna.

Los pedantes seguramente se preguntarán dónde se produjeron estos hechos. La gente muy pedante con ideas fijas sobre la narrativa preguntarán incluso por qué no lo he mencionado antes. Mira, cada uno escribe a su manera, legado. Voy a redactar las notas del caso como a mí me apetezca.

¡Sigamos! El Jardín de las Hespérides se encontraba en la región VI, la Alta Semita, o Camino Alto. Ocupaba una esquina del Vicus Longus, que es una prolongación del famoso Argileto, la ruta principal que conduce hacia el norte desde nuestro espléndido y nuevo foro imperial. Este último, el foro de tránsito de Domiciano, añadiría cierto lustre cuando se terminara, porque el Argileto siempre había tenido muy mala reputación, sobre todo la zona llamada la Subura. Supuestamente era famosa por sus zapateros y librereros, pero en la Subura florecía todo tipo de comercio, y cuando digo todo me refiero a todo en absoluto.

La Hespérides, la Medusa y la Rómulo se hallaban en un sucio enclave llamado las Diez Tiendas. Desde luego, había tiendas, como sugería su nombre, *Decem Tabernae*,¹ pero abundaban las tabernas y casas de comidas, algunas con burdeles tan discretos en la planta superior que daban la impresión de vender solo vino y hojas de col rellenas. No engañaban a nadie. En aquel barrio no había templos a ninguna divinidad virginal.

El Jardín de las Hespérides tenía todo el aspecto de una taberna popular, aunque no tan bulliciosa como sus vecinas más cercanas, la ensordecedora Cuatro Lapas, la estridente Descanso del Soldado y la absolutamente horrible El Sapo Marrón, donde las prostitutas bisexuales se ofrecían abiertamente

desde los bancos de la calle. Las Diez Tiendas ocupaba el extremo sur de la colina del Viminal, la más pequeña de las antiguas siete colinas de Roma, un aburrido montículo por el que se solía pasar de largo, con carreteras a ambos lados que llevaban a lugares más interesantes.

El propietario de la Hespérides vivía en la calle de la Manzana Silvestre, en un apartamento alquilado sobre el taller de un alfarero, justo al doblar la esquina desde su taberna. Podía irse a casa a comer. Por lo que había podido ver de la Hespérides y su menú diario, seguramente lo prefería. Esa proximidad implicaba que no cabía esperar que pudiéramos guardar un secreto; de hecho, casi seguro que sus excitadísimos vecinos se habrían apresurado a ir a la vuelta de la esquina para contarle lo que había ocurrido. Por suerte para nosotros, no estaba en casa; lo encontramos metiendo el elevador del cerrojo de la puerta para entrar. Aún no había hablado nadie con él, lo que en teoría nos daba la ventaja de la sorpresa.

En mi opinión, poco se sorprendería, si sabía algo sobre Rufia. Sin duda, debería haber sospechado que los obreros encontrarían algo. Y puesto que el esqueleto parecía incompleto, era inevitable que una investigadora curiosa como yo se preguntara si el dueño de la taberna no habría intentado encontrar las pruebas y sacarlas de allí antes de que empezase la obra. Le pregunté a Fausto; no tenía conocimiento de ninguna obra anterior, pero él no estaba a cargo del proyecto en sus inicios. Le pedí que interrogara a su capataz al respecto. Dócilmente me prometió que así lo haría.

El dueño era un tal Publio Julio Liberal, como ya sabíamos por el contrato firmado para la obra. Tres nombres, todos latinos; era un ciudadano libre. Lo mejorcito de Roma, y también bastante típico: un hombre de cabeza grande y baja estatura. La cabeza la cubría una buena mata de cabellos plateados que peinaba con la raya en medio. Algo así no le queda bien a nadie. Sobre las sienes se levantaban dos cuernos plateados que hacían juego con las puntas de las patillas. Liberal acentuaba los cuatro cuernos al toquetearlos cuando estaba nervioso. Intenté no juzgarlo únicamente por su horrible elección de peinado. Pero me cayó mal desde el principio.

Parecía tener entre treinta y cuarenta años. El tema de la edad era importante, porque, según mis cálculos, debía de ser un hombre joven en el momento de la desaparición de Rufia. Seguramente demasiado joven incluso

para ir a la taberna, aunque en la Subura los chicos empiezan pronto, y no solo en lo tocante a la bebida.

Lo había visto ya en la obra por casualidad, pero él no parecía recordarme. Esta vez, Fausto me presentó debidamente, como si hubiera captado la mirada glacial que le había lanzado antes, en la taberna.

—Flavia Albia es una informante que trabaja conmigo cuando es necesaria una investigación especial. Me alegra estar en condiciones de afirmar que vamos a casarnos muy pronto, por lo que podré contar con su pericia fácilmente. Existe un problema relacionado con tu taberna. Necesitamos hablar contigo.

Al principio Liberal pensaba que Fausto necesitaba que tomase alguna decisión relacionada con la reforma. Enfrentado con la inesperada amenaza de indagaciones especiales, se aturulló y balbuceó confuso que nunca recibía visitas, por lo que había dejado su apartamento hecho una pena. Yo me limité a ayudarlo con el elevador del cerrojo mientras Fausto empujaba la puerta. Cuando alguien se muestra renuente a dejar pasar a un informador, no hace más que incrementar nuestras ganas de entrar. ¿Tenía algún motivo oculto?

En realidad, no. Cuando hicimos a un lado a un trémulo Liberal e irrumpimos en su ciudadela, la encontramos increíblemente desordenada. Montones de ropa y viejas jarras de vino cubrían todas las superficies, hacía semanas que no se sacaba la basura, las sandalias vivían en el alféizar de la ventana, de unos clavos doblados colgaban pinturas torcidas, y si uno quería sentarse, tenía que rebuscar un taburete en el desorden y luego desembarazarlo de montones de desperdicios. Cualquier cosa que se moviera tenía que añadirse a otras tambaleantes pilas de cosas. Seguramente él afirmaba que sabía dónde estaba todo, como suelen decir los idiotas, pero eso era imposible.

—¡Bien hecho! —exclamé, puesto que no tenía sentido fingir que no nos dábamos cuenta—. He conocido a adolescentes que envidiarían lo que has conseguido aquí.

—Desde que murió mi madre, una vieja viene a limpiar, pero ha estado indispueta...

Se entendía a la perfección. Estaba claro que a aquel hombre su madre no le había enseñado a ordenar antes de que viniera la mujer de la limpieza.

No había esposa. Ni la habría nunca mientras siguiera metido en aquel cuchitril. Yo le veía un inconfundible aire de niño de mamá, anticuado, inocente, casi seguro que egoísta, cohibido en compañía. Como tantas personas que ansían dirigir una taberna, carecía de las cualidades necesarias para ello. Tal vez la Hespérides llevaba tanto tiempo abierta que se dirigiría sola a pesar de él. Liberal quería triunfar y no escatimaba en dinero, como sabíamos por la reforma que había solicitado. Supuse que podía permitírselo porque no tenía vida social ni ninguna otra cosa en la que gastar lo que ganaba.

Dado que no iba a ofrecernos refrigerio alguno, Fausto y yo nos sentamos, esperamos un momento amablemente para que a Liberal se le calmaran los nervios, y luego entramos en materia.

—Los obreros han encontrado un esqueleto humano, o al menos parte de él. He tenido que detener la obra a fin de investigar. Por fortuna, Flavia Albia tiene talento para estos asuntos, por lo que ella misma llevará a cabo las averiguaciones, si yo no dispongo de tiempo. La gente habla de una moza de taberna desaparecida, una tal Rufia...

Mientras Fausto hablaba, yo observaba la reacción de Liberal al oírlo. Se lo tomó como cualquiera con una obra en marcha en su propiedad.

—¿Y eso retrasará el trabajo? —preguntó.

Fausto hizo caso omiso de la pregunta, como si esperara a que asimilase la noticia y se expresara con mayor decencia.

—¿Te resulta familiar la historia de la moza de taberna? —inquirió con tono severo.

—Puede que haya oído rumores —respondió Liberal, más cauto.

—¿Sabes cuándo se supone que desapareció?

—Oh, no estoy seguro. Hace muchos años.

—¿La conocías?

—Sí.

Entonces, teniendo en cuenta su edad, la desaparición de la mujer no podía haberse producido en una época tan lejana como sugerían los rumores.

—¿Y la gente cree que alguien la mató?

—Va con el trabajo —contestó.

—¿Y eso no te disuadió de hacerte cargo de la taberna?

—En absoluto.

—¿Pensaste que solo se trataba de un rumor?

—No me dan miedo los fantasmas.

Me incliné y le sugerí cortésmente:

—Creo que deberías hablarnos de tu relación con la Hespérides, Liberal. ¿Estabas esperando a que falleciera tu predecesor para hacerte cargo de ella? Tengo la impresión de que ya tenías planeada la reforma para cuando te hicieras con la propiedad. ¿Es eso cierto?

—Éramos primos lejanos. Él era mayor. No tenía a nadie más a quien dejársela, siempre supimos que un día acabaría siendo para mí. Sí, él había sido el dueño durante mucho tiempo, de modo que seguramente había perdido el interés por renovarla, mientras que yo a veces pensaba en maneras mejores de dirigir el local. Solía comer allí. Echaba una mirada alrededor e imaginaba lo que podía hacer, es natural.

—¿Sin animosidad?

—Yo no quería molestarle. No eran más que fantasías inofensivas, y no creo que él llegara a darse cuenta. Supongo que se alegraba de que el local quedase en la familia. Pero raras veces hablábamos de eso.

—¿Cómo se llamaba? —intervino Fausto.

—Tales. Todo el mundo lo llamó siempre el viejo Tales.

Tales era un nombre griego, de modo que quizás el tabernero fallecido lo fuese. Pero era poco probable. Los griegos son famosos por viajar lejos y establecerse en otros lugares por motivos económicos, pero no lo imaginaba trasladándose a Roma para comprar una sórdida taberna en una zona de mala fama como aquella. Los griegos que había en Roma solían ser esclavos que se convertían en secretarios de personas de alto rango, o comerciantes de artículos de lujo, o banqueros.

—¿Tales era un personaje conocido en la vecindad? —pregunté, disimulando el enorme desprecio que siento por tipos así.

—Oh, sí. —Liberal parecía un poco celoso—. Todo el mundo conocía al viejo Tales. Tenía una gran reputación.

—¿De qué? —preguntó Fausto, pero sin darle importancia.

—Oh, ya sabes.

Ambos guardamos silencio con las cejas enarcadas, dando a entender que

no lo sabíamos. La verdad emergería si yo empezaba a hacer preguntas por ahí, pero sería útil saber primero cómo describía Liberal a su predecesor. Debían de ser como la noche y el día.

—¿Un tabernero pintoresco? —sugerí por fin, resuelta a sonsacarle más cosas.

—De lo más original —admitió Liberal, de nuevo con un deje de envidia. Procuré no soltar un bufido.

—Bueno —dije—, ¿y a qué vino exactamente esa historia de la moza de taberna desaparecida?

Liberal se encogió de hombros. Fausto y yo esperamos de nuevo a que se explicara. Al final, cedió, aunque fue parco en hechos.

—Rufia servía en la taberna. Todos los que frecuentaban la Hespérides la conocían. Un día desapareció sin previo aviso. Nunca se supo nada más de ella. Por entonces el dueño era el viejo Tales. Eso es cuanto sé.

—¿Y la gente creía que la había matado él? —pregunté sin rodeos.

Liberal volvió a encogerse de hombros.

—¿Rumores infundados o algo de verdad? —preguntó Fausto, tratando de extraer información, sin éxito—. ¿Cuánto tiempo hace? ¿Llegaste a conocer a Rufia personalmente?

—Ya os lo he dicho, todos los clientes de la Hespérides conocían a Rufia.

—¿Incluyéndote a ti? ¿No eras demasiado joven?

—Incluyéndome a mí.

—Pero no dirías que mantenías una relación estrecha con ella.

—No. Era la moza de la taberna. Me servía la comida en la mesa; no se molestaba en charlar conmigo. Sabía que yo era de la familia, pero me trataba como a un cliente, y bastante joven, además, por aquel entonces.

—¿Qué clase de moza de taberna? —intervine.

—De las normales —respondió Liberal tranquilamente.

—¿Proporcionaba toda clase de servicios?

—Era la moza de la taberna —insistió él, sin pestañear siquiera.

Todos sabíamos a qué se refería.

Tras intercambiar una mirada, Fausto y yo interrumpimos la entrevista. Descubriríamos más cosas de otras personas, si era necesario, que presionando más a Liberal. Hasta entonces solo había confirmado el vago rumor que se relacionaba con la Hespérides desde hacía años. Tal vez no supiera nada más. Tal vez ya nadie supiera nada más. Pero el instinto me decía que nos ocultaba algo.

La persona a la que habríamos debido interrogar a continuación, de haber sido posible, era al anterior dueño de la taberna, pero el viejo Tales, personaje pintoresco y principal sospechoso, estaba convenientemente muerto. Decidí no seguir interrogando a su sucesor por el momento, dado que quizá Liberal, después de haber heredado la codiciada taberna, se sintiese demasiado agradecido para ser sincero. Preguntaría por los alrededores y empezaría pronto, antes de que surgieran rumores estúpidos y la gente se sintiera tentada de «saber» hechos que, en realidad, eran meras suposiciones. Esa multitud que se había dirigido a la Rómulo estaría ahora allí decidiendo la historia de Rufia. Los bocazas apoyarían los codos en el mostrador y contarían lo que había ocurrido, basándose en pruebas de lo más endebles. Lo había visto con mucha frecuencia. Cuanto más disparatadas eran sus historias, más juraban y perjuraban los demás que lo habían visto todo con sus propios ojos, y pronto acababan por creérselo ellos mismos. Entonces no les sacaría nada útil.

Antes de irnos, Fausto recordó a Liberal que era un magistrado. Además de ser responsables de mantener el orden en las calles, los ediles tenían el deber de velar por la buena conducta en las tabernas. El Distrito Sexto no

entraba dentro de su jurisdicción, pero por supuesto Fausto colaboraba estrechamente con su correspondiente colega. Habría una reunión. El colega se interesaría por el tema, aunque quizá prefiriera dejarle el problema a Fausto. (Seguro que lo haría, pensé.) También se informaría a los vigiles de la zona. Fausto se sentía obligado a comunicárselo en persona, aunque, obviamente, ya se habrían enterado del hallazgo de los huesos; Fausto esperaba que su presencia sirviera para tranquilizarlos y que así lo dejaran resolver el problema.

Liberal se lo tomó bien. Pasó a adoptar una actitud servicial. Expresó su conmoción por el macabro hallazgo. Quería que las cosas se resolvieran del modo más sencillo posible, y estaría más que dispuesto a cooperar si alguien se lo pedía. Incluso dio las gracias a Fausto por tomar las riendas del asunto.

Pobre idiota.

En realidad, debería haberse dado cuenta de que la mayoría de contratistas habrían recogido los huesos sin decir nada y los habrían dispersado por otro distrito. Tenía la mala suerte de haber contratado a una empresa de la que se había hecho cargo un magistrado con la obra ya empezada, y, para mayor rareza, se trataba de un magistrado con escrúpulos.

Después de abandonar el caótico apartamento, planteé a Tiberio las indagaciones que me proponía llevar a cabo. Nada habría impedido que me interesara por el tema. Pero si él quería que las cosas se hicieran bien, tendría que reconocer que existía un problema logístico. Al propio Tiberio le había resultado difícil visitar la obra, aunque fuera de vez en cuando. Sería peor para mí, porque necesitaría estar presente todos los días. Nuestra casa del Aventino estaba bastante lejos de allí; había que bajar la colina, atravesar el extenso valle del Circo Máximo, rodearlo para llegar al Foro, abrirse paso entre la muchedumbre y recorrer el Argileto antes de enfilear el Vicus Longus. Volver a casa era aún peor, porque al final, cuando ya estaba exhausta, debía ascender por el Aventino.

—Cariño, tendré que venir hasta aquí todos los días. El camino de ida y vuelta va a ser agotador.

Tiberio admitió que tenía razón. Alquiláramos un sitio para quedarnos en

la zona; él también vendría, lo que hacía la idea mucho más atractiva. Yo sabía que había habitaciones en la Hespérides y, aunque no las había visto, imaginaba que debían de ser diminutas, y que a la sazón vivirían en ellas los trabajadores de la taberna que permanecían desocupados. Además, ¿quién quiere dormir rodeado del aire viciado por el polvo de la obra?

Nuestro vigilante nocturno se había buscado un alojamiento medio decente para dormir durante el día. Estaba encima del taller de un fabricante de fieltro, lo que era un poco mejor que vivir sobre una taberna, aunque estaba en un bullicioso cruce. Llevamos allí los huesos para que estuvieran a buen recaudo durante la noche. Tiberio ordenó a Trifo que se fuera a dormir a la Hespérides. Ahora que la obra era el escenario de un crimen, parecía aún más sensato mantenerlo bajo vigilancia.

Si mi amado tenía que ganarse la vida, tal vez yo habría debido controlar sus gastos. Por el momento no dije nada, pues no tenía el menor deseo de convertirme en una esposa de las que dan la lata con el negocio familiar... salvo cuando fuera claramente necesario, en cuyo caso, desde luego, no pensaba contenerme. Sin duda, Tiberio me había encargado la investigación para beneficiarse de mis sabios consejos, ¿no?

Yo no deseaba casarme formalmente, y esa era otra razón para mudarnos de distrito, lejos del frenesí de la boda. Sin embargo, el cabezota de Manlio Fausto tenía otras ideas.

—Tendré que volver algunas veces para ir a la oficina de los ediles y cumplir con mis obligaciones —dijo—. No te preocupes, aprovecharé esas ocasiones para ver cómo progresan los preparativos de la boda.

Qué encanto.

Le aseguré cariñosamente que no pensaba preocuparme, puesto que yo no quería que aquella horrible idea suya de la boda progresara en modo alguno. Él se mantuvo relajado. Yo empezaba a ver su estrategia para tratarme: no perder nunca los nervios cuando yo me ponía terca. Seguro que le funcionaría.

Había encontrado quien le ayudara con su proyecto. Dos jovencitas morenas lo habían engatusado para ganarse su confianza y organizar la boda, y podrían haber organizado la unión de Plutón con Proserpina en el Inframundo, entre lamentos y antorchas bajas:² mis hermanas, de dieciséis y

catorce años. Tiberio les había dado carta blanca, siempre que montaran un gran espectáculo que anunciara a todo el Aventino que él y yo nos habíamos casado. Julia y Favonia estaban encantadas. Tenían muy claro todo lo que debía hacerse, aunque una gran parte fuera puramente mítica. No paraban mientes en el sentido común ni en el coste.

—El misterio no debe provocar ningún retraso —me dijo Tiberio cariñosamente—. Solo tendremos que averiguar qué le pasó a Rufia antes del día de la boda.

—Una carrera contra el tiempo, ¿eh? ¡Así me gustan a mí los casos! —A menudo había sufrido presiones cuando investigaba, pero jamás había tenido que cumplir con un plazo para casarme. Se había fijado la fecha. Yo había estado fingiendo que no la sabía. La ceremonia se celebraría el último día de agosto. Solo faltaban seis días.

De todas formas, yo quería empezar a investigar rápidamente, porque es lo mejor cuando aparecen unos restos. Envié a mi novio a nuestro apartamento en busca de las cosas que íbamos a necesitar, mientras yo me ponía a trabajar de inmediato.

—Trae ropa, artículos para el baño, útiles para escribir y, desde luego, las sábanas de nuestra cama. No te preocupes por la comida. Ya me haré yo con algo durante mis pesquisas. La panadería siempre es un buen sitio para empezar a preguntar por chismes.

—¡Eres maravillosa!

Como decía, no llevábamos mucho tiempo juntos. Pronto abandonaría aquella actitud de adoración. Yo era humana. No podría soportar la tensión de cumplir con tan altas expectativas.

El vigilante nocturno me dijo dónde encontraría unos servicios públicos aceptables. Una de las normas de mi padre para los investigadores era: inicia siempre una misión de reconocimiento con la vejiga vacía. No puedes ponerte a dar saltitos en un momento crucial, y para una mujer es aún peor. Al menos él podía meterse en un callejón y mear contra la pared de la casa de alguien, como cualquier otro hombre de la ciudad.

«Aceptable» era la definición de Trifo, no la mía. Aun así, la sórdida letrina podía cumplir con su cometido si pisabas con cuidado, y además se encontraba bien situada para mi misión, con una panadería de toda la vida justo al lado.

La panadería no parecía prometedora. Como la mayoría de tiendas y talleres, el interior consistía en una única habitación en la que no entraban los clientes. Cada mañana los dueños abrían los postigos y colocaban sus productos alrededor de la abertura; salían a servir a los clientes, que se quedaban fuera, en la calle. Estos panaderos en particular tenían un mostrador alto, sobre el que se inclinaban para servir, de modo que para inspeccionar el pan el comprador tenía que ponerse de puntillas.

Un buen panadero dispone de su propia rueda de molino, a menudo más de una. Si en la parte de atrás no se oyen las grandes muelas que mueve lenta y penosamente un burro ladeado por el esfuerzo, el pan no valdrá nada. La masa se ha de preparar en el sitio. Si la harina se compra, con toda probabilidad los panes y los bollos también se compran ya preparados. Y cuando el producto se obtiene de un intermediario, puedes apostar a que

estará rancio.

Allí, o bien el burro estaba echando una cabezada, o no tenían rueda de molino. Era la última hora de la tarde de un cálido día de agosto, así que de todas formas solo les quedaban los restos de la última hornada del día. Mientras esperaba, comprendí que las dependientas no me servirían de nada, pues se trataba de dos muchachas jóvenes, tal vez hermanas. Era imposible que trabajaran allí en la época de Rufia. Algunas veces un investigador ha de estar preparado para cambiar de estrategia e irse a otro sitio en busca de información, pero me sentía somnolienta por el calor, así que me quedé.

A primera vista las dependientas parecían groseras, un rasgo característico de la zona, pero al final resultaron ser sorprendentemente agradables. Delante de mí había una anciana, tan pobre que les rogaba que le dieran la mitad de un bollo porque no podía pagar más, y una de las muchachas le guiñó un ojo cuando le entregó un blanco bollo entero, en apariencia sin cobrarle nada. Sospeché que ocurría todos los días. Malhumoradamente me dije que, al contrario que mis peligrosas hermanas, aquellas simpáticas muchachas con trenzas jamás irían con zalamerías a un hombre para organizarle la boda, a pesar de todas las protestas de su indefensa novia...

Llegó mi turno. Compré una barra de pan, con la esperanza de que la gruesa y segmentada corteza se hubiera mantenido a salvo del sol en el fondo de la cesta. Pero íbamos a necesitar unos dientes fuertes. Las chicas se animaron al vender lo último que les quedaba y charlaron conmigo de buena gana. Yo tenía razón; no habían oído hablar de Rufia hasta ese mismo día, cuando los clientes de la tarde les habían contado que habían aparecido sus huesos en la Hespérides. No me pareció necesario ocultar lo que estaba haciendo, por lo que les pregunté:

—Si estuvierais en mi lugar, intentando descubrir qué ocurrió, ¿a quién iríais a ver por aquí? ¿Qué personas están siempre al tanto de todo?

Ellas reflexionaron. Mantuvieron una conversación entre ellas, en la que surgió más de un hombre. No había ningún cliente esperando, así que me callé para que llegaran a una conclusión por sí solas.

—Nona. Deberías ir a ver a Nona, la mujer sabia.

—De acuerdo, ¡muchas gracias!

Me indicaron la dirección.

—¡Buena suerte!

—Gracias por eso también.

«Mujer sabia» es un eufemismo corriente. No tendría ningún problema en conseguir una entrevista con ella, que sería en privado. Una mujer de mi edad siempre tiene medios para lograr que hable con ella sin testigos una mujer que realiza abortos.

Sí, me recibió a solas en su minúscula cocina. Evité mirar de cerca lo que hervía a fuego lento en la olla sobre el brasero: una salsa espesa, oscura y viscosa borboteaba, como si estuviera hecha de sangre. No quería saber de dónde procedía.

Nona tenía una edad indefinida y la espalda encorvada. Delgada, con la nariz afilada, mostraba las maneras francas y directas de una mujer en una profesión solitaria, acostumbrada a conducir su negocio sin dar explicaciones, a imponer sus condiciones. El dinero por adelantado y nada de perder el tiempo. Bueno, yo también era así.

Me lanzó una rápida mirada, evaluándome con expresión dura. Me alegré de no necesitar sus servicios ginecológicos. No me habría parecido seguro; claro que, sin duda, la mayoría de mujeres dispuestas a terminar con su embarazo lo hacían con una sensación de temor. Aunque una no se sienta culpable ni tenga ninguna duda, el proceso en sí es angustioso y todo el mundo sabe que será peligroso. Por suerte yo nunca lo había necesitado, aunque desde luego conocía a mujeres que sí. También sabía de otras de las que se sospechaba que lo habían realizado en secreto. A veces se trata de calumnias, pero a menudo no.

—Soy Flavia Albia. No quiero confusiones sobre el motivo de mi visita —expuse inmediatamente—. Si viviera en el distrito del Camino Alto, los vigiles nos tendrían en la misma lista de personas a las que vigilar: soy informante.

A Nona le encantó aquella rara oportunidad para mirar por encima del hombro a otra persona.

Yo sentía curiosidad por saber cómo se habría convertido en lo que era, pero ella no dijo nada sobre su pasado ni aportó información alguna sobre el

servicio social que prestaba. Me pregunté cuánto cobraría. No tenía lista de precios a la vista, dado que sus servicios debían ocultarse. Supuse que evaluaba a cada clienta, su acento, su vestimenta y sus joyas, o la falta de estas, y luego pedía todo lo que creía que podía sacarles. Puede que algunas lloraran, unas cuantas tal vez huirían, pero la mayoría acabaría pagando.

Le expliqué la situación en la taberna y lo que yo intentaba averiguar.

—El contratista es un edil, de modo que no puede hacer la vista gorda. Yo le ayudo a descubrir qué ocurrió. Lo que fuera que se ocultó en el pasado, debe sacarse a la luz ahora. ¿Conoces la Hespérides?

—¡Desde luego!

A pesar del entendimiento tácito de que yo estaba al corriente de su trabajo, no habíamos hablado de ello, de modo que no insinué la pregunta sobre si Nona había ido alguna vez a la taberna por motivos profesionales. Era muy probable. Para las mozas de taberna, el embarazo es un riesgo rutinario. Por lo general no hay padre conocido. Invariablemente la chica no puede mantener a un hijo, y al mismo tiempo el tabernero la acosa para que se deshaga del problema lo antes posible y vuelva al trabajo, disponible para acostarse con otros hombres.

Si los libidinosos clientes habituales ven a una moza de taberna con bombo, huyen, pensando que tal vez acaben cargando con el mochuelo. Incluso los que son nuevos en la ciudad se asustan. Bueno, seamos sinceros, los viajeros corren un riesgo mayor; a los extranjeros recién llegados se les pilla fácilmente con una acusación falsa, por ridícula que sea, y pueden acabar en el calabozo del distrito hasta que paguen para ser puestos en libertad.

—Y bien, Nona, ¿recuerdas a Rufia?

—Todo el mundo conocía a Rufia. ¿Se ofrece recompensa por la información?

—Por ahora, no. De momento actúo por el bien público.

—¡Qué estupidez!

—Bueno, el contratista de la obra, Manlio Fausto, es un amigo. Lo hago como favor.

—¿Te acuestas con él?

Su interés por mi vida privada era profesional. Esboqué una leve sonrisa,

tratando de ser discreta. Cuando solo hace unas semanas que tienes un amante, los recuerdos pueden resultar embarazosamente vívidos.

—Quiere casarse conmigo.

—¡Eso dice él! —Se mofó la mujer sabia. Su primer principio era que, pasada la pubertad, todos los hombres son unos cabrones. En eso no hay equivocación posible—. ¡No te irás a creer la vieja mentira del matrimonio! Todos la usan para cumplir sus sucios deseos, y a mí me trae a la mayoría de mis clientas.

—Lo sé, muchos de mis clientes, igual que muchas de las tuyas, se dejan convencer con falsas promesas y tienen que lamentarlo el resto de su vida. Pero Fausto es sincero. Ya te lo he dicho, es un edil, y respetable además.

—¡Tú lo sabrás mejor que yo! —exclamó ella con una risotada. Pero quería decir: «No, no lo sabes, eres una idiota, jovencita.» No quise discutir con ella. Jamás se creería que Julia y Favonia estaban preparando en aquel mismo momento su atuendo de damas de honor.

De mi atuendo no tenían que ocuparse. Llevaría el tradicional velo de color azafrán que había pertenecido a mi tía Maya. Ella misma lo había tejido siendo joven, cuando trabajaba para un sastre e iba a casarse con su primer marido. El velo se había sacado ya reverentemente del baúl en el que se guardaba... para descubrir que después de tantos años y bastantes préstamos, las polillas lo habían agujereado. De hecho, tenía más agujeros que zonas enteras. Julia y Favonia habían sugerido que podían tejer uno nuevo, pero ni siquiera en el caso de no ser unas cabezas de chorlito habrían tenido tiempo para hacerlo. Qué suerte la mía. Me habían informado de que usaría la monstruosidad apolillada de todas formas.

—Bueno, puede que hayas logrado encontrar a un hombre que cuide de ti —dijo Nona, como si me hubiera enganchado a Fausto solo por su dinero, en lugar de unirnos para formar una pareja—. Rufia tenía que trabajar. Para una moza de caupona,³ nunca habrá una bonita boda con un sacerdote interpretando los augurios en el hígado de una oveja.

—¡Calla! Me da miedo que la maldita oveja se escape.

—Bueno, pues estás en el lugar adecuado. Conseguirás un sacrificio decente. Costo dirige un *victimarium*, son profesionales despachando ovejas. Están en esta misma calle. Hace años que trabaja y cubre la mayor parte de

Roma. Todo el mundo que los conoce encarga los asuntos religiosos a sus muchachos. Son unos buenos tipos y famosos por el buen trato que dan a los animales. Ve a contratarlos cuando salgas de aquí y olvídate de preocupaciones en tu gran día. —Por el modo en que los anunciaba, Nona parecía la leal tía de Costo—. Pero Rufia solo los conocía como clientes a los que servía bebidas —me advirtió con cautela.

—¿Y otras cosas no? —pregunté, incrédula.

Nona me dirigió su mirada más dura, realmente adamantina.

Aun así, seguí resistiéndome a creerla.

—Yo diría que Rufia tuvo que hacer lo que se espera de una moza de taberna. No la culpo por ello. Como tú misma has dicho antes, debía ganarse el sustento como mejor podía. —Y ese era el único modo. Así es la vida.

Estábamos sentadas en taburetes, casi rodilla con rodilla. Así debía de ser como negociaban las mujeres con Nona cuando le suplicaban que las ayudase con un bebé no deseado. Bajé la voz. Seguramente las mujeres harían lo mismo cuando llegaban al momento de decir de cuánto estaban y por qué era tan importante no seguir con el embarazo.

—La pregunta es, Nona, ¿se produjo alguna vez alguna disputa con el tabernero por lo que tenía que hacer Rufia? Se me ocurren varias posibilidades. Trabajaba en una taberna, así que se daba por supuesto que también subiría a la otra planta con los clientes. Tal vez a ella no le gustara, o quizá después de un tiempo ya no pudiera soportarlo más. Podría haberse echado un novio, y querría quedarse solo con él. Tal vez el viejo Tales la obligaba. Quizá los hombres que fornicaban con ella pagaban a Tales, y luego él no le daba nada a Rufia... o no lo suficiente, según ella. O acaso ocurriera al contrario; ella recibía el dinero directamente de los clientes, pero Tales sospechaba que le engañaba para darle menos porcentaje del que le pertenecía. Tal vez se pelearan por eso. O tal vez alguien se peleó con ella por otra cosa.

—Haces muchas preguntas, Flavia Albia.

—Las preguntas son inevitables. Así es como hago mi trabajo.

—Déjalo correr. El pasado está muerto y enterrado. No lo remuevas.

—Demasiado tarde. Hoy un grupo de trabajadores han desenterrado el pasado. Si es Rufia, ha vuelto para pedir justicia.

—Si está muerta, ya no le importa. —Estaba claro que Nona no creía en el más allá, postura muy conveniente para una abortista. Seguramente no querría ir flotando un día por el Inframundo y tropezar con los diminutos fantasmas de los fetos, furiosos con ella por haber sido liquidados antes de tiempo.

¿Y cómo se libraba de ellos? Se mostraba demasiado arisca para preguntárselo.

—Pareces ansiosa por proteger la memoria de la moza de taberna — comenté—. ¿Es porque Rufia había sido clienta tuya? —apunté. Nona no se inmutó—. Vamos, sé lo que ofreces. ¿Ayudaste alguna vez a Rufia a librarse de un embarazo no deseado?

—Jamás habría hecho una cosa así —me aseguró la mujer sabia con expresión pétrea—. Matar a un bebé en el vientre de la madre va contra la ley, como bien sabes, hija mía.

En efecto, el aborto es ilegal, aunque se tolera más o menos como medida de prevención. El aborto de un bebé vivo niega al padre de sus derechos. Tenemos que proteger los derechos de los hombres. La pobre madre, en cambio, no puede negarse a llevar en su vientre a ese bebé y dar a luz, aunque no se sepa quién es el padre, esté casado con otra, le dé palizas, se gaste todos sus ingresos en bebida, se muera o el muy animal simplemente se haya largado.

En otro tiempo quizás habría logrado extraer más información a Nona, pero me di cuenta de que mi relación con un magistrado actuaba en mi contra. Por Juno, me había convertido en parte del orden establecido. La gente dejaría de hacerme confidencias.

Debía aprender de mi error. En el futuro, solo mencionaría que Manlio Fausto era edil si el hecho de exponer esta información podía resultarme útil.

—Entonces, ¿no puedes contarme nada?

—No soy una chismosa.

Esa debía de ser una cualidad muy útil en su profesión. Por desgracia, no así en la mía.

Después de despedirme de Nona, pasé casualmente por delante del

victimarium de Costo que ella había mencionado, así que entré a hablar con el propietario. El sitio me recordó el negocio de un enterrador: en ambos establecimientos se mostraba muy poco para no perturbar a la gente con una referencia directa a lo que se dedicaban. Costo trabajaba en una oficina anodina que podría haber servido para un contable en lugar de un matarife. A diferencia de Nona, tenía una lista de precios en un lugar fácilmente visible, como descubrí cuando admití que tal vez necesitara de sus servicios.

En nuestra familia, tenemos que evitar que el marido de mi tía Junia, el triste Cayo Bebio, llegue a cumplir alguna vez su eterno sueño de actuar como sacerdote. En una ocasión, recibió clases para aprender a sacrificar, pero sigue sin dominar ese oficio. Julia y Favonia contaban, un tanto irreflexivamente, con este pomposo tío, suponiendo que su legendario dolor de espalda le permitiera actuar, pero decidí desautorizarlas en este caso.

Costo, un experto vendedor que vestía una larga túnica, me soltó su perorata.

—Lo mejor es utilizar el trío al completo: el *victimarius*, que conducirá con cuidado a los animales elegidos; el *popa*, que los aturdirá con su segura maza, y el *cultrarius*, que les cortará la garganta pulcramente y abrirá el estómago para inspeccionar los órganos. —«Honorarios triples», pensé, sin rencor—. Podemos proporcionar un buen vidente para que lea las entrañas. Te recomiendo a Estaberio. Del todo fiable. Solo tienes que escribirle los augurios que desees y él siempre cumple con su papel. También puedes comprarnos a nosotros la oveja, el cerdo o el toro; hermosos animales, que proceden de nuestra propia granja. Pero avísanos con tiempo si desees algún ave o criatura inusual. Tengo que advertirte que en estos momentos no podemos conseguir flamencos por nada del mundo.

—¿Qué me recomiendas?

—El cerdo es el más popular para las bodas.

—¿Quién quiere seguir la moda? ¿Puedo cambiarlo por una oveja?

—¡Por supuesto! Tenemos ovejas en abundancia. ¿Blanca o negra?

—Es una boda.

—*Nieve*, entonces.

—Espero que «Nieve» sea uno de los tonos de tu catálogo de colores de la lana, y no el nombre de una mascota.

—¡Oh, qué bromista! ¿Quién es la afortunada pareja?

—Mi hombre y yo.

Costo se echó de pronto hacia atrás para mirarme con lo que parecía respeto... o posiblemente burla.

—¡Felicidades!

—Gracias. —Me asombraba la tranquilidad con que había dicho esto—. La boda será en la casa de mi padre en el Dique de mármol, al pie del Aventino.

—No hay ningún problema. Ahora ven a conocer a los muchachos.

—Oh, perfecto. ¿Se puede elegir?

Creo que Costo encontraba a su nueva clienta demasiado frívola.

¡Dioses del Olimpo, sus muchachos estaban para comérselos! El día había sido caluroso, pero aparte de eso era evidente que a los expertos en sacrificios les gustaba presumir. Trabajaban descalzos y a pecho descubierto, con anchos fajines que sujetaban las faldas con las que se envolvían... y así los vi sentados en el patio, esperando a clientes potenciales. Para sacrificar a un toro se necesita un gran físico y unos nervios templados, y en efecto los muchachos parecían muy bien dotados. Debían de conseguir sus asombrosos músculos ejercitándose en el gimnasio, tras lo cual se untaban de aceite el torso, los brazos y las pantorrillas para realzar los resultados. Todos lucían cuidados peinados con rizos y les habían hecho la manicura. Seguro que las entusiastas muchachas les limaban las uñas gratis. En ese momento se lucían como pavos reales, relucientes como palisandro pulido. No se habría podido poner estatuas suyas en una casa, habrían sido demasiado impúdicas.

—Los adiestramos para que se comporten bien en público —me aseguró Costo—. Tus invitados verán que son muy respetuosos.

Tal vez los muchachos de pecho desnudo no pudieran decir lo mismo de mis irreverentes invitados, pero para entonces sería demasiado tarde.

Hice mi elección, aunque fingiendo indiferencia. Las cosas empezaban a mejorar. Todas mis parientes femeninas, más las de Fausto, a las que aún no conocía, sabrían apreciar mis desvelos por obtener un buen sacrificio, realizado por expertos de confianza... con un espléndido tono muscular.

—Estoy impaciente por recibirlos en casa de mi padre. Junto con *Nieve* — les dije en tono admirativo, sonriendo a Paso, Erasto y Víctor, los tres musculitos a los que había elegido—. Y ahora, no os ofendáis, pero parecéis muchachos de mundo... —Aunque ya no eran muchachos, no se ofendieron en absoluto—. Así que, decidme una cosa si podéis. ¿Conoció alguno de vosotros a una moza de taberna que trabajaba en el Jardín de las Hespérides, de nombre Rufia?

Todos la conocían, incluido Costo.

Parecían dispuestos a hablar. Al menos esa fue mi primera impresión, aunque admito que no me sentía muy inclinada a albergar dudas sobre tan espléndidos ejemplos de masculinidad. Una novia tiene derecho a añorar la libertad que va a perder. ¿No?

Víctor dijo que todos iban a beber al Jardín de las Hespérides, lo habían hecho durante años, y aún lo hacían en teoría; en cuanto reabriera al público regresarían.

—Es una buena taberna.

—¿Diríais que teníais una relación especial, o solo erais clientes normales?

—Normales. —Debido a su profesión solían tener sed. La Hespérides también era un buen sitio para ir a comer y a cenar, además se podía apostar a las carreras de cuadrigas.

—¿Y otras cosas? —pregunté, tratando de mantener un tono neutro. Nadie respondió, de modo que añadí—: ¿O sois todos unos buenos chicos que se portan bien?

Erasto dijo que Paso nunca había sido bueno ni se portaba bien; todos rieron a carcajadas. Era obvio que Paso tenía fama de seductor, algo que los otros quizás envidiaban.

—Oh, vamos, podéis contármelo. Soy una mujer de mundo, y en mi profesión he visto de todo. Si subís a la planta de arriba con las mozas de la taberna, o con los mozos, da igual, es asunto vuestro. —No vi indicios de que ninguno de ellos prefiriera al sexo masculino, pero no estaba de más

contemplar todas las opciones—. Solo me interesa lo que podáis contarme sobre Rufia, que desapareció. —Seguían sin admitir nada, así que cambié de táctica—. Al menos, si todos la conocíais, podréis describírmela. Por el momento solo conocemos su nombre. ¿Era guapa? ¿Servía bien? ¿La apreciaban los clientes?

Erasto hizo los honores.

—No era muy guapa, pero hacía bien su trabajo. Congeniaba con todo el mundo. Era simpática.

—¿Quizá demasiado simpática? ¿Se metía en líos?

—Rufia sabía cuidarse sola —intervino Costo—. Ella se ocupaba de echar a los alborotadores siempre que se necesitaba un brazo fuerte.

—¿Una mujer tenía que intervenir en las peleas? Pero hay hombres trabajando allí, ¿no?

—Natal y Nipio, sí. Pero nadie discutía con Rufia.

—Lo que ella dice se hace —afirmó Paso, corroborando las palabras de su amo. Tan severa había sido la legendaria moza que Paso aún hablaba de ella en presente—. Además, si Rufia intentaba echar a alguien y ese alguien se negaba a irse, los demás clientes de la taberna la ayudaban.

—¡Jo, jo! ¿Su palabra era ley? —Eso era ligeramente inesperado—. No parece fácil que alguien pudiera dominar a Rufia y cargársela, y eso fue lo que debió de ocurrir, si los huesos del patio son los suyos.

—Dominar a alguien siempre es posible si se hace de la manera adecuada —me corrigió Paso. Me recordé a mí misma que aquellos expertos se pasaban la vida convenciendo a enormes ejemplares de ganado para que caminaran voluntariamente hacia la muerte. Era esencial que la víctima del sacrificio no protestara, de lo contrario había que volver a empezar.

Habría sido descortés sugerir que los victimarios podían haber asesinado a Rufia. Parecían tener muy buen corazón (¡Lo sé! Muy tópico. Jamás lo aceptaría si me lo dijera un testigo, pero por supuesto se puede confiar en mi buen criterio...) Por un momento los imaginé colgando una guirnalda alrededor del cuello de la moza de taberna, conduciéndola hasta un altar con amables palabras, y luego: «Arrodíllate, Rufia, no te preocupes», golpear... aturdir... cortar... rajar... recoger toda la sangre en unos cuencos de bronce especiales...

No parecía probable. Seguramente lo que le había ocurrido a Rufia había sido repentino, un acto violento cometido por un conocido encolerizado, o tal vez un extraño. A esas alturas sería ya imposible seguirle el rastro a un desconocido. Con un conocido las perspectivas tal vez eran algo mejores.

—¿Tenía novio Rufia? —pregunté. Ellos soltaron una risita burlona. Al parecer no tenía. A la porra el sospechoso más evidente—. ¿Os hace gracia la sugerencia? —insistí.

—Ella no era de esas —afirmó Erasto.

—Nadie se habría atrevido —añadió Paso.

—¿Por qué? ¿Intimidaba a la gente? Por lo que me habéis dicho, tengo la impresión de que Rufia era una fuerza de la naturaleza. ¿Era camorrista?

—No, si se hacían las cosas a su manera.

—¿Quieres decir que eso era lo que hacía la gente por lo general? ¿Había alguien que le tuviera inquina?

Sin consultar entre ellos de manera evidente, todos negaron con la cabeza. Estaban seguros. ¿Demasiado seguros? A veces, uno capta un leve indicio de conspiración. ¿Eran unos parpadeos lo que había captado?

—¿Estáis todos seguros de eso? Bueno, si recordáis algo, por favor, hacédmelo saber.

Todos asintieron a la vez como buenos y honrados muchachos. Cada uno evitando mirar a los demás.

¿De verdad estaban convencidos de que no había nadie que guardara rencor a Rufia? ¿Era la moza una muchacha realmente encantadora con una dulce personalidad, que caía bien a todo el mundo? ¿Una simpática muchacha de brazos fuertes, capaz de expulsar a los patanes (como en efecto hacía) y conseguir que la gente la obedeciera en general? Había conocido a otras mozas de taberna que eran así. Disfrutaban con el poder. Siendo como es ese ambiente, no se lo reprocho.

—¿Recordáis la época en que desapareció? —proseguí. Hubo más asentimientos, nuevamente serviciales—. ¿Se supo de inmediato? ¿Esa misma noche o a la mañana siguiente? ¿O la gente se fue dando cuenta poco a poco de que ya no estaba?

Esta pregunta pareció desconcertarlos.

—Supongo que fue poco a poco —decidió Costo.

—Teniendo en cuenta que en la taberna había más gente trabajando, supongo que al principio no afectó a su funcionamiento que Rufia no acudiera a su puesto, ¿no?

—¡Los demás la pusieron de vuelta y media! —comentó Víctor con una sonrisa.

—Las tabernas suelen cambiar mucho de personal —dije, cavilando—. Los empleados van y vienen... ¿Cuánto tardaron en empezar los rumores, la sospecha de que la habían asesinado?

No supieron decírmelo. La historia de que la habían matado y enterrado en el patio parecía haberse desarrollado lentamente hasta que todo el mundo estuvo al corriente.

—¿Y qué decía al respecto el antiguo dueño, Tales?

—Carraspeaba y no hacía comentarios. Él era así.

—¿Se sospechó de él desde el principio? —De nuevo me dijeron que la supuesta implicación del dueño de la taberna se fue desarrollando sutilmente. No se produjo un clamor popular ni nadie lo investigó. Aunque la gente suponía que habían asesinado a Rufia y que él era el culpable, nadie alzaba demasiado la voz para afirmarlo—. ¿La gente le tenía miedo a Tales?

—No era un hombre al que conviniera irritar, a menos que quisieras que te negara la entrada a la taberna.

—¡Oh, estupendo! ¡Nadie pensaba en Rufia, solo en si podría entrar en la taberna! —Aquello tenía un horrible viso de verdad—. ¿Solía ser violento?

—No especialmente —contestó Paso, el que se suponía que llevaba una vida disoluta.

—Para ser el dueño de una taberna —comentó Erasto, riendo entre dientes. Era mucho más callado que los otros. Tenía una marca de nacimiento en un lado de la cara que tal vez ahuyentara a algunas chicas. Cuando llevaba a cabo un sacrificio, seguramente tenía que tapársela con cosméticos para parecer perfecto.

—Mmm... ¿Deduzco que Rufia no vivía en el establecimiento? Sé que hay habitaciones en el piso de arriba.

—Cuando la taberna está abierta, esas habitaciones siempre están ocupadas —dijo Costo.

—¿Para que descansan los viajeros... o para lo que he mencionado antes?

—Para toda clase de cosas —afirmó, fingiendo que todas ellas eran de lo más inocentes. ¿Un club de costura? ¿Un grupo de poetas pastoriles?

Lo importante era que Rufia vivía en algún otro sitio, lo que hacía menos probable que alguien hubiera ido a comprobar qué pasaba cuando dejó de acudir al trabajo.

—Supongo que tendría una habitación no muy lejos de la taberna, ¿no?

—En el callejón de la Mula Sucia, creo.

—¿Una zona solicitada? —comenté con ironía. Ellos me siguieron la corriente.

—¡Muy exclusiva! —se burló Costo. Erasto comentó que su primo vivía allí desde siempre, de modo que no conocía nada mejor.

Mientras me hablaban sobre el callejón de la Mula Sucia, noté que les divertía la idea de que yo fuera allí. ¿Sería también un lugar peligroso?, me pregunté. ¿Sería arriesgado que fuera?

—Eso tal vez explicaría lo que le ocurrió —dije—. Hay muchos ejemplos de mozos de taberna que son atacados en el camino de vuelta a casa, cuando se marchan agotados después de haber terminado por fin su jornada de trabajo. Sobre todo si son mujeres. En ocasiones es para robarles, si hay dinero fácil, pero los perversos lo que buscan es sexo, sexo con una víctima sola y vulnerable.

—¿Podrían haberla visto antes en la taberna? —sugirió Paso, al que claramente no le gustaba la idea.

—Sí, pudo ser esa noche, Paso, o quizá llevaban semanas vigilándola —respondí—. A veces el atacante incluso se ha insinuado y lo han rechazado; pero lo más frecuente es que nunca haya hablado con la víctima, que ni siquiera ha reparado en él.

—¡Da miedo!

—Sí. Por lo que comentáis sobre Rufia, yo diría que debía de ser muy espabilada, pero podrían haberse lanzado sobre ella de repente, en un lugar donde no tuviera posibilidad de escapar, donde no hubiera nadie que pudiera oír sus gritos de socorro. En cualquier caso, estaría cansada después de un largo turno, con la guardia baja.

Había un fallo en este argumento, que no mencioné. Si alguien había atacado y matado a Rufia en la calle, ¿para qué iba a llevar después el

cadáver de vuelta a la Hespérides? Podrían haberla enterrado en cualquier otra parte, o de modo tan incauto abandonar su cuerpo. ¿Por qué relacionar el asesinato tan estrechamente con su lugar de trabajo?

Estaba convencida de que, fuera cual fuese la desgracia acaecida a Rufia, tenía que haberse producido en la taberna. O bien la moza no había llegado a abandonarla esa noche, o había vuelto después. Pero a menos que un montón de gente hubiera presenciado su muerte y hubiera guardado un estricto silencio desde entonces, el suceso solo podía haber ocurrido en plena noche, después de que la Hespérides cerrara sus puertas y el personal se hubiera ido a casa.

Eso concordaría con la teoría de la pelea con el dueño, tal como indicaban los rumores.

Por el momento, no podía formular ninguna otra pregunta. Necesitaba alguna pista. Cuando me fui, Costo y sus muchachos me acompañaron hasta la puerta con deliberada cortesía. Miré hacia atrás y agité una mano. Sabía que el grupo de hombres se había quedado mirándome mientras me alejaba. Aunque me habría gustado pensar que ello se debía a que mis preguntas les habían parecido certeras y mi persona les había resultado atractiva, sospechaba que tenían otro motivo. Mi visita me había dejado vagamente insatisfecha. Sabían algo. Por mi parte, aún no tenía suficientes elementos de juicio para presionarlos.

Era muy probable que Fausto tardara aún en regresar. No solo tenía un buen trecho desde el Aventino, también se había cargado de trabajo: asuntos de sus deberes como edil, planes de boda, ir en busca de nuestro equipaje y visitar la vía Loretí Minoris para ver qué andaban haciendo sus obreros. Esperaba que no desenterraran más restos humanos, de lo contrario también yo acabaría agobiada de trabajo.

Por supuesto, en cualquier ciudad era posible encontrar unos huesos, sobre todo en Roma, que tenía una larga historia. La prohibición de sepultar cadáveres dentro de los límites de la ciudad era una buena medida de higiene, pero debía de haber conducido a enterramientos secretos desde siempre. No tenía por qué ser necesariamente a consecuencia de algún delito. Mucha gente pobre no podía permitirse pagar un nicho ni siquiera en el columbario⁴ más modesto, y mucho menos una tumba en una necrópolis. Incluso para enterrar las cenizas en una vieja vasija rota, primero tendrían que pagar la

incineración. De modo que, cuando se excavaba en cualquier lugar de Roma, siempre había la posibilidad de encontrar unos huesos que no deberían estar allí. Abundaban los esqueletos de bebés, aunque si un bebé moría durante los cuatro primeros días después del nacimiento, estaba permitido enterrar el cadáver en casa. Era mejor tener a tu bebé muerto bajo tu propio umbral, que arrojar su triste cuerpecito a una pila de inmundicias, arriesgándose a que lo encontraran perros, ratas, cornejas y brujas, por no hablar de jóvenes en busca de alguna cosa horripilante a la que dar puntapiés por la calle.

Decidí que sería mejor que Fausto y yo tratáramos de averiguar si los huesos que teníamos eran realmente de una mujer, una mujer cuya desaparición aún se recordaba. No tenía sentido que investigara lo que le había ocurrido a Rufia, si los huesos no eran los suyos. Por su aspecto, el Jardín de las Hespérides había sido una taberna desde la época de la República,⁵ así que, teniendo en cuenta lo que solía ocurrir en cualquiera de esos establecimientos, podía haber toda una larga serie de desventuradas mozas que hubieran hallado la muerte de forma prematura.

Me sentía desanimada. ¿Por qué me había dejado enredar tan fácilmente? ¿Por qué no aprendía nunca?

Me decidí a entrar en unas pequeñas termas, recordándome a mí misma lo repugnantes que pueden llegar a ser. En las que frecuentas, acabas dejando de ver la capa de mugre. Allí la suciedad y el aceite que flotaban en tinas y piscinas eran demasiado evidentes, y los suelos resbalaban a causa de la suciedad que otras personas se habían quitado frotándose. Los clientes parecían la clase de personas que meaban en las piscinas.

De acuerdo; eso no se puede saber solo por su aspecto. Aunque allí todos tenían aspecto de personas que pedían a gritos que las insultaran.

Volví a salir con ánimo sombrío, y exploré otros puestos y tiendas de la zona de las Diez Tiendas. Compré provisiones con las que me fui a la habitación alquilada. La bolsa de huesos me dio una bienvenida silenciosa y la metí debajo de la cama. Mientras esperaba a Fausto, me fijé mejor en los alrededores.

La habitación daba justo a un concurrido cruce. Detrás de una desvencijada persiana encontré un balcón en el que podías dar un paso, si realmente te apetecía estar de pie en una cornisa como una paloma. Colocada

allí en precario equilibrio, vi a la gente que atestaba el Vicus Longus, con sus habituales aditamentos: olores que procuré no identificar; mulas que rebuznaban y muleros que se desgañitaban; mujeres chillonas que discutían con broncos vecinos; artesanos cantando mientras trabajaban; metalistas que batían cobre, carpinteros raspando madera con azuelas que me daban dentera. Alguien rascaba una enorme marmita, echando los restos en el arroyo, y vi a un pobre niño que berreaba reclamando una atención que no iba a recibir. Una jauría de nueve perros vagabundos pasaron corriendo sin freno y ladrando como locos, luego se oyeron los gritos de los transeúntes tras los perros.

Había identificado ya algunos de los olores, y deseaba no haberlo hecho. Me armé de valor para seguir mirando, porque quería seguir palpando el ambiente del vecindario.

La gente procedía de todas las clases y de todo el entramado de la sociedad. Grupos de haraganes merodeaban a la espera de que mejorara su vida, haciendo más ruido del que parecía prudente, teniendo en cuenta que, mientras yo los observaba, apareció un grupo de las cohortes urbanas buscando a gente a la que hostigar. Unas cuantas mujeres maduras que parecían de lo más respetables volvían a casa con sus cestos de la compra. Aquellas mujeres necesitarían un lugar para las prácticas religiosas, pero no se veía templo alguno por ninguna parte. Lo más parecido al incienso era el olor acre que despedían los esclavos públicos a los que habían dado de comer sopas de ajo. Tal vez lo hacían para que no notaran la peste de los excrementos que barrían de la calle.

Al menos la barrían. La gente de aquel barrio debería probar a vivir en la plaza de la Fuente, donde no se barría nunca.

A medida que la tarde avanzaba hacia el ocaso, empezó a emerger la gente de la noche. Gente que se dedicaba al negocio del entretenimiento, empleados de taberna, músicos, tipos extraños que se vendían de muchas y curiosas formas, todos encaminándose a sus lugares de trabajo, lugares ruidosos y animados que permanecerían abiertos hasta altas horas de la noche, y podía apostar a que en aquel distrito los clientes eran de los que no se marchaban nunca. Pasar la velada en una taberna era su forma de relacionarse con la gente e incluso de hacer negocios; así evitaban la tristeza

de volver a casa cuando allí reinaba la miseria. No era un barrio tranquilo, no era un barrio para vivir en él, siempre que se pudiera elegir. Mucha gente no podía, de modo que aquellas almas miserables, con sus hijos, sus ancianos padres y sus animales, daban rienda suelta a sus frustraciones a todas horas.

Mirando hacia el final de la corta calle que cruzaba el *vicus*, vi a una pareja en un callejón, achuchándose contra una sucia pared, mientras en otro pasaje había un grupo de hombres con las cabezas juntas como si inspeccionaran artículos robados. Los de los callejones era solo para evitar ser pisoteados. Les daba igual que los vieran. Llevaban a cabo sus actividades a la vista de todo el mundo, y ni siquiera los recios pasos de los soldados de las cohortes urbanas lograron interrumpirlos. Lo mejor sería que no permitiera a mi amante tomar el aire en el exiguo balcón, si no quería que se sumiera en una crisis de conciencia. Ya tenía trabajo suficiente para que encima le entraran ganas de limpiar el distrito de otro edil.

Por suerte, cuando por fin llegó era ya de noche, aunque al abrir la puerta vi que echaba la mirada atrás con aire preocupado. Su esclavo, Dromo, lo seguía gruñendo bajo el peso del equipaje que traía para nosotros. Les di de comer a ambos y luego llevé a Dromo a la Hespérides, donde tendría que acomodarse en algún rincón que encontrara. Cuando regresé a la habitación, Fausto estaba en la cama, dormido.

Me tumbé a su lado en silencio. Él se despertó lo suficiente para emitir un murmullo. Me dio un leve beso en la frente que sirvió para darnos las buenas noches. Nuestra relación era ya tan íntima, que habíamos superado la necesidad de más aspavientos. Estuve unos minutos pensando en la extrema dureza del colchón y luego, pegándome a él, también yo intenté dormir.

No hubo manera. Pasé mucho rato escuchando el barullo de la calle. Además de la algarabía de voces, en la Rómulo había música en directo; en las cálidas noches de agosto como aquella, castañuelas y panderetas se sacaban a la calle, donde los parroquianos participaban en el improvisado concierto dando palmas y zapatazos en el suelo. La Cuatro Lapas competía con una única lira, supongo que bien tocada a juicio de los aficionados a los instrumentos de cuerda de sonido estridente y lastimero en manos de un enloquecido y melodramático cantante. Mientras tanto, un insistente pelmazo con una zampoña recorría todas las tabernas, acercándose a los bebedores

hasta que estos le pagaban para que se largara.

Al menos así le tomaba el pulso a la noche en aquel barrio, el lugar sórdido, cálido y ruidoso en el que se decía que habían asesinado a la pobre Rufia.

Al final el sueño ligero de Tiberio le permitió percibir que me estaba costando encontrar reposo. Se despertó lo bastante para estrecharme contra él con un brazo, y luego volvió a dormirse inmediatamente. Pensé en ello con la cabeza apoyada en su hombro. Fausto era apasionado, cuando el cansancio no lo dejaba fuera de combate. Incluso aquella noche quería sujetarme con fuerza, como si pudiera escapar de él mientras se hallaba sumido en el sueño. Así pues, allí estábamos los dos, sumamente a gusto en nuestra mutua compañía. Juntos para el resto de nuestra vida, eso lo sabía. No necesitaba que el augur lo presagiara durante la boda, observando el hígado de una oveja muerta.

Claro que tampoco haría ningún daño que profetizara nuestra felicidad ante las familias, que no daban gran cosa por nuestro futuro. Tiberio tenía razón: tal vez nuestros parientes quedarían un poco más convencidos si se lo decía un extraño con la cabeza cubierta con un sucio velo.

Sonriendo para mis adentros por la incongruencia de tener un marido con el que estaba de acuerdo, por fin me quedé dormida.

La vida callejera en las Diez Tiendas me dio pesadillas.

Por lo general, procuraba no pensar en las injusticias de mi infancia de huérfana de la rebelión de Boudica, cuando había vivido entre gentes que no me tenían el menor cariño valiéndome por mí misma, hurgando en busca de comida. Los sonidos que me bombardeaban allí me llevaron de vuelta a las frías calles sin pavimentar de Londinium, donde en otro tiempo había rondado por sórdidas tabernas buscando un mendrugo de pan para matar el hambre, entre la escoria de degenerados miembros de tribus, mercaderes en tránsito, soldados descontentos y criminales forasteros.

Me desperté sobresaltada, con la boca seca y palpitaciones. Si intentaba volver a dormirme enseguida, tendría la misma pesadilla. Abandoné la cama y me acerqué al balcón.

La oscuridad reinaba en las calles. El ruido se había amortiguado, los músicos habían dejado de tocar, pero un continuo y sordo rumor de voces me indicaba que la gente seguía allí. Nadie intentaba siquiera iluminar la calle en una zona como aquella, y cuando había una esporádica lámpara de aceite para los clientes de las tabernas, esta daba tan solo una luz tenue que apenas alumbraba la mesa o el mostrador donde se había colocado. Cuando mis ojos se acostumbraron, vi a los mozos de taberna moviéndose todavía de un lado a otro con bandejas sobre los hombros. Me pareció oír el nítido repiqueteo de fichas de juego y los gritos de los que reaccionaban al ser arrojados los dados. Escudriñé las sombras más densas, imaginando que veía a algún niño abandonado, acurrucado en un callejón, como me había pasado a mí.

—¿Qué ocurre? —Tiberio pensaba que me había molestado algún ruido de la calle.

—Una pesadilla.

Oí el suave ruido de sus pies desnudos acercándose, sentí sus cálidos brazos rodeándome desde atrás, consolándome, no controlándome.

—Relájate —musitó. Yo me recosté en él, aceptando su afecto.

—Lo que ocurre en estas calles fue mi mundo en otro tiempo.

Él no dijo nada. Así era Tiberio Manlio. Quizá suspiró un poco.

—¿Lo sabías? —insistí.

—Siempre ha sido obvio. —Agarró uno de mis dedos índice y me hizo tocarle la cicatriz de la palma de la mano donde, antes de conocerlo bien, le había clavado un espeto de pescado—. Las jóvenes damas bien educadas de hogares convencionales no hacen esas cosas.

—Entonces, ¿es el peligro y la emoción lo que quieres de mí?

—Sencillamente, te quiero a ti. No creo que seas peligrosa, al menos para las personas a las que quieres. —Al cabo de un momento añadió—: Tu madre me lo dijo, ella consideraba importante que yo supiera que habías tenido una infancia muy deprimente.

Durante unos instantes me enfadé con Helena, antes de darme cuenta de que pretendía protegerme. No quería que Fausto se enterara más adelante de mis experiencias. Sin esperanza ni seguridad. Los golpes, el hambre emocional, la violación a manos del dueño de un burdel... Lo único que Tiberio sabía de mis labios era que después había tenido un matrimonio feliz, aunque trágicamente breve.

—No me dio detalles —dijo él.

Tampoco se los di yo. No estaba preparada para aceptar el riesgo. Tal vez no llegara nunca el momento. Aun así, musité:

—Helena Justina te advirtió por una buena razón. ¿Qué contestaste tú?

—Le dije que me afligía tu sufrimiento, que siempre había sospechado, pero te amo como la mujer que eres. Puedes contármelo —sugirió en voz baja, todavía detrás de mí. Una de las cosas tiernas que nos habíamos dicho al admitir por primera vez nuestros sentimientos era que podíamos contarnos cualquier cosa. Así lo hacíamos casi siempre, aunque la gente se engaña a sí misma. Un exceso de sinceridad siempre es peligroso. Incluso al mejor de los

hombres podía costarle aceptar mis experiencias.

—Ahora no —respondí. Tiberio pensaba que podía soportar cualquier cosa, pero yo me resistía a poner a prueba su tolerancia—. Intento olvidarlo. —Por supuesto, jamás lo olvidaría del todo. Eres lo que tu pasado hace de ti.

¿Puede el presente rehacerte? Me di la vuelta para abrazarlo, gozando de la forma y el tacto de su cuerpo que estaba aprendiendo a conocer, adaptándome a su torso y a su estómago. Ambos estábamos desnudos. Hasta hacía poco yo dormía con una vieja túnica interior; seguramente él hacía lo mismo. Ahora, salvo unos cuantos días al mes, parecía innecesario.

Nos besamos con suavidad, luego volví a la cama con él. Mis malos recuerdos seguían latentes, pero la pesadilla no volvería a molestarme esa noche.

Tiberio me estrechó contra sí.

—Mientras yo viva, Flavia Albia, estarás a salvo. Si tengo alguna influencia, serás feliz.

—Lo sé. —Siempre era feliz con él, y la felicidad hace que te sientas segura.

26 de agosto

Siete días antes de las calendas de septiembre
(a.d. VII Cal. Sept.)

Cinco días antes de la boda de
Tiberio Manlio Fausto y Flavia Albia

El desayuno era nuestro momento especial. Había empezado siéndolo cuando nos encontrábamos como por casualidad y nos sentábamos juntos en la caupona de mi tía. En el Astrónomo había que conversar para no perder el sentido de la realidad. Habíamos descubierto que se nos daba bien charlar, a pesar de que los dos éramos reservados por naturaleza. Así pues, nos hicimos amigos comiendo el pan granítico del Astrónomo y sus carnes grasientas. Yo observaba a Fausto mientras él evaluaba mentalmente a quien nos sirviera ese día el menor número posible de olivas que podía servir sin que le tiraran el plato de cerámica a la cabeza. Esos cuencos son pequeños, pero pesan bastante, como sabe cualquiera que viva en la calle y busque comida. A mí me los habían arrojado más de una vez en Londinium.

Tras unos cuantos desayunos en el Astrónomo, caí en la cuenta de que, en realidad, Fausto no inspeccionaba los aperitivos, sino que se interesaba por mí.

Ahora que vivíamos juntos, seguramente volvería a contar olivas de verdad. Era un edil. Vigilar el comportamiento era su tarea predilecta. Le dejaría que continuara con eso. Controlar lo que se servía en las tabernas era mejor que imaginar que podía controlarme a mí.

A la luz del día, vimos los restos del antiguo mercado que debía de haber dado su nombre a las Diez Tiendas. Había comercios de una sola habitación en la planta baja, con el techo abovedado y una habitación encima, como la que nos servía de alojamiento. Por la mañana temprano, las tabernas estaban cerradas —aunque por el barrio aún era posible tomarse un trago, y no me

refiero de agua—, mientras que las tiendas que no habíamos visto la víspera abrían ahora y revelaban su presencia. Sobre todo vendían legumbres y verduras frescas. Uno de los comerciantes de pergaminos que supuestamente daban fama al Argileto. Un cuchillero, de forma que los clientes de las tabernas pudieran comprar cuchillos de mango de hueso para clavárselos a otros clientes con los que discutieran mientras comían.

Un rótulo anunciaba que en una de las habitaciones superiores vivía un boticario, dispuesto a salir corriendo con unguentos para cualquier herida de cuchillo que no fuera fatal. También afirmaba vender pócimas de amor. Se arriesgaba a ser objeto de la redada de algún edil dispuesto a erradicar las prácticas mágicas. Como muchos otros, el boticario se aferraba a esas prácticas, suministrando hierbas que funcionaban y encantamientos que no, píldoras que te tenían toda la noche encorvada sobre un cubo, y polvos que al parecer te volvían irresistible para los demás, pero que también podían matarte.

En el Vicus Longus encontramos un puesto de comida que barría una mujer envejecida, mientras su hija de flaco rostro servía unos cuantos bollos y trozos de queso a trabajadores que pasaban por allí. En lugar de hacer que nos apiñáramos en el mostrador, sacaron un banco para que nos sentáramos.

Nos pusimos al día sobre nuestras actividades respectivas de la jornada anterior. Cuando expresé la preocupación de que Tiberio abarcara más de lo que podía, él me tranquilizó. No dijo nada sobre el progreso de la reforma en la casa, aunque deduje que había estado allí. En la oficina de los ediles había dicho que «se iba a su villa junto al mar»; al parecer nadie esperaba que un magistrado trabajara en plena canícula, aunque Manlio Fausto debía de ser el único en toda la historia demasiado pobre para poseer una casa de vacaciones. Andaba en disputa con su tío por su derecho a retirar parte de las inversiones familiares. Jamás le arrebataría dinero a su tío Tulio para lujos. Bastante difícil era ya encontrar fondos para financiar los negocios.

A Julia y a Favonia las había dejado ocupadas con la lista de invitados a la boda. Cuando mis hermanas se aplicaban a algo que querían hacer, podían ser muy meticulosas. Tenían a Katutis, el secretario de nuestro padre, redactando invitaciones; entre todos no cabía la menor posibilidad de que olvidaran a ninguno de nuestros horribles parientes. Ya no faltaba nada para que el

evento quedara anotado en el calendario de todo el mundo. Estaba atrapada.

Mencioné que yo misma había contratado a unos victimarios y un augur. Mi novio se mostró irritado. Señaló con tono apacible que, dada mi negativa a interesarme por la ceremonia, sus ayudantes y él se habían ocupado de todos los detalles; debíamos evitar duplicaciones, sentenció... practicando para el día en que pudiera andar dando órdenes a gritos como cabeza de familia. Por mi parte, practicando para no hacerle ni caso, le dije que Julia y Favonia estarían encantadas cuando vieran a los musculosos profesionales que había contratado.

—Recuerda que te casas conmigo, no con un puñado de matarifes cabrones con el pecho desnudo —gruñó Tiberio. Sonreí con aire ensoñador—. ¿Qué? —preguntó.

—¡Recordándote en la cama! —musité, y él fingió no ruborizarse, al tiempo que se inflaba como un pavo. ¡Qué fácil resulta mangonear a los hombres!

Fausto me dio un leve codazo en las costillas, plenamente consciente de mi táctica.

—¿Y qué clase de horrible rompecorazones es tu augur?

—No lo he visto. Se supone que es de los mejores. Solo tenemos que enviarle una nota con antelación para que prediga todo lo que le pidamos.

—¿No puede «predecir» lo que queremos sin que le proporcionemos instrucciones? Me gustaría una larga vida con una encantadora esposa que nunca se muestre descarada.

—Lo siento, señor, no puedo incluir esa característica. Ese presagio ya no se ofrece. Incluso los dioses tienen limitaciones.

Mientras Tiberio mordisqueaba el borde de su vaso, hice un resumen sobre lo que había averiguado el día anterior en el curso de los diversos interrogatorios, sobre todo el de Costo y sus hombres.

—Descarto la posibilidad de que Rufia fuera víctima de algún acosador que la atacara mientras volvía a su casa en el callejón de la Mula Sucia. Creo que la asesinaron en la taberna. Así que, o bien era una damisela maltratada y golpeada por un patrón degenerado que reclamaba ciertos derechos sobre su empleada, seguramente estando borracho, o era una insolente pendenciera que «se lo estaba buscando», si aceptamos esa forma de ver las cosas. Aún no

lo tengo claro; necesito hacer más averiguaciones.

Tiberio convino en que debíamos convencer a alguien que tuviera conocimientos de anatomía para que examinara los huesos. Los llevábamos con nosotros, como una mascota que necesitara ejercicio. Él iba a visitar a los vigiles del distrito, la Tercera Cohorte, para informar de nuestro hallazgo, y allí preguntaría si su médico o algún otro experto podía pronunciarse al respecto.

Pagamos el desayuno, lo que significaba que pagaba yo, por culpa del tío Tulio.

Mirando a la mujer mayor mientras contaba las monedas, deduje que había estado escuchando nuestra conversación. No dijo nada, pero yo sabía qué estaba haciendo aquel taimado pajarito mientras limpiaba inocentemente el mostrador.

—¿No serás clienta del Jardín de las Hespérides por casualidad? — pregunté, haciéndole saber con amabilidad que la había pillado escuchándonos. Ahora era la hija la que escuchaba. Tampoco ella dijo nada.

La Hespérides estaba muy cerca, pero no se veía desde allí. La madre negó con la cabeza, apretando los labios. Era una mujer muy trabajadora a la que ofendía la sugerencia de que pudiera rebajarse a empinar el codo en una taberna.

—Se ha encontrado un cadáver en el patio de ese establecimiento. Supongo que habrás oído hablar de ello. —Una vez más fingió escandalizarse. «¡Yo no hago caso de chismorreos, Flavia Albia!» Parecía mi abuela, en el Aventino, dándome con la bayeta por insolente.

La pillé mirando fijamente la bolsa de huesos.

Fausto y yo nos fuimos al Jardín de las Hespérides.

Al instante nos abordó Dromo con sus quejas. No se podía esperar de él que viviera en un lugar lleno de cadáveres, no había podido pegar ojo, el vigilante se había mostrado cruel con él, y nadie le había dado de desayunar.

—Ven conmigo —le ordenó Fausto muy tranquilo—. Te compraré una torta por el camino.

—¿Cuéntaselo todo a tu bondadoso amo, Dromo! —dije.

Había escuchado cuidadosamente las quejas del esclavo por si había visto algo útil. Al fin y al cabo, se había pasado la noche en el escenario de un crimen recién descubierto. Podría haber sucedido cualquier cosa. A él no le dije nada, pero es cierto que a veces los criminales vuelven al lugar del delito.

—Yo no creo que el amo sea bondadoso, Flavia Albia.

—Sí que lo es. Si eres bueno, a lo mejor Manlio Fausto te dejará llevar el saco de huesos.

—¡No pienso tocar a una persona muerta!

—Pues entonces tienes suerte, porque los huesos van en un capazo —le espetó su amo airadamente, entregándole los restos.

Partieron así, discutiendo como tenían por costumbre. Yo me dirigí al patio. El vigilante, Trifo, me abrió antes de echarse a dormir en un jergón en la taberna. Una vez sola, eché un vistazo alrededor, contemplando el lugar bajo una nueva luz.

El proyecto para aquel pequeño espacio exterior, que a mí me parecía ridículo, consistía en dotarlo de uno de esos canales que se instalan en los comedores elegantes al aire libre, en los que flotan pequeños platos de comida, generalmente para hundirse con su contenido. En el extremo opuesto al final de la barra se había creado una absurda cueva artificial con adornos de conchas y un pequeño mosaico de Océano envuelto en relucientes algas de cristal. Era obra de un supuesto especialista; lo sabía porque Fausto había tenido una trifulca con él, debido a que el experto estaba ocupado con el diseño de una villa y en su lugar había enviado a su aprendiz. Dicho aprendiz no había recibido la formación adecuada, pero era un muchacho espabilado que aprendía trabajando. Las rizadas algas de su derecha le habían quedado mucho mejor que las de su izquierda. Los clientes avisados pedirían la mesa junto a la higuera, en el lado bueno de Océano.

La higuera era nueva. En teoría iban a plantarla en espaldera en uno de los muros del patio, pero por lo visto los obreros se habían ocupado de ello; nadie les había dicho que debían contener el crecimiento de las raíces. En pocos años, el monstruo alcanzaría los doce metros de altura, así que, cuando sus duros frutos sin madurar cayeran de las ramas más altas, irían a parar a la cabeza de los bebedores con fuerza suficiente para dejarlos sin sentido. O peor, los higos caerían dentro de los vasos y derramarían la bebida.

Eso si el árbol vivía. El retoño parecía enfermo. No había agua en la taberna por el momento. Los obreros habían llenado un pozo con cemento. Se suponía que debían realizar la conexión con un acueducto que suministraría agua a la fuente y a la cocina, pero acababan de comunicar el horroroso coste de todo aquello al nuevo propietario y el hombre se resistía a pagarlo. Fausto, que había heredado aquel extravagante diseño, había prometido buscarle otras opciones, aunque una vez tapiado el pozo no quedaba ninguna. Como cualquier contratista experimentado, Fausto se limitaba a esperar a que el cliente cediera y pagase, consciente de que Liberal estaba desesperado por volver a abrir su taberna.

Los huesos de Rufia se habían encontrado bajo el muro opuesto al de la higuera. Que yo supiera, los hombres habían cavado allí solo para enterrar los envoltorios de su almuerzo y un saco apestoso, el método tradicional al que recurren los peones para no tener que sacar los escombros de una obra.

Regresé al pasillo que llevaba de vuelta al interior de la taberna y vi una angosta escalera. Debía de conducir a las habitaciones de arriba, donde los clientes obtenían los «extras». Era empinada y oscura, con peldaños sucios y paredes polvorientas. Levantándome el borde de la túnica, subí por ellas para explorar. Tres entradas cubiertas por cortinas se apiñaban en torno a un descansillo que solo era apto para cabras montesas. No había luz natural ni apenas espacio suficiente para que uno se moviera en él. Me golpeé la cabeza con una lámpara fállica que colgaba del techo, que debía de ser útil de noche y una clara indicación de lo que por allí ocurría, aunque nadie que no fuera un completo idiota iría a parar allí por accidente. Aun así, los idiotas también van a las tabernas.

Retiré la primera de las finas cortinas y encontré un mero cubículo con una cama individual sin hacer. Nada sorprendente. No había más muebles. Nada de detalles de bienvenida (es broma), ni siquiera orinal. Como alcoba para el placer era de lo más vulgar, aunque ya me lo esperaba.

—¡Cinco estrellas! —exclamé en alto, adjudicándole sarcásticamente la categoría de una mansio de las que se ven en los mapas de viajes de lujo. Seguro que no eran muchos los transeúntes de alcurnia que acababan en la

Hespérides, aunque los forasteros recién llegados a una ciudad pueden cometer errores. Bueno, ¿quién no se ha metido sin querer en un antro de pecado cuando solo buscaba cenar tranquilamente unos garbanzos?

Cuando me di la vuelta para inspeccionar las otras dos habitaciones, me llevé un susto que casi me hizo caer por las escaleras. Había alguien más.

—¡Por Hades! —Estaba asustada, lo admito.

Un hombre que llevaba una túnica de una manga y sin cinturón había asomado la cabeza desde una de las habitaciones para ver quién era yo. El ocupante de la otra habitación también apartó la cortina; estaba desnudo. Tenía el pecho extremadamente velludo y, por prudencia, procuré no mirar más abajo. Me pareció oír voces femeninas de fondo, pero las aberturas eran estrechas y las personas que había dentro de las habitaciones quedaban ocultas a la vista. A juzgar por el aspecto de los dos hombres, quienes los hubieran atraído hasta allí no podían ser demasiado exigentes.

A pesar del sobresalto, me sobrepuse para abordarlos.

—Nipio y Natal, supongo. ¿Trabajáis aquí cuando la taberna está abierta? Bueno, yo soy Flavia Albia e investigo el desagradable hallazgo que hicieron ayer los obreros. ¡Os sugiero que los dos os vistáis de inmediato y que bajéis para ayudarme en mi investigación!

Cuando bajaron al patio, yo aguardaba sentada con expresión severa. Permanecer sentado mientras los otros están de pie es un signo de superioridad en Roma, aunque los mozos de taberna no se atienen nunca a esta norma de etiqueta. Incluso tumbado en el sucio suelo metiendo una cuña bajo la pata de una mesa renqueante, un mozo de taberna seguirá comportándose como si fueras un esclavo advenedizo con quejas irracionales, mientras que él es de estirpe real. Ya puedes ponerte de pie, sentarte o hacer cabriolas como un delfín con hipo, que no obtendrás el menor respeto. Todos los mozos de cualquier taberna detentan una posición de poder. A Julio César debían de partirle la nariz cada vez que se le antojaba media jarra de vino tinto de la casa cuando salía a comprar.

Vale. Admito que quizás el viejo y pomposo César nunca tuvo que salir corriendo a comprar una cebolla... ni siquiera para lograr unos minutos de paz sin Calpurnia incordiándolo con sus sueños.

Nipio y Natal me pusieron la cara típica de «¿Qué quieres, que te atiendan más rápido?». Llevaban tanto tiempo sirviendo mesas que esa era su primera línea de defensa.

—¡Bueno! —Con mi tablilla para notas sobre una rodilla y el punzón en una mano, era la viva imagen de la compostura—. ¿Quién es quién?

Me lo dijeron a regañadientes. A la luz del día, eran como dos quesos a medio curar. No habían permanecido en una cueva reposando el tiempo necesario como para que su olor te echara para atrás, pero en teoría tenían edad suficiente para haber estado en la taberna cuando Rufia trabajaba allí.

Ambos rondarían los veinticinco, seguramente más, de modo que, según mi rudimentaria cronología, a la sazón debían de ser unos adolescentes en su primer empleo. Nipio era más alto, cejijunto y con pústulas. Natal era más corpulento y solo tenía la mitad de granos, era el héroe de pelo en el pecho; su hirsuto vello negro asomaba ahora por el cuello de su arrugada ropa de trabajo. Debía de ser la única túnica que poseía, claramente comprada cuando estaba más delgado. No era la mejor publicidad para la comida de la taberna.

Vestían túnicas verdes similares, como de uniforme; Natal había adornado el borde de la suya con una raída orla marrón. O al menos había convencido a alguna chica para que lo hiciera. Nipio expresaba la poca o mucha personalidad que tuviera llevando alrededor del cuello un trozo de cordel del que colgaba un gran guijarro con un agujero. Debía de tener gustos caros. Era indudable que se había dado cuenta de que un collar se le engancharía en el vello, así que llevaba brazaletes de cobre. Los llevaba desde hacía tanto tiempo que no notaba el verdín del cobre.

Decidí que no podía confiar en que aquel par de bribones sirvieran la bebida que les pidiera, o que recordaran traerme los pistachos de tapa. Tampoco irían a por ellos, ni siquiera la tercera vez que se lo recordara. Pero podía apostar a que de todas formas exigirían propina. Daba toda la impresión de que incluso podían ponerse agresivos con ese tema.

Noté que, como era habitual entre los mozos de taberna, sopesaban mentalmente si valdría la pena coquetear conmigo. Les obsequié con mi trato más glacial.

—Actúo en nombre de Manlio Fausto, el contratista. Es magistrado, un hombre muy ocupado, y también mi prometido. Anotaré lo que me contéis, y luego veremos qué quiere hacer con vosotros. —No iría mal sugerirles que quizá se encontraran metidos en un lío—. ¿Trabajáis los dos en la Hespérides cuando está abierta? ¿Cuánto tiempo lleváis en la taberna?

Me confirmaron que habían empezado siendo adolescentes.

—Entonces conocisteis a la moza llamada Rufia, ¿no?

Me contestaron con el que era el veredicto general: todo el mundo conocía a Rufia.

—¿Cómo era?

Se mostraron vagos en sus respuestas. Probé a formular preguntas

concretas, lo que dio mejor resultado. Rufia era de estatura y constitución normal para una moza de taberna, sin características especiales.

—¿Ojos negros? ¿Marrones? ¿Flaca o con curvas? ¿Robaba olivas de los cuencos de los clientes? ¿Se quedaba con todas las propinas?

Nada de esto me sirvió de ayuda. Era como si hubiera pedido el plato del día y hubiera preguntado si el cocinero podía prescindir del orégano.

—Nipio y Natal, o bien no tenéis la menor capacidad de observación, o me tomáis el pelo. Si se hubiera tratado de una clienta, podría esperarse que dijerais: «Vemos a tanta gente que no nos acordamos de todos», ¡pero por Olimpo, trabajabais con esa mujer!

Es posible que se mostraran avergonzados.

—Muy bien, par de inútiles. Contadme qué ocurrió cuando desapareció. Seguro que tuvisteis que hacer su trabajo, así que, por favor, no finjáis que no sabéis nada.

Me contemplaron fijamente. Yo los fulminé con la mirada. Decidieron que sería mejor decir algo para evitar que me encolerizara. Chicos listos. Eran de la clase de mozos que se aseguran de no mirar nunca hacia donde tú estás cuando les haces señas para pedir la cuenta. No obstante, cuando al fin alguien se enfadaba, se dignaban fijarse. (No creeréis que en las tabernas es casualidad que los mozos no te miren, ¿no?)

—Simplemente vinimos una mañana y ella ya no estaba.

—¿Qué dijo el dueño?

—Solo que «la bruja no está» y que teníamos que hacer su trabajo nosotros.

—¿Así la describía siempre?

—No era nada extraño.

—¿Parece que el viejo Tales era un hombre desagradable!

—Era un patrón normal. —Cada vez que Natal hablaba, me parecía más sospechoso.

—¿En serio?

—Sí; se creía alguien realmente especial, pero no lo era —replicó Nipio con tono envenenado, mientras toqueteaba el guijarro del collar.

—Explícate.

—Tales era un bravucón y un pesado. Lo que hacía era explotar su

reputación.

—¿Reputación de qué?

—De ser un tipo estupendo.

—¡He conocido a unos cuantos así!

—No hacía más que dar vueltas por la taberna bebiéndose las consumiciones de los clientes.

—¡Tenía una risa horrible! —Este detalle aportado por Natal, el de los brazaletes, fue inesperado—. Y casi siempre se reía de cosas que no tenían gracia.

—¿Cómo se portaba con sus empleados? —pregunté. Los mozos no quisieron responder—. ¿Andaba tras ellos? —sugerí.

—Hacía mucho más que andar tras ellos —gruñó Nipio. No me sorprendió.

—¿Solo de las mujeres?

—Prefería a las mujeres. Pero no le hacía ascos a nada. —Ambos se cruzaron de brazos en posición defensiva, como si Tales les hubiera metido mano siendo ellos adolescentes. Tal vez incluso después de haberse hecho adultos. Quizás hubiera hecho algo peor que meterles mano.

—¿Eso incluía a Rufia?

Los dos soltaron una carcajada.

—¡Me parece que no sabes nada de Rufia!

—¡Sabría más si alguien me contara algo! —espeté. Empezaba a cansarme—. Se dice que Tales la asesinó y la enterró aquí, justo en ese punto. —Señalé la tierra removida; el pico que había utilizado Esparso el día anterior seguía apoyado contra el muro. Los mozos apartaron la visa, como si temieran que Rufia siguiera descomponiéndose en el jardín—. Habéis estado los dos caminando sobre la pobre mujer todos los días. Lo menos que podéis hacer ahora es ayudarme a descubrir qué le ocurrió realmente, para que así podamos dar descanso a su espíritu.

Al oír esto, dijeron que el espíritu de Rufia no descansaría jamás en el Hades. Estaría organizándole la vida a los demás espíritus, o lo que en otro tiempo fue su vida. Nipio comentó mordazmente que le sorprendía que no hubieran llegado noticias de protestas en el Inframundo.

—¡Ahora empiezo a imaginármela! Deduzco que os mangoneaba, ¿no es

eso? —En realidad estaba de parte de ella. Si en ese momento aquel par de holgazanes parecían unos inútiles, de adolescentes sin oficio ni beneficio en su primer trabajo debieron de ser pésimos—. ¿Estabais aquí trabajando la última noche que estuvo ella en la taberna? —Inclinaciones de cabeza—. ¿Recordáis algo fuera de lo corriente? —Sacudidas de cabeza—. ¿La taberna estaba llena?

—Animada.

—¿Todos habituales?

—Sí —respondió Natal.

Y «No» fue a contradecirle Nipio, antes de darse cuenta de que Natal le hacía señas para que callara. Esperé.

—Había un grupo de mercaderes.

—Solo se quedaron un rato —dijo Natal, para restarle importancia. Se rascó los granos de la cara, lo que debía de ser su forma de distraer la mente de las cuestiones difíciles. Seguramente ni se daba cuenta de que lo hacía.

—¿Habían salido a pasárselo bien? —pregunté con aspereza, sabiendo cómo son esos mercaderes. Los mozos lo confirmaron con sendos gruñidos—. ¿Provocaron algún altercado? —No—. ¿Les sirvió Rufia?

—Sí, Rufia se ocupó de ellos.

—¿Qué significa eso? —pregunté incisivamente—. Vamos, ya sé lo que ocurre por aquí. ¿El grupo de mercaderes se conformó con beber, o alguno de ellos pidió un extra?

—Todos los mercaderes pidieron sexo. Por supuesto. Eran mercaderes.

Cuando exigí más detalles, Natal y Nipio admitieron que todo se había desarrollado en las habitaciones de arriba. Puntualizaron que no podían darme detalles sobre las posturas, el tiempo empleado, o si hubo sexo entre parejas o tríos interesantes. Pasé por alto su sarcasmo.

—El sexo entre parejas y por tríos nunca es tan interesante como espera la gente. Es demasiado mecánico, forzoso por lo general. Colocar los cuerpos requiere demasiada organización. —Nipio y Natal enarcaron las cejas ante mis conocimientos—. ¡Leo mucho! —Y escucho las conversaciones de otras personas—. Chicos, deduzco que eso era algo normal. ¿Cuánto costaba?

Fingieron ignorar aquellos sórdidos detalles.

—¡Venga ya! Os he encontrado ahí arriba a los dos esta mañana. Sabéis

perfectamente lo que ocurre. ¿Siempre habéis dormido ahí?

No. Dado que por el momento las habitaciones no se utilizaban para propósitos comerciales, los mozos las habían ocupado. Después de trabajar hasta bien entrada la noche, dormían la mayor parte de la mañana, salvo cuando aparecían personas como yo molestándolos.

¿Trabajar en qué? Les pregunté cómo se ganaban la vida mientras la Hespérides se estaba reformando. Habían conseguido un empleo temporal en la Cuatro Lapas. Según ellos, Liberal estaba al corriente y le parecía muy bien, les permitía dormir en las habitaciones vacías, y les daría sus antiguos puestos cuando volviera a abrir el negocio.

—¡Parece un patrón de lo más comprensivo!

Podía ser cierto. Al fin y al cabo, era novato.

Aunque desde luego los mozos de taberna van y vienen; de hecho en ocasiones especiales incluso se prestan a locales rivales. La única razón por la que te sirve siempre el mismo durante las Saturnales es que quiere que le des su gratificación por las fiestas, de modo que se asegura de estar ahí para ti, y no en otro lugar. Considérate afortunado si te corresponde a su vez con una jarra de vino a cuenta de la casa. Y aunque te la ofrezca, no bebas de ella, usa el contenido para limpiar sartenes o, si no hay más remedio, para dar color a la salsa.

—Bien, ¿y hoy quién estaba con vosotros arriba?

—Nadie —afirmaron.

Los miré con severidad, pero repliqué con un comentario jocoso:

—¡Debéis de creer que soy sorda o estúpida, chicos!

No insistimos en el tema.

Igual que los victimarios del día anterior, me pareció que aquellos dos oportunistas estaban siendo muy evasivos. Estos testigos eran hombres. No diré que los hombres me parezcan poco fiables, pero quizá podría sacar algo más de una mujer, en especial de alguna que hubiera sido amiga de Rufia. Quienquiera que se ocultara arriba quizá podría proporcionarme lo que yo quería. En cuanto los hombres se fueran, iría a sacar a las putillas de su escondrijo.

En aquel momento salió al patio Manlio Fausto. Debía de haber dejado a Dromo en alguna parte, seguramente sentado en cuclillas en la calle, que era

como los esclavos solían esperar a sus amos. Fausto cargaba con el capazo de huesos. Lo depositó en el suelo y se irguió, esperando mientras yo concluía la entrevista.

—¿Trabajáis en la Cuatro Lapas sirviendo comidas? Pues será mejor que vayáis para allá y empecéis a poner las mesas.

El concepto de preparar las mesas con una bonita mantelería y cubiertos era tan ajeno allí como en la mayor parte de Roma. Nipio y Natal no tenían la menor idea de lo que les había dicho, pero estaban impacientes por escapar a mi interrogatorio, de modo que miraron a Fausto con curiosidad y luego se fueron a trabajar.

Él permaneció quieto un instante. Los dos queríamos asegurarnos de que los mozos no nos oían.

—Una pérdida de tiempo... —Ladeé la cabeza, contemplando a Fausto—. Edil, espero que tengas algo para mí. Aníname un poco —dije—. Ninguno de mis testigos me ha proporcionado la menor información.

—Ni tampoco los míos —respondió él, con pesar.

Tiberio se acercó con el capazo de huesos, que metió debajo del banco. Me volví hacia él y le di un beso en la mejilla, un mero saludo. Él se inclinó un poco hacia mí y frotó brevemente su cabeza contra la mía.

—Bueno, ¿y qué tal ha ido el examen forense?

—Como cabía esperar tratándose de los vigiles. —Parecía abatido—. Los de la Tercera Cohorte afirman ser unos esclavos con demasiado trabajo que no tienen tiempo ni capacidad para resolver asesinatos antiguos, cuyo principal sospechoso, además, ha muerto ya. Uno de sus investigadores novatos le ha echado un vistazo, pero solo después de ponerme firme.

Me habría gustado verlo: Tiberio Manlio Fausto, magistrado y hombre de conciencia, explicando a un soldado de la cohorte que no le conocía por qué el hecho de mantener el orden público implicaba que debían obedecerle a él.

—¿Y? —pregunté, compadeciéndome de él.

—Al parecer son huesos humanos.

—Eso ya lo sabíamos.

—En efecto —dijo con tono de fastidio.

Le hablé de los mozos de la taberna. Inmediatamente Fausto quiso saber qué tipo de mercaderes hubo aquel día en la taberna. Me di cuenta entonces de que no se me había ocurrido preguntarlo, así que descargué mi irritación sobre él. ¿A quién le gusta que lo pongan en evidencia?

Inicialmente yo había supuesto que eran mercaderes de paso, visitantes de juerga a los que ya sería imposible seguir el rastro. Desconocidos. Irrelevantes. Mera indicación de cómo funcionaba el Jardín de las Hespérides

cuando la taberna estaba llena. Pero se encontraban allí aquella noche en particular y Rufia «se ocupó de ellos». Maldiciones. Sí que importaban.

—Albia, amor mío, no es tan grave. —Qué marido tan razonable había elegido. Maldita sea. ¿Por qué no podía ser un cerdo engreído al que pudiera patear el culo?—. Pregúntaselo a los mozos más tarde.

No sería tan fácil, si aquel par de cerdos conspiradores se habían puesto a meditar de camino a la Cuatro Lapas y habían acordado mantener la boca cerrada.

—Por supuesto, querido.

¡Fijaos! Ya me comportaba como una esposa.

Sugerí que la siguiente vez que uno de nosotros volviera al Aventino podía llevarse la cesta de huesos y pasarse luego por la Cuarta Cohorte, la de nuestro distrito, para consultar con Morelo. También era un cabrón arisco, pero trabajábamos con él. Fausto le había dado dinero a su esposa cuando el hombre había pasado una larga temporada de baja por enfermedad tras ser atacado en el cumplimiento de su deber. Morelo le debía un favor. Aun así, Fausto estaba demasiado abatido para animarse.

Le tomé la mano. Él me apretó la mía automáticamente. Pero así nos relajamos. El sol del inminente mediodía brillaba sobre nosotros sin que se lo impidiera follaje o toldo alguno; al final tendríamos que cambiarnos a un lugar más sombreado, pero de momento dejamos que nos invadiera la sensación de letargo.

Permanecemos sentados en el banco en silencio, pensando. No, no quiero decir acaramelados. Éramos investigadores prácticos que simplemente reflexionaban sobre lo que habían o no habían descubierto, y sopesando, por tanto, por dónde debíamos continuar.

El patio no parecía el escenario de un crimen; reinaba la paz. Allí apenas se oía el ajetreo del Vicus Longus. Seguro que la mayoría de gente que iba allí a comer o a beber no reparaba en lo amortiguado que se oía el bullicio de la calle; tendrían sus propias preocupaciones, la compañía de sus amigos, su irritación por el deficiente servicio de Nipio y Natal...

Estábamos tan quietos y callados que se diría que allí no había nadie.

El ruido de personas moviéndose en la escalera hizo que nos miráramos el uno al otro. Alguien bajaba.

—Ya no se oye nada ahí abajo; esa zorra entrometida se habrá largado.

Tiberio alzó una ceja, divertido. Yo sonreí. Nos soltamos la mano, pero seguimos sin movernos.

En el jardín aparecieron un par de furcias de mala pinta, descalzas y con cintas que les levantaban el pecho, bajando furtivamente por la escalera.

—¡Hola, chicas! —las saludé alborozada. Ellas dudaron si arriesgarse a salir huyendo—. Bajad, queridas, no seáis tímidas.

Bajaron. Desde el primer momento aquellas dos alhajas de la Hespérides demostraron no ser tímidas en absoluto.

—Me preguntaba cuándo os dignaríais mostrarnos. Venid aquí con nosotros. Ahora que estáis dispuestas a charlar, tengo unas cuantas preguntas.

—¡Oh, mierda! —comentó la primera, a la que se identificaba de inmediato como una puta barata que costaba menos en la factura de la taberna que el forraje para el burro.

—¡Has dicho que la vaca metomentodo se había ido! —se quejó su desgreñada compañera. Era refinada (eso creía ella); llevaba una ajorca en forma de serpiente con ojos de vidrio rojo en un tobillo.

—No seas así —respondió Fausto con tono de leve reproche—. Flavia Albia solo quiere saber lo que sabéis vosotras sobre Rufia. ¿Qué mal hay en ello... a menos que fuerais las asesinas?

Eso provocó negaciones indignadas. Fausto hizo un gesto para tranquilizarlas, alzando las palmas de las manos. Yo me limité a mirarlas a las dos pensativamente. La primera reparó en mi frialdad. Se consideraba capaz de embaucar a los hombres, pero se daba cuenta de que yo le resultaría más difícil.

Averiguamos sus nombres, Artemisa y Orquiva, y que no eran de Italia. Dijeron que procedían de Dardania.

—¿Y qué mierda de sitio es ese? —pregunté, optando por un apelativo dárdano con la esperanza de que pudiéramos comunicarnos. Ella no se inmutó.

—Forma parte de Mesia —me explicó Fausto. Se trataba de una de las provincias orientales, colindante con la bárbara Dacia, donde nuestro

emperador se encontraba guerreando contra un rey feroz que cortaba cabezas a oficiales romanos y masacraba alegremente nuestros ejércitos. Ese rey, Decébalos, había realizado varios intentos de expandir su reino hacia Mesia. La agitada mezcla de tracios, dacios e ilirios de Mesia, que cuanto menos constituía una curiosa mezcolanza, resistía como provincia romana a fuerza de sufrimientos. A cambio nosotros les enviábamos legiones curtidas y gobernadores de escaso prestigio, hombres de los que se podía prescindir si por un casual los decapitaban.

Al parecer, la principal exportación de Mesia eran las mozas de taberna. Artemisa era baja, de cara ancha, sucia e insolente. Llevaba una túnica holgada que resaltaba su enorme busto y sus piernas robustas, y lucía una enmarañada mata de cabellos negros recogidos en la coronilla. Jamás ninguna peluquera de una casa de baños había intentado domar esa melena. Orquiva bizqueaba y sus cabellos, más castaños, estaban aún más enmarañados. En algún momento había pedido a una peluquera que se los arreglara, pero con desastrosos resultados.

Con su moralista manera de ver las cosas, las chicas me dijeron que Roma era una mierda, que los hombres romanos eran una auténtica mierda, y que las mujeres romanas eran una mierda aún más grande. Decidí esperar antes de preguntarles qué opinaban de Rufia.

No eran esclavas. Habían llegado a Roma engatusadas por mercaderes profesionales de trabajadores del sexo, que les habían prometido una vida mejor que la de cualquier joven de baja extracción en Mesia (es decir, todas ellas). Así pues, habían venido por voluntad propia, si se las comparaba con las esclavas. Su improvisado plan, antes de viajar a Roma, incluía aprender el oficio prestando sus servicios a los legionarios que defendían su provincia natal de los feroces cortadores de cabezas que querían anexionársela. Aquellos nobles soldados con dinero para gastar en los poblados de chozas que se apiñaban en torno a sus fuertes les habían hablado de Roma, ciudad que muchos de ellos no habían visto en toda su vida, como bien sabía la propia Flavia. Aun así, elogiaban sus monumentos, palacios y teatro... y sus oportunidades de oro. Artemisa y Orquiva habían escuchado a la soldadesca y se habían incorporado a una recua de mulas que se dirigía a Italia.

Ahora trabajaban en Roma, recibiendo a los clientes en el piso de arriba.

No les importó admitirlo. Dijeron que alguien tenía que hacerlo, aunque el trabajo resultara repugnante, el antiguo dueño les exigiera favores horribles, el nuevo fuera un don nadie de mierda, y su salario apestará, tanto con el antiguo como con el nuevo. No hacía falta preguntar a qué.

Fausto les preguntó por sus perspectivas de futuro. Ambas respondieron mejor de lo que yo esperaba, afirmando que volverían a casa, pero que aún le debían dinero del viaje al hombre que las había llevado a Roma, un arriero desdentado con una capa peluda que les había asegurado que conocía a sus padres. Todo lo que él decía eran mentiras de mierda. Sin embargo, ellas le tenían miedo y temían lo que pudiera hacerles a sus familias. Además, en el fondo de su corazón todavía anhelaban hallar esas oportunidades de oro prometidas por los legionarios y que ellas seguían creyendo que existían en alguna parte.

Mientras respondían a Fausto, traté de calcular su edad. Pretendían ser ninfas, pero tenían el rostro de viejas arpías. Era la consecuencia habitual de la pobreza, y más teniendo en cuenta su trabajo. La degradación y la mala alimentación les habían dejado una piel desastrosa, los ojos sin brillo, moratones, marcas de viruelas y un aspecto gris y consumido bajo las nocivas pociones con las que se pintaban. Era algo que yo veía con frecuencia; morirían sin llegar a viejas. Pero eran demasiado jóvenes para haber conocido a Rufia.

También eran demasiado jóvenes para morir, aunque reconozco que eso no venía al caso para mi investigación.

Confirmaron que no habían llegado a conocer a la mujer desaparecida. Sin embargo, conocían a otras personas que sí. Bueno, para empezar, follaban con Nipio y Natal. Por boca de ellos, al menos, habían oído los rumores sobre el fin de su desventurada predecesora.

—¿Era dárdana ella, o de algún otro lugar fuera de Roma?

—¿Quién sabe? —dijo Artemisa.

—¡Yo lo sé! —se jactó Orquiva—. Era una iliria de mierda.

—¿Quién mierda te dijo eso? —preguntó su colega desdeñosamente.

—Menendra.

—¿Y ella qué sabe?

—Conocía a Rufia.

—¡Y una mierda!

—¿Hay alguna manera de que pueda hablar con esa Menendra? —apunté rápidamente.

Una sombra nubló la expresión de Artemisa y Orquiva, como si lamentaran haberla mencionado.

—Ronda por aquí —musitó Orquiva—. De vez en cuando.

—Bueno, si la veis, ¿podrías decirle que me interesa verla?

Orquiva dijo que podía hacerlo, pero a Artemisa no pareció complacerle en absoluto la idea de que aquella otra mujer se enterara de que habían estado hablando conmigo sobre Rufia.

—¿Menendra es también de las que dan miedo, como Rufia? —pregunté, por si era el caso. Ellas se echaron a reír. Fingieron desdeñar mi sugerencia... cuando era obvio que coincidía con sus pensamientos.

—¿Sirve ella también en la Hespérides?

—No.

—¿Dónde entonces?

—En ningún sitio en especial.

—Bueno, ¿y cómo se gana la vida? Si es que no tiene chulo.

Pocas mozas de taberna tenían chulo; por lo general, a sus clientes los controlaban directamente los dueños de las tabernas, que no veían motivo alguno para permitir que otros se llevaran parte de sus ganancias.

—Suministra a las tabernas —dijo Artemisa.

—¿Qué suministra? —intervino Fausto, tan puntillista como siempre.

A mí también me gustan los detalles; pero prefiero obtenerlos a mi manera.

—¿Qué suministra? —repetí, estampando mi sello en la pregunta.

—Cualquier cosa que necesiten —se limitó a contestar Orquiva.

—Eso está muy bien, pero es muy impreciso.

Ambas mujeres se encogieron de hombros, como si mi insistencia no fuera razonable. Lo que pasaba por un gesto expresivo en Dardania no significaba nada en Roma. Fausto y yo las miramos fijamente.

—Fruta —explicó Artemisa con una soltura poco creíble—. Menendra vende fruta.

Era una descarada mentira dárdana, de eso estaba segura.

Viendo que no llegaba a ninguna parte, y con la esperanza de encontrar yo misma a Menendra, volví a preguntar por Rufia. ¿Tenían ellas alguna idea de cuándo había desaparecido? Sorprendentemente, me dieron una fecha. Alguien les había contado que había sucedido durante el primer año del emperador Tito. Tito solo había reinado durante dos años, lo que era triste para él pero muy útil para mí.

Bromeé con Fausto.

—¡Recuerdo que debido a su investidura y a todos los festejos cuando inauguró el anfiteatro Flavio, las tabernas tuvieron que aprovisionarse de grandes cantidades de fruta!

—Un no parar —comentó él, siguiendo la broma—. Llovían las granadas. Te servían la fruta con cada jarra de vino. ¿Recordáis algo más de cuando desapareció Rufia?

Artemisa y Orquiva le recordaron que ellas no estaban entonces en Roma; había ocurrido antes incluso de que hubieran abandonado su montañoso lugar natal para dirigirse hacia el norte a vender su valiosa virginidad a la Quinta Legión, llamada Macedónica, y a otras magníficas legiones en los fuertes del Danubio.

—¿A pesar de las súplicas de vuestros llorosos parientes? —sugirió Fausto maliciosamente, volviendo a interrogarlas sobre su vida.

—Oh, estaban impacientes por que nos fuéramos.

—Se les rompía el corazón, pero sabían que no teníamos nada más que vender; tuvimos que sacrificar nuestra flor por el bien de todos. Éramos jóvenes. Teníamos aspecto de ser vírgenes de verdad.

—¿Y cuántas veces lograsteis vender vuestra valiosa mercancía antes de que se dieran cuenta los libidinosos legionarios?

—Seis o siete, creo.

Orquiva afirmó que todavía podía vender la suya, si se empeñaba, en una buena noche de invierno cuando no estaban encendidas las lámparas.

Artemisa prorrumpió en histéricas carcajadas al oírlo.

—Un trompeta me compró la mía dos veces —dijo luego en tono meditabundo.

—¿Y cómo fue eso? —preguntó Fausto—. ¿Por lo mucho que lo disfrutó la primera vez? —Para ser un hombre serio, a veces soltaba ocurrencias muy

divertidas. Pero solo yo le vi la gracia a su broma.

Aquellas dos eran unas furcias sin sentimientos, unas sucias extranjeras que no merecían la menor confianza, sin embargo, Tiberio y yo corríamos el peligro de sentir lástima por ellas. Ellas, en cambio, nos mentirían, nos evitarían y nos embaucarían a la menor oportunidad. No vi probabilidad alguna de sonsacarles algo de provecho a Artemisa y Orquiva, así que les dije que podían irse a servir mesas a la Cuatro Lapas, o donde quiera que estuvieran empleadas.

—El Sapo Marrón.

—¡Por Juno! Desde luego os da lo mismo el antro en el que trabajéis... Supongo que ya conocéis la frase: no abandonéis la ciudad.

Ellas me miraron con perplejidad.

Artemisa y Orquiva se alejaron contoneándose, al tiempo que aparecían un par de delicadas jovencitas que exclamaban con voz aguda:

—¡Oooh, qué sitio tan horrible! —Estaban encantadas.

Las dárđanas gritaron por encima del hombro, descaradamente desnudo, que la Hespérides era sin duda una mierda. En casa me echarían a mí la culpa de que mis hermanas pequeñas hubieran adquirido un nuevo latiguillo:

—¡Una auténtica mierda!

Orquiva volvió a asomarse.

—¡Eh, vosotras dos! Si estáis pensando en trabajar aquí, ni lo intentéis siquiera. ¡Este es nuestro territorio!

Noté las sacudidas de Tiberio, partiéndose de la risa.

A Julia Junila Layetana le habían dado un tercer nombre porque había nacido en Hispania, donde nuestro padre había tenido que atender él mismo el parto y salvar a nuestra madre de una muerte segura... como nos recordaba el muy pesado en algunas ocasiones. Después de tales horrores, necesitó varias jarras del vino layetano y le impuso este nombre a su primogénita.

Sosia Favonia había nacido en casa y el parto lo habían asistido dos sobrias abuelas, así que solo tenía dos nombres, pero resultaba lo más apropiado para ella, porque era muy tradicional, una joven reservada y austera, que consideraba a su hermana una frívola, en buena medida por el exceso de nombres. Se llamaba Sosia por una prima que llevaba tiempo fallecida. Su muerte se relacionaba con cierta tragedia, por lo que nadie lo usaba. No me pidáis que lo explique: viejas historias de familia.

A sus dieciséis años, Julia era alta, esbelta e increíblemente brillante. Favonia, de catorce, era más robusta y arisca, con una inteligencia madura y práctica. Yo les llevaba suficiente edad para que no hubiéramos reñido nunca; durante gran parte de su infancia, yo ya no vivía en casa. Cuando iba de visita, a menudo me hacían peinados, o hacían cambios en mi ropa y mis joyas, como si fuera una enorme muñeca de su colección de juguetes. Las quería a rabiar.

Así eran mis bobas, mimadas, inocentes y encantadoras hermanas pequeñas, encantadas de la vida de que Fausto las hubiera reclutado para los preparativos de nuestra boda. Era la primera vez que alguien les confiaba una tarea importante. Y lo estaban haciendo mejor de lo que podría hacerlo yo,

aunque sin respetar en lo más mínimo mis deseos, la disposición de mi padre a soltar dinero o el buen gusto de mi madre en cuestiones de etiqueta. No se habían divertido tanto en toda su vida... y para colmo, acababan de llegar a una taberna de mierda donde esperaban ver cadáveres.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí? —pregunté para incordiar—. ¡No me digáis que habéis venido a pie desde el Argileto!

Habían visto que nosotros ocupábamos un banco, así que colocamos otro para ellas. Pronto aquella obra adquirió el aspecto de un pícnic campestre. Julia tomó el mando.

—Claro que hemos venido andando. Dioses, qué calle tan interesante. ¡Pelucas y dientes postizos!

A lo largo del Argileto habrían visto barberos y mercaderes de esclavos, carniceros, mercaderes de lino, fabricantes de productos de hierro y vendedores de toda clase de alimentos. Los dientes y las pelucas desde luego eran artículos exóticos, pero, por los dioses, no eran nada comparados con las putas, los prostitutas y los que se llamaban a sí mismos actores y eran abiertamente bisexuales. Esperaba que las chicas no volvieran a casa de nuestros preocupados padres hablando de ello por los codos, aunque en realidad ya tenía muy claro que lo harían.

—¿Quiénes eran esas fascinantes mujeres que acaban de irse? —preguntó Favonia—. ¿Cuál es el trabajo que nos desaconsejaban?

—Unas prostitutas. Vosotras no podríais hacerlo. Os falta celo y las dos sois demasiado remilgadas.

—Pero es un trabajo estable —sugirió Fausto. Desde luego, estaba revelando su faceta provocativa—. Justamente nos estaban contando que su especialidad es vender su virginidad.

—¡Oh, eso es genial! ¿Cuánto podríamos ganar nosotras? —preguntó Julia, aparentando que iba en serio. Solté un gruñido.

—No tendríais ni para compraros broches para los vestidos.

Las chicas se sentaron juntas en su banco (después de limpiarlo concienzudamente) y nos sonrieron. Ninguna de las dos era consciente de su propia hermosura, ni siquiera Favonia, la más observadora; gracias a los dioses por los espejos turbios. Tenían los cabellos y los ojos negros, calzaban sandalias anudadas con correas, vestían estolas con vuelo, se adornaban con

complejas guirnaldas que habían creado ellas mismas con cintas y, por la cantidad de joyas que lucían, supe que debían de haber salido a hurtadillas de casa sin que madre las viera. Despedían el olor acre de un peculiar perfume. Por todo el patio caían muertas las moscas.

—¿Quién os ha traído? Por favor, no me digáis que habéis venido sin escolta.

—No, no, no te alteres, Albia. Hemos venido con Katutis.

«¿Dónde está?», articuló Favonia, moviendo solo los labios, anticipándose a mi siguiente pregunta.

—Fuera —contestó—, hablando con Dromo. —El secretario egipcio de padre y el desmañado esclavo de Fausto habían entablado una curiosa relación mientras Dromo vigilaba unos rollos que Fausto había tomado «prestado» de su tío, y Katutis transcribía la historia de las transacciones de la herencia de Fausto.

—Tiberio es un hombre maravilloso —dijo Julia, dirigiéndose a mí en apariencia, aunque el cumplido era para él—. Pero ¿te has dado cuenta de que astutamente consigue que los demás hagan cosas para él? ¡Es muy inteligente, Albia!

—Un niño rico —repliqué. Fausto sonrió con ganas, sin inmutarse por la franqueza de mi hermana. Ni por la mía.

—Bueno, preciosas mías, ponedme al día sobre mis horribles planes de boda.

—Déjalo todo en nuestras manos. Tú solo tienes que presentarte y dejar que ocurra —me ordenó Favonia con seriedad. Ya os decía yo que era práctica.

—¡Te gustará, ya lo verás, te gustará! —exclamó Julia en tono de súplica, desesperada por conseguir que me gustara.

Le solté que me estaba tomando interés en la cuestión y que yo misma me había encargado del augur. Al igual que Fausto, las dos chillaron que no podían duplicarse las cosas. Les describí entonces a los victimarios, exagerando las alabanzas. Ellas me escucharon con ojos como platos. Incluso quisieron que las llevara a la oficina de Costo para inspeccionar a los divinos musculitos en aquel mismo instante. Impuse mi veto.

Favonia se fue corriendo donde estaba Katutis y regresó con varias

tabletas de notas, de las que Julia y ella leyeron una serie de asuntos. Traté de sugerir que deberíamos posponer la ceremonia, ya que tenía que investigar el caso de los huesos desenterrados. Mis hermanas me bajaron los humos alegremente. Ya habían elegido la fecha por mí. Ellas eran las organizadoras de la boda, mi papel se limitaba a ser la novia.

Me recordaron que sus opciones eran limitadas. Las calendas, las nonas y los idus de cada mes, además del día siguiente a cada una de esas fechas, daban mala suerte. Después había varios eventos religiosos. En agosto se celebraba un gran festival de Diana en el Aventino; también el de Conso, un dios de la fertilidad, en el que se daba un día de asueto a todas las bestias de carga, se adornaban con bonitas guirnaldas, y luego recorrían las mismas calles que necesitaríamos nosotros para nuestra comitiva nupcial. Además, en el calendario figuraba uno de esos días en los que se creía que la entrada al Inframundo estaba abierta, por lo que teníamos que evitar el peligro de que asomara algún espíritu. Pero, sobre todo, en septiembre Fausto sería uno de los funcionarios encargados de organizar los Juegos Romanos, lo que acapararía todo su tiempo y su concentración. Julia y Favonia me lo recordaron, y su tono daba a entender que yo no cumplía con mis deberes de esposa al no intentar aliviar su estrés.

—Obviamente cuidaré de Tiberio cuando vuelva a casa exhausto de los juegos y las carreras.

—¡No, debes estar a su lado durante los eventos! Flavia Albia, se ganará el favor del público como hombre casado. —Ser exhibida en los festivales como su querida esposa era un papel que sin duda eludiría. Mientras nos escuchaba, Tiberio parpadeó ante semejante idea. Sabía muy bien dónde se metía al casarse conmigo. En cambio, yo no había reparado hasta entonces en todos los horrores que me esperaban como cónyuge de un edil.

Me reservaba una posible arma.

—Creo que una viuda que vuelve a casarse, por tradición debería elegir una fiesta pública o un gran festival para ocultar la vergüenza de no ser mujer de un solo hombre y cometer el error social de un segundo matrimonio.

—¡Ja! ¡Ni lo intentes! —se burló Julia.

Favonia se inclinó hacia delante para explicarme la situación, como si lo hiciera a una persona particularmente imbécil:

—El propósito de tu boda, Albia querida, es demostrar en público que el valiente Tiberio Manlio Fausto se compromete contigo, nuestra excéntrica hermana, y que a partir de ahora quiere que seas invitada a los banquetes con él. A pesar de que nosotras le hemos advertido de que serás grosera con sus amigos.

—Entonces es que cree que me muero de hambre. ¿Es para que coma más aperitivos de gambas? —exclamé, sofocando la risa.

Favonia miró a mi amado poniendo los ojos en blanco.

—Te lo advertimos. Es incorregible. Si quieres echarte atrás, hazlo ahora, antes de que sea demasiado tarde y los invitados a la boda estén ya de camino.

—¡Ah, pero es la mujer perfecta para mí! —Fausto me tomó una mano con ternura, pero también con firmeza.

Mis hermanas se miraron entonces la una a la otra, expresando con gestos «¡Esto es taaan romántico!». Les duró unos instantes antes de que perdieran el interés. Me conocían desde que habían nacido. En ciertos sentidos les resultaba inconcebible que yo pudiera tener una vida amorosa, y menos aún con un hombre al que habían llegado a percibir como muy viejo (desde su punto de vista), pero agradable (incluso desde su punto de vista).

Él se las tomaba en serio. Eso a ellas les gustaba. De hecho habían madurado ligeramente mientras se ocupaban de los preparativos de la boda por él. Yo sabía que mis padres estaban impresionados.

Las cabeza de chorlito habían hablado sobre un mismo tema todo el tiempo del que eran capaces. Finalmente abordaron lo que en realidad las había atraído hasta la taberna desde el Aventino.

—¿Podemos ver los huesos?

Fruncí el ceño. No sirvió de nada.

—Mostrad un poco de respeto, Julia.

—Ya lo hacemos. Sabemos que fue una persona. Queremos que su pobre espíritu descanse en paz. Pero ¿podemos ver los huesos, podemos? ¿Están ahí, en ese capazo que tiene Tiberio bajo su asiento?

Antes de que pudiéramos detenerlas, volaron hacia nosotros, sacaron el

capazo y, como expertos peones de obra, se lo llevaron a su banco. Para ser justos, debo decir que pusieron sumo cuidado al abrirlo. Podrían haberlo volcado en el suelo, pero, sin que nadie tuviera que advertírselo, se tomaron su tiempo para sacar los huesos, o trozos de hueso, uno por uno. Y los trataron todos con cautelosa reverencia.

Julia y Favonia colocaron la colección de huesos en el suelo, componiendo un remedo de esqueleto. El trabajo de padre como informante les había permitido adquirir extraños conocimientos; el de anatomía sería uno de los temas que un día habrían de ocultar a sus respetables maridos. Papá les había enseñado también a jugar a los dados. Favonia tenía incluso los suyos propios; había birlado un juego de dados trucados que apareció un día en la casa de subastas.

Ahora estaban absortas, con las cabezas juntas, mientras revisaban los restos del esqueleto.

—¿Dónde está el cráneo?

Buena pregunta. Aquellas dos muchachitas caprichosas podían ser muy observadoras. Un cráneo debería haberse conservado bajo tierra, si se habían conservado los demás huesos. Los obreros no lo habían encontrado.

—La cabeza no está aquí. ¡No puede ser! Se ha de excavar más —declaró Favonia. Siempre parecía que mandaba Julia, pero Favonia era una organizadora nata. Luego fue ella misma, mi reflexiva hermana menor, la que reparó en algo más, algo de vital importancia—: Mira, aquí hay algo raro. Los huesos de las piernas son de diferente tamaño. O la moza de taberna era deforme, o los huesos son de dos personas distintas.

Dejé que Tiberio comunicara a mis decepcionadas hermanas que no podían acompañarnos a ver a Morelo. Íbamos a pedirle un favor, de modo que no sería conveniente presentarnos como un ruidoso tropel. Necesitaríamos halagar a Morelo.

—Albia tendrá que contenerse. No será el momento adecuado para que le haga notar sus defectos.

Yo me sometí a sus palabras.

—Futuro esposo, ¿me estás reprendiendo?

—¡Eso nunca, querida mía!

—Cuán sabio eres, edil.

Observé que Julia y Favonia aceptaban lo que decía Tiberio, como no lo habrían hecho jamás con la mayoría de personas. Mientras caminábamos en grupo, lo que hicieron fue regalarme a mí con una lista de invitados. Viví la extraña experiencia, aun estando presente Tiberio, de que mis hermanas me iluminaran sobre la parentela de mi futuro esposo.

—En primer lugar, el tío Tulio. Es de todos conocida su afición a meter mano, así que, si hablamos con él, nos aseguraremos siempre de estar las dos juntas. —Vi que Tiberio hacía una mueca, pero no rebatió la descripción de su tío.

—Eso si viene —dije—. Puede que no asista, por el asunto de Tiberio exigiéndole sus derechos de propiedad.

—No, todo irá bien. Padre fue a arreglar las cosas con él.

—¡Me habría gustado estar presente en esa reunión! —comenté,

esquivando a un mendigo recostado en la calle.

—Oh, no. Era precisa mucha diplomacia.

—¡Vaya, gracias, Julia!

—Padre se lo contó todo a madre, así que nosotras sabemos lo que ocurrió. —Eso no se debía a que Helena Justina se lo hubiera confiado, sino a que, siguiendo la tradición familiar, las chicas habían estado escuchando tras la puerta sin el menor pudor.

—Padre dijo que entendía perfectamente por qué el tío Tulio estaba descontento y quería que supiera que la boda no tenía nada que ver con él. Falco albergaba sus propias dudas y esperaba que a Tulio no le importara que se las expusiera con brevedad. Flavia Albia es su hija mayor y él siempre había esperado que cualquier compromiso que estableciera reflejara la posición social de la familia, teniendo en cuenta que él fue confidente de los grandes emperadores Vespasiano y Tito; además, tenemos dos tíos en el Senado, lo que evidentemente es importante.

Solté una risita.

—Entonces el tío Tulio culpó a nuestro padre de incitar a Tiberio a recuperar su dinero. Pero Falco dijo que la idea había partido del propio Tiberio. —¡Mentiras, ladino padre! Lo había sugerido Falco—. Si el asunto llegara a los tribunales, el consejo de Falco sería dar marcha atrás rápidamente. Pero, por supuesto, Tulio no necesitaba consejos de él ni de nadie, puesto que es famoso por su sagacidad en los negocios.

—¿Entonces qué respondió mi astuto tío Tulio? —preguntó Tiberio con ironía.

—Oh, no lo sabemos, solo oímos el ruido de madre arrojando un cojín a padre porque es un réprobo. Luego padre se lo devolvió, pero falló y rompió una vasija. Creo que era un cántaro. Se dijeron cosas. Sobre el cántaro, quiero decir.

—¿Como por ejemplo «Esto es un elegante cántaro etrusco para beber con dos asas verticales»?

—No, Albia, cosas como «Didio Falco, no hay quien te aguante».

—A continuación, madre invitó al tío Tulio a comer y, para sorpresa de todos, él aceptó. Madre no usó a nuestro cocinero, pidió prestado uno bueno.

—Mi padre compró el que tenemos, Tiberio. Un inútil, como de

costumbre. Nunca ha sabido elegir los esclavos.

—Helena Justina le puso la servilleta al tío Tulio con sus propias manos, felicitándole por el espléndido trabajo que había hecho educando a su encantador sobrino. Le murmuró que sería mejor para las dos familias que apretaran los dientes y demostraran su apoyo. Siendo Tiberio y Albia tan obstinados los dos, a ella le parecía la única opción, de lo contrario existía el peligro de que os fugarais para convertirlos en vagabundos de playa en una isla griega.

—¿Por qué no se nos había ocurrido? —pregunté yo, maravillada.

—¡Aún podríamos hacerlo! —sugirió Tiberio en voz baja.

—Falco dijo que madre era una mujer sabia y maravillosa. Así que estaba dispuesto a retirar sus objeciones y a pagar la ceremonia, como gesto de buena voluntad, aunque se le atragantara... siempre que el tío Tulio tuviera a bien ceder a su vez.

—¿Y Tulio aceptó? —pregunté.

—¡Por supuesto! —exclamó Julia desdeñosamente—. Nuestros ridículos padres sirven para algunas cosas.

Habíamos llegado al Foro. Hice que mis hermanas caminaran pegadas a nosotros. Favonia seguía parlotando animadamente, ajena al noble entorno y a los sórdidos grupos de gente que lo ocupaban, impacientes por manosearla o robarle la bolsa que llevaba colgada del cinturón.

—Así que el tío Tulio vendrá a la boda. Podrá dárselas de magnánimo anunciando que es el momento adecuado para permitir a Tiberio una mayor participación en el negocio familiar. Eso contentará a todo el mundo. Tiberio accederá a su dinero y así podrá comprar montones de cosas, sobre todo para vuestra casa.

—Podemos ayudarte a elegir lo necesario —le dijo Julia con tono esperanzado. Tiberio apartó a un insistente vendedor de salchichas con amabilidad y logró parecer distraído; dominaba el arte de no comprometerse. Como esposa, quizá tuviera ocasión de vérselo hacer a menudo. Estaba preparada.

—Bien, escúchame, Albia —me ordenó Favonia—. Los otros parientes a los que esperamos son estos. —Empezó a contarlos con sus pequeños dedos—. Una tía de Caere, que es anciana y de salud delicada, pero si puede venir

tenemos que ser simpáticos con ella, aunque está un poco gruñona últimamente. Tiberio tiene una hermana que se llama Fania Faustina. Cuando sus padres murieron, los separaron. A Tiberio lo acogió el tío Tulio en Roma, mientras que a su hermana la crio la tía Valeria en Caere. Tiberio y su hermana estaban antes muy unidos, pero ella se casó con un hombre al que Tiberio no soporta; tienen tres hijos varones pequeños, a los que hace mucho que tu novio no ha visto por culpa de su repelente cuñado.

Julia tenía también algo que decir.

—Tendremos que decidir con quién se alojan. La tía Valeria se negará a ir a casa del tío Tulio por lo deplorable que es él. No es su hermano, así que no puede mangonearle. Madre dicen que quizá tengan que quedarse todos en nuestra casa. —Imaginé que Helena tendría sentimientos encontrados al respecto.

—Tu madre ha sido muy amable —me dijo Tiberio.

—¿Y Falco?

—Simplemente es Falco —dijo Julia con un resoplido—. No te preocupes, lo tenemos bajo control.

Tras una larga discusión sobre mis nuevos parientes, principalmente a quiénes queríamos omitir de la lista de invitados (aunque vendrían de todas maneras), rodeamos el Circo Máximo y llegamos al pie del Aventino. Encomendamos a Katutis y a Dromo que acompañaran a mis hermanas para que llegaran a casa sanas y salvas, mientras Tiberio y yo ascendíamos la colina en dirección al cuartel de los vigiles.

Primero nos detuvimos a descansar y a beber agua en el Astrónomo, la taberna de mi tía. Allí intenté indicarle por señas a mi primo sordo, Junilo, que estaba sirviendo, que iba a celebrar mi boda y que estaba invitado, pero que tendría que comunicar a su padre, el triste Gayo Bebio, de que había contratado a otro augur para realizar el sacrificio.

Junilo, un muchacho de diecisiete años, listo y de buen ver, me dejó gesticular durante un largo rato, antes de reaccionar y contestarme sin hablar: «¡Por Júpiter Tonante! El pobre y viejo cabrón se sentirá mortificado! Ve y díselo tú misma, Albia.»

El descarado muchacho comprendía más de lo que solía dar a entender, y era un magnífico actor.

A continuación fuimos al barracón secundario de la Cuarta Cohorte. Tiberio empujó con el hombro para entreabrir las pesadas puertas, a pesar de los intentos de los vigiles para impedir que el público los molestara.

Varios soldados, antiguos esclavos, estaban repantingados en el patio, entre las piezas del equipo antiincendios. Silbaron al verme por defecto, aunque yo estuviera bajo la protección de un magistrado. No me sorprendió. La primera vez que visité el sitio iba con mi padre, sin embargo, me escapé por los pelos de ser violada en grupo sobre un montón de esteras de esparto. Íbamos a recoger una perra perdida. Incluso ella parecía algo alterada, como si se hubiera defendido de atenciones no solicitadas.

Morelo se encontraba en un oscuro cuchitril en el centro de un polvoriento porche. Tras un largo turno nocturno, podría haberse ido a casa con su familia, pero como de costumbre estaba dormido, guardando un equilibrio precario en un taburete, con la espalda apoyada en la pared y los pies en alto sobre una mesa. Los talones de sus botas dejaban caer polvo de la calle sobre el rollo donde se habían registrado los arrestos de la noche anterior. Por una vez, los malhechores no protestaban a gritos en las celdas. Borrachos o sobrios, parecían propietarios que no habían cumplido con las normas contra incendios y que en ese momento aguardaban resignadamente que llegaran los esclavos enviados a sus banqueros para que les llevaran el dinero destinado a los sobornos. Morelo debía de haberse quedado para recoger su parte.

Golpeé su mellado cuenco de comida con una cuchara metálica. Como todos los antiguos soldados, tenía el don de mantenerse siempre alerta y despertarse al instante. Al vernos, no se molestó en bajar los pies.

—¡Flavia Albia! Se dice que ahora te tiras a ese edil que te andaba rondando.

—Estoy aquí —señaló el susodicho edil.

—¡Ya te veo! —Morelo omitió el «señor».

—Me alegro de tenerte de vuelta —replicó Fausto amablemente.

—Te doy las gracias, edil. Es cojonudo estar aquí y no muriéndome en mi cama con cuatro niños molestos berreando como locos y tirando gachas por todas partes.

Tras un violento ataque y una infección, Morelo, que antes padecía sobrepeso, era una sombra de sí mismo. Llevaba la cabeza afeitada como todos los vigiles, y vestía la túnica roja reglamentaria, elegantemente arrugada, con el apagado tono de algunas manchas de salsa. Su cinturón era ancho y sus sandalias recias. Sus pies asomaban entre las raídas tiras de cuero, llenos de ampollas. Sus modales eran agresivos, y su carrera llevaba diez años estancada. Todo ello era de lo más típico. De las diversas fuerzas militares o paramilitares de Roma, los vigiles estaban en lo más bajo de la escala.

—Ven aquí y dame un buen abrazo —me instó aquel horrible patán, ignorando aún a Fausto.

—Ni hablar, Morelo. ¿No te has enterado? Me caso. —Jamás me habría acercado siquiera a él, de todas formas—. Muestra algo de respeto a mi prometido, ¿quieres?

Morelo bajó los pies al suelo de repente y se incorporó, dejando escapar la acostumbrada exclamación de asombro.

—¡Prometido! ¡No me digas! ¿Cuándo es la boda? —Soltó unas carcajadas estentóreas. Tiberio no rio—. ¡Tendré que conseguir una túnica nueva y elegante!

—¿Quién ha dicho que estás invitado?

—No te preocupes, nos invitaremos solos. A Pulia le va a encantar. —Su esposa, Pulia, era una mujer sorprendentemente agradable, aunque debía de estar medio borracha el día que aceptó compartir su vida con Morelo. Me pregunté si llevarían también a sus cuatro pequeños lanzadores de gachas. Seguramente se verían obligados. Eran unos niños a los que ninguna tía querría cuidar. En cualquier caso, a Pulia le gustaba que salieran todos en familia. Con ello esperaba elevar la moral, pobre mujer optimista.

Tiberio dejó el capazo sobre la mesa, una dura y gruesa tabla contra la que, por regla general, los oficiales estrellaban la cabeza de los testigos a los que interrogaban. Se suponía que tener la cara partida alentaba a la gente a decir la verdad.

—¿Regalos? ¿Qué es esto, legado?

—Esperábamos que tú nos lo dijeras. Creemos que podrían ser parte de los huesos de una moza de taberna muerta, pero como ha señalado la inteligente hermana de Albia, si es así, la moza tenía una interesante deformidad en las piernas.

—Justo mi tipo. Me encantan las mujeres con alguna peculiaridad física. ¡Veamos esas atractivas piernas, nena! —Morelo se levantó para poder mirar lascivamente el interior del capazo. En realidad, Pulia era una mujer bien parecida; no tenía ningún defecto. Bueno, salvo su gusto en cuestión de hombres.

Morelo volcó el capazo y esparció los huesos por la mesa, donde comía y bebía, eso lo sabía yo.

—Ooh, esto va a quedar estupendamente en tu colección de curiosidades, Manlio Fausto. Seguro que los colocarás en lugar visible para cuando tú y la atractiva Albia recibáis visitas, ¿eh?

Fausto le siguió la corriente con afabilidad.

—Bueno, ¿y cómo debemos etiquetarlos?

Morelo movió los huesos a derecha e izquierda de la mesa, clasificándolos. Sus movimientos fueron rápidos y concluyentes.

—Muslo de mujer, costillas de mujer, muslo de hombre, hueso indeterminado de un dedo, seguramente del pie... podría ser de cualquiera, pelvis de mujer, en edad fértil, da la impresión de que llegó a parir, pobre arpía infeliz... —Continuó así hasta repasar la mayor parte de los restos, antes de terminar con los últimos huesos rápidamente—. No lo sé, no estoy seguro, no lo sé, podría ser de un perro, pero más bien tiene que ser de un ave.

—¡Eres bueno! —comentó Fausto.

—Práctica. Una cosa te diré.

—¿Qué? —pregunté, ya que estaba claro que había hecho una pausa para recalcar sus palabras.

—Este, este hueso de muslo de hombre, lo serraron.

—¿Desmembramiento deliberado? —preguntó Fausto. Morelo asintió y le mostró el corte—. ¿Así que podemos suponer que al menos uno de los cuerpos, que quizá no era del perro ni del pollo, correspondía a la víctima de un delito?

—Bueno —respondió Morelo, alargando las palabras para darse importancia—. Considerarlo o no delito dependerá de si tu víctima era una mala moza de taberna. Si cobraba de más a los clientes a menudo, yo lo llamaría justicia.

Eran las horas más calurosas de un bochornoso día estival. Nos encontrábamos en el Aventino, a una larga distancia del lugar de los hechos, pero tentadoramente cerca de mi apartamento. Nos fuimos allí. Se suponía que queríamos sopesar las opciones.

Mientras recorríamos el corto trecho hasta allí desde los barracones, me pregunté por qué la vida en la calle de tu propio barrio siempre parece más segura, aunque no sea más salubre que en otros sitios. Aquí debe de haber tantas sórdidas tabernas como en las Diez Tiendas. Los puestos de comida son igual de mezquinos, sus mercancías tan poco apetecibles como las otras. Pero en el lugar en que vives, en general las ramerías no intentan atraerte a gritos. Ya sabes, esquivas a la mayoría de rateros. Los perros vagabundos te ignoran al pasar. En cierto modo te sientes más confiada, menos inquieta, más cómoda, menos angustiada.

El edificio del Águila, en la plaza de la Fuente, se acercaba al final de su larga vida. Construido durante la República como bloque de seis plantas de modestos apartamentos, con el paso del tiempo su podrida estructura crujía con cada sople de la brisa, de modo que el moho y el polvo se filtraban por entre las grietas, que iban en aumento. Por suerte, en agosto raras veces sopla la brisa. El ardiente sol abrasaba los míseros apartamentos y cada día los restos de la exigua pintura se desconchaban más y más. El edificio se mantenía en pie solo porque había echado raíces como una planta durante muchos años. Pero con una ligera sacudida, estaría acabado. Si un dios se riera en el Olimpo, se desplomaría.

Últimamente había disminuido el número de inquilinos, ya que mi padre, que era el dueño de la plaza de la Fuente, intentaba encontrarles otros sitios para vivir. Era un hombre con conciencia. Nadie se lo agradecía, pero él seguía adelante, tratando de instalarlos en otra parte antes de cerrar la venta a un senador que derribaría los apartamentos para construirse una casa. Era hispano. Padre le había dicho que se trataba de una zona apetecible. Según Falco, en el Distrito Decimotercero había toda clase de servicios y comodidades.

Es cierto que en el Aventino hay muchos templos. Algunas veces no puedes ni moverte en las tabernas, llenas de sacerdotes poco respetables metidos en partidas ilegales con sus horribles acólitos. Un joven acólito lleno de granos pierde, se enfurece, y le corta una oreja al sacerdote con el cuchillo para la fruta. Si los chismosos tienen suerte, se descubre después que el sacerdote usaba dados trucados... Eso daba para muchos chismes.

Admito que un senador podía vivir muy tranquilo en el ruidoso, maloliente y bullicioso monte Aventino. Nadie iría jamás a molestarlo en su casa. Quizás Ulpio Trajano no era tan tonto como parecía.

Mientras el edificio del Águila se mantuviera, yo seguiría teniendo mi hueco, sin pagar alquiler, en uno de los mejores apartamentos (aunque usar el término comparativo «mejor» es imprudente). Vivía ahí desde mi primer matrimonio; también usaba una oficina del último piso, que en otro tiempo utilizó padre. Los dos sentiríamos cierta nostalgia cuando abandonáramos la plaza de la Fuente para siempre, pero ya había llegado su hora. Nadie quiere acabar aplastado bajo los escombros de un edificio que se desploma.

Padre declaró que rechazaría cualquier demanda por daños de los inquilinos, porque les había comunicado formalmente que el edificio podía derrumbarse cualquier día. Si se quedaban era por su cuenta y riesgo. Cuando lo supieron mis dos tíos abogados, los Camilo, se echaron a reír y dijeron que estaban impacientes por defender el caso de los inquilinos. En la familia, considerábamos que Aulo y Quinto eran unos cabezas locas, pero existían pruebas de que sabían elegir los casos que se podían ganar.

Cuando Tiberio y yo llegamos ese día, no vimos por ninguna parte a Rodan, el portero. Eso me ahorró tener que preguntarle si había encontrado ya otro trabajo, pero también significaba que podía entrar cualquiera. Con

suerte, los ladrones dejarían de actuar bajo el calor del mediodía. De hecho, algunos de ellos vivían encima de mi apartamento, así que iban a robar a otros sitios para no fastidiar a sus propios vecinos. Por otra parte, cuando una propiedad está medio vacía, tiende a lanzar el mensaje de que no habrá mucho que valga la pena robar. El edificio del Águila se encontraba en un precario equilibrio, visiblemente moribundo, pero no lo bastante abandonado aún como para atraer a ocupantes ilegales o grupos nocturnos en busca de algo de lo que apropiarse.

Tiberio y yo entramos en mi apartamento.

En el dormitorio, rápidamente elegí los pendientes que iba a llevar al Viminal. Tiberio me siguió en silencio hasta la mesita. Me incorporé.

—Hmm. ¡Opciones! —dijo él, deslizado el broche de mi vestido a un lado para acariciarme el hombro desnudo.

No estábamos a gusto en la habitación alquilada, de la que cabía suponer que había sido escenario de muchas uniones meramente comerciales. No nos había gustado la cama estrecha con su hundido colchón de lana, muy gastado. Y allí estábamos ahora, juntos, al lado de nuestra espléndida cama antigua, en una tarde en la que aún hacía demasiado calor para caminar por la calle. También disfrutábamos de esa secreta emoción de que nadie supiera dónde estábamos...

—Es obvio lo que tenemos que hacer ahora —dije con tono profesional—. Tiberio Manlio, tenemos que enviar a por tus trabajadores donde sea que estén dormitando, hacer que traigan todas las palas y picos que tengan, y luego pedirles que caven en todo el patio de la Hespérides, para ver quién más hay enterrado ahí.

—Sí, podría hacer eso. —Tiberio me acarició el cuello con la punta de la nariz.

El placer que me proporcionaba me ablandó.

—¿O reunirlos a todos más tarde?

—Desde luego. Flavia Albia, jamás haría salir a los hombres con este horrible calor. Me preocupa su bienestar. No quiero que se desmayen.

—¿Entonces los pobres cadáveres de la Hespérides tendrán que

permanecer bajo tierra un poco más?

—La demora es reprobable, pero podemos recuperar luego el tiempo perdido...

A él le daba igual que la excavación se demorara. Cuando los broches que sujetaban mi túnica cayeron sobre la estera del suelo, el magnífico Tiberio Manlio solo pensaba en una cosa. Y no tenía nada que ver con encontrar cadáveres enterrados.

Al atardecer estábamos de vuelta en la taberna. En el patio no había un alfiler. Desde luego, las horas más frescas antes del ocaso eran las mejores para cavar en serio. Tiberio y yo habíamos regresado, muy relajados, recién bañados, después de darnos nuevas fuerzas mutuamente y luego comer unos pasteles y beber mulsum, preparados para cualquier desagradable hallazgo que nos aguardara.

Unos entrometidos y autoproclamados expertos vinieron a ser testigos de la excavación. Cuando una hilera de obreros se disponía a cavar en todo el patio, desde el muro exterior hasta el interior de la taberna, Morelo fue el primero en aparecer. No estaba en su jurisdicción; el cerdo curioso afirmó que se había presentado allí para ayudarnos a Tiberio y a mí a interpretar las posibles pruebas. ¡Qué bondad de corazón!

Pronto se le unieron algunos oficiales de la Tercera Cohorte, cuyos cargantes soldados habían desestimado previamente nuestra petición de ayuda. Era su distrito; se sospechaba que se había producido un delito; no se les podía echar. Por suerte, se acoplaron a Morelo. Formaron un grupo de observadores que permanecían a un lado, hablando entre ellos, aportando una sombría presencia militarista. Ninguno se ofreció a cavar. Tiberio Manlio los puso en evidencia cuando se quedó solo con la túnica interior y empezó a cavar junto a sus hombres.

Yo había descubierto por qué parecía tan cómodo haciéndolo. Aquella tarde habíamos estrechado aún más nuestra intimidad. Para empezar, había visto cómo sería nuestra vida futura, con su agradable mezcla, trabajando y

viviendo como pareja.

Cuando estábamos en casa, había comparado la intimidad y la plenitud de la que disfrutábamos en la cama con el sexo por dinero, unilateral y con un tiempo limitado, que compraban los clientes en burdeles y tabernas como la Hespérides. Había puesto en la balanza nuestro placer ideal frente al comercio al que se entregaban otras personas: una actividad mecánica con orgasmos fingidos, el riesgo de agresión, la falta de alegría, la culpabilidad. Y ahora estaba a punto de ponerse al descubierto la más lamentable consecuencia de ese comercio en esta taberna en particular.

Veía a Tiberio sumarse a la excavación y comprobé que, en efecto, había nacido en el seno de una familia dedicada a la construcción. Durante el camino de vuelta, le había preguntado cómo se había adaptado tan fácilmente al negocio. Me explicó que su abuelo paterno había sido contratista. Cuando el emperador Augusto se vanaglorió de haber encontrado una Roma hecha de ladrillo y haberla dejado hecha de mármol, resultaba que había sido el anciano Manlio Fausto quien instaló ese mármol. Había trabajado en monumentos públicos y más tarde había construido casas de campo para otras familias plebeyas que habían hecho fortuna y querían retirarse de la vida en la gran urbe. Su propio hijo se mudó al campo, se dedicó a cultivar sus tierras y jamás se ocupó del negocio familiar.

El abuelo siguió trabajando hasta su muerte. Yo había oído en otras ocasiones a Tiberio hablando con pasión del mármol, y ahora lo comprendía; de muchacho le gustaba visitar las obras con su abuelo, que estaba encantado de que su único nieto mostrara tanto interés. Tiberio observó y asimiló así toda clase de conocimientos.

El matrimonio de sus padres había sido por amor; las familias se conocían porque uno de los abuelos proporcionaba espacio de almacenaje para el costoso mármol del otro. Así pues, cuando Tiberio quedó huérfano, pareció natural que lo acogiera su tío materno, Tulio, que para entonces estaba ya a cargo del imperio de los almacenes. Un día, Tiberio lo heredaría todo. Eso no había animado jamás al suspicaz Tulio a permitirle una mayor intervención en el negocio. De modo que ahora había fricciones y riñas entre ellos por culpa de la vuelta de Tiberio al negocio de la familia de su padre. Me preguntaba si el tío Tulio consideraba el negocio de los almacenes como una

ocupación que permitía mantener las manos limpias, y quizá menospreciaba el oficio de constructor.

El tío Tulio detestaría ver a su sobrino en aquel momento, cubierto de polvo, organizando trincheras, desenterrando restos macabros, empuñando un pesado pico como todo un veterano. El tío Tulio y yo ya habíamos tenido nuestras diferencias, así que también le sentaría mal verme a mí allí, anotando los pormenores de los hallazgos, situándolos en un plano del patio que yo misma había dibujado, trabajando en equipo con su rebelde sobrino. Para Tiberio, aquella nueva vida cumplía los deseos de alguien a quien había querido mucho, y se notaba que eso era de especial importancia para él. También le gustaba que yo me involucrara en ello con tan buena disposición.

Por ese motivo, el Jardín de las Hespérides sería una importante experiencia para nosotros. Era una taberna como cualquier otra. Incluso el destino de la desaparecida moza era corriente, bastante común para una mujer de ese ambiente. Sin embargo, con aquel proyecto Manlio Fausto había empezado a reconstruir vínculos familiares perdidos. Eso le hacía feliz. Yo era feliz por él, e incluso empezaba a aceptar los esponsales que él deseaba; sería un modo de anunciar públicamente aquel punto de inflexión en su vida.

Por supuesto, quizá me quejaría un poco más sobre la boda. Pero, ya fuera en un peristilo romano o en una choza britana, quejarse era lo que hacía una esposa. Un buen marido se limitaba a encogerse de hombros, o quizá se divertía incluso con una buena discusión.

Eso me hizo pensar con más detenimiento en Rufia. ¿Se habría puesto violenta en una pelea doméstica y nadie se habría encogido de hombros? ¿O quizás, a diferencia de lo que me ocurría a mí, que podía hablar libremente con un hombre tolerante, había sido cruelmente golpeada hasta la muerte por su franqueza?

Habíamos vuelto del Aventino con el capazo de los restos que habíamos hallado en primer lugar. Los vigiles que aguardaban a un lado sacaron los huesos de Rufia, que se fueron pasando unos a otros con sus habituales bromas macabras e improcedentes, aunque intercalando exclamaciones ahogadas y luctuosos silencios cuando los obreros realizaban nuevos y

espeluznantes descubrimientos. Los soldados siempre recurrían al humor negro para que las tragedias resultaran más soportables, pero sentían un respeto elemental por las muertes prematuras. Eran hombres rudos, chapuceros, sin educación ni método, pero la culpa no era del todo suya; también carecían de suficiente personal y de una buena supervisión, el público los despreciaba y corrían toda clase de peligros diariamente, por lo general sin que nadie se lo agradeciera. Alguien tenía que investigar. A pesar de sus mezquinas bravuconadas, querían resolver los casos debidamente y, por toscos que fueran sus métodos, tenían por costumbre llegar hasta el final.

Nuestros obreros pronto desenterraron restos suficientes para provocar expresiones de reprobación, sacudiendo la cabeza.

Justo en el centro del patio encontramos un enterramiento que parecía muy antiguo, un puñado de huesos fragmentados, junto con una tosca vasija y varios abalorios de piedras de diferentes colores. Fausto decretó que aquel enterramiento no tenía nada que ver con los demás y que correspondía más bien a un antiguo sepelio, cuya historia jamás llegaríamos a conocer. Morelo y Macer, el investigador jefe de la Tercera Cohorte, cuchichearon entre sí y luego se mostraron de acuerdo. Sin embargo, los siguientes hallazgos fueron muy distintos.

A lo largo del perímetro del patio encontramos una serie de enterramientos sorprendentemente pulcros. Parecían todos de la misma fecha. Los cuerpos estaban colocados directamente en la tierra. No se halló nada junto a ellos.

—Desnudos —dijo Morelo lacónicamente—. Despojados de toda la ropa. Sin mortaja. Sin ajuar funerario para ayudarles en el Hades.

—Ni siquiera una moneda para pagar al barquero del río Estigia —añadió Macer. Este era un tunante enjuto y patizambo, y con una lúgubre actitud—. ¡Eso molestará a esos ladrones del gremio de barqueros!

—Creo que podemos suponer —declaró Morelo— que a estos pobres cabrones no les dieron sepultura ni sus amantes hijos, ni sus devotas esposas ni unos libertos que honraban a sus benevolentes amos.

—Están bien colocados, sin las piernas dobladas, con las manos en el regazo, sin la cabeza desprendida —comentó Macer—. A mí personalmente me gusta ver un enterramiento ilegal hecho con cuidado.

—¿Entonces qué, lo hizo un agrimensor? —bromeó Morelo, agachándose para mirar el esqueleto más cercano, examinándolo de arriba abajo como si usara una regla.

—Oh, solo un propietario que quería recordar dónde no debía dejar que su jardinero plantara espliego.

—¡Tienes una bonita imaginación, hermano!

—¡Hierbas en el jardín de una taberna, siempre son bienvenidas! Atraen a las abejas. Una abeja podría picar a tu novia, así consigues meterte bajo su túnica y aliviarle el dolor. —Nos miraron a Tiberio y a mí.

Decidí hacer caso omiso de sus indecentes apartes e imponer cierto profesionalismo.

—Cuento cinco, más el que creemos que es de Rufia. Su tumba se alteró mucho antes de que alguien se diera cuenta de lo que era, así que sus huesos están un poco revueltos. Pero la pierna que se desenterró ayer y no le correspondía parece proceder del número cuatro. No distingo cuál es el del perro que identificó Morelo, ni quién se llevó una comida de pollo al Hades.

—Una chica muy lista, tu secretaria —dijo Macer a Tiberio.

—Futura esposa. Estamos prometidos. —Tiberio se apoyó en el pico para descansar—. Yo le habría entregado un anillo de compromiso de hierro, pero en lugar de eso ella me pidió una esclava para lavarle la ropa. —Eso no era cierto—. Celebramos la fiesta y todo lo demás. —Bueno fuimos a cenar a casa de mis padres—. Me emborraché con su padre, le prometí fielmente a su madre que cuidaría de ella... ¿o fue al revés?... Sí, es lista. Ella me ayudará a resolver esto, si vosotros no tenéis capacidad para hacerlo.

—Viejos crímenes. Lo hizo el dueño de la taberna. Está muerto. No vale la pena —replicó Macer. Eso era franqueza. También era lo que yo esperaba.

—Sería interesante descubrir quiénes son —sugerí—. La moza de la taberna no tendrá quien se preocupe por ella, pero puede que el resto sean personas de categoría, que deberían ser identificadas si es posible.

—Es una bonita hilera de mozas de taberna —dijo Macer, mostrándose en desacuerdo—. Deplorable. El viejo Tales debía de cargarse a una cada semana. Su capricho semanal en día de mercado: liquidar a una nueva.

Morelo se revolvió, insatisfecho.

—No, el número cuatro es un hombre. Los otros podrían ser de mujer.

Me pregunté si habría planteado aquella objeción si por la mañana no nos hubiera dicho a Tiberio y a mí que había un hueso de hombre. ¿Habría guardado silencio y habría dejado que Macer cerrara el caso? ¿Habría atribuido todas las muertes a un tabernero pervertido, ya difunto, lo que no requeriría ningún esfuerzo?

—¡Tal vez al cabrón también le gustaban los mozos de taberna! — exclamó Macer, aunque con aire mucho menos seguro. No mencioné que Nipio y Natal habían confirmado que Tales los había acosado; me pareció que si realmente hubiera desaparecido algún mozo de taberna, me lo habrían contado.

Macer continuó especulando sobre lo que podría haber ocurrido.

—Todo esto se hizo al mismo tiempo, si queréis saber mi opinión. Es horrible pensarlo. Menuda noche sería. La masacre sangrienta de seis personas, y luego cavar a la luz de una antorcha para ocultar los cuerpos.

—El viejo Tales no pudo hacerlo solo. Tuvieron que ayudarlo —dije—. Múltiples conspiradores y agresores. Un hombre solo no pudo haber matado a tantos, y mucho menos enterrarlos a todos... y tan pulcramente, como tú mismo has señalado. Esto no se hizo de prisa y corriendo. Debió de llevar su tiempo, y todo antes de que la taberna abriera como de costumbre a la mañana siguiente.

—¿Fue así? ¿Se abrió como de costumbre?

—Eso dicen los mozos.

Macer me interrogó rápidamente al respecto. Le conté lo que sabía por Nipio y Natal sobre la desaparición de Rufia. Decidí no mencionar a las dos prostitutas dárdanas, y menos aún a la tercera mujer a la que aún tenía que encontrar. Artemisa y Orquiva no estaban en Roma en la época del crimen, y fuera cual fuese el papel desempeñado por Menendra, quería investigarlo por mí misma.

De todas formas, los soldados iban a conocer a las dárdanas. Artemisa y Orquiva se habían unido a un grupo de mirones que se había congregado fuera, en la calle. Pronto las dos mujeres ofrecieron sus servicios a los vigiles, que, fieles a sus costumbres, no los rechazaron.

Los puristas pensarán quizá que investigadores y testigos deberían permanecer separados. Las cohortes Tercera y Cuarta no eran puras en

absoluto.

Morelo y Macer fingieron que estaban por encima de semejante comportamiento aunque, en pro de una buena relación con la comunidad, se ofrecieran servicios gratis. Macer ordenó a sus muchachos que se largaran, lo que sus muchachos interpretaron como una orden para ir a refocilarse a otra parte, y no delante de un edil plebeyo. Seguro que Macer había decidido que prohibirles cualquier tipo de confraternización sería una pérdida de tiempo.

De modo sorprendente para una cínica como yo, se dejó claro que a las ninfas dárđanas no se les permitiría llevar clientes a la Hespérides, que era el lugar de un crimen. Ellas protestaron ruidosamente, y luego se limitaron a llevarse a los hombres a la Rómulo para «una copa rápida». Tal vez incluso fuera verdad que se tomaron una copa antes de lo que fuera que ocurriese. Había tantos soldados que tendrían que hacer cola. Sin duda, pedirían unas jarras mientras esperaban. Cualquier tabernero se aseguraría de que así fuera. La tragedia de una taberna daba impulso al negocio en otra.

Atrás quedamos cuatro personas en el patio, ya tranquilo, observando las tumbas. Morelo y Macer obsequiaron a Tiberio con su opinión profesional y a mí se me permitió escuchar. Me repugnaba su actitud, pero la toleré, más que nada porque podríamos necesitar su cooperación más adelante. Por otra parte, Macer aún podía reclamar su jurisdicción sobre el lugar de los hechos, sellarlo y hacer la vida imposible a Fausto, como contratista de la obra. Fausto no ocultó su objetivo: obtener todas las pruebas posibles de una sola vez, sacar los esqueletos esa misma noche y luego volver a tomar posesión del lugar para acabar la obra y que le pagaran. Iba a casarme con un auténtico

plebeyo.

Los cuerpos se habían enterrado en torno al perímetro del patio. Encima les habían echado medio metro de tierra; no eran tumbas superficiales. Las cabezas se hallaban cerca de los muros circundantes; los pies apuntaban hacia el centro del patio. Tres estaban colocados en un lado, Rufia y otro en el extremo más alejado, y el último se encontraba solo, enfrente de los tres primeros. Podría haber cabido junto a Rufia, pero allí había una puerta que daba al callejón. La puerta debía de haber existido desde siempre, por lo que aquel camino lleno de baches aumentaba el riesgo de que se descubriera.

—¿Podrías decir qué clase de pelea hubo aquí? —pregunté.

—Ni idea. —Macer, un pesimista por naturaleza, disfrutaba diciendo que no.

Morelo fue un poco más útil.

—El número cinco tiene una pequeña melladura en el cráneo, aunque no lo bastante grande para haberlo matado. Al número dos le partieron el cuello. —Nos lo mostró.

No había heridas defensivas y, salvo por la posible lesión del cuello, no le habían roto ningún hueso antes de la muerte. No encontramos puntas de cuchillos ni lanzas entre los huesos, ni atascados en ellos. A Rufia quizá la habían estrangulado (estaba claro que ese era el método que los dos vigiles habrían usado con una mujer a la que quisieran silenciar para siempre), pero sin la cabeza era imposible saberlo. En caso de envenenamiento, ahogamiento o asfixia, no habría ningún indicio.

No habíamos encontrado el cráneo de Rufia, aunque lo habíamos buscado a conciencia. Todos los demás, que parecían esqueletos masculinos, en eso estábamos todos de acuerdo, tenían aún la cabeza unida a la columna. Solo el número cinco, el de la melladura, mostraba signos de una herida de la cabeza. El único hueso desarticulado era el de la pantorrilla con marcas de cortes.

—Si fuera el brazo, podríamos pensar que tenía un cuchillo —señaló Morelo—, y que entonces alguien se lo amputó para impedir que lo usara.

—¿No habría sido más fácil simplemente agarrarle el brazo y quitarle el cuchillo? —pregunté—. ¿No hemos coincidido todos en que tuvieron que

participar varias personas en los asesinatos?

Morelo soltó un escupitajo, pero no solo porque yo era una mujer que discutía sus opiniones. Le gustaba escupir. Era su forma de expresar una personalidad repelente.

—Deduzco que nunca has visto una pelea violenta de verdad, muchacha —dijo. Sí que la había visto, pero me abstuve de discutir.

—¿Qué le ocurrió a la cabeza de Rufia, y por qué? —preguntó Fausto—. Mis hombres lo han excavado todo a conciencia. Si hubiera un cráneo, lo habríamos encontrado.

—No, los obreros no lo han pasado por alto —admitió Macer—. Solo que la cabeza de la moza no está aquí.

—¿Y por qué ella es diferente —pregunté—, si según afirmas, todas estas personas murieron al mismo tiempo?

—Fue el mismo incidente. Tuvo que serlo. —Morelo se mostró tajante, defendiendo su teoría—. Mira cómo están todos colocados en la tierra. Rufia y el hombre de al lado se encuentran exactamente a la misma distancia que el trío de allí. Todos a la misma profundidad. Los seis dispuestos igual. Además, todos los huesos han sufrido el mismo deterioro.

—Entonces, ¿por qué alguien querría llevarse su cabeza?

—¿Por si los cuerpos se desenterraban demasiado pronto y la reconocían? —sugirió Morelo.

—Es más probable que se lo llevaran como trofeo —argumentó Macer.

Incluso Morelo adoptó una expresión consternada, pensando que su colega era un aficionado.

—Bueno, hijo. A algunos delincuentes les gustan los trofeos, es cierto. Los asesinos normales buscan una joya o un mechón de pelo que les recuerde su excitante experiencia. Esas cosas pueden ocultarse en una bolsa, pero una cabeza entera podría producirle problemas. No causa una buena impresión caminando por la calle con la cabeza de alguien bajo el brazo. Bueno —concluyó despreciativamente—, así es como los nuestros lo hacen en el Aventino. Puede que vuestros villanos tengan un sistema distinto en el Viminal.

La gente que vivía en las otras siete colinas consideraba extranjeros a los del Aventino; para Morelo, nacido y criado allí, el nuestro era un refinado

paraíso; las otras colinas eran lugares extraños. Sus habitantes tenían características horribles y ninguna ley gobernaba sus descontroladas calles.

—Morelo, cerdo bromista —le reprendí, parlotando como solíamos hacer—, hablas de los asesinos en masa como si fuera una profesión, con tradiciones, aprendizaje y cenas gremiales anuales. Y sin duda un club funerario. ¡Qué cómodo para ellos cuando se producen peleas fatales en sórdidas tabernas!

—Pasara lo que pasase —dijo Macer, el de la Tercera Cohorte, continuando la conversación con su colega de un modo que para él estaba libre de prejuicios, y que consistía en ignorarme—, cuando acabó la gresca y quedaron varios muertos en el suelo, enseguida lo organizaron todo. Alguien se fue corriendo a por unas palas. Quizás había alguna obra cerca y pudieron apropiarse de unas herramientas, pero seguramente las devolvieron después, porque si no luego se habría denunciado un gran robo. Se habrían hecho preguntas. —Reparé en que Fausto soltaba un leve bufido, como si su experiencia le dijera que los vigiles no se tomaban nunca demasiado interés en robos de herramientas de las obras—. Mientras los cuerpos se enfriaban, un grupo de personas cavaron tumbas metódicamente. Pusieron los cuerpos en ellas. Lo recogieron todo. Aplanaron la tierra. Volvieron a colocar las mesas y los asientos para que pareciera todo normal.

—Limpiaron las mesas y dieron unas palmaditas al perro —añadí con sarcasmo.

—¡Apuesto a que abrieron un ánfora y se echaron un buen trago al coletto! —se mofó Morelo.

—Por supuesto, las muertes también pudieron ser premeditadas —dijo Fausto pensativamente—. Por alguna vieja rencilla. Tal vez prepararon de antemano las armas y las herramientas para cavar las tumbas.

—Sin embargo, nadie recuerda que existiera una enemistad previa —le recordé—. Solo se rumorea que el tabernero mató a Rufia. Suena a pelea doméstica. Lo típico. Cinco hombres debieron de desaparecer también esa misma noche, pero cuando surgió el rumor, ¿a quién iba a importarle?

—Forasteros —respondió Morelo de inmediato—. A nadie le importaban.

—Palurdos extranjeros —convino Macer. Era una descripción que usaba también mi padre para los visitantes que llegaban a Roma por negocio o por

placer, lo miraban todo boquiabiertos y se dejaban robar las bolsas de viaje.

—Pardillos —admití yo—. Alguien grita: «¡Mira eso!», y luego les roban el equipaje mientras ellos vuelven la cabeza obedientemente. O bien los atraen a una partida de dados trucados, o los despluman jugando a Encuentra la Ninfa bajo la Copa. Muy bien, pero Morelo, Macer, nadie necesita asesinar a gente así.

—Ni a la moza de taberna que les sirve —añadió Fausto, apoyándome.

—¿Y entonces Rufía se metió en medio? —sopesé—. ¿Los cinco hombres le habían dado una gran propina, así que le cayeron bien, y luego no le gustó que los atacaran y la apalearon por tomarse la molestia de intervenir?

—¿Le cortaron la cabeza por meter las narices? —dijo Fausto, caviloso.

—Una mujer entrometiéndose en asuntos de hombres —aduje con amargura. Lo había visto en algunas ocasiones—. Su castigo fue doble.

—Eso no lo sabemos, cariño... Bien, oficiales, cuando miráis estos huesos —dijo Fausto lentamente—, ¿no hay nada que os diga cómo mataron a las víctimas?

Por supuesto, eso ya lo había preguntado yo al principio, pero los cabrones de Macer y Morelo solo lo tomaban en serio a él. No obstante, le hicieron ver que se obsesionaba demasiado.

—Estrangulando con mucho cuidado se evita dejar marcas —explicó Macer, haciéndose ahora el tonto.

—O si se corta el gaznate con un tajo muy cuidadoso —añadió Morelo. Aquel par de tunantes se habían conjuntado a la perfección para trabajar como un equipo. Cada uno de ellos por sí solo habría colmado la paciencia de un edil curioso; juntos eran dos zopencos imposibles en uno. Su veredicto debía considerarse infalible, el hecho de que no sirviera para nada, definitivo. Según ellos, nadie podría averiguar nada más.

Por experiencia sabía que, si seguíamos dándole vueltas al asunto hasta que amaneciera, tal vez surgirían nuevas ideas.

Todos estábamos cansados y deprimidos, y éramos conscientes de que teníamos muy pocos indicios que nos condujeran a averiguar lo que había sucedido en realidad, y mucho menos a quienes pudiéramos perseguir por ello. Los dos vigiles habían perdido el interés. Se miraron mutuamente. Ambos se dirigieron una leve inclinación de cabeza, una especie de código

privado ya establecido. Morelo lo hizo oficial, puesto que era él quien nos conocía: anunció que Fausto y yo éramos las personas más adecuadas para llevar a cabo la investigación.

—Ya nos diréis algo.

—Seguimos en contacto.

Aquellos dos brutos inútiles se fueron, casi asidos del brazo, dispuestos a reunirse con sus hombres para tomar algo en la Rómulo.

No hicimos el menor ademán de seguirlos.

Por fin pudimos reflexionar nosotros dos solos sobre todo lo ocurrido.

Tiberio y yo guardamos silencio un rato. Nunca habíamos necesitado estar conversando continuamente. Una de las primeras cosas que había oído decir sobre él era que sabía escuchar, que era un hombre que tomaba una decisión antes de pronunciarse. No es algo frecuente. La mayoría de personas se precipitan a dar su opinión antes de oír todos los hechos. Por lo general se equivocan.

Recorrimos juntos el patio para observar cada uno de los esqueletos y volver a examinar aquellas tumbas secretas. La disposición, la profundidad, la consistencia. Las peculiaridades. La pierna desarticulada. La cabeza ausente.

—Los hombres parecen seguir el mismo patrón —dijo Fausto al fin—. Bajos y fornidos.

Cuando me agaché para mirar más de cerca al número cuatro, el de la pierna cortada, descubrí que la otra pierna, la que aún estaba unida al esqueleto, tenía un hueso claramente deforme.

—Mira esto, Tiberio. Este hombre sufrió un accidente en vida. La pierna unida al esqueleto sufrió un terrible aplastamiento. La fractura fue horrible, como si le hubiera caído encima algo increíblemente pesado... una rueda de molino, una enorme pieza de mampostería. Fue una fractura abierta, con varios huesos rotos, que seguramente atravesaron la carne. Tuvo mucha suerte de sobrevivir. Pero se le había curado todo mucho antes de morir.

Tiberio fue aún más allá.

—Debía de tener unos andares muy extraños, sin duda tenían que llamar la atención. Este hombre destacaría entre el resto. Todo el mundo debía de conocerlo. Me pregunto... Albia, si pensamos que se llevaron la cabeza de Rufia para impedir una posible identificación, ¿no decidiría alguien llevarse también la pierna dañada por el mismo motivo?

—¡Se equivocaron de pierna al cortar! —exclamé.

Tiberio se permitió una sonrisa antes de recobrar la seriedad.

—Sería comprensible. Pensamos que estaban bien organizados, pero matar a seis personas debió de suponer horrores inimaginables. Cuando llegó el momento de enterrar los cuerpos, debían de estar sometidos a una gran tensión. Se cometió un error. Afrontémoslo, se sabe incluso de cirujanos que se han equivocado al amputar. Alguien se dio cuenta del fallo, pero no tuvieron ánimos para cortar una segunda pierna, así que soltaron unas cuantas palabrotas, se rindieron, y arrojaron al hoyo la pierna cortada, esperando que no pasara nada...

—Horripilante. —Agachada aún junto al hombre cojo, giré el cuerpo para compararlo con su vecino—. El mismo desgaste en los dientes. La misma dieta.

De inmediato, Tiberio siguió mi razonamiento.

—¿El mismo lugar de procedencia?

—Probablemente, aunque eso no es nada extraño. Desde luego, tenían los mismos hábitos. Pan duro. Fruta. Vino ácido seguido de eructos ácidos.

—¡Debían de ser tipos encantadores!

—Que bebían en tabernas —le recordé con una sonrisa.

—Pero ¿no eres capaz de adivinar de qué aldea procedían? —Me estaba tomando el pelo.

—Podrían ser de Roma, incluso. Lo que quiero decir es que debían de pasar mucho tiempo juntos, llevando el mismo estilo de vida. Apuesto a que tenían el mismo oficio. Y no sabemos cómo, debieron de granjearse un enemigo común.

—Pero ¿fue ese el viejo Tales? —Tiberio frunció el ceño—. ¿Fue el propio Tales, con la ayuda de su personal, quien atacó a los cinco hombres? Y en ese caso, ¿por qué?

—¿Habían matado a Rufia los cinco hombres y entonces Tales ordenó

que los mataran como castigo?

—No tenemos razones para creer que Rufia significara tanto para él, ¿no?
—Tomé nota mentalmente de que debía empezar a preguntar a la gente qué significaba Rufia para el dueño de la taberna, mientras Tiberio seguía sugiriendo alternativas—: ¿O fue un grupo completamente distinto el que tuvo una trifulca con estos tipos, mientras Tales se mantenía al margen, o bien estaba ahí, rogándoles que dejaran de pelearse en su taberna?

Solté un leve bufido.

—No creo que fuera de esa clase de tabernero. Pero dirigía bien su negocio. Sabemos que tenía a la expeditiva Rufia para mantener el orden. Por lo que cuentan de ella, le habría obligado a intervenir si hubieran empezado a pelear.

—¡Ah, era de esa clase de mujer! —musitó Tiberio en voz baja, como si no se dirigiera a nadie en particular. Le lancé una mirada glacial.

—Si no organizó el ataque él mismo quien, ¿quiénes pudieron ser los agresores? ¿Gente a la que Tales temía enfrentarse? ¿Gente que le asustaba tanto que ni siquiera denunció su crimen después?

—¿Soldados? —sugirió Tiberio.

—A unos soldados en activo los habrían echado de menos. Fugarse del ejército es un delito que se toma muy en serio. Sobre todo si ocurriera en Roma, que está llena de unidades que podrían buscar a los desertores.

—Entonces, ¿las víctimas compartían oficio, manual, aunque no demasiado duro a juzgar por el aspecto de sus huesos? Y Tales, o bien temía tanto a los asesinos que les permitió que llenaran su patio de cadáveres, o bien se había confabulado con ellos. La cuestión es que tuvo que dar su consentimiento para que los enterraran aquí. Los asesinos debían de confiar en que él mantendría las tumbas en secreto, sobre todo para asegurarse de que nadie desenterraría nada después accidentalmente.

—Ahora que ha muerto, los asesinos ya no están seguros. ¿Crees que lo saben?

Tiberio se encogió de hombros.

—Si andan por algún lugar cercano, se enterarán. Oirán que tenemos los cuerpos y que las autoridades van a buscar a los responsables.

Me eché a reír.

—Si se enteran de que los vigiles han venido a hacer un reconocimiento, y luego se han marchado tan tranquilos a beber, ¡puede que no se preocupen demasiado!

—¿Crees que se darán cuenta de que lo estamos investigando tú y yo? —preguntó Tiberio con expresión pesarosa.

A mí me parecía que nos hallaríamos más seguros si no estaban al tanto de nuestra trayectoria.

—Cariño, me gusta pensar que tengo fama de investigadora tenaz y tú de magistrado meticulado, pero por suerte en el Viminal no nos conocen a ninguno de los dos. Aquí tú eres un mero contratista y yo soy...

—¡La chispeante esposa del contratista!

Tiberio disfrutaba pudiendo decir eso. Por fortuna, nunca me hacía sentir en situación de inferioridad; para él, formábamos una pareja de iguales. De hecho, me consideraba esencial. Los dos juntos dirigiríamos nuestro negocio familiar en todos los aspectos. La razón por la que amaba a Tiberio era que jamás había concebido otra cosa.

Larcio, nuestro capataz, salió al patio y aguardó en silencio hasta que le instamos a acercarse. Había ido en busca de un enterrador para que se llevara los huesos. Había demasiados restos humanos y todo se había hecho demasiado público como para poder limitarnos a arrojarlos a un gran agujero en alguna parte. Además, ningún edil... bueno, este edil no iba a ser tan impío.

Tiberio dio instrucciones para que los esqueletos se guardaran un tiempo, por si necesitábamos inspeccionarlos de nuevo en el curso de nuestras investigaciones. Además, nos gustaba ser optimistas. Queríamos creer que podríamos identificar a los muertos, lo que nos daría la oportunidad de permitir a sus familiares que celebraran un funeral.

Llegó el carro del enterrador. Uno por uno, los esqueletos fueron cargados en el carro y se los llevaron. Era ya tan tarde que todo el proceso se hizo a la luz de unas lámparas. Finalmente, el patio del Jardín de las Hespérides quedó a oscuras, desierto y vacío.

Tiberio y yo nos fuimos a tomar una cena ligera. Calle abajo pasamos por delante de los vigiles, que seguían en la Rómulo. No nos unimos a ellos.

Me fijé en que estaban muy tranquilos. Los que bebían apoyaban un brazo en la barra, en grupos de dos y tres, picoteando algo y charlando de vez en cuando, o estaban sentados en las mesas formando grupos dispersos. Dos habían pedido el tablero de damas.

Los demás parroquianos, allí y en otros lugares similares por los que pasamos, se comportaban del mismo modo relajado. Nadie parecía borracho. Nadie daba voces. Desde luego nadie se peleaba.

La gente estaba ahí porque la mayoría no disponía de lugar para cocinar en su casa. Al menos así se reducía el número de incendios domésticos. Pero la gente necesitaba comer. Iban a las fondas a pie de calle y se quedaban a comer allí en compañía, o se llevaban la comida a casa y la familia les recriminaba que hubieran olvidado el escabeche. Así es la vida cotidiana en Roma.

No sé por qué, de repente me puse a pensar en mi hogar... ups, Londinium. Tal como yo lo recordaba, el comportamiento social era el mismo, salvo por el hecho de que las tabernas britanas eran tan frías, oscuras y lúgubres que en general la gente solo iba a comprar la comida... «Ooh, mira, son exóticos nabos romanos.» Luego se iban corriendo a casa a comer aquellos tesoros, convencidos de que eran muy civilizados. Además, allí había más gente que cocinara en casa, igual que sus antepasados, preparando caldo de ortigas a la lumbre; a pesar de su experiencia, seguían asumiendo el

riesgo de quemar sus horribles chozas. Londinium olía siempre a humo y vapor. Podía ser del horno de un baño. Podía ser de algo que se estaba fabricando. Podía ser una panadería en llamas. O simplemente Ugulandivericundius calentándose unas manitas de cerdo.

En Roma, la gente solía comer en la barra de mármol de las tabernas. Casi siempre el tiempo permitía quedarse fuera, o, en realidad, hacía demasiado calor para no salir fuera. O yo me había equivocado sobre el ominoso ambiente de la noche anterior, al asomarme a la calle desde nuestra habitación, o aquella era una noche tranquila, o sencillamente era demasiado temprano para el jaleo. Algunas veces la violencia callejera estalla en oleadas y luego se extingue sin motivo aparente. Tal vez fuera un momento de respiro.

Me puse a pensar entonces en la noche en que había desaparecido Rufia y habían asesinado a los cinco hombres. Pudo coincidir con una gran celebración. Había muchas en el calendario, como habían descubierto mis hermanas al elegir el día para mi boda. Una procesión religiosa, juegos de gladiadores, teatro. Vale, de acuerdo, a nadie le interesa el teatro. Digamos pues que fuera una fiesta religiosa o en la arena del circo, los pilares del entretenimiento en Roma. Se bebía más, las celebraciones eran más salvajes. Pero de momento nadie había mencionado un festival en relación con Rufia. Si la moza de taberna hubiera desaparecido en una noche especial, sin duda se recordaría, ¿no? Artemisa y Orquiva habían dicho que fue el año en que se consagró el anfiteatro, pero los juegos que se celebraron entonces duraron más de cien días, lo que no me resultaba muy útil.

Hablé sobre ello con Tiberio mientras aún paseábamos, antes de encontrar una caupona con buena pinta, algo que siempre resulta complicado en una zona que no se conoce. Nunca entrábamos en ningún sitio que no tuviera clientes a la vista, ni tampoco que estuviera lleno a rebosar. Aquella tenía clientes, pero quedaban mesas vacías en el interior. Resultó que la regentaba una mujer. No tengo razones para pensar que eso tuviera importancia... pero lo encontré gratificante.

La propietaria era pulcra y eficiente. La ayudaba una chica de unos doce años, seguramente su hija. Nos sirvió un tinto de la casa decente, con una jarra de agua fría y miel, además, y luego nos ofreció un guiso caliente de

lentejas con apio, de modo que incluso cumplía con la ley de alimentos que estipulaba que no se debía servir carne. Tiberio Manlio la felicitó por ello, aunque no le dijo que era magistrado.

A mí me susurró que la caupona estaba tan bien dirigida que no podía imaginar que pudiera ser refugio de conspiradores políticos (la estúpida idea era que, sirviendo solo legumbres, se disuadía a los conspiradores de reunirse para ir a comer). Sonreí, pensando para mis adentros que la limpia dueña y su taberna, donde aparentemente se respetaban las leyes, serían la tapadera perfecta para urdir amenazas contra el emperador. Nadie sospecharía de ella.

No dije nada. Aún tenía que averiguar si el hombre con el que iba a casarme aprobaría que asesinaran a Domiciano.

Dejé de pensar en eso. Incluso soñar con liquidar al tirano resultaba peligroso. Paseé la mirada por el resto de clientes con nerviosismo. Domiciano tenía espías que podían olerte hasta los pensamientos, incluso a través del vapor de unas lentejas.

Cenamos tranquilamente. Al pagar, le pregunté a la tabernera si sabía algo sobre la Hespérides. Ella afirmó que no. Tal vez estuviera demasiado lejos. Desde luego, no parecían gustarle mucho los chismorreos.

Aquel establecimiento era distinto. No había habitaciones arriba para fornicar. La mujer y su hija seguramente vivían allí, pero mantenían su propio espacio aparte. Su clientela eran parejas del barrio, familias a las que conocían de siempre, trabajadores de paso que, rompiendo con la tendencia general, solo aspiraban a desayunar y comer en un lugar limpio y acogedor.

Volvimos caminando en dirección a la habitación alquilada. Cuando pasamos de nuevo por delante de la Rómulo, los vigiles ya se habían ido. Había caído la noche, así que tendrían que ir a fichar el inicio del turno, y patrullar luego las calles para ocuparse de incendios y malhechores... o al menos de ciudadanos a los que pudieran multar por no mantener los cubos de agua para incendios llenos hasta el borde.

Artemisa y Orquiva también se habían ido de la Rómulo; las vimos hablando con otros hombres en la Cuatro Lapas. Estaban sentadas con clientes potenciales, fingiendo escuchar con admiración su conversación. Un

cincuentón desgarbado se ocupaba de servir comida y bebida, mientras que Nipio y Natal permanecían dentro holgazaneando. En cualquier caso, recordé que, supuestamente, las mujeres estaban empleadas de forma provisional en el Sapo Marrón.

Su lugar de trabajo parecía curiosamente flexible. En realidad, no encajaba con la designación oficial de «mozas de taberna». La gente hablaba siempre de Rufia como empleada de la Hespérides. ¿Se trataba de una moza de taberna especialmente leal, o era porque el viejo Tales mantenía a su personal bajo su férrea disciplina? ¿O acaso Artemisa y Orquiva eran solo putas y se las eximía de acarrear bandejas?

Mientras las dárđanas estuvieran con clientes, no iba a interrumpirlas para preguntárselo. Lo único que quería era meterme en la cama, con mi amante Tiberio, que ese día se había permitido ya un galanteo de un tipo muy distinto.

27 de agosto

Seis días antes de las calendas de septiembre
(a.d. VI Cal. Sept.)

Cuatro días antes de la boda de
Tiberio Manlio Fausto y Flavia Albia

A la mañana siguiente, lo primero que hizo Tiberio fue poner a trabajar de nuevo a sus obreros en la reforma de la Hespérides; más tarde tenía intención de ir a la vía Loreti Minoris. Bromeé diciéndole que los contratistas siempre tenían dos obras en marcha, así cuando uno quiere verlos, siempre pueden decir que están en la otra obra.

—¡Oh, sí, me pasaré el día emborrachándome en una taberna! —replicó Tiberio en tono afable. Yo jamás lo había visto realmente borracho, aunque se suponía que la noche que salió con mi padre con intención de ganarse su aprobación para nuestro futuro juntos, la melopea había alcanzado proporciones épicas.

—Entonces no querrás comer conmigo. —Debió de notarse mi decepción. Era obvio que él no tendría tiempo para volver a almorzar; tenía que ver a un pintor para hablar sobre el color de las puertas, al parecer. También él lamentaba que no pudiéramos comer juntos—. ¡Será mejor que se trate de la puerta principal por lo menos! —refunfuñé.

—Nuestra fachada pública —confirmó él—. Es vital.

—Elige un amarillo pálido y un rojo oscuro.

—Sí, es la imagen clásica y es lo que voy a pedir. La base no debe ser demasiado clara, sino cálida al recibir la luz del sol, haciendo contraste con el fondo y los adornos. Pero tengo que combinar bien el amarillo, y ha de ser el rojo correcto.

Por el monte Olimpo. ¿Debería haberlo conocido mejor antes de atarme para siempre a aquel pedante? ¿Me volvería loca con su obsesión por los

detalles?

Él se dio cuenta de lo que estaba pensando. El muy retorcido no dijo nada más. Tal vez toda la conversación no había sido más que una broma. Siempre me mantendría en vilo. Nunca me aburriría con él. Oh, amaba a este hombre.

Por mi parte yo tenía pensado visitar al nuevo dueño de la taberna, Liberal. Quería preguntarle por la lista de cadáveres. Sin embargo, se presentó él a verme antes de que pudiera salir en dirección a su caótica casa.

—Me he enterado de la noticia. ¡Qué espanto, qué horror! —Su estado de agitación extrema despertó mi interés. ¿Le ponía nervioso que se hubieran hallado otros cuerpos en su taberna, o había algo más?

Paseó la mirada con nerviosismo por el patio, como si esperara que siguiera siendo un osario. Tal vez quería llevarse un buen susto con algo realmente macabro. Tal vez no supiera lo traumática que puede ser la visión de unas víctimas de asesinato en un sitio que te es muy familiar. Es mejor evitarlo.

Fausto, que en ese momento aún estaba ahí, le explicó que se habían llevado los huesos por la noche y luego apuntó con expresión severa que, como dueño del lugar, Julio Liberal debía hacerse cargo de pagar los funerales. Dicho por un edil, sonaba creíble. Liberal se horrorizó. Yo sabía que seguramente se utilizarían fondos públicos: Tiberio preferiría que Liberal se guardara su dinero para pagar la factura de la reforma.

Mientras los obreros empezaban a tapar las tumbas abiertas, llevé a Liberal a la Rómulo para hablar con él en privado sobre nuestros hallazgos. La taberna de enfrente estaba vacía. El turno de mañana pareció sorprendido de tener clientes, pero el ambiente era de lo más agradable. Incluso nos sirvieron un platito con olivas. Personalmente considero que cuatro olivas para dos personas es una muestra inconfundible de mezquindad, pero por lo visto a ellos les parecía un gesto increíblemente hospitalario.

A aquella hora, la Rómulo era en apariencia un remanso de paz. Una madre podría haberse detenido allí para beber agua con sus dos hijitos, sin darse cuenta de que había elegido un lugar que servía de burdel de noche.

—¡Publio Julio Liberal! —Le dirigí una larga y pensativa mirada. Él quiso hablar, pero yo continué en tono serio, dando a entender que estaba metido en un buen lío—: Se han hallado seis cadáveres, cinco hombres y una mujer, en tu local. ¿Qué tienes que decir al respecto?

—¡No sé nada de eso! ¡No tiene nada que ver conmigo!

—Bueno, te lo advierto, es posible que debas demostrar tu inocencia ante un importante magistrado. Sin duda, ya te habrán dicho que los vigiles han venido a ver el lugar de los hechos. Se han ido para consultar con sus superiores, pero ya sabes cómo funcionan. Buscarán a alguien a quien poder echarle la culpa y, como nuevo dueño de la taberna, serás su principal sospechoso.

Liberal se mostró a la vez perplejo y a la defensiva. Es lo típico, tanto en el caso de una persona realmente inocente como si se trata de un culpable que está fingiendo.

—¡No pueden hacerme responsable de cosas que ocurrieron antes de que la taberna fuera mía! —Puede que a él eso le pareciera de sentido común, pero los vigiles no eran famosos por su pensamiento lógico, precisamente.

Sonreí, tratando de mostrarle una mayor comprensión. Había estado en Egipto. Sabía derramar lágrimas de cocodrilo.

—Sí, siento mucho que sean tan zafios. Le hacen la vida imposible a los inocentes. Claro que tú ya sabes lo que hacen... —Liberal no tenía ni idea. Yo disfrutaría contándoselo—. Localizan a alguien de quien puedan decir que podría ser culpable, y luego le pegan hasta que confiesa.

—¿Y si no es culpable? —exclamó Liberal—. Entonces no confesará, ¿no?

—¡Oh, ya lo creo que sí! Utilizan a un torturador, ¿sabes?

Él no lo sabía. Era de una ingenuidad pasmosa, definitivamente un niño de mamá. Me pregunté cómo habría sido su madre. A veces, los padres sobreprotectores son tan tontos como sus retoños; en otras ocasiones son de lo más sagaces. Eso sucede sobre todo cuando hay una herencia de por medio. Con frecuencia, las madres de cándidos hijos únicos saben cómo apoderarse de su herencia.

—¡No lo dirás en serio! —balbuceó.

—Me temo que sí. Si alguien afirma que no es culpable, los vigiles

simplemente se toman más tiempo en hacerle confesar. Su sufrimiento dura más tiempo. Eso les gusta. —Volví a sonreír; en realidad, incluso solté unas risitas—. ¡Fíjate! Hablo como si me hubiera pasado la vida en un cuartel de los vigiles... Bueno, un tío mío fue jefe inquisidor durante muchos años. Crecí sabiendo esa clase de cosas. No quiero escandalizarte, pero aprendí mucho de todo eso, Liberal. Lucio Petronio es un hombre encantador en un contexto familiar, pero, ¡bien saben los dioses que no habría querido encontrármelo en el trabajo! De hecho, uno de los oficiales que vino a inspeccionar tu taberna es su sustituto, Tito Morelo. Sin duda, cortado por el mismo patrón. Es de la Cuarta Cohorte, pero está trabajando muy estrechamente con la Tercera en este caso. Ahora es una investigación conjunta de varias cohortes, en vista del número de cadáveres y de la gravedad del caso.

«Oh, venga ya, Flavia Albia.» Bonita manera de describir la borrachera conjunta a la que se habían entregado la Tercera y la Cuarta la noche anterior. Era muy dudoso que volvieran. Ni siquiera llegarían a «cerrar el caso», porque, como yo bien sabía, para empezar ninguna de las dos cohortes tenía intención de abrirlo.

Por su expresión, parecía que Liberal estuviera cagando tejas.

—No pienso hablar contigo —afirmó pomposamente como último recurso—. ¡Solo hablaré con un magistrado!

Yo había aprendido a no discutir jamás con un hombre que quisiera prescindir de mis conocimientos profesionales, así que, sin alterarme lo más mínimo, lo conduje de vuelta a la obra para ver al edil.

Manlio Fausto aún no se había marchado. Estaba apoyado en el marco de una puerta, escuchándome mientras le explicaba la desmoralización de nuestro testigo.

—Querido, no se cree que yo, una simple mujer, pueda conocer todos los entresijos; solo confiará en tu criterio.

—¡Muy bien! —dijo Fausto al nervioso dueño de la taberna, calmándolo por el momento, pero provocándome a mí una agitación pasajera. Viendo que Liberal se relajaba, Fausto se volvió hacia mí—. Bien, ¿qué quieres

preguntarle?

—¡Oh, actuáis los dos de común acuerdo! —se quejó Liberal.

Sonriendo, Fausto alargó la mano para tomar mi mano derecha en la pose tradicional de las parejas casadas.

—Hablamos como una sola persona, amigo mío. ¿Y bien, Flavia Albia? Tienes la palabra.

—¡Quiero un interrogador neutral!

—Por supuesto, Liberal. —Fausto permaneció impasible. Era de lo más irritante: se mostraba de acuerdo con la protesta del tabernero, pero no cedía a ella. Clásica justicia romana—. Esa es la ventaja de que seamos dos. Control e imparcialidad. Con mucho gusto estaré presente, si así lo deseas. Tú obtienes el beneficio de un testigo, y después, cuando hable de ti con mi joven y sabia esposa, podremos evaluar tus respuestas desde una doble perspectiva.

Una vez más, me incitó a comenzar. Liberal se resignó.

No me regodeé; es contraproducente. Permanecí muy seria.

—Cuando te entrevistamos previamente, Julio Liberal, fuimos considerados. Eras el infortunado dueño de un establecimiento en el que una mujer había hallado su prematuro final. Murió mucho antes de que tú entraras en posesión de la propiedad. Nos diste la impresión de que eras demasiado joven a la sazón para saber qué había pasado, y que quizá ni siquiera te encontrabas en la taberna aquella noche.

Vi que Liberal se humedecía los labios resacos. A continuación, se atusó los cabellos plateados como hacía cuando estaba nervioso. No miré a Fausto. Era mi interrogatorio. Él permanecía callado, dejándome actuar sola.

—Ahora sabemos que hubo muchos muertos. Si Rufia fue uno de ellos, su muerte parece estar relacionada con el asesinato y ocultamiento de los demás cuerpos. Así pues, la conclusión evidente es que aquella noche se produjo un terrible suceso. Hubo una gran pelea, Liberal. No se trató de un altercado privado entre el tabernero y un miembro de su personal. No fue un incidente doméstico en absoluto. Fue algo planeado. Tuvo que ser ruidoso, feroz y muy bien organizado, y solo pudo llevarse a cabo con ayuda. En aquella época

eras prácticamente de la familia; tú mismo nos dijiste que el viejo Tales y tú estabais emparentados. —Había dicho que eran parientes «lejanos», pero también que él era el heredero obvio desde hacía mucho tiempo—. Ahora quiero saber, sin más embustes, qué tienes que decir al respecto.

—No puedo cambiar mi respuesta. No lo haré. No sé nada.

Adopté una actitud mucho más dura.

—Creo que estabas aquí.

—No, no.

—Creo que participaste en el suceso —insistí. Liberal quiso repetir su negativa, pero lo corté en seco—: ¿Quiénes eran los «mercaderes» que había en la taberna esa noche, según me han contado?

—No tengo la menor idea.

—¿Intentaban vender a Tales alguna mercancía en concreto o estaban aquí por pura casualidad? ¿O es que solo habían venido a pasar un rato agradable en la taberna?

—No lo sé. No sé quiénes eran ni lo que querían. Yo no participaba en la gestión de la taberna por aquel entonces. A veces venía a beber algo porque vivía cerca, pero el viejo Tales lo hacía todo a su manera y no lo compartía con nadie. Nunca tuve la menor participación en la gestión de la taberna.

—Bueno, si eso es cierto, ¿puedes ayudarme a encontrar a otros clientes que sí prestaran atención! Quiero nombres. ¿Quién más había aquella noche?

—¡Ni siquiera recuerdo qué noche fue!

—No mientas. Aquel suceso debió de tener gran resonancia en la Hespérides. Aunque la taberna fuera una guarida de violentos criminales en aquella época, semejante suceso hubo de ser extraordinario. Cualquiera que guardara una estrecha relación con Tales, como la que has admitido tú, se habría enterado de todo lo que pasó. Murieron seis personas. Luego desnudaron y enterraron los seis cadáveres con gran eficiencia. Alguien con los nervios muy bien templados aplanó la tierra de las seis tumbas, y luego se colocaron las mesas encima para que todo pareciera de lo más normal. Aquella noche tuvo que ser inolvidable para cualquiera que estuviera aquí.

Liberal meneó la cabeza, presa de una gran agitación.

—Tú sabes de quiénes son esos cadáveres —añadí.

Volvió a negar con la cabeza. Ni siquiera tuvo ánimos para soltar la

mentira en voz alta.

—Tú sabes quién los mató.

El movimiento de cabeza fue más leve y tenso, apenas perceptible.

—Tú sabes el porqué.

Casi no hubo movimiento esta vez. Se mantenía entero, conteniéndose, pero vi que temblaba. Vi pánico. Vi miedo. No soportaba el recuerdo de aquella noche. Fuera lo que fuese lo que había ocurrido, era un horror del que se había escondido durante años. Aún temía pensar en él.

Ahora ya estaba segura de que no era la única en el distrito de las Diez Tiendas en sufrir pesadillas después de haber encontrado los restos de Rufia.

Algunas veces tienes que retirarte y dejarlos a solas con su nerviosismo durante un tiempo. Por supuesto, con ello te arriesgas a encontrarlos luego colgando de una viga en un granero, y es evidente que de esa forma no contestarán nunca a tus preguntas.

Dado que nos hallábamos en una ciudad sin graneros, no me dejé ablandar. Despedí a Julio Liberal con la advertencia de que debía reflexionar sobre sus responsabilidades. Fausto dijo con expresión adusta que preguntaría a Macer si la Tercera Cohorte tenía una celda libre. Por una vez hice de buena. Fingiendo interceder ante mi estricto prometido, insté al dueño de la taberna a volver a casa rápidamente.

—Aún no estás bajo arresto. Ven a vernos cuando estés dispuesto a hablar.

Con esto quedaba establecido que él sabía que nosotros sabíamos que él tenía algo que decir.

Se fue.

Manteniendo aún su austera actitud, Tiberio Manlio partió en dirección al Aventino. Con los modales de un cónsul especialmente pomposo, se limitó a despedirse con una inclinación de cabeza, sin beso. Yo le lancé uno, exagerando el gesto. A menos que se ablandara un poco, al vendedor de pinturas le aguardaba un tenso y breve encuentro con decisiones precipitadas. Corrí tras mi prometido y su esclavo y grité a Dromo que se asegurara de que su amo comía algo a mediodía para relajarse, porque no quería que

acabáramos con hojas de mirto para los complementos de color rojo, cuando serían mejor unas conchas de ostra. El esclavo me miró como si estuviera más loca de lo normal; Tiberio siguió caminando, pero alzó un brazo a modo de saludo. Aunque solo le veía la espalda, yo sabía que estaba sonriendo.

Permanecí tras el mostrador de la Hespérides viéndoles marchar, sintiendo una intensa emoción. En una ocasión anterior, había despedido a un marido que iba a dar un paseo matinal normal y corriente, y luego me lo habían devuelto muerto, antes de la hora de comer. Jamás lo superaría del todo.

—Cuídate —susurré, aunque Tiberio no podía oírme. Era un encantamiento para mí misma. ¿De qué sirve ser una supuesta druida, si no puedes entonar mágicos hechizos para proteger a las personas que más quieres?—. Cuídate, mi amor. Dromo, cuida de él. Vuelve a mí...

Durante un rato me quedé donde estaba, pensando. La vida es incierta. Una tragedia puede golpearte inesperadamente. Cinco esposas, si todas las víctimas eran hombres casados, habían perdido a su marido para siempre en la taberna. En alguna parte, cinco mujeres debían de haber aceptado ya que eran viudas.

Me di la vuelta para mirar hacia el patio, tratando de imaginarlo cómo era antes. Ahora estaban allí los obreros, arreglando el jardín; conseguí borrarlos mentalmente para retroceder a aquella noche de hacía diez años.

La emboscada debía de haberse producido en el jardín. Fuera, en la calle, junto al mostrador de mármol, habría sido todo demasiado visible y arriesgado, las futuras víctimas podrían haber logrado liberarse y escapar. Desde el interior, los ruidos saldrían amortiguados, aunque lo más probable fuese que las voces altas y los gritos eran pura rutina por allí. Someter a cinco hombres no tuvo que ser nada fácil, aun cuando los atacantes contaran con el elemento sorpresa. El objetivo seguramente era liquidarlos lo más rápido posible, antes de que tuvieran tiempo de reaccionar. Quienquiera que planeara el ataque, querría evitar que llegara a producirse una pelea. Se habrían causado demasiados daños, daños que habrían sido evidentes para los parroquianos al día siguiente: heridas en los atacantes, cosas rotas que habrían de ser reemplazadas antes de que se abriera la taberna.

El Jardín de las Hespérides había abierto como de costumbre a la mañana

siguiente, eso estaba claro por las declaraciones de los testigos. Todo parecía normal. Nadie, ninguno de los clientes habituales, se había percatado de que hubiera sucedido algo.

Cinco hombres habían desaparecido, pero aparentemente nadie se había presentado en la taberna preguntando por ellos.

¿Forasteros? ¿Del campo, o extranjeros, lo que era más probable? ¿Hombres que no habían estado nunca antes en la taberna? O tal vez sí habían estado antes, pero nadie en su lugar de procedencia, fuera cual fuese, conocía su relación con el distrito de las Diez Tiendas en Roma, y mucho menos con aquella taberna en concreto.

¿Estaba demasiado lejos para que vinieran en su busca, era demasiado costoso el viaje, demasiado incierta la posibilidad de descubrir lo que les había ocurrido?

O por el contrario, tal vez la muerte de aquellos hombres había servido de advertencia. Nadie había llegado buscándolos porque la gente tenía demasiado miedo de sufrir el mismo destino que ellos.

Eso era improbable. El viejo Tales parecía haber sido una amenaza social, pero no especialmente siniestro. Si yo creyera que alguien como él había matado a seis personas a las que yo conocía, no vacilaría en vengarme de él.

Pero no todo el mundo era como yo. Menos mal, podría decirse.

Muy bien, si fuera una persona tímida y amante de la paz, al menos denunciaría el crimen a las autoridades. Estábamos en Roma, ciudad de antigua justicia. Bueno, era Roma, ciudad de interminables disputas legales. Se podía contratar a un abogado para hacer recaer toda la furia del Hades sobre Tales. Disponiendo de dinero, se puede exigir justicia.

En caso contrario, cabía presentar una queja ante los vigiles. No era del todo inútil. Los de la Tercera Cohorte eran unos haraganes, pero tratándose de desapariciones y supuestos asesinatos, al menos redactarían un rollo para que no los pillaran en caso de que ocurriera alguna otra cosa. Para cubrirse las espaldas, diría mi tío Lucio. Escribir unas notas, para tener notas que consultar, o que presentar, si algún entrometido volviera a plantear el caso.

En apariencia Macer no había sabido nada de ningún crimen pasado antes de encontrar los cadáveres. Posiblemente había vuelto a su cuartel a buscar viejos informes, aunque yo no contaba demasiado con ello.

Si los cinco hombres habían podido permitirse el lujo de viajar hasta Roma, es muy probable que sus allegados también tuvieran dinero, así que deberían haber podido seguirles la pista. Era de suponer que no habían sabido adónde ir a buscarlos.

¿Y la mujer? Si era Rufia, vivía allí. ¿Se había inmiscuido en la pelea? ¿La mató uno de los atacantes accidentalmente? ¿O la castigó alguien de forma deliberada por confraternizar demasiado con las víctimas? ¿O, más probable, con una víctima en particular? Era lamentable, pero desde luego no sería la primera vez que un hombre celoso pegaba y asesinaba a una mujer. Pensándolo bien, no sería la primera vez que un hombre planeaba un asesinato semejante de antemano.

¿Por qué le habían quitado la cabeza, y qué habían hecho con ella luego?

Me di la vuelta para mirar de nuevo hacia la calle. Nadie me había visto. Todo el mundo sabía que la taberna estaba cerrada, y yo me encontraba de pie detrás de un poste que servía de soporte al tejado. Nadie tenía motivos para mirar hacia allí. Nadie reparaba en mí.

Desde donde estaba, veía la Rómulo, ahora vacía, y más allá la Cuatro Lapas. Allí reconocí a Nipio y a Natal, apoyados en el mostrador de la taberna, pero no sirviendo, sino disfrutando al parecer de un desayuno tardío. En una mesa de la calle estaban Artemisa y Orquiva, aunque ellas parecían haber acabado ya de desayunar. Artemisa estaba inclinada hacia delante, apoyándose en los codos, y bostezaba; Orquiva estaba repantingada en el asiento. Había otra mujer de pie en la calzada, hablando con ellas. Se la veía menos desaseada y, desde luego, más vieja.

Tuve la impresión de que la conocían, aunque la relación era superficial. Parecían escucharla, como se requería de ellas, pero sin prestarle demasiada atención. La mujer les hablaba; las prostitutas la dejaban hablar. No capté ninguna de sus respuestas. Bueno, ya sabía que eran un par de insolentes.

Mientras yo las observaba, la mujer mayor miró hacia mi lado de la calle. No supe con seguridad si me había visto. Tres mulas, todas cargadas con pesados sacos de grano, se detuvieron entre nosotras, mientras los arrieros visitaban la Rómulo; no me quedó claro si iban a hacer una entrega o a beber

algo. La mujer interrumpió la conversación y rápidamente se encaminó colina arriba; al pasar dio una palmada en la grupa a una de las mulas. Aunque hubiera echado a andar tras ella, la Cuatro Lapas estaba a suficiente distancia como para que yo la hubiera perdido de vista. Además, los animales me cerraban el paso. La dejé ir.

Tenía la impresión de que acababa de ver a Menendra, la mujer a la que habían mencionado las dárđanas y que había conocido a Rufia. Si ese era el caso, la tal Menendra no tenía el menor deseo de hablar conmigo.

Un esclavo público bajaba por el Argileto barriendo. Lo vi bajando por la calle, avanzando despacito, parándose a menudo para quedarse quieto y mirar a su alrededor sin motivo.

Yo tenía pensado investigar en cierto lugar. No quería alertar al personal de las tabernas sobre mi intención, así que le pregunté al esclavo si conocía el callejón de la Mula Sucia. Por lo general nadie hablaba con él. Cortésmente averigüé si comprendía el latín, puesto que no siempre saben nuestra lengua. Algunos esclavos públicos se ocupan de los templos y los baños imperiales, por lo que tienden a ser de una calidad aceptable, pero el resto no son más que mano de obra barata a la que se encomiendan sucias tareas de baja categoría que ni siquiera quieren los pobres, lo que implica que muchos esclavos públicos son un auténtico desastre. A este lo enviaban a trabajar a la calle en solitario todos los días, así que alguien debía de confiar en él. Claro que, ¿adónde podía huir? ¿Quién pagaría ni una sola moneda por su vieja escoba enmarañada, si la robara?

El esclavo se mostró asustadizo, como si le estuviera sugiriendo que debía hacer uso de la escoba en aquel callejón. Lo tranquilicé. Cuando se le pasó el pánico, me indicó la dirección. Le di las gracias, doné una moneda de cobre para su fondo de pensiones y me fui. Sus indicaciones resultaron ser erróneas. No tengo motivos para suponer que lo había hecho a propósito, aunque mi padre, que recela de todo el mundo, no lo habría dudado.

Cuando me di cuenta de la equivocación, pregunté de nuevo a algunos transeúntes. La lógica me decía que Rufia no debía de vivir muy lejos de su

trabajo, de modo que el callejón que buscaba tenía que estar cerca. Y así era. No había sido nada grave, salvo por unos instantes de nerviosismo porque me disgusta acabar en un sitio que no conozco sin haberlo planeado. Al final encontré el lugar.

No era peor que la plaza de la Fuente, pero estaba tan acostumbrada a mis propios horrores que apenas me fijaba en ellos. No era ese el caso. Aunque enviaran al barrendero a aquel deplorable callejón sin salida, un hombre solo con una escoba no habría podido hacer gran cosa. Debía de haber un establo en los alrededores, porque jamás había visto semejantes pilas de excrementos de mula. Parecían antiguos, pero olían como si fueran recientes. Las mulas que dejaban tales restos seguramente eran medio salvajes y de temperamento vengativo. Era muy posible que sus arrieros tuvieran el mismo talante.

Paseé la mirada a mi alrededor, asegurándome de tener claro dónde estaba la salida y de qué profundidad eran los baches del camino que llevaba hasta ella. No quería encontrarme atascada en aquel callejón solitario con un arriero montaraz, y mucho menos con un grupo de ellos. De sobras sabía cómo serían. Desdentados, con largos látigos e ideas depravadas. Si Rufia tenía que ir hasta allí cada noche en medio de la oscuridad, estaba claro por qué se había vuelto agresiva. Me sentí cansada y furiosa solo de imaginar por lo que debía de haber pasado esa mujer.

Tal vez a las tantas de la noche, cuando ella volvía a casa, todos los arrieros estaban roncando en el establo. Y quizás eran, en realidad, personas de temperamento afable, héroes honestos que se apresurarían a socorrer a cualquier damisela en apuros... Pero prefería no tener que comprobar su reacción al oír unos chillidos. Los muy cerdos acudirían corriendo, seguro... subiéndose todos ellos la túnica, lanzando gritos de alegría, dispuestos a unirse a la violación en grupo.

En aquel momento reinaba una calma absoluta. Me alegré.

Al principio me pareció que allí no podía vivir nadie. Negros muros desnudos se alzaban a ambos lados, cerniéndose sobre mí. Gradualmente empecé a distinguir oscuras puertas en las sucias paredes que ensombrecían la calle fría y húmeda, sin pavimentar. También había ventanas en arco, con

los ladrillos cubiertos por siglos de suciedad y excrementos de palomas. Tal vez en otra época hubiera tiendas en aquel callejón, pero hacía tiempo que habían desaparecido; tampoco se oía ruido de talleres. Me sujeté las faldas, pegadas al cuerpo, tratando de evitar los charcos de un líquido ominoso. Deseé no haberme puesto joyas. Me quité el collar y lo guardé en la bolsa donde llevaba mi tablilla para tomar notas.

Se me ocurrió entonces que nadie sabía dónde estaba yo. Tiberio me había dicho que siempre debía decirle adónde iba; y había tenido razón. Debía aprender a hacerlo. Bueno, tal vez algún día, pero de todas formas había sobrevivido por mi cuenta durante doce años, así que no veía qué prisa había en cambiar. No tenía la menor intención de vivir en el bolsillo de mi marido como si fuera su ratoncito mascota. Tendría que acostumbrarse.

Si nadie sabía que estaba allí, al menos tampoco nadie me habría seguido con malas intenciones, ni se habría adelantado para tenderme una emboscada. Solo los vecinos del lugar representaban un posible peligro.

No parecían existir. Estaba todo demasiado tranquilo. Para llegar hasta allí solo había tenido que recorrer una corta calle lateral; sin embargo, los edificios que se interponían amortiguaban por completo el bullicio del Vicus Longus. Aunque el callejón era sucio y opresivo, una profesional experta como yo comprendía que una mujer que trabajaba hasta altas horas de la madrugada y que quería un lugar donde dormir sin que la molestaran durante el día, encontraría útil aquel aislamiento. Tal vez Rufia pasaba por alto los aspectos más sórdidos, igual que yo en la plaza de la Fuente. Se necesitaba valor para que cualquier conocido suyo fuera a molestarla a su casa. Cualquier acosador que la siguiera sin ser invitado renunciaría quizás al llegar al final de tan horrible callejón. Teniendo en cuenta el tiempo transcurrido desde la desaparición de Rufia, yo misma estuve a punto de rendirme. ¿Qué sentido tenía esperar que allí alguien la recordara?

Di un respingo: una sombra emergió de un portal. Súbitamente una anciana menuda y artrítica pasó por mi lado con un cesto colgado de un brazo. Una aparición tan corriente, con su absoluta normalidad, me sobresaltó. Recobrada de la sorpresa, eché a correr tras ella, llamándola.

—¡Abuela, espera, por favor!

Ella se dio la vuelta, entrecerró los ojos casi ciegos para mirarme, y acto

seguido me mandó a paseo. Si hubiera podido escabullirse corriendo, lo habría hecho. Así que siguió caminando, a su paso lento pero constante. La vieja urraca de noventa años por lo menos, con sus sandalias y su estola raída, había salido a por un melón y unos polvos para aliviar sus dolores. No tenía la menor intención de hablar con una joven desconocida, y mucho menos ayudarla.

—¡Tú debiste de conocer a Rufia!

Ella se limitó a soltar un indignado «eh». Habría dicho lo mismo si le hubiera preguntado por el camino hasta el Foro, o si le hubiera dicho que había recibido una herencia, o si hubiera fingido que su casero quería subirle el alquiler. Incluso su propio y amado hijo perdido y vuelto a encontrar habría recibido el mismo airado desplante. Con su paso artrítico, logró llegar a la calle lateral y alejarse de mí.

El contacto humano revivió mi confianza. Empecé a llamar a las lúgubres puertas, pero mis primeros intentos no obtuvieron respuesta. Al final me abrió un ama de casa que afirmó no conocer a la moza de taberna, y yo la creí. Me sugirió entonces que hablara con otra mujer, quien me señaló el sitio donde había vivido Rufia.

—¿La conociste?

—No hablé nunca con ella.

Estaba claro que no pensaba responder a más preguntas.

Crucé el callejón y estuve a punto de torcerme el tobillo en un surco. Golpeé la puerta indicada hasta que al cabo de un rato me abrió un hombre frágil y encorvado. Me dijo que sería mejor que hablara con su esposa. Luego me cerró la puerta en las narices. Justo cuando estaba a punto de dejarlo correr e irme, la puerta volvió a abrirse; la mujer salió con expresión temerosa.

—No pasa nada, no soy una pescadera ambulante, así que no tienes por qué fingir que no necesitas navajas. —Me miró desconcertada. Refrené mi ingenio—. Olvídalo. Siento mucho molestarte. Soy investigadora. Me han dicho que Rufia vivía aquí.

Podría haber fingido que era amiga de Rufia, pero yo era demasiado joven para que resultara convincente, y sabía demasiado poco sobre ella. Todo el mundo cree que los informantes adoptan disfraces a cada momento, pero de

ese modo uno mismo puede acabar liándose sin motivo, y se corre el peligro de cohibir a los testigos. Así que yo prefiero un planteamiento más honesto.

Inesperadamente la mujer se relajó. Me pregunté si habría estado esperando todos aquellos años a que alguien, fuera quien fuese, mostrara algo de interés. Pero quizá no, porque acto seguido me preguntó:

—¿Te envía Menendra?

—No —respondí, sorprendida—. No la conozco.

—No me gusta esa mujer.

—¿Por alguna razón? —pregunté, recobrándome.

—No. Será mejor que entres. —Me hizo pasar. Vi una habitación a un lado que debía de ser donde vivía con su marido, a quien oí resollar en el interior. Una angosta escalera conducía al piso de arriba—. Puedes echar un vistazo, si quieres. Pero iré contigo. No sería correcto que te dejara sola. Están todas sus cosas.

—¿Has guardado sus pertenencias todo este tiempo? —Estaba asombrada—. ¿Era tu inquilina? —pregunté. La mujer lo confirmó mientras subíamos, aunque le faltó el aliento para dar más explicaciones—. ¿Y nunca has vuelto a alquilar la habitación? ¿En serio? —Se veía a la legua que eran tan pobres como la mayoría de habitantes de Roma. Si el viejo había trabajado alguna vez, de eso hacía ya mucho tiempo. Ella parecía más joven, aunque escasamente vivaz.

—No me gustaba la idea. No tengo prisa por alojar a otras personas. Nos las apañamos. ¿Y quién sabe?

¿Quién sabe qué? Aquello me pareció raro, pero habíamos llegado al descansillo de arriba y quería concentrar toda mi atención en el lugar donde había vivido Rufia. No había más escaleras, aunque desde fuera yo había visto que el edificio tenía más pisos. Quienquiera que viviese en las plantas de arriba, debía de disponer de otra entrada. Supuse que, cuando la callejuela de la Mula Sucia tuvo más vida, la parte en la que me encontraba debió de ser una tienda o un taller con vivienda encima, separados del resto.

La desconchada puerta no estaba cerrada con llave. La casera la abrió con un empujón y me hizo pasar primero. Ella no cruzó el umbral y no dejó de vigilarme atentamente, pero me permitió entrar y mirar a mi antojo.

A veces, la habitación de una persona que ha muerto da la impresión de

haber alojado a su ocupante hasta esa misma mañana. No era el caso. Nada allí recordaba a Rufia.

—¿Has tocado algo desde que Rufia desapareció?

—No, todo está igual.

A pesar de que la casera había afirmado que encontraría allí «todas sus cosas», no era mucho lo que había.

—¿Ha venido alguien a llevarse alguna de sus pertenencias?

Ella negó con la cabeza. La miré, no tanto porque dudara de ella como por una sensación de perplejidad. La mujer era, según pude comprobar tras observarla atentamente, una pobre criatura consumida y apagada que tenía aspecto de haber trabajado duro toda su vida, lo más probable para otras personas. Tenía los cabellos finos y descoloridos, recogidos de cualquier manera, manchas marrones de la edad, manos huesudas, el cuello escuálido que asomaba por la holgada abertura de una túnica sucia. Mientras me contemplaba, tiró de las mangas y del cuello de la túnica, cerrándolo más, como si tuviera frío.

Volví a centrarme en inspeccionar la habitación. Era pequeña, por supuesto. Como mujer soltera trabajadora, yo misma podría haber vivido en un sitio similar, de no contar un padre con un edificio de apartamentos que quería llenar. De lo contrario, también yo habría pasado mis días en un horrible cubículo que formaba parte de la casa de otras personas, sin sitio para cocinar, con un cubo para lavarme y hacer las necesidades, un alto ventanuco al que no podía asomarme, pero donde había una paloma mirándome, una cama, un aparador, un taburete, un gancho tras la puerta y una alfombra apolillada en el suelo. Seguramente casi todos los objetos venían con la habitación.

Entonces, ¿qué había pertenecido a Rufia? El inventario de sus posesiones personales no habría ocupado más de tres líneas. Claro está que una moza de taberna ganaría poco y tendría pocas posesiones. Pero, dando por supuesto que Rufia había ido a trabajar con su ropa puesta el día en que murió, pocos eran los objetos personales que había dejado tras de sí. No había ninguna túnica de repuesto (bueno, eso podía ser normal con el salario de una moza de taberna), ni accesorios, ni capa para el invierno.

Al menos poseía un cuenco, una jarra y cubiertos baratos para comer.

Había un par de zapatillas raídas metidas bajo la cama; la suela de una de ellas perdida tiempo atrás. Había tenido los pies pequeños. Sin otras prendas por las que guiarme, no podía imaginar el resto de su cuerpo. Reparé en un pasador que había sobre la alfombra de tela. Era sorprendentemente bonito. Seguro que de hueso corriente, aunque tratando de pasar por marfil. Lo recogí. Lo olisqueé y no hallé rastro de perfume, aunque habría sido asombroso que persistiera después de tanto tiempo.

—Háblame de ella. —Tenía el pasador en la palma de la mano—. ¿Rufia usaba cosméticos?

—¿No los usan todas?

—Entonces ¿dónde están sus pinturas y sus afeites? —Por los dioses, todas las mujeres tienen al menos un tarro de crema. Era casi seguro que Rufia tendría que lavar los cuencos y jarras en la Hespérides, porque no me imaginaba a Nipio y Natal realizando esas tareas; así que debía de tener las manos secas y agrietadas.

—¡Ya te lo he dicho, no he tocado nada!

—No te estaba acusando.

—Supongo que guardaría sus cosas en la taberna donde trabajaba. Allí sería donde querría tener buen aspecto. Para los clientes.

¡Ejem!

—¿Tuvo algún novio?

—No que yo supiera.

—¿Y no llevaba joyas? —Las personas que llevan joyas, por sencillas que sean, suelen tener más de una pieza para poder ir cambiándolas.

—¡A mí no me mires! Tenía un brazalete que siempre llevaba puesto. Nunca lo toqué.

Vale.

—Es solo que estaba pensando —dije con tristeza al cabo de un momento—, que hay muy pocas cosas aquí para toda una vida.

La mujer se calmó; le gustó ver que yo mostraba simpatía.

—Cogí su almohada. Eso es lo único que he venido a llevarme en todo este tiempo. Para el viejo, cuando tiene problemas para dormir. Se la habría devuelto a ella si hubiera regresado algún día.

—No va a regresar jamás. —Me pregunté si debía decirle que creíamos

haber encontrado el cadáver de Rufia, pero me lo impidió el siguiente comentario de la mujer.

—Ya. Eso es lo que dijo la otra.

La mujer se había dado la vuelta y bajaba ya por las escaleras. Aunque la conversación sobre Rufia debería haber resultado triste, ella no parecía en absoluto emocionada. Lancé una rápida mirada a la habitación antes de bajar también, pero no vi nada que me hiciera quedarme por más tiempo.

—¿Quién era? —pregunté, cuando llegamos a la planta baja—. ¿Quién era la otra?

—Esa tal Menendra. Ya te lo he dicho, no me gustó.

—¿Ha venido aquí? ¿Hace poco?

—Vino ayer.

—¿Ayer? ¿Y qué quería?

—Ver la habitación, igual que tú. Pero a ella se la enseñé desde la puerta y no le permití entrar. No me gustó su actitud.

—¿La conocías de antes? Me han dicho que tenía relación con Rufia, no sé exactamente de qué clase, si eran amigas o trabajaban juntas.

—Trabajaban juntas. Eso era todo. La había visto una vez con Rufia. Y con una vez fue suficiente, gracias a Juno.

La casera apretó los labios en un gesto de desaprobación. Percibí que, de alguna manera, su opinión sobre mí era más favorable. Con suerte, lograría sonsacarle algo.

—Yo aún no he conocido a Menendra, pero tendré que hablar con ella. —Le hablé sinceramente, de igual a igual—. No estoy segura de lo que debo esperar. ¿Puedes decirme cómo es?

—Agresiva. No te va a gustar. Se nota que tú no eres así. —Eso sería una

auténtica novedad para mis familiares y amigos, todos ellos convencidos de que yo era un demonio alborotador.

—¿Es extranjera como algunas de ellas?

—Algo así. Habla con un acento raro. ¿No lo son todas?

—¿Las mozas de taberna, quieres decir?

Ella dejó escapar una áspera carcajada de lo más reveladora.

—¡Y todas las demás!

—¿Es prostituta?

Ante la pregunta, mi confidente se retractó.

—¡No soy quién para decirlo! —afirmó. Sin embargo, su voz me indicó exactamente lo que pensaba de Menendra; no estaba claro si Rufia le merecía la misma opinión, aunque me pareció que no.

—Bueno, ¿y a qué vino aquí la tal Menendra? ¿Por qué le interesaba la habitación de Rufia?

La consumida casera se irguió, convertida en un pilar de rectitud.

—Eso no lo sé. Sus razones no son asunto mío. Pero lo que sí puedo decirte es esto, joven señora. Esa Menendra vino por la mañana. Le di largas y me libré de ella lo más rápido que pude. Esa misma noche..., sí me refiero a anoche, ¡vinieron otros e intentaron entrar en nuestra casa empleando la fuerza!

Me sorprendió. Se trataba de una pareja inofensiva que no tenía nada para robar.

—Eso es terrible. ¿Qué hicisteis?

—Nuestro hijo estaba aquí —replicó ella, con gran satisfacción—. ¡Mala suerte para ellos! Viene a vernos casi todos los días. Había traído a sus tres grandes perros; son unos buenazos, pero ladran que da gusto. Así que, no sé quiénes eran, pero dejaron de intentar entrar y se largaron.

—¿Los visteis bien?

—No, se fueron a toda prisa. Nuestro chico corrió por el callejón tras ellos, pero no sirvió de nada. Volverá esta noche —me aseguró, al ver mi preocupación por la pareja asediada, sobre todo por el hombre, viejo y frágil—. Traerá materiales para hacer más segura la puerta. Uno de los perros se quedará aquí con nosotros; los otros dos lloran si no están en su cama.

Roma estaba llena de mosaicos donde se instaba a tener cuidado con el

perro, con representaciones de chuchos feroces que llevaban grandes collares de púas. Pocas casas tenían en realidad un perro guardián o, si lo tenían, era más amable de lo que sugería su retrato. Por supuesto, también existía el típico machote que quería parecer más duro y se hacía acompañar de un perrazo horrible al que no sabía manejar... así como familias con sus muy queridas mascotas dispuestas a recibir a los desconocidos con salvajes lametazos.

—Eso está bien. Muy bien. Me alegro mucho de que tengáis a alguien que cuide de vosotros. —Dejé que la mujer me viera aparentando reflexionar—. ¿Cómo te llamas?

—Annina.

—Mira, Annina, si la gente que intentó entrar anoche tenía algo que ver con la visita de Menendra, debían de andar buscando alguna cosa.

—Eso fue lo que pensamos nosotros. —Eran espabilados. El marido, el hijo y ella habían hablado sobre la cuestión y sus conclusiones habían sido las mismas que las mías. Los ladrones estaban relacionados con Menendra y buscaban algo. Algo que creían que tenía Rufia, algo de lo que querían apoderarse antes de que yo lo descubriera.

—¿Subisteis a registrar la habitación?

—Sabemos que no hay nada.

—¿Podría echarle otro vistazo?

Ella asintió de inmediato, casi como si ya hubiese esperado que se lo pidiera. Me dejó volver a subir yo sola. Esta vez lo registré todo a fondo, examinando la habitación como una profesional. Miré en todas partes, buscando escondrijos. No me limité a mirar debajo del colchón y detrás del aparador, también busqué tablas sueltas, ladrillos que se pudieran extraer, huecos en el yeso por encima de los arquitrabes. Encontré los lugares secretos que podría haber usado Rufia cuando vivía allí. Pero estaban todos vacíos.

Al abandonar la callejuela de la Mula Sucia, me recordé a mí misma que debía permanecer alerta. Cuando tienes la mente ocupada en extraños descubrimientos, es muy fácil que te distraigas tanto que acabes siendo víctima de algún villano. Los informantes sensatos esperan un poco para sumirse en reflexiones.

Aun así, me preguntaba qué pensaría la gente que podía haber dejado Rufia tras de sí.

Desanduve cautelosamente mis pasos hasta el Vicus Longus. Aquella calle principal, que tan insalubre me parecía antes, de pronto me produjo una sensación de familiaridad, compañía y confianza. Respiré una profunda bocanada de aire y me relajé, como si hubiera escapado de un buen susto por los pelos. Era una ridiculez. No me había pasado nada, al menos a mí. Pero tenía experiencia más que suficiente como para saber que en lugares oscuros todo era posible.

Seguí hasta el lugar donde Tiberio y yo habíamos disfrutado de la cena del día anterior. Me senté para tomarme un zumo de frutas y una galleta de almendras, detalle de la casa. De las dos personas que llevaban el negocio, ese día solo estaba la madre, así que se reunió conmigo al sol. Nos presentamos. Ella se llamaba Lépidia, un buen nombre latino, así que le pregunté si hacía tiempo que vivía por allí.

—Aquí nació y me crie.

—Eso es poco habitual. Muchas de las personas con las que he hablado eran forasteras.

—Demasiados esclavos y extranjeros —refunfuñó Lépida. Era la clásica queja: gentes de clase baja llegaban en masa del extranjero, se quedaban con todos los trabajos y no eran bienvenidos.

Decidí no mencionar Britania. Con mis cabellos castaños y a pesar del gris azulado de mis ojos, en realidad no tenía rasgos de extranjera. No tenía las orejas puntiagudas de los pictos, ni los pómulos altos de las estepas orientales, ni un color de piel poco habitual. Nadie distinguía mi procedencia, a menos que se lo dijera yo misma. Cualquier habitante avisado del imperio podía adquirir los gestos y las costumbres romanas, aprender el habla convencional e integrarse perfectamente. Si algo me distinguía ahora era el hecho de tener un acento demasiado refinado.

Di una puntada al aire para ahuyentar a las palomas que se acercaban demasiado picoteando. Uno de los movimientos automáticos que se aprende pronto cuando se come al aire libre en el Mediterráneo.

Con la jarra entre las manos, aparenté sumirme en hondas reflexiones, dejando entrever mi hastío.

—¿Qué tal te va? —preguntó Lépida muy cortés. Hice una mueca—. Intentas descubrir lo que ocurrió en aquella taberna, ¿verdad?

Me limité a asentir, dejando deliberadamente que ella tomara la iniciativa. Recordaba que el día anterior, con su hija presente, no había querido hablar.

—Trabajar de informante —dije, cuando se quedó callada— no siempre es fácil.

—¿En qué te has quedado atascada?

—¡Oh, pues yo diría que en casi todo! —Di un sorbo a mi bebida, con la mirada perdida hacia el otro lado de la calle—. ¿Quiénes murieron? ¿Quiénes los mataron? ¿Por qué? Cinco hombres y una mujer se desvanecieron de la noche a la mañana, y, sin embargo, nadie parece haberlos echado de menos. Conozco a unas cuantas personas que admiten que estuvieron en la Hespérides aquella noche, pero todos callan. Percibo miedo, lo que es comprensible. Y ahora, dos inocentes que tan solo eran los caseros de Rufia han sido atacados en su propia casa.

—¡Eso es terrible! —exclamó Lépida con los ojos muy abiertos.

—Hay una relación. Tiene que haber una relación. Desenterrar esos viejos y tristes huesos de la taberna está empezando a tener repercusiones.

Permanecimos sentadas en silencio durante un rato. Yo sabía cuándo no debía meter más presión.

El sol de agosto inundaba la calle. A mediodía, se trataba de una vía de aspecto corriente. De todas partes nos llegaban sonidos y olores de personas que almorzaban en su casa, en los apartamentos que nos rodeaban. Madres que instaban a sus hijos a comerse el pan como era debido. Hombres que trabajaban hasta tarde y se despertaban entonces, empezando a hacer notar su presencia en un mundo que se las había apañado sin ellos durante unas horas; esposas que se resistían cuando intentaban darles órdenes. Perros que se ponían de pie y estiraban sus largos lomos. Perros que volvían a tumbarse en zonas de sombra que se iban reduciendo. Tiendas que cerraban para una larga siesta.

—Yo no conocí a esa Rufia. —Lépida empezaba a abrirse—. Nunca hablé con ella.

—Pero ¿sabías quién era?

—La había visto. Si me la hubieras señalado, habría podido decirte su nombre. Entonces yo era joven. Pero nunca me mezclé con mujeres de esa clase.

—¿Mozas de taberna?

Ella frunció los labios y no contestó. Nos bebimos el zumo.

Al cabo de un rato, soltó de repente:

—Las cosas ya no son lo mismo por aquí. —Hizo una pausa reflexiva—. Se ha vuelto todo más difícil.

Aunque me sorprendió, me limité a decir que algunas personas opinarían que toda la Subura había sido siempre una zona difícil.

—Oh, no estaba tan mal —replicó Lépida, que probablemente no había vivido en ningún otro sitio. No parecía consciente de que su distrito siempre había tenido muy mala fama—. Ocurría lo típico, pero era... Oh, no sé. En una taberna como el Jardín de las Hespérides, sí, si un hombre quería subir, el tabernero seguramente tenía una hija o una prima que accedían a lo que fuera por una moneda de cobre. Pero era algo improvisado, ya sabes a qué me refiero. Era más bien un favor que un negocio. Ahora es todo mucho más...

profesional.

Asimilé lo que acababa de decirme.

—¿Parecía Rufia la hija o la prima de alguien?

—Sí, creo que al principio era de esa clase de chicas.

—¿Cambió?

—¡Oh, ya lo creo! —exclamó Lépidia, aunque no entendí por qué se alteraba tanto—. ¿A ti no te lo parece, Flavia Albia?

—¿Quieres decir que después de trabajar por aquí mucho tiempo adquirió cierto respeto? —Recordaba que me habían dicho que Rufia no era romana—. Alguien me dijo que era extranjera; mencionaron Iliria.

—Eso yo no lo sé.

—Entonces, ¿por qué crees que cambió?

—Quizá se acostumbró a mandar.

—¿En la taberna?

—En cualquier cosa que requiriera una organización.

Empezaba a dudar de que Lépidia supiera algo de utilidad. Se suponía que la conversación haría avanzar mi investigación de una manera amistosa, sin embargo, la ayuda de Lépidia estaba resultando bastante vaga.

—Entonces, Lépidia, ¿tienes la impresión de que lo que ocurrió en la taberna tuvo algo que ver con esos elementos más turbios que han aparecido por aquí?

—No lo sé. Solo digo lo que pienso.

No, no decía mucho, y quizá tampoco pensaba mucho. Pero así son los testigos.

A veces, cuando buscas a alguien, esa persona viene a buscarte a ti. Por lo general no es por nada bueno.

Me había terminado el zumo y me había despedido amistosamente de Lépida. Tiberio y yo volveríamos otro día a comer. Sin un plan claro para adelantar en mis investigaciones, volví al Jardín de las Hespérides. Llegué a la taberna, pero vacilé, porque no tenía ninguna razón para entrar allí. Oía a los obreros trabajando en el interior, hablando en voz baja, usando las palas. Desde donde estaba no podía verlos en realidad, ni ellos a mí.

—¡Eh, tú!

Me llegó una ronca voz femenina. Supe que se dirigía a mí, porque no había nadie más por allí. Era Menendra. Tal como había dicho Lépida, la mujer tenía un fuerte acento extranjero, como tantos otros en Roma. Horas antes, me había evitado. Ahora, por su postura, con las piernas separadas y los brazos cruzados, estaba claro que me buscaba a mí. Su actitud no era amistosa.

Detrás de ella había dos hombres corpulentos. No me amenazaron directamente; bastaba con su presencia. Todo el mundo entiende lo que significan un par de matones como esos.

Instintivamente eché la vista hacia atrás, al interior de la taberna, pero todos sabíamos que, para cuando hubiera logrado atraer la atención de los que allí estaban, sería demasiado tarde. Me convenía cooperar.

Sentí la misma desconfianza que antes, cuando la había visto con las dárđanas. De cerca, aparentaba unos cincuenta años y parecía una matriarca furiosa, aun cuando en realidad no tuviera hijos. Cuando menos, era tan vieja como Lépida, pero con un ánimo mucho más amargado.

Tenía un halo de poder, de plena seguridad en sí misma, alguien capaz de ahogar a unos gatitos sin el menor escrúpulo. Podría ahogarme a mí también, si por casualidad la ofendía y tenía un barril de agua cerca.

De vez en cuando pasaba gente por la calle, pero nadie nos miró dos veces. Eso podía significar que, una vez reconocían a Menendra, ponían mucho cuidado en mirar para otro lado.

—¡Tú! —Su voz era ronca. O bien tenía por costumbre gritarle a la gente, o había pasado demasiado tiempo rodeada del aceite humeante de las lámparas por las noches.

—¿Yo? —inquirí recatadamente para ganar tiempo.

—¡Sí, tú! La que está con el magistrado. —Fausto habría sonreído al oírla. Yo la fulminé con mi mirada de mujer independiente. Mis esfuerzos fueron tan inútiles como los de quien pretende lavar a un perro que hubiera rodado por el estiércol, sin mancharse.

La mujer se acercó más a mí. Yo habría retrocedido, pero estaba ya contra el mostrador de la taberna. Menendra era una tipeja de facciones duras, a la que no podía llamarse atractiva, aunque no tenía pinta de haber dejado que eso la detuviera nunca. Llevaba una túnica de color verde oscuro con un apretado cinturón, pero había descuidado su cuerpo y el vientre le rebosaba

por encima. De su cuello reseco y arrugado colgaba un pesado collar que debía de haberle costado bastante, pero si tenía dinero, desde luego no se lo había gastado en pomadas para la piel. También llevaba unos pendientes metálicos de diseño exótico. Combinando todo ello con su acento, seguro que su lugar de procedencia estaba muy lejos de Roma.

Jamás he despreciado a nadie por eso.

—¿Quieres hablar conmigo?

—Eso es, si dispones de un momento, querida. —Se notaba que la mujer hacía lo posible por parecer más amable. Andaba buscando algo, o deseaba que yo hiciera algo; no habría sido una buena estrategia empezar con excesiva dureza. Yo me sentía igualmente incómoda. Todo en ella, incluyendo sus amenazadores matones, me hacía sentir vulnerable. El impulso de sonreír con afectación y esconder la cara entre rizos de cabellos era fuerte, aunque nunca he sido de las que se toquetean el pelo, gracias a Juno.

—Bueno, yo soy Flavia Albia, como parece saber. ¿Y tú eres...?

—Menendra —declaró. No di muestras de haber oído ese nombre. Le pregunté a qué se dedicaba. Ella no hizo caso alguno, así que le pedí qué quería—. Tan solo darte un consejo, querida —respondió. Este es el eufemismo habitual cuando alguien te avisa de que dejes de meter las narices en algo. Yo me hice la tonta. Ella insistió—: No querrás meterte en ningún problema, ¿verdad?

Fingí que no la entendía. En momentos como estos, me gusta ser una digna hija de mi madre: educada, recatada, de buenos modales y temperamento dulce... Bueno, quizá lo de temperamento dulce no. Apreté los labios levemente, pero con un gentil ademán crucé las manos sobre la cintura y enarqué las cejas, aparentando divertirme con su tono de voz. Luego me limité a esperar. Quería ver hasta dónde estaba dispuesta a comprometerse.

La situación era interesante. Estaba claro que a Menendra no le resultaba fácil hablar conmigo, como si empleara una lengua extranjera. Los códigos que solía emplear con la gente a la que amedrentaba, que en mi opinión era a lo que se dedicaba, no le servían de nada conmigo. Trataba desesperadamente de que yo la obedeciera, pero no sabía cómo conseguirlo. Tenía su reputación, pero al parecer yo no la temía. Se daba cuenta de que una

ofensiva directa sería contraproducente. Yo era la mujer de un magistrado, así que resultaría arriesgado ir más allá de intentar engatusarme, porque Fausto podría hacer caer todo el peso de la ley sobre ella.

Yo no tenía la más mínima intención de ayudarla. Que las pasara canutas. Que intentara averiguar por sí sola si yo era demasiado obtusa para entender lo que quería decir... o si, en realidad, me estaba burlando de ella.

—Mira, querida, dile a ese hombre tuyo que lo que ocurriera fue hace mucho tiempo y que es mejor para todos que no vuelva a removerse.

—¿Por qué no se lo dices tú misma? —El tono me sonó altivo incluso a mí misma—. Por supuesto, él te preguntará entonces qué tiene eso que ver contigo. ¿Estuviste involucrada? ¿Qué sabes de las personas a las que hemos encontrado muertas? —Hice una brevísima pausa—. ¿Las mataste tú?

Conteniendo aún su genio, Menendra me dirigió una mirada de reproche.

—No deberías ir por ahí acusando a la gente de haber matado a alguien.

En ese momento dejé de ser la afable nieta de un senador.

—Eso es a lo que me dedico.

Ella parpadeó.

Sonreí con falsa dulzura.

—Me parece que hemos empezado con mal pie. ¿Lo intentamos de nuevo? Estoy investigando oficialmente los sucesos que condujeron a que se enterraran seis cadáveres en el patio de esta taberna. Manlio Fausto, el edil plebeyo, quiere saber quiénes son y quiénes los pusieron ahí. Al parecer tú no crees que debemos intervenir, pero ya es demasiado tarde para eso. En cuanto aparecieron los primeros huesos, se acabó lo de mantener el secreto. Así que, antes de comentar el asunto de los cadáveres, Menendra, ¿por qué no me hablas de ti misma y de tu relación con la Hespérides? He oído decir que haces de proveedora de las tabernas locales. De fruta, según me han dicho.

—¿Fruta? —Definitivamente Menendra había llegado a la conclusión de que me burlaba de ella.

Si lo que en realidad suministraba eran mujeres para el negocio de las habitaciones, lo de «fruta» podía ser una manera ingeniosa de referirse a ello. Pero Menendra carecía de mi sentido del humor. Me fijé en que, tras su primera exclamación de repulsa, no me había corregido. En mi opinión eso confirmaba que su negocio tenía que ver con el sexo.

—Me dedico al comercio, sí, es cierto. Trabajo con todas las tabernas de la zona. Todos me conocen muy bien.

Pero ¿a qué se debía ese conocimiento? Menendra no tenía la menor intención de explicarlo.

—¡Y nadie se mete contigo! —Valía la pena intentar halagarla, pero de nuevo ella me ignoró. Me enfrentaba con una mujer dura y astuta que esperaba dominar siempre la situación—. ¿Estabas en el Jardín de las Hespérides la noche que murieron las seis personas?

—No. —Menendra contestó con una desagradable sonrisa de suficiencia, retándome a probar lo contrario. Yo estaba segura de que me mentiría en cualquier caso. Si quería situarla en el lugar de los hechos aquella noche, tendría que ser porque me lo dijera otra persona. Primero habría de encontrarla, y luego convencerla de que no le pasaría nada por incurrir en la ira de Menendra.

—¿Conocías a Rufia?

—¿Quién te ha dicho eso?

—No lo recuerdo —mentí. Un informante prudente protege a sus fuentes. De lo contrario, si Menendra les iba con insinuaciones de que debían permanecer callados, respaldada por el amenazador aspecto de sus matones, esas fuentes se secarían con rapidez—. Varias personas.

—Sí, conocía a Rufia, la conocía muy bien. ¿Qué pasa?

—¿Crees que uno de los cuerpos que han desenterrado es el suyo?

—Bueno, desapareció, ¿no?

—¿Desapareció de forma inesperada?

—Eso he oído.

—Alguien intentó entrar a desvalijar su antigua habitación anoche. Me pregunto qué andarían buscando.

—Oh, ¿qué podía ser? —dijo Menendra con desdén, sin molestarse siquiera en negar su participación.

—Rufia no es el único misterio. Hay cinco cadáveres más. La noche en que ella desapareció había un grupo de mercaderes en la taberna. Tú te dedicas al comercio. ¿Sabes algo de ellos, o quiénes eran?

—Nunca oí hablar de ningún vendedor.

¿En serio? No podía fiarme de nada de lo que dijera; en realidad, esa

mujer casi presumía de ello.

—Los atendió Rufia —apunté.

—¡Al parecer lo sabes ya todo, Flavia Albia!

Y un cuerno lo sabía todo, y la testigo no me ayudaba. Pero yo ya sabía lo que pasaba. Su objetivo era descubrir cuánto sabía yo, sin revelarme nada.

Volví a ponerme más dura.

—Pues a mí me parece más bien que eres tú quien lo sabe todo, Menendra. Así que, si me permites un consejo, será mejor que me dejes averiguarlo con mis civilizados métodos. No me obligues a recurrir a los hombres de los hierros candentes y las piedras que aplastan.

—¡No me das miedo! —Menendra se inclinó hacia mí en actitud amenazadora—. ¡Te he dicho que lo dejes correr! —Su intención era dejarme petrificada. Se volvió hacia sus dos matones con clara intención.

—Haz que se retiren, Menendra. —Midiendo las distancias con la mirada, le hice saber que podía echarme encima de ella antes de que sus hombres llegaran hasta mí. Luego le hablé como una niña de la calle que había participado en toda clase de peleas callejeras—: ¡Que se alejen! O te sacaré los ojos con mis propias manos antes de que esos brutos puedan dar un paso.

Todo cambió.

Di un paso hacia delante, apuntando con mi índice derecho.

—¡Ordénales que retrocedan! —Mi tono la convenció de que cumpliría mi amenaza de arrancarle los ojos. Casi me lo creí yo también. No se necesita nada más.

Ahora ella sabía que yo también tenía un pasado despiadado. Nadie se metía con ella; nadie se metía conmigo.

Tras un instante de incredulidad, hizo un leve y furioso gesto a sus hombres. Los matones cruzaron lentamente la calle para irse a la Medusa, dejándonos solas.

Un sudor frío me corría por la nuca bajo la túnica, pero me aseguré de que no se me notara la ansiedad. No era tan estúpida como para creer que había derrotado a aquella mujer.

—Así está mejor. Ahora responde a mis preguntas, Menendra. Mejor hablar conmigo que con las autoridades. Tú eliges, pero no eres estúpida.

Alzó el mentón, pero no me rebatió.

—Dime cómo eran las cosas en aquella época, cuando Rufia desapareció. Tales era el dueño de la Hespérides, Rufia trabajaba aquí. ¿Qué me dices de ti? ¿Les proporcionabas tu «mercancía»?

—No.

—¿Demasiado joven? ¿Aún no habías empezado?

—Levanté mi pequeño negocio después —admitió ella.

La miré de arriba abajo. Por su forma de vestir, el negocio no debía de ser

tan pequeño; iba bien enjoyada.

—¿Era todo más informal entonces? —Eso era lo que me había dicho Lépida, la mujer del puesto de comida.

—Supongo.

—¿De dónde procedes, Menendra? ¿Dónde naciste?

—En Licia. —Noreste del Mediterráneo. País de piratas. No había mucho más.

—¿Esclava o libre?

—¡No soy ninguna esclava!

—¿No lo has sido nunca?

—Cuidado con lo que dices. —Vi que me observaba, dudando. Muchas personas suponían que yo misma debía de haber sido esclava. Era una posibilidad. Tendría que vivir el resto de mi vida sin saberlo. En momentos depresivos, me parecía que cualquier esclavo había tenido más suerte que yo; al menos ellos sabían cuál era su lugar en el mundo. Aun así, ahora era una novia feliz. Feliz y afortunada. Feliz, afortunada y libre.

—De acuerdo. Entonces viniste a Roma por tu propia voluntad, para ganarte la vida. ¿Fue entonces cuando conociste a Rufia? —inquirí. Ella asintió a regañadientes—. ¿Erais amigas?

—Fue amable conmigo. Me tomó bajo su protección. Me enseñó a sobrevivir aquí.

—Oh, ¿dos chicas que se ayudan mutuamente? Intento imaginarme cómo fue.

—Estás equivocada. —Menendra soltó una risotada anticipándose a mi bochorno cuando me lo explicara—. Muy equivocada. Rufia no era una chica. Debía de tener por lo menos cincuenta años. Puede que más incluso. Llevaba décadas trabajando en la Hespérides. Era más vieja que el propio Tales, y aparentaba la edad que tenía. Fue como una abuela para mí. Así que no tenías ni idea de cómo era en realidad, ¿verdad, querida?

Hice una mueca, admitiendo abiertamente que lo había interpretado todo mal. Desde luego, por dentro se me llevaban todos los demonios.

Nuestra conversación finalizó. Yo estaba demasiado perpleja para seguir con el asunto.

Menendra giró sobre sus talones y se alejó por la calle principal. Con una sacudida de cabeza hizo que los dos matones la siguieran. Si conseguía volver a entrevistarla, ella se regodearía y yo fracasaría. Mi única opción de éxito sería un interrogatorio oficial. Ella se resistiría y solo podríamos presionarla si tuviéramos pruebas directas. Yo había perdido la partida.

Me quedé con la impresión de que había sido una idiota. Nadie me había dicho en ningún momento que Rufia fuera joven, eso había sido un estúpido malentendido por mi parte. Ahora que lo sabía, tenía que volver a revisarlo todo. Mi percepción de lo que debía de haber sucedido había sido del todo errónea; no había entendido nada.

En ningún lugar de las XII Tablas de la Ley romana se consagra legalmente que en la ciudad de Roma una moza de taberna haya de ser una chica joven y guapa. Por supuesto suelen serlo, a menos que el tabernero pueda adquirir otras por un precio tan bajo que pase por alto la falta de juventud o de belleza. Algunos taberneros tienen que emplear a sus propios familiares, que pueden ser de cualquier edad entre los ocho y los ochenta años, y tan feos como sus patronos.

A mí me habría dado igual la edad de Rufia, de no ser porque de pronto todas mis teorías previas sobre su trágico fin se habían vuelto improbables. El tipo de agresor que yo había imaginado atacando a la moza de taberna habría querido que fuera joven; esa clase de asesinos sexuales casi nunca agreden a

mujeres mayores. Aunque tenga valor suficiente para echársele encima, la madurez de la mujer sería un insulto a su masculinidad. Los perversos las quieren atractivas. Necesitan apoderarse de la juventud, que para ellos es inalcanzable por raros; ansían castigar a las alegres mujeres a las que han visto con otros hombres.

La idea de que el viejo Tales se hubiera cargado a Rufia también daba un nuevo giro al caso. Si su patrono y ella habían mantenido una relación, no podía ser de la clase que yo había imaginado. Si se habían peleado, la riña tenía que haber sido de otro tipo. El motivo por el que habían matado a Rufia junto con cinco hombres se convertía en un rompecabezas aún más insondable.

Al menos ahora parecía más natural que hubiera sofocado cualquier alboroto en la taberna, según me habían contado. Las mujeres experimentadas suelen saber cómo apaciguar a los hombres pendencieros. A esta Rufia mayor me la imaginaba perfectamente echando de la taberna a los alborotadores. Casi los veía marchándose como corderitos en cuanto ella se lo ordenara. Los habituales, los que la conocían, seguro que ni siquiera alzaban la voz mientras ella servía. Llevaba años en la taberna y la gobernaba con mano firme.

También adquirirían sentido las quejas de Nipio y Natal por lo mandona que era. Y de pronto comprendía a qué se había debido su sorpresa cuando yo les pregunté si habían subido con ella a las habitaciones de arriba. Menendra no podía ser la única que veía a Rufia como una mujer vieja.

Mientras yo asimilaba todo esto, Esparso y Sereno, dos de los obreros, vinieron desde el patio con uno de sus capazos llenos de escombros, que tiraron al arroyo. Tal vez se había dispuesto que un carro lo recogiera todo más tarde. Tal vez no. Estaba demasiado preocupada para dirigirles siquiera una mirada reprobatoria.

Me preguntaron si me encontraba bien. Inmediatamente contesté que sí, por pura costumbre. Como informante, había cuidado de mí misma durante doce años. Tendría que acostumbrarme a la idea de que iba a formar parte de un grupo familiar, con empleados que podrían interesarse por mí, personas

que querrían protegerme. Aun así, los seguí al interior de la taberna y luego hasta el patio, donde me senté, sintiéndome más segura en su compañía.

Los hombres siguieron trabajando, aplanando el terreno donde se habían encontrado las tumbas, y empezaron a cavar una zanja para la fuente. Lo más probable es que se hubieran dado cuenta de que yo apenas les prestaba atención. En realidad, solo quería disfrutar de un rato tranquilo para reordenar mis ideas.

Desde luego, no era la primera vez que un sospechoso me sorprendía, pero admito que me sentía como Prometeo cuando le arrancaban el hígado a picotazos. Tal vez lo de ser novia había alterado mis instintos. «Por Hades, Albia.» Ni siquiera habíamos ido aún a pasear al amanecer para cortar las flores con las que hacer los tocados. De ortigas, si conseguía imponer mi criterio... Estaba de mal humor.

Paseé la mirada por el patio, poblándolo de nuevo mentalmente con los bebedores de las mesas, y luego intenté imaginar cómo habrían atacado a los clientes. Bueno, siempre que fueran ciertas mis suposiciones sobre que las víctimas habían acudido allí como clientes.

Luego, en lugar de plantearme la imagen de una joven y agradable moza de taberna que bromeaba con ellos, y tal vez molestaba a su celoso patrono con su actitud excesivamente amistosa, superpuse la imagen de una mujer mucho mayor. Sería competente, pero no coqueta. Eso habría abochornado a los clientes y habría suscitado las burlas de Tales. Dudaba de que Rufia intentara camelarse a los hombres mientras les servía. A raíz de todo eso me planteé si, cuando se inició la agresión aquella noche, las víctimas la habrían usado como rehén o como escudo. Tal vez fuera así como acabó muerta en medio de la pelea.

Cavilando sobre todo ello, me pregunté si Rufia había sido de esas mozas de taberna que recordaban sin esfuerzo la cantidad de bebidas que se habían pedido, o si por el contrario era más despistada. Si era tan severa como decían de ella, podía apostar a que nadie protestaba cuando depositaba energicamente una jarra equivocada sobre una mesa. Una vez salía al jardín con lo que ella creía que le habían pedido, solo un cliente muy valiente la

habría enviado de vuelta a por otra cosa...

Los obreros pararon para comer. Grandes pedazos de pan, cebollas crudas, fruta. Fruta... Habían pasado ya unas horas desde el desayuno y consideraban que se merecían un descanso. Solían tomarse unos cuantos. Había oído a Tiberio metiéndoles prisa, si bien con amabilidad. Por lo general, a menos que estuviera conmigo, Fausto se ponía a comer con ellos. Ahí tenía otra tarea de esposa: vigilar su peso.

Larcio, el capataz, se acercó y se dejó caer pesadamente a mi lado. También me preguntó si todo iba bien. Debía de parecer muy alterada.

—He tenido una desagradable discusión con una mujer a la que necesitaba interrogar. Estoy acostumbrada. No le digas nada a Fausto. Se lo contaré yo misma a su debido tiempo, pero no es nada de lo que deba preocuparse.

—¿Quién era esa mujer? —quiso saber Larcio, el muy chafardero.

—Se llama Menendra. Vende alguna clase de mercancía a las tabernas de por aquí. Rameras jóvenes y frescas, supongo.

Él asintió.

—La he visto.

—¡Oh! ¿Y sabes a qué se dedica?

Por desgracia, Larcio negó con la cabeza.

—Solo que anda siempre yendo y viniendo. En todas las tabernas, como tú dices. —¿Significaba eso que los obreros las habían visitado todas?

—¿Ha estado aquí?

—Una vez por semana, puntualmente. Siempre quiere saber cuándo va a reabrir la Hespérides. Yo le contesto que no lo sabemos y le digo que se largue.

—¿Se pone agresiva?

Larcio me mostró su desdentada sonrisa. Que la gente fuera a preguntar por el fin de una obra no era nada nuevo; era perro viejo y sabía cómo librarse de los curiosos. A menudo los vecinos intentaban sonsacar información a los albañiles, que en esos casos (según sabía por Tiberio) interrumpían su trabajo del todo o, si tenían ganas de maldades, inventaban una historia rocambolesca para provocar consternación.

Volví a sumirme en mis reflexiones.

Esparso y Sereno, que siempre tenían una historia ridícula a punto, se habían enzarzado en una discusión sobre lo que era probable que encontrarán cuando hicieran la conexión con un acueducto para la fuente, si es que llegaban a hacerla. Empezaron a hablar sobre cloacas. El hecho de que los albañiles hicieran pocas distinciones entre el suministro de agua fresca y la eliminación de aguas residuales podía explicar por qué en tantas casas la fontanería acababa siendo un grave problema. Desde luego, el mundo subterráneo era una fuente de emociones para nuestros obreros. Les oí mencionar ratas gigantes, cocodrilos que habían sido mascotas y que luego sus dueños habían tirado, espíritus del Inframundo y, su terror favorito, grandes masas informes palpitantes.

—¡Gusanos! —exclamó Larcio, esperando que este detalle confiriera realismo a la conversación—. Grandes marañas de gusanos. —Fue inútil. Esparso y Sereno no querían hechos, querían asustarse a sí mismos como tontos. La conversación sobre las horribles y legendarias masas informes prosiguió. Decidieron que, si se encontraban con una de ellas, Larcio sería el valiente que la pinchara con un palo para ver qué ocurría. Él aceptó pacientemente la tarea... si llegaba a ser necesario. Hacía años que trabajaba con ellos. Les dejaba divagar a gusto.

—Flavia Albia me dice que ha tenido una pelotera con la tal Menendra.

—¿Quién es esa?

—La vieja arpía que aparece por aquí de vez en cuando.

—¡Ah, esa! —exclamó Esparso con desdén.

—Menuda es —corroboró Sereno—. Ella misma puede ver perfectamente que falta mucho para acabar, pero siempre está dando la lata.

Los obreros parecían aceptar con tranquila resignación que el mundo estaba lleno de idiotas, a los que ellos tenían que ahuyentar con suma paciencia. Ellos poseían experiencia técnica, mientras que los demás eran solo irritantes aficionados. A la gente le encanta contemplar agujeros en el suelo. Creen que lo saben todo sobre ingeniería y gestión de los agujeros en el suelo. Tratándose de obras en una taberna, era aún peor, porque cualquier mentecato que pasara por allí podía acodarse con facilidad en los mostradores de mármol, asomándose para formular preguntas que eran una pérdida de tiempo.

—Bueno, ¿y por qué es tan importante para Menendra saber cuándo va a acabarse el trabajo? —pregunté, sin esperar, en realidad, respuesta—. ¿Sabéis a qué se dedica?

—¿A vender olivas? —sugirió Sereno. Al menos era una variante de «fruta».

—¿La habéis visto llevar alguna vez ánforas con mercancías a alguna de las tabernas?

Sereno pareció ofenderse por mi actitud puntillosa. Demostrar una teoría con pruebas era algo nuevo para él. Si seguían trabajando para Fausto, tendría que espabilar.

—Puedo preguntárselo —se ofreció Larcio—. La próxima vez que invada la obra incordiando para saber cuándo la tendremos lista para Liberal, le diré: «¿Para qué quieres saberlo?» Y ella me lo dirá.

Qué inocente era.

Me limité a indicarle que le estaría muy agradecida si lograba averiguar algo.

El calor iba en aumento. Los obreros dijeron que cuando terminaran de comer iban a dejar la obra para volver con calma a la vía Loreti Minoris. Sentía curiosidad por saber qué sería exactamente lo que Tiberio les había ordenado hacer allí, pero ya me lo mostraría él a su debido tiempo.

Abandoné la taberna para dirigirme a la habitación alquilada y dormir una pacífica siesta.

Me salté el almuerzo. El fracaso me deja sin apetito.

En la habitación, me quité la túnica y las sandalias y luego me tumbé en el jergón que pasaba por cama, sudando en abundancia. El calor del mediodía resultaba opresivo. Ese día hacía tanta humedad en Roma que costaba respirar. Sabía que me dormiría de pura extenuación, pero primero quería relajarme. Vaciaría mi mente, dejaría que mis teorías sobre el caso se reestructuraran por sí solas de manera natural. La reflexión es la mejor arma de un informante.

Estaba claro que la gente sabía más sobre lo que había ocurrido en el Jardín de las Hespérides de lo que en un principio parecía posible. Tanto el nuevo propietario como Menendra ocultaban información. Liberal, cuando menos, podía haber estado presente en el momento en que los muertos hallaron su final. Por su parte, Menendra sabía mucho más de Rufia de lo que quería que yo descubriera.

Dado que Rufia seguía siendo un enigma, repasé lo que sabía de su antigua protegida. Artemisa y Orquiva conocían a Menendra, aunque esa mañana en la Cuatro Lapas su actitud hacia ella me había parecido hostil. Si Menendra sabía que las dos dárđanas ya habían hablado conmigo, ¿tal vez había intentado persuadirlas de meterme miedo en su nombre, y ellas se habían negado? Para aquellas dos, negarse a cooperar era una reacción instintiva.

Menendra era una criatura astuta y segura de sí misma. Las dos chicas eran insolentes, pero más jóvenes. ¿Había intentado Menendra controlarlas?

¿La habían rechazado ellas? ¿Era posible que lo que vendía Menendra a las tabernas fuera sexo organizado, pero a veces los talentos del sexo rechazaran sus servicios? Las dárdanas, con sus experiencias juveniles en los fuertes del Danubio, no se someterían fácilmente a los designios de una alcahueta de burdel. Sobre todo si creían que podían encontrar clientes por su cuenta.

Quizás otras se plegaran. Tal vez existía un sistema. ¿Acaso Rufia había llevado su propio comercio de mozas —y mozos— de taberna? ¿Se había hecho cargo Menendra del negocio al desaparecer Rufia? Eso explicaría por qué Menendra estaba tan interesada en saber la fecha de reapertura de la Hespérides, ya que en ese momento recuperaría una lucrativa taberna para su comercio. Lépida, la del puesto de comidas, decía que aquellos extras para los clientes de las tabernas habían pasado a ser un asunto de profesionales. Debía de ser muy rentable.

No creía que Menendra extendiera facturas de sus transacciones, ni que pagara impuestos por sus beneficios. Siempre que ella misma no trabajara como prostituta, no tenía por qué registrarse ante las autoridades. Eso podía significar que operaba sin ser detectada, y Rufia debía de haber actuado de la misma forma. Macer, de la Tercera Cohorte, sabía lo que ocurría en las tabernas de su zona, pero no parecía tener idea de cómo funcionaba el negocio. Por lo que yo sabía de los vigiles, su idea de lo que era «conocer la zona» se limitaba a saber el paradero de su propio cuartel.

Rufia, que había ayudado a Menendra al llegar esta a Roma desde Licia, quizá le había enseñado el negocio. ¿La había utilizado como aprendiz, la había dejado convertirse en una fiel ayudante... y acabó siendo eliminada porque se interponía en el camino de Menendra? ¿Se encontraba esta detrás de la desaparición de Rufia?

Aunque por entonces Menendra fuera joven, no era imposible. Puede incluso que se hubiera insinuado al viejo Tales, y que hubiera usado los favores sexuales para convencerlo de que se deshiciera de su rival, menos atractiva. Ahora Menendra estaba muy curtida, pero diez años atrás quizá Tales hubiese recibido con agrado su propuesta de librarse de la insolente Rufia.

Cuando Menendra fue a registrar la habitación de Rufia, quizá su intención era comprobar si Rufia había dejado algo que pudiera incriminarla

a ella. ¿Un diario o cartas donde se dijera que Rufia temía que Menendra tratara de reemplazarla? Me pareció improbable.

Por lo general, la gente que registra así un lugar persigue objetos valiosos. Pero sin duda, si Menendra pensaba que Rufia había dejado algún tesoro tras de sí, lo habría buscado antes, en cuanto desapareció Rufia. ¿Por qué ahora? Porque Tiberio y yo estábamos metiendo la nariz. Pero los intentos de Menendra por registrar la habitación habían sido tan evidentes que caían en lo chapucero. El hecho de que dirigiera una red de esclavas sexuales no implicaba que fuera inteligente. El hecho de andar por ahí con unos feos guardaespaldas no la hacía más perspicaz. Su intento de allanamiento solo había conseguido atraer la atención. Una mujer realmente sagaz no se habría dejado ver en ningún momento.

Todo esto no era más que otra teoría. Ya había desperdiciado tiempo con otras, y quizás aún habría más, pero de todos modos empecé a sentirme más contenta. Encontrar nuevos interrogantes siempre me anima. Satisfecha por haber hallado una nueva línea de investigación, me quedé frita.

Con aquel sofocante calor estival, dormí mucho más tiempo del que tenía pensado. Cuando me desperté, la temperatura había bajado un poco y era más agradable. Los sonidos de la calle habían pasado del letargo de la hora de comer a los negocios que reabrían a media tarde. Las campanas de los baños sonaban para anunciar que el agua estaba caliente y las puertas abiertas.

Tras mi penosa experiencia anterior, deseché la idea del baño. En su lugar, me desnudé y me lavé con un paño y un cubo de agua. Me vestí, me cambié el calzado y salí. Olvidando momentáneamente que los obreros se habían ido al Aventino, me encaminé a la Hespérides sin pensar. Al llegar al umbral, recordé que esa tarde no habría nadie allí, pero para entonces ya había visto que el paso desde la taberna hasta el patio estaba abierto y que alguien había golpeado una esquina del mostrador con algún objeto pesado, lo que había mellado y agrietado las piezas de mármol. También habían retirado a un lado la vieja puerta con la que los obreros habían cerrado el acceso al patio.

Todo parecía tranquilo, pero investigar por mi cuenta era una estupidez.

Eso no me detuvo. Era demasiado pronto para que llegara nuestro vigilante nocturno. Avancé con paso vacilante. Cuando salí al jardín, me encontré con un escenario de devastación.

Horrorizada, solté un sonoro taco. Todo el trabajo del día había quedado destruido. Debía de haberse hecho con la mera fuerza bruta, ya que los obreros se habían llevado la mayor parte de sus herramientas a la vía Loreti Minoris, lo que no había disuadido a los intrusos. Habían pisoteado los pulcros bordes de la cuidada zanja preparada para la fuente, y luego habían arrojado tierra y escombros al interior. Habían arrancado el encofrado donde se había vertido hormigón para levantar un muro, de modo que la mezcla, todavía fresca, se estaba endureciendo sobre un amasijo de tabloncitos imposible de arreglar. Me acerqué para comprobar si podía volver a levantar el encofrado de madera, pero era imposible. La puerta que daba al callejón de atrás estaba abierta; la cerré.

Me sentí consternada por Tiberio. Todo aquello era una pérdida de tiempo en la obra, y por otra parte sus obreros se disgustarían al ver los destrozos. Me habría sentado a llorar pero, para completar el caos, los viejos muebles de la taberna aparecían diseminados por todas partes, destrozados.

El mensaje era claro. No se trataba de la gamberrada casual de algún tipejo del barrio. Era un acto deliberado, violento y perturbador. Sin embargo, en última instancia no parecía tener sentido. Quien lo hubiera hecho pretendía avisarnos de que dejáramos de investigar, pero lo único que había logrado, en realidad, era confirmar que valía la pena seguir preguntando. Además, todo eso me había demostrado que los autores de los viejos asesinatos seguían por la zona.

Algunos criminales no se dan cuenta de que lo único que han de hacer es no hacer nada. Si no se dejan ver ni llaman la atención, y no encuentran pruebas en un principio, estas no aparecerán jamás.

En cambio, cuando empiezan a enviar mensajes, comprendemos que, definitivamente, hay gente involucrada rondando cerca.

Estaba furiosa y tensa. Entonces, justo cuando intentaba poner orden en los bancos rotos, llegaron otras personas que por casualidad, se sumaron a la

lista de nuestros problemas.

Era una pareja que parecía totalmente fuera de lugar en aquel barrio. Aparecieron en una litera alquilada, que dejaron a la espera, lista para una rápida partida. No venían imaginando con vana esperanza que pudieran pedir algo para beber; tenían una misión. Ella, según me dijo, buscaba a su hermano, Tiberio Manlio. Oh, dioses. Los invitados a nuestra boda empezaban a llegar.

Para su gran visita a la ciudad, Fania Faustina vestía de blanco y se adornaba con modestas joyas. Cuando era más joven, la gente debía de decirle que tenía un carácter dulce, del que aún hacía uso, aunque cada día menos. Eso se debía a su marido, de nombre Antistio. Él vestía una túnica marrón complementada con una gran vanidad. Era imposible que alguien lo hubiera considerado afable en toda su vida.

—¡Esto es un desastre monumental! —exclamó, contemplando la escena con desdén—. No esperaba que Fausto tuviera mucha idea, ¡pero esto es mucho peor de lo que había imaginado!

Manlio Fausto tenía razón. Su cuñado era detestable.

Me sacudí la falda de la túnica. Acalorada y cubierta de polvo, no tenía la menor posibilidad de parecer una novia convincente para un edil, pero estaba obligada a presentarme. Observé que la hermana del novio dudaba de si debía besarme, y que finalmente decidía que aún no era necesario, lo que supuso un alivio para ambas.

Dado que no había lugar donde sentarse, nos quedamos todos de pie con aire de incomodidad. Mis nuevos parientes políticos me explicaron que habían llegado ese mismo día con un grupo al que habían dejado en casa del tío Tulio, aunque esperaban que Tiberio tuviera intención de alojarlos en alguna otra parte, en vista de la inflexible antipatía que sentía la tía Valeria hacia el tío. Gracias a mis hermanas, yo ya estaba al corriente de todo. Pude así expresar mi adhesión, aunque fingí no saber muy bien cuáles eran los planes alternativos...

Sabía que mi madre no esperaba que aquel flujo de extraños se produjera tan pronto. Había intentado convencerse a sí misma de que solo la austera tía que aborrecía a Tulio requeriría un lugar donde alojarse. Las tías se incorporarían a nuestra casa sin problemas, fueran como fuesen, pero ya me

imaginaba la expresión de mi padre cuando conociera a Antistio.

Aquellas gentes del campo no habían perdido el tiempo. Nada más llegar a Roma, y mientras buscaban afanosamente a Tiberio, se las habían apañado para adquirir a un precio exorbitante (me lo dijeron ellos mismos) un montón de entradas para un recital de cítara de un famoso músico, como contribución a los festejos de la boda. Pensaban que era una buena manera de conocer a mi familia. Mi madre accedería educadamente, pero de nuevo temía lo que fuera a decir Falco.

Había oído hablar del popular músico, pero ninguno de mis conocidos habría ido a oírlo. No tenía la menor idea de qué le parecería a Tiberio que lo obligaran a asistir al concierto del músico del momento, sin previo aviso, al final de una jornada en exceso larga y físicamente extenuante. Con la destrucción de la taberna, su día se había vuelto mucho peor sin que aún lo supiera.

—Hemos intentado encontrar a mi hermano en su nueva casa, donde nos habían asegurado que estaba, pero no ha respondido nadie al llamar — explicó Fania con tono de fastidio.

—Bueno, así son los contratistas. —Me encogí de hombros.

—Nos aseguraron que estaría allí sin el menor género de dudas —se quejó el marido con gran irritación—. No sé cuánto tiempo hemos estado en la calle aporreando las puertas.

No solo Tiberio, sino también todos sus obreros habrían debido estar en la casa en aquel momento. Tuve el palpito repentino de que Tiberio había mirado con discreción por una rejilla y, al no poder soportar la idea de enfrentarse con su cuñado, había ordenado a los obreros que guardaran silencio mientras él permanecía escondido en el interior.

—¿Están ya nuestras puertas bellamente decoradas? —pregunté con serenidad—. Tiberio se ha tomado grandes molestias para elegir la gama de colores...

—Eso no viene al caso —gruñó Antistio.

Hasta entonces no me había sentido demasiado doméstica, pero de repente deseé que aquellos visitantes no hubieran tocado nuestras puertas cuando aún estaban húmedas, dejando la marca permanente de sus dedos. Sería repugnante tener que recordar a Antistio cada vez que sacara la llave de la

puerta.

En cualquier caso, sabía lo que debía hacer. Forcé una sonrisa sincera y declaré con entusiasmo que estaríamos encantados de asistir al codiciado concierto del famoso músico que tocaba la cítara. Cuando quiero puedo ser encantadora. Me enseñó mi madre. Es fácil, si sabes fingir, al menos con personas que no te conocen de antes.

Por suerte en ese momento nos distrajeron. Había juzgado mal a Trifo, nuestro vigilante nocturno, al dar antes por supuesto que no había estado de guardia. El hombre apareció entonces en la calle, cojeando y cubierto de sangre. Con una fina percepción de quién era realmente importante, Trifo hizo caso omiso de mis futuros parientes y me contó que había encontrado a un intruso destrozando la obra, así que lo había molido a palos y luego lo había echado de allí.

—¿Qué aspecto tenía? ¿Lo reconocerías si lo vieras otra vez, Trifo?

—Tendrá la nariz aplastada. Ya lo creo que sí.

—Bien. Ven y límpiate. Fania Faustina, te ruego que me disculpes mientras atiende esta emergencia en ausencia de tu hermano...

Habría sido agradable pensar que mis nuevos parientes políticos se quedaban impresionados con la competencia y la compostura de la novia que iba a formar parte de su familia. Pero lo que hicieron fue aprovechar la excusa para meterse rápidamente en su litera, y luego ordenaron a los porteadores que salieran corriendo.

Por lo general, se considera que la cítara es un instrumento en extremo exigente. Para la mayoría de las personas, eso significa que es difícil de tocar. Pero incluso los que adoran sus cuerdas suavemente pulsadas por las manos de un hábil intérprete pueden encontrarse en una situación en la que les resulte agobiante soportar su música. Esto es, cuando personas a las que no conoces de nada te llevan a la fuerza a un concierto.

Al menos una pareja de prometidos pueden sentarse juntos y tomarse de la mano con discreción. Si Tiberio se dormía, yo podría apretarle los dedos para mantenerlo más o menos despierto. Si se me caía la cabeza sobre su hombro, él me podía enderezar con una sacudida.

La cosa no empezó demasiado mal, preocupados como estábamos en no molestar a los demás al ocupar nuestros asientos. En un principio, incluso se reunió con nosotros el tío Tulio; su sobrina y el resto de la familia no habían olvidado invitar a su anfitrión. Sin embargo, Tulio echó un vistazo a las escaleras por las que habíamos de subir y, horrorizado, se escabulló para ir a comprar una entrada distinta; se instaló cómodamente entre el resto de la comunidad de hombres de negocios, en sus excelentes asientos situados más abajo, y no volvimos a verlo en toda la noche. Todos los demás se sintieron levemente aliviados.

Fania Faustina opinó que mis hermanas eran encantadoras. Su marido también les ponía ojitos. Julia y Favonia fingieron no darse cuenta, pero sin duda luego se reírían lo suyo en privado, cuando ya estuvieran en casa. Por el momento no hacían más que cuchichear sobre los horribles jóvenes que había

entre el público.

Saltaba a la vista que, en opinión de mi madre, la tía de Tiberio, Valeria, era una mujer sensata, ni mucho menos tan difícil como se la habían pintado. Envuelta en un chal y apestando a linimento, Valeria sabía cuándo refrenar su mal genio; no es que ignorara cómo comportarse cual dulce ancianita, es que, por lo general, no se creía en la obligación de hacerlo. Había conseguido granjearse el favor de mis padres, de modo que al día siguiente iba a trasladarse a su casa. Eso sí, irreflexivamente comentó que para desayunar su estómago solo admitía un poco de gachas ligeras, a lo que mi madre respondió con desenfado que las mañanas eran muy informales en nuestra casa. La tía Valeria tenía la cocina a su disposición para ir y prepararse sus propias gachas tal como prefiriera.

Mi padre dijo, alzando la voz, que en casa no cabía nadie más. En realidad sí, pero los tres niños eran unos llorones y Falco se enorgullece de su intolerancia. Según se había comentado, los pequeños estaban impacientes por conocer a mi hermano Póstumo. Eso había sido antes de que alguien contara a sus padres que a Póstumo lo habían enviado de vuelta a casa, caído en desgracia, después de una incursión en el circo de Gayo y Nerón mientras estaba a cargo de su madre natural, una bailarina con serpientes. Su visita había terminado bruscamente al verse involucrado en la huida de un león, un incendio, una muerte accidental, conflictos económicos y varios divorcios. Era un niño solitario al que le gustaban las aventuras.

En el lado de nuestra familia se hicieron comparaciones jocosas entre el antiguo teatro de Marcelo, donde se celebraba el concierto, y el circo que supuestamente había incendiado Póstumo. Este sostenía que solo había sido un pequeño fuego y que la culpa de todo había sido del león. Fania Faustina y Antistio expresaron cierta alarma, mientras que todos los demás sonreímos enigmáticamente.

Mi extraño hermano menor iba a hacerse cargo de sus preciosos hijos en mi comitiva nupcial. Llevarían antorchas encendidas, una tradición que con facilidad podía acabar en desgracia. Póstumo evaluó a sus compañeros de equipo con una mirada fría e insondable. Así miraba a todo el mundo, pero los Antistio parecieron creer que iban a encomendar a sus inocentes herederos a un tirano maníaco. No lo habían entendido. Mi hermano, que

tenía solo doce años pero albergaba grandes ideas, creía que la boda se celebraba a mayor gloria suya. Tenía intención de dirigir la procesión alumbrada por antorchas de la mejor manera posible, para causar buena impresión. Si los tres llorones no cumplían con sus expectativas, quedarían fuera.

El que empuñaba la púa dio comienzo entonces, gracias divino Apolo de los cabellos dorados y las preciosas sandalias.

La música de cítara era asombrosamente bella y trascendente, o eso afirmó el comentarista que presentó el repertorio. Y, en efecto, muchos asistentes adoptaron la actitud de quien se deja arrebatar por el éxtasis. No así en nuestro grupo. Casi todos seguían cuchicheando entre sí sin darse cuenta de que el concierto había empezado.

Sonreí a Tiberio. Él me sonrió a mí.

Contemplando la elegante arquitectura del teatro mientras nos anunciaban que iban a obsequiarnos con el emotivo modo frigio y el melancólico modo hipodórico, me quedé yo también ensimismada. Mis parientes callaron después de que otros miembros del público les lanzaran reproches.

Nos encontrábamos en uno de los teatros más grandes del mundo, o al menos lo había sido hasta que el emperador Vespasiano construyó el anfiteatro Flavio para eclipsarlos a todos. Recubierto de fino travertino, tenía un aire de antigua grandeza, con elegantes arcos en cada una de las clásicas gradas con columnas y el nivel superior decorado con grandes máscaras teatrales de mármol. El edificio estaba equipado con las rampas y túneles habituales que permitían a los espectadores abandonar el teatro de manera rápida, aunque por supuesto se suponía que todo espectador permanecería en su localidad durante la función si no quería ser tachado de bárbaro. Los asientos de piedra eran sorprendentemente cómodos, sobre todo si tenías la previsión de llevarte un cojín.

Vespasiano había restaurado el escenario, dañado durante la guerra civil que lo había elevado al poder. El escenario se hallaba frente al río; nuestros asientos estaban muy lejos de él. Nos encontrábamos justo en lo más alto, y por eso podíamos sentarnos hombres y mujeres juntos, porque sin saberlo los Antistio habían comprado entradas para la grada de mujeres y esclavos. Lo que no iba nada bien para una íntima velada musical en la que se iba a

escuchar un delicado instrumento. No pudimos ver las hábiles manos del intérprete y, a pesar de que la acústica era excelente en general, no alcanzamos a oír siquiera el varonil y estimulante modo dórico que supuestamente inspira a los soldados a ir a la batalla.

No lo creo. ¿Cómo van a enardecer los ánimos de un ejército las suaves pulsaciones de un hombre a la cítara? ¿No ha visto, y oído, ningún musicólogo el estruendo de una legión en marcha?

Las manos del maestro de la cítara culebreaban sobre sus siete cuerdas, o más de siete cuando diestramente cambiaba de instrumento para demostrar su maravilloso virtuosismo. Yo pensaba que me gustaba la música, pero jamás me habían enseñado a entenderla. Aunque mi padre había heredado a un intérprete de zampoña del abuelo, raras veces se oían otros instrumentos o canciones en casa. Intercambiábamos ideas, expresadas con palabras, y podían ser de lo más vívidas. El intérprete de zampoña del abuelo se fue, sintiéndose poco valorado.

Mientras me esforzaba por oír las hermosas, por más que leves y distantes, improvisaciones, tuve tiempo de sobra para reflexionar. Sin prestar atención a mis parientes, tanto los antiguos como los nuevos, comprendí que la vida en las calles del distrito de las Diez Tiendas me ofrecía otro aspecto de Roma. Aquí teníamos la monumental arquitectura imperial, un refinado entretenimiento, un bullicioso grupo familiar en vísperas de una boda. Éramos personas pudientes y bien alimentadas que disfrutaban de una experiencia placentera, al menos en teoría. Nuestros jóvenes eran unos privilegiados llenos de esperanzas. Nuestros ancianos estaban bien cuidados y venían con nosotros, incluso los que dejaban bien claro que preferirían estar en otro lugar, sorbiendo gachas.

Estertinio recibió sonoros aplausos, que despertaron a cualquiera que se hubiera dormido. En la pausa, tía Valeria admitió que no tenía el menor oído musical; además, los tres niños pequeños estaban aburridos, de modo que se fueron todos a casa. Tiberio se vio obligado a bajar con ellos para ayudarles a encontrar un transporte. Por suerte, había porteadores de literas formando cola en el exterior en el intermedio de los conciertos, porque sabían que siempre había gente que se hartaba. Ni siquiera el fabuloso Estertinio podía agrandar a todo el mundo.

Los de nuestro grupo que carecían de excusa para marcharse pudieron desperdigarse por los estrechos asientos de la grada superior. Antistio intentó sentarse junto a mis hermanas, pero padre le ganó la partida diestramente, afirmando que aquella era una rara oportunidad para un viejo padre que quería disfrutar de la compañía de sus hijas. Julia y Favonia pusieron los ojos en blanco, pero sabían a la perfección las verdaderas intenciones de su atento padre.

Mi madre cerró los ojos y pareció concentrada en la magnífica música de la cítara. Rodeaba afectuosamente a Póstumo con un brazo, lo que impedía a mi hermanito levantarse y alejarse, como tanto le gustaba hacer. Observé cómo se desenvolvía Helena Justina en aquella estresante situación. Con una vaga sonrisa, madre dejaba que el caos siguiera su curso, siempre que no hubiera derramamiento de sangre o histeria... o al menos no en exceso. Era una buena esposa y madre, pero no se dejaría avasallar por las exigencias de los demás; con sutileza, se distanciaba de todo mentalmente. Helena llevaba la vida que había elegido. Tomé nota de hacer yo lo mismo.

Mi padre me vio observándola pensativamente. Como teníamos por costumbre, le guiñé un ojo antes de que él se me adelantara y me lo guiñara a mí. Tiberio se fijó en ello.

El fabuloso Estertinio nos regaló un prolongado recital del sensual modo hipolidio. Como buena novia que era, y pensando en mis parientes políticos, logré aparentar embeleso.

28 de agosto

Cinco días antes de las calendas de septiembre
(a.d. V Cal. Sept.)

Tres días antes de la boda de
Tiberio Manlio Fausto y Flavia Albia

Tiberio y yo nos escabullimos después del concierto con la excusa de que teníamos que volver sin falta al Jardín de las Hespérides. Yo había ido al Aventino antes del concierto para hablar con mi prometido de los daños y para recoger un atuendo formal de mi apartamento. Habría podido ver las famosas puertas principales recién pintadas, pero una cubierta protectora ocultaba el pórtico. Tampoco me fijé en el interior de la casa; no tenía tiempo para contemplar frescos. Más tarde me dije a mí misma, a modo de advertencia, que más de una recién casada había tenido una desagradable sorpresa al descubrir los gustos artísticos de su marido.

Así pues, al final de la velada, antes de que nuestros parientes pudieran sugerir que tomáramos algo todos juntos después del concierto para conocernos mejor, dejamos caer nuestra excusa de la emergencia en la Hespérides, desconocida para todos los demás, nos fuimos rápidamente al Aventino y pasamos aquella noche en la plaza de la Fuente.

—¡Ya conozco demasiado bien a mi cuñado! —rezongó Tiberio, no del todo ajeno a la impresión que me había causado el insoportable Antistio. La coincidencia de nuestras opiniones sobre tales idiotas me recordó a mis padres, que adoptaban una máscara de cortesía en público y más tarde rivalizaban por ver a quién se le ocurrían los calificativos más demoledores. Habría enseñado el juego a Tiberio, pero por el momento fingía ser una dulce esposa, la pacificadora de nuestro hogar.

Aunque a lo mejor Tiberio no se dejaba engañar.

Al día siguiente nos despertamos con las primeras luces. Desayunamos en el Astrónomo, nuestro lugar habitual, antes de dirigirnos al Argileto, donde los comerciantes decentes aún seguían barriendo y echando cubos de agua delante de sus tiendas para limpiar la acera. El olor a pan recién hecho y a flores frescas impregnaba el aire.

La víspera, después de hablarle de los daños ocurridos en la obra, Tiberio se había mostrado muy abatido, aunque, como era habitual en él, había evitado explotar hasta verlo por sí mismo. Desde la oficina de los ediles había enviado un mensaje para pedir a la Tercera Cohorte que ejerciera ese dudoso lujo que era una «vigilancia especial». Debía aplicarse tanto a la taberna como a la callejuela de la Mula Sucia, donde habían ahuyentado a los ladrones. Las medidas de seguridad solicitadas por Tiberio implicaban que, al menos en la Hespérides, unos cuantos vigiles permanecerían sentados en la entrada toda la noche. Para ellos, se trataba simplemente de hacer notar su presencia a fin de contentar a un edil. Si cualquiera hubiera sido tan estúpido como para intentar entrar de nuevo en la taberna, lo más probable es que se hubieran limitado a saludarlo.

Cuando llegamos por la mañana ya se habían ido. Sin embargo, había un tablero de damas dibujado en el suelo, migas en abundancia y un ánfora vacía para probar que habíamos disfrutado de protección durante la noche. Una paloma realmente inmunda devoraba las migas. La ahuyentamos con desgana.

Tiberio halló a Trifo en el patio con Sereno, arreglando los bancos a martillazos. Tener un lugar adecuado para sentarse a quejarse era su prioridad. Subsana los desperfectos podía esperar a que llegaran los demás. De hecho, yo sabía que aguardaría a que llegaran, echaran un lúgubre vistazo alrededor, comentaran lo sucedido con agotadores e interminables detalles, y se fueran luego a comprar el desayuno para olvidarse de la calamidad.

Observé a Tiberio mientras se enfrentaba a la situación. Estaba claro que aquellos destrozos lo ponían furioso, pero no perdió el tiempo en quejas. Con semblante pálido (lo que podía ser consecuencia de la velada con los parientes), examinó la escena. Saltó encima de los montones de escombros, se metió en lo que quedaba de la zanja, dio golpes y puntapiés al hormigón estropeado y apartó los maderos a un lado. Luego fue en busca de una tablilla

de notas y empezó a hacer una lista de todo lo que podía salvarse, lo que debía reconstruirse, y el orden en el que sus hombres debían realizarlo todo. Su expresión era resuelta, la de un hombre práctico que se limitaba a iniciar unas reparaciones. Llegó Larcio. Tiberio le entregó la lista. El capataz la leyó y luego asintió para dar su aprobación.

Las contusiones de Trifo tenían más color. Le dijimos que parecía un templo griego pintado y Tiberio le preguntó por el hombre al que se había enfrentado. Según Trifo, era un gigante con muñequeras de cuero, un Hércules urbano.

—Muy apropiado —dije, señalando el letrero de la taberna. Trifo lo miró sin comprender.

En ese momento, no me cupo la menor duda de que los autores de los destrozos en la Hespérides habían sido los hoscos guardaespaldas de Menendra. Era lo más lógico. Me habría gustado relacionarlos también con el intento de allanamiento en la callejuela de la Mula Sucia, pero nadie había visto de cerca a los intrusos. Aun así, ambos ataques eran tan obvios que resultaban estúpidos, lo que quizá demostraba por sí solo que había una conexión.

La lógica a veces es decepcionante. Habíamos empezado a arreglar el patio, tarea en la que participé, cuando apareció Macer con unos cuantos hombres, llevando a rastras a los matones de Menendra para que Trifo los identificara. Para mi sorpresa, el guardián afirmó que ninguno de los dos se parecía al tipo al que había encontrado destrozando la obra ni tenía las heridas en la nariz que él le había infligido.

Macer decidió que retendría a aquellos dos de todas formas, ya que los había arrestado.

—Mi torturador no tiene nada más que hacer hoy, así podrá practicar un poco con los pesos y las cadenas, y quizá también con el hierro candente. Seguro que estos dos maleantes tendrán algo que confesar. Ya veremos.

Ahora que los veía de cerca, observé que los dos prisioneros eran fornidos y tenían las orejas como coliflores. Eso podía deberse a un largo historial de peleas o a que sus esposas eran unas mujeres pendencieras con sartenes especialmente pesadas.

Estaban medio desplomados, sujetos por sus captores, que casi seguro se

los habían trabajado ya con unos cuantos golpes en las costillas. Me acerqué a ellos y les pregunté qué hacían para Menendra. Ya tenía una idea bastante clara de su trabajo, pero me habría gustado saber qué admitían abiertamente.

—¿Quién? —musitó uno de ellos, en un débil intento por desentenderse.

Cuando le señalé que los había visto juntos a los tres el día anterior, el otro se limitó a escupir en el suelo, aunque se aseguró de no darme. Aun así, uno de los vigiles le dio una buena sacudida.

—¡Muy mal!

—No pasa nada —dije con mi tono más afable—. Algunos no pueden evitar ser unos bárbaros. Supongo que estos vinieron a Roma para recibir un baño de civilización, pero por lo visto las lecciones de etiqueta no han servido de nada.

—¿De dónde crees que proceden? —preguntó Tiberio a Macer.

—De algún albañal de Oriente. Podría enviarlos de vuelta a nadar en los excrementos de su tierra, pero para ahorrar gastos preferiría sacarlos en carrito para que se los coman los leones.

En el anfiteatro, a los criminales que tenían demasiado miedo a los felinos los colocaban en unos carritos con ruedas y los empujaban hacia la arena. Fue idea de un tío mío. Era una buena anécdota para contar en las Saturnales, siempre que sus hijos no estuvieran escuchando.

—Mi cuota para el anfiteatro es un poco baja este mes —prosiguió Macer—. Me iría bien aumentarla para impresionar a mi tribuno. Me dan entradas gratis si les envío suficiente escoria para las bestias.

Tal vez bromeaba para inquietar a los prisioneros, pero daba la impresión de hablar en serio. Yo seguía pensando que aquellos dos habían participado en el intento de allanamiento, pero habían quedado claramente exonerados de los destrozos de la taberna. Le dije a Macer que pidiera a la pareja de la callejuela de la Mula Sucia y a su hijo que les echaran un vistazo.

—Hay que aprovecharse de los buenos testigos, Macer —dije. Por supuesto, ni la pareja ni el hijo habían visto en realidad a los intrusos, me estaba echando un farol. A los sicarios les dije—: Si me decís qué fuisteis a buscar a aquella casa, intercederé por vosotros para que os liberen. —Fue en vano—. ¡Veo que Menendra os asusta demasiado y yo os asusto muy poco!

—¡Ya aprenderán! —se burló Tiberio alegremente.

Luego volvió a atender la obra y yo le seguí. Como no sabía qué otra cosa podía hacer para continuar con mis investigaciones, decidí que mi presencia al menos le levantaría la moral. Para mi sorpresa, de pronto Tiberio me abrazó.

—No te preocupes —me animó, como si creyera que yo podía temer que la vida a su lado estaría siempre plagada de asaltos y destrozos a la propiedad.

Ayudé en lo que pude. Puedo llevar un cubo. Mientras intentábamos poner orden en el caso, se presentó de nuevo su cuñado. Hasta la llegada de Antistio, habíamos avanzado a buen ritmo. Larcio había contratado a un par de hombres más, trabajadores de pecho fornido y carácter alegre que empuñaban los picos como si destrozarse hormigón estropeado fuera una actividad tan agradable como una merienda campestre. Nuestros obreros se ocuparon de despejar el resto. Tiberio se había ido con Esparso en busca de más materiales; cuando bromeé diciendo que «ir a comprar materiales» era la típica excusa de los contratistas, él se animó lo bastante como para sonreírme e intentar darme un azote. (Falló. Lo vi venir.) Luego, para estropearnos el día, recibimos la visita del cuñado.

Antistio insinuó de nuevo que lo ocurrido había sido culpa de Tiberio por no haber sabido ejercer un buen control. Consideraba a mi futuro esposo un aficionado, y el muy cerdo mostraba el mismo desdén que el día anterior.

Tuvimos que soportarlo. Había acompañado a la tía Valeria hasta la casa de mis padres por la mañana, lo que le había permitido alejarse de su mujer y sus hijos mientras Fania llevaba a los chicos a la casa de fieras imperial. No me pareció bien. En nuestra familia, mi madre elegía las excursiones, pero normalmente mi padre nos acompañaba. Todos sufríamos una gran decepción si él no podía venir; solo negocios muy importantes se lo impedían.

Antistio no tenía excusa. Allí estaba él, que había traído a sus hijos por primera vez a la gran ciudad y, sin embargo, prefería escabullirse para ir a fastidiar a otras personas. Empezó a soltarnos pomposas teorías sobre lo que deberían o no deberían hacer los obreros; estos lanzaron miradas a Tiberio, que se lavó las manos en un cubo de agua y luego se llevó a Antistio para dejar que ellos siguieran trabajando.

Sugerí que tomáramos un refrigerio en una de las tabernas abiertas.

Antistio eligió el Sapo Marrón. Nosotros se lo desaconsejamos. Él no nos hizo ni caso. Aquel desagradable establecimiento era el último sitio que habríamos elegido Tiberio y yo, pero Antistio nos desautorizó, a pesar de nuestra experiencia como habitantes de la ciudad. Tras intercambiar una mirada, cedimos y le dejamos elegir a él.

—¡Vosotros dos nunca habláis de vosotros mismos! —comentó. Lo que se hizo aún más cierto cuando empezó a interrogar a Tiberio sobre su disputa financiera con el tío Tulio.

Yo me mantuve al margen. Sabía cuánto disgustaba a mi prometido aquella disputa que casi había provocado un distanciamiento total, tras veinte años de armoniosa convivencia. Después de conocer a Tulio Icilio, imaginaba lo que debía de pensar él de Antistio. Aborrecería a un idiota forastero que se interesaba por sus asuntos económicos celosamente. La celeridad con que nos había abandonado en el concierto de la noche anterior era una muestra de ello. Hacía las cosas a su manera, y no le importaba a quién pudiera ofender.

El Sapo Marrón tenía mostradores polvorientos y apestaba. Había dos mesas en la calle, lo que era estrictamente legal. Ocupamos una de ellas. En la otra estaba sentado un grupo de mujeres, cuya ocupación era fácil de adivinar. La mayoría llevaba túnicas con costuras laterales que apenas tenían tres puntos. Vi brazaletes de serpiente. Ninguna de ellas tenía una jarra delante. No eran unas amigas que habían salido a cotillear; esperaban a los clientes.

Mientras los hombres hablaban sobre negocios familiares, yo me concentré en pedir lo que pasaba por comida a una cansada moza de taberna que no estaba muy bien dispuesta a servir tan temprano. Vestía una túnica corta e iba descalza. Tenía la nariz pequeña y expresión aletargada. No daba la impresión de ser la dueña de la taberna, pero si había un dueño, no se dejó ver en ningún momento.

—Me gustaría saber —dijo Antistio con un vozarrón— si Tulio tiene en su poder dinero que pertenezca legítimamente a mi esposa.

Tiberio me había contado ya que de niño estaba muy unido a su hermana. La había echado de menos cuando los habían acogido por separado distintos parientes y lamentaba que se hubiera casado con un hombre al que él no soportaba, lo que le impedía visitarla.

—El tío Tulio no gestiona nada de Fania.

—¿Estás seguro?

—Fania disfruta de una situación desahogada, como bien sabrás.

—¡Su principal atractivo cuando me casé con ella! —se jactó Antistio. No era el mejor modo de impresionar a su hermano. Tiberio preferiría que su hermana fuera valorada como buena ama de casa y esposa fiel. Desde luego era una madre devota; poca gente podría querer a sus infelices hijos.

Era obvio que Tiberio desconfiaba de Antistio. La pareja debía de haber recibido la dote habitual. Si Fania había heredado alguna otra propiedad familiar, Tiberio podía haberse asegurado de que su marido no supiera nunca nada de ello. Cuando su abuelo y sus padres murieron, tal vez no había sido Tulio quien taimadamente se había hecho cargo de la herencia, como sospechaba Antistio, sino que el cariñoso hermano mayor de Fania Faustina la gestionaba en secreto. De ser así, me preguntaba si ella lo sabría. ¿Estaría de acuerdo Fania en que se le ocultara algo que era suyo?

Hasta cierto punto mi cuñada me caía bien, a pesar de que su marido le contagiaba su prepotencia. Si en algún momento se producía una crisis, ella se sentiría obligada a continuar con el matrimonio a causa de los tres niños. Yo nunca obraría así; enviaría un aviso de divorcio a Antistio, animándole a ejercer su derecho paterno a la custodia del agobiante trío. Fania trataba de influir positivamente en sus hijos. Era inútil. De mayores, serían igual que Antistio.

La moza de taberna trajo lo que había pedido, dejando caer la bandeja sobre nuestra mesa. Distribuí las jarras y luego serví la bebida: posca, vinagre de vino con miel y hierbas aromáticas. No las suficientes, eso lo noté enseguida.

—¡Por los dioses, esto es bebida de campesinos! Raciones del ejército. ¡Preferiría tomar vino! —exclamó Antistio—. Deberíamos haber pedido los hombres. Tu chica no tiene la menor idea, Fausto.

—Puedes pedir lo que quieras —replicó Tiberio tranquilamente—. Yo tengo que trabajar esta tarde. Albia lo sabe.

Antistio se puso en pie como accionado por un resorte para ir al mostrador, dispuesto a encontrar algo que le gustara más; estaba claro que no había bebido mucho vino en tabernas romanas. Con suerte, se pagaría él

mismo su matarratas. Mientras estaba ausente, me deslicé sobre el banco para acercarme más a Tiberio. Él me acarició la mejilla un instante con el dedo índice. Yo le palmeé el muslo.

Me fijé en que Antistio aprovechaba el momento para hablar a solas con la moza. Fingió que preguntaba dónde estaba el retrete; seguramente creía que estaba siendo discreto, pero yo estaba segura de que se interesaba por cuánto le costaría irse arriba con ella. La empleada contestó en voz alta y la oímos con claridad.

—Lo siento, no tengo tiempo.

Me intrigó que tuviera la opción de elegir. Es muy fácil suponer que las mozas de taberna se ven obligadas a satisfacer las demandas de sus clientes, tanto si les gusta como si no.

Cuando Antistio se reunió con nosotros, decidí que realmente se consideraba un marido perfecto. Jamás habría hecho algo parecido en su lugar de residencia, donde Fania podría enterarse. Pero en Roma aquello no significaba nada. No era más que una de las emociones de la ciudad que podía probar un hombre, igual que sus hijos iban a ver los animales exóticos del emperador y Fania asistía a su concierto de cítara.

Tiberio estaba furioso y disgustado. Con un mohín le di a entender que no valía la pena que le dijera nada.

La moza se fue a hablar con las mujeres de la otra mesa. Cuando le sirvió la jarra de vino a Antistio, se inclinó sobre él para decirle:

—Puedo arreglarlo con una de las chicas macedonias, si quieres, señor.

Antistio apenas se molestó en aparentar vergüenza. Pero al ver que Tiberio fruncía el ceño, pensando en su hermana, acabó rechazando el ofrecimiento.

Se mostró displicente. La expresión de la moza era de enfado. Se había tomado la molestia de hablar con las ramera para nada. Seguramente exigía una compensación por encontrarles clientes, que al final no cobraría. Luego oímos a las mujeres insultándola a gritos cuando fue a decirles que el cliente se había echado atrás.

Tiberio apuró su jarra de posca y se levantó con tanta prisa que estuvo a punto de derribar el banco hacia atrás conmigo sentada aún en él. Yo también me levanté, aparentando una mayor compostura. Aunque en esta ocasión había decidido hacer el papel de gentil novia, era algo temporal. Si el cuñado volvía a Roma alguna vez, se las vería conmigo.

Tiberio arrojó unas monedas sobre la mesa que claramente solo bastaban para lo que habíamos tomado él y yo.

—Dado que has encontrado el camino hasta aquí tú solo, supondré que también sabrás volver —declaró mi prometido, antes de alejarse a grandes zancadas.

Saludé al cuñado con una inclinación de cabeza, sin molestarme en parecer sincera.

—Nos veremos en la boda —dije, dándole a entender que no tendría más ocasiones de relacionarse con nosotros. Luego también yo me alejé en dirección a la Hespérides.

Por curiosidad, miré atrás para ver si Antistio había cambiado de opinión sobre las macedonias. Ellas seguían allí. Él se había ido. Me alegré por Fania Faustina. No habría querido que descubriera más tarde que tenía una misteriosa enfermedad supurante ni ver su desconcierto cuando un médico le dijera de qué se trataba.

Fania Faustina escribía a su hermano regularmente, expresando algunas quejas sobre su vida. Yo prefería no ver a mi nuevo marido paseándose furioso por nuestra casa después de enterarse de la dolencia que aquejaba a su

horrorizada hermana, y sabiendo cómo se había contagiado.

Por otra parte, si antes temía lo que pudiera pensar Tiberio de mis parientes más irritantes cuando los conociera, en ese momento me aliviaba saber que los suyos eran iguales.

Por supuesto, más de una esposa tonta ha pensado «así quedamos en paz»... para descubrir más tarde que se equivocaba por completo. No obstante, Tiberio era un hombre justo, como me gustaba pregonar a quien quisiera oírme.

De vuelta en la taberna, me senté donde no molestaba a los obreros. Al cabo de un rato, salí para ver si las macedonias seguían en el Sapo Marrón y me acerqué a ellas.

Me pareció que faltaba una. Se adivinaba el porqué. De cerca, me sorprendió lo jóvenes que eran las demás; un par de ellas apenas habían dejado atrás la niñez. La carrera de una chica trabajadora es corta. Tienden a empezar pronto y a morir prematuramente. Al menos sabía que aquellas fulanas no podían estar en la Hespérides en la época de los asesinatos.

Eran altas, pero escuálidas; de hecho parecían medio muertas de hambre. Haber nacido en la patria de Alejandro Magno no había mejorado su suerte en la vida. La mayoría eran rubias y tenían una buena estructura ósea, pero nadie las habría considerado bellas por culpa de sus zafios modales. No conocían otra cosa.

Me miraron como si fuera algo novedoso. Les dije que quería disculparme por el comportamiento de mi cuñado, que era del campo y un zopenco, además. Ellas hicieron muecas para mostrarse de acuerdo con esto último. Me senté a su mesa sin que me invitaran, lo que permitieron. Supuse que estarían aburridas. Agradecerían cualquier distracción, hasta que pasara por allí el siguiente pardillo que respondiera a sus insinuaciones sexuales.

Fui directa al grano. Les dije que les pagaría a todas una comida temprana, si hablaban conmigo. Vi cejas enarcadas (que reducían a finas líneas pintadas con carbón), pero ninguna objetó cuando llamé a la moza de la taberna. Pedí vino y agua, y le dije que nos trajera toda la buena comida de que dispusiera el Sapo Marrón. Tenía pocas esperanzas, pero resultó que en

el interior había una gran olla de guiso de carne borboteando sobre un brasero, que la abuela de alguien iba a preparar todos los días para el personal. La moza expresó abiertamente su inquietud ante la posibilidad de que Fausto lo descubriera, siendo como era un magistrado. En todas las tabernas se murmuraba que debían tener cuidado mientras él anduviera por allí.

Le dije que, si él no se enteraba, no multaría a nadie. Además, le expliqué que era su propia prometida la que pagaba, y le solté la historia del «hombre justo». La conversación se alargó un poco, porque normalmente la abuela no daba nunca nada a las putas; eran visitantes, como las palomas de la calle. Puse dinero sobre la mesa. Tomándose su tiempo, la aletargada moza sirvió unos humeantes cuencos de comida y un cesto con pan. Las macedonias se lanzaron sobre los alimentos como si no hubieran comido en condiciones desde que habían zarpado de Tesalónica.

Exhalé un leve suspiro. Pensé, como habría hecho mi madre, que si pudieran sentarse juntas cada día a disfrutar de una buena comida mientras se relacionaban, tal vez decidieran cooperar entre sí y mejorar su vida.

Yo también tomé vino para demostrarles que no era altanera. Tras darle un sorbo, dejé la mayor parte. Hay ciertos límites.

Mientras ellas comían, les hablé sobre su modo de vida. Su desconfianza inicial se desvaneció. Imaginé que era la primera persona que expresaba un interés humano por ellas desde que habían llegado a Roma. Lo digo porque, al final, una de ellas me felicitó por no ser una estirada.

Cuando terminamos de hablar, sabía que llevaban una existencia horrible y me había enterado de ciertas cosas intrigantes.

Al contrario que las dárdanas, su viaje a Roma no había sido voluntario precisamente. Todas eran esclavas. A la mayoría las habían vendido a los mercaderes sus propios parientes, o personas a las que sus parientes debían dinero. Transportadas a Delos, la sucia isla griega donde miles de esclavos salen a la venta aún hoy en día, allí las había comprado un mercader romano que las había llevado a Roma y luego las había vendido a un rufián para que trabajaran de prostitutas. Ese había sido su destino final desde el principio.

En ningún caso se había pretendido que realizaran labores de costura o de peluquería. Nadie se había molestado en engatusarlas con tales excusas.

Vivían en un distrito al sur del de las Diez Tiendas. Estaba cerca, al pie del Viminal. Deduje que era una versión en pequeño de la gran zona de burdeles de la Segunda Región, el Celio, en los alrededores del anfiteatro y el Gran Mercado de Nerón. Se trataba de una de las zonas de Roma más densamente habitadas; estaba atestada de tabernas, puestos callejeros, barberos, tiendas de recuerdos baratos y barracones para soldados destinados temporalmente en la ciudad. Así pues, la Segunda Región era el lugar ideal para que lo colonizaran los dueños de burdeles, por lo que resultaba de lo más desagradable. Yo había trabajado en el Celio hacía poco, pero intentando mantenerme en el lado opuesto de la colina.

El distrito en el que vivían las macedonias se llamaba las Gallinas Blancas. Allí tenían su base, desde donde las enviaban a recorrer las calles cercanas.

Las macedonias también me contaron que, tal como yo había comprendido ya, había dos niveles de prostitución en las tabernas. Las mozas que trabajaban de verdad sirviendo bebidas podían acceder de vez en cuando a un polvo por dinero. Podía irles bien o mal, dependiendo del lugar de trabajo. Pero también había putas profesionales.

Estas últimas vivían en burdeles de diferentes tamaños, algunos no eran más que habitaciones en propiedades por lo demás normales. Personas absolutamente respetables alquilaban un espacio por horas y lo consideraban normal. Las prostitutas tenían chulos o madres, que no eran maternas según los elevados ideales romanos y, de hecho, raras veces eran sus madres de verdad. Esa gente organizaba el trabajo de las chicas y las trataba con crueldad. O bien soportaban largas y frías horas en cubículos, o las enviaban a recorrer las calles.

Eran esclavas. Las vigilaban de modo constante, las golpeaban con frecuencia, sus chulos las vejaban, iban mal vestidas y estaban mal alimentadas, no conocían alivio a sus sufrimientos. La mayor parte del dinero que ganaban se lo quitaban inmediatamente. Trabajaban hasta que sus

sórdidos encantos ya no atraían clientes, o hasta que morían. Si lograban sobrevivir, pero ya no servían, las echaban, como a tantos esclavos debilitados, y morían de todas formas en la calle, bajo un puente o molidas a golpes por patanes. Incluso el hospital de Esculapio en la isla Tiberina, que por lo general daba refugio a viejos esclavos moribundos, solía rechazar a las prostitutas.

—¿Nunca ganaréis lo suficiente para comprar vuestra libertad y abandonar esta vida?

Me miraron como si estuviera loca por sugerirlo siquiera.

Puestas a hablar libremente, y ante mi insistencia, me revelaron más cosas sobre el funcionamiento de burdeles como los de las Gallinas Blancas. Algunos pertenecían en exclusiva a un chulo o una alcahueta, que tenía a las chicas trabajando allí, y en ocasiones también a chicos. Otros pertenecían a agentes inmobiliarios que alquilaban habitaciones a trabajadoras independientes como subarrendatarias directas. Siguiendo con los detalles, surgieron las risitas al hablar de los tipos de hombres que pagaban por sexo, lo que condujo a otras variantes, por ejemplo a las elegantes patricias romanas que acudían de incógnito para encamarse con un prostituto. Se produjeron más risas cuando las macedonias siguieron haciendo comentarios sobre esas patricias que volvían a por más.

Todas nos reímos alegremente ante la idea de muchos padres romanos que no sabían que sus hijos habían sido engendrados en un burdel; luego la charla derivó hacia el riesgo que corrían las mujeres en busca de emociones fuertes; un embarazo podía hacer que sus aventuras se hicieran del dominio público, de modo que tendrían que ponerle fin. Al menos las mujeres adineradas podían permitirse una solución rápida, convinimos todas.

Una de las chicas, Chía, se había quedado muy callada.

Le hice una mueca a la chica del lunar que estaba sentada a mi lado, la cual se llevó un dedo a los labios para decirme que yo estaba en lo cierto; era posible que Chía, que parecía la más joven, estuviera embarazada. Se notaba que estaba muy nerviosa: fruncía mucho el ceño, daba respingos, se arrancaba las cutículas.

Debía de ser su primera vez. La situación ya era mala de por sí para la mayoría de las mujeres, pero el problema más grave para Chía era que pronto le impediría trabajar. El chulo la golpearía y no le daría dinero, por lo que seguramente se moriría de hambre. Aunque sobreviviera y lograra dar a luz, no tendría ningún sitio donde alojar al bebé ni nadie que cuidara de él. De todas formas, la pobre criatura sería un esclavo; el chulo se lo llevaría en cuanto pudiera ser vendido. Los dueños de esa clase no vacilan en separar a los bebés de sus madres, y no los venden como esclavos para que les enseñen a leer y a escribir y se conviertan en secretarios de tribunales o particulares. Ya fuera niño o niña, sufriría abusos.

Ninguna de nosotras habló con Chía sobre su apuro, pero no por falta de compasión. Capté el silencioso acuerdo de que en primer lugar la joven tenía que asegurarse de estar embarazada, luego habría de enfrentarse al problema y decidir qué hacer. Entonces, si quería ayuda, podía pedirla.

Finalmente, expuse mis motivos para acercarme a hablar con ellas.

—Ya sabéis que se han descubierto unos cuerpos en el Jardín de las Hespérides. Uno es de una mujer.

Todas asintieron.

—Rufia.

La historia de la moza desaparecida había llegado incluso a oídos de mujeres que eran demasiado jóvenes para haberla conocido.

—Tuvo que ser mucho antes de que llegais aquí, pero ¿habéis oído hablar de ella? Lo pregunto porque todo el mundo dice que Rufia era una moza de taberna, pero yo empiezo a dudarle. Desde luego, tengo la impresión de que la mayoría de la gente le tenía miedo y que dirigía la Hespérides a su manera. Sé que algunas mujeres organizan y controlan a otras chicas trabajadoras. Suelen ser personas de mucho carácter. Intento descubrir si dirigía el negocio.

Las macedonias escucharon. Reflexionaron. Dijeron que nunca habían oído decir que Rufia fuera de esas, aunque por supuesto era posible.

—Hay otra mujer ahora que en otro tiempo tuvo tratos con ella —dije—. ¿Alguna de vosotras conoce a Menendra?

Más lista de lo que pensaba, la que tenía un lunar extrañamente situado en la mejilla preguntó:

—¿Crees que se dedica a eso?

—¿A organizar a las chicas?

—Así que crees que dirige un burdel.

—¿Me equivoco?

Varias de ellas se encogieron de hombros. Si Menendra dirigía realmente un negocio de prostitución, este no incluía a las jóvenes macedonias. Ellas tenían chulo. Así lo admitieron, al señalarlo. Era un petimetre delgado de pelo embadurnado de aceite, que estaba sentado en una mesa de la Rómulo, sujetando una pequeña taza entre tres dedos, disfrutando de una infusión. Vigilando lo que ellas hacían.

Lo detesté nada más verlo, pero era su hombre. Aunque resultara deprimente, lo aceptaban. Me atrevería a decir que conocían a hombres mucho peores.

Tuve el mal presentimiento de que más tarde aquella sabandija las apalearía a todas por haber hablado conmigo. Se estaban arriesgando. Aunque tal vez las habría apaleado de todas formas. Por un lado esperaba que nuestra conversación fuera un acto de desafío por su parte, pero no deseaba que eso las perjudicara.

—Bueno, chicas, ¿y de qué conocéis a Menendra?

Intercambiaron una mirada entre ellas que no supe interpretar.

—Vive en las Gallinas Blancas.

—¿En un burdel?

Soltaron unas risitas burlonas. En su mundo, cualquier casa podía utilizarse para el comercio sexual, cualquier habitación era un lugar potencial. Bastaba con que hubiera una cama para cerrar el trato.

Menendra tenía alquilado un alojamiento encima de una casa de comidas. Nunca la habían visto llevarse hombres allí... o mujeres, añadió entre risitas la que tenía despeinados rizos de cabra. Pero eso no significaba gran cosa. Había montones de sitios para las citas. Sin embargo, parecían estar seguras de que Menendra no tenía a otras prostitutas trabajando en su alojamiento.

Me lo creí. Cualquier mujer de negocios necesita su vivienda privada para después del trabajo. Así que Menendra tenía una habitación que era su

refugio personal, igual que yo tenía mi apartamento.

Pregunté dónde exactamente estaba el suyo. Ellas se mostraron más recelosas. No las presioné.

Con una comida decente en el estómago, las chicas se mostraban reacias a volver al trabajo. Mientras estábamos sentadas en el Sapo Marrón, por mera costumbre una o dos hicieron intentos al azar para atraer a hombres que pasaban por la calle, pero con escaso entusiasmo. Su chulo había abandonado la Rómulo. Tras discutirlo entre ellas, opinaron que se había ido a jugar a los dados. Debían trabajar esa noche, pero decidieron tomarse la tarde libre a sus espaldas.

Dimos por concluida nuestra conversación. Les di las gracias y fue entonces cuando les dije que yo procedía de Britania. Nos echamos a reír; se sintieron como si fueran ellas las que pudieran mirarme por encima del hombro. Bueno, ya estaba acostumbrada.

En el momento de separarnos, la de los rizos sin domeñar me lanzó una mirada inquisitiva.

—Lo que hemos estado hablando... Hemos visto que lo que decíamos no parecía sorprenderte.

—¿Es por experiencia propia? —preguntó otra, apoyándola.

Esbocé una leve sonrisa.

—Casi. —Respiré hondo—. Escapé. Pero sé lo que se siente cuando tienes catorce años, pasas hambre y te consideras alguien sin valor, y entonces un sucio patán te recoge, te dice que es tu amigo y te promete bondad, pero no recibes más que insultos y patadas mientras te prepara. Pronto tienes demasiado miedo para negarte a trabajar para él.

—Y todo el tiempo te dice que eso es lo que mereces —intervino la del lunar.

Asentí.

—Entonces, ¿qué pasó contigo, Albia? —preguntó la del pelo rizado con voz áspera.

—Tuve suerte. Unas personas adineradas me vieron y pensaron que conseguirían una niñera barata para sus hijos. —Era mejor dejarlo así—. Solo

quiero decirles que, si yo pude escapar, vosotras también.

Las esclavas sexuales macedonias sabían que no era cierto. Ese era el peor aspecto de la vida que les obligaban a llevar. No tenían la más mínima esperanza.

Al marcharme, me atreví a preguntarles si temían acabar como Rufia. Me sorprendió que no mostraran el menor miedo de compartir su destino, teniendo en cuenta que cualquiera de ellas era vulnerable a las palizas, todas ellas se arriesgaban a diario a morir. Seguramente era algo que necesitaban ignorar.

Las dejé para volver a la Hespérides. Los obreros seguían trabajando de firme, supervisados por Tiberio, que se interrumpió cuando me vio regresar.

Me senté y le conté parte de lo que había descubierto. Le dije que cada vez estaba más convencida de que la taberna había sido el centro de un negocio de prostitución en el que Rufia estaba muy implicada.

—Todas las tabernas son burdeles, oficialmente —replicó él.

—Bueno, este solo tiene tres habitaciones arriba. Me pregunto si Rufia logró forjar un imperio más amplio. —Eso encajaría con lo que me habían dicho los testigos: que todo el mundo en el barrio la conocía.

—Bueno, ¿y quiénes serían los cinco hombres muertos? ¿Clientes? ¿Clientes que decidieron no pagar?

—No lo sé.

Si el cliente de una puta se negaba a entregarle el dinero estipulado, podía esperar una reacción violenta... aunque matar a cinco personas habría sido algo exagerado, y el pulcro y organizado enterramiento en la Hespérides demostraba, sin duda, una planificación previa. Como norma general en los negocios, uno no mata a quien no paga una factura, lo que quiere es que viva para que acabe soltando el dinero. Eso sí, seguramente a muchos albaceas testamentarios de Roma les pedían que saldaran deudas por favores sexuales en las que habían incurrido los fallecidos. Creo que a veces incluso se dejan en herencia las prostitutas predilectas.

—Si Tales era el dueño de un burdel, ¿no quedaría registrado en alguna parte? —preguntó Tiberio.

—Tener un burdel no es ilegal. Tampoco la prostitución. Si el viejo Tales explotaba el vicio, mientras declarara sus ingresos al censo y pagara sus impuestos, era responsabilidad suya exclusivamente. El interés del estado no es moral, sino meramente fiscal.

Me reí por lo bajo.

—¡Al gobierno le da igual de dónde provenga, siempre que el dinero acabe en el Tesoro! Pero creía que las prostitutas no eran ciudadanas, sino proscritas, igual que los actores, los gladiadores y gentes por el estilo.

—Solo las prostitutas, no sus amos. Personas absolutamente «respetables» se ganan la vida con el comercio sexual. Te sorprenderías de cuánta gente de la buena sociedad tiene una fortuna que procede de burdeles. —Se notaba que Tiberio coincidía conmigo en que eso era mera hipocresía. Añadió—: El emperador Calígula estableció además un impuesto directo; todas las prostitutas han de pagar una tasa única al Tesoro, cobre lo que cobre por cada servicio. Fue una medida insólita cuando la introdujo, pero acabó aceptándose rápidamente, por lo lucrativa que resultó.

—Sé que los ediles lleváis registros —insistí—. Así que, ¿quién ha de registrarse?

—Cualquier mujer que trabaje como prostituta.

Una vez más, Tiberio captó mi desaprobación. Era típico que solo se vigilara de cerca a las mujeres, que para colmo estaban sujetas a la vigilancia de chulos y dueños de burdeles. Todo el mundo tenía poder menos ellas. Los que organizaban el negocio, en cambio, escapaban a la censura.

—Quiero comprender las reglas. ¿Me lo cuentas?

Tiberio se removió incómodo en su asiento.

—No es la parte del trabajo que más me gusta precisamente...

—De acuerdo, no te estoy acusando de nada.

—Todas las prostitutas tienen que registrarse ante los ediles. Debe presentarse, dar su nombre auténtico, edad, lugar de nacimiento y el pseudónimo que piensa utilizar. Si la chica parece joven y respetable, intentamos persuadirla para que cambie de opinión.

Le dirigí una mirada de las mías. Él logró mantener el tipo.

—¡Mira, hacemos lo que podemos! Bueno, yo siempre he intentado... Si se mantiene en sus trece —prosiguió, aún con expresión avergonzada—,

estamos obligados a extenderle una licencia. Ella nos dice qué precio piensa cobrar e inscribimos su nombre en la lista.

—¿Puede quitarse de la lista si abandona el negocio?

—No. Jamás. Es permanente.

—¿De modo que ninguna prostituta puede arrepentirse, ni recobrar su buen nombre, ni ser perdonada por la sociedad, aunque la forzaran a hacerlo otras personas siendo muy joven?

Tiberio asintió con gesto adusto.

Yo sabía perfectamente que él no tenía culpa alguna. Actuaba como instrumento de la política del gobierno. Si se negaba a cumplir con su tarea, otro se encargaría de hacerla. Yo habría preferido que se limitara a comprobar la legalidad de los pesos en los mercados, pero si debía haber un edil involucrado, era mejor que se tratara de Manlio Fausto. Era un hombre recto. Tenía una actitud caritativa.

Estaba segura de que siempre había habido magistrados de otro talante, hombres que exigían un precio cuando registraban a una mujer. Una prueba gratis.

—Para comprobar que valen el dinero que piden —le dije. Al fin y al cabo, tenían el deber de proteger al público para que no les timaran. Se defenderían diciendo que debían probar la mercancía. Comparado con la mayoría, mi hombre era extrañamente inocente.

Le di un abrazo para demostrarle que no lo consideraba corrompido. Luego, sin hablarle de mis planes, lo dejé en la Hespérides mientras yo me iba a echar un vistazo por el distrito que habían mencionado las macedonias, donde vivía Menendra. Por lo que me habían contado, también yo me sentiría sucia muy pronto, por el simple hecho de ir allí.

Algunos saben que Ad Gallinas Albas es el extravagante nombre de la elegante villa imperial de Livia en Prima Porta. Se cuenta que un águila que sobrevolaba la villa dejó caer una gallina blanca en el regazo de la emperatriz. La gallina llevaba un brote de olivo en el pico. Quien no malgasta, no pasa necesidades, así que la gran dama conservó ambas cosas. Plantó un olivar y creó una granja avícola, con la ventaja de que en ocasiones ambos productos presagiaban la muerte de emperadores. Qué útil. Si alguna vez tengo mi propio olivo, quiero que se marchite cuando las dagas estén a punto de hundirse en Domiciano.

Pese a que el distrito de las Gallinas Blancas que había junto al de las Diez Tiendas ostentara el mismo nombre, no se parecía en lo más mínimo al elegante retiro rural de la vía Flaminia que perteneció a Livia Augusta. No tenía nada que ver con otras codiciadas zonas residenciales del Viminal. ¿Había llegado a existir una granja en Gallinae Albae? Si realmente había habido gallinas en otro tiempo, debieron de ser aves raquíticas y enfermas que ponían huevos de cáscara frágil. Les llorarían los ojos, tendrían los pulmones obstruidos por las fétidas filtraciones del suelo. Las aves humanas que vivían ahora en el fondo de aquel valle echado a perder, criaturas escuálidas picoteando en busca de clientes, no eran muy distintas.

No todas las prostitutas procedían del extranjero. No todas eran esclavas. Unas cuantas eran mujeres nacidas libres, atraídas por la necesidad, almas vulnerables cuya desesperada situación las había llevado al vicio. Desaparecían de su antigua vida, totalmente esclavizadas por sus chulos.

Con mayor frecuencia de la que posiblemente querríamos creer, eran otras mujeres las que controlaban sus movimientos. La mayoría de ellas también habían sido chicas trabajadoras. Eran desalmadas; no sentían la menor compasión por las jóvenes. Supongo que se alegraban de haberse abierto camino luchando por una posición algo mejor. Para entonces, no conocían más que abusos y malos tratos. Cuando ya no se les imponían actos de depravación, ellas se los imponían a otras.

Empezaba a pensar que aquel había sido el estilo de vida de Rufia, y también de Menendra. Concluí que habían sido una pareja de influyentes jugadoras en aquel sórdido juego.

Deseé no haber ido sola a las Gallinas Blancas. Me invadió una terrible sensación de temor. Si sabía todo lo que ocurría en sitios así era por mi experiencia, por fortuna breve, cuando me raptó el dueño de un burdel. Solo duró un día, pero fue el peor de mi vida. A la sazón yo era una niña abandonada que se creyó sus mentiras cuando me aseguró que me llevaba a un lugar seguro. De todas formas, cuando se puso violento conmigo, no me sorprendió. Vivir en la calle me había enseñado a esperar cualquier cosa.

Habría cedido y habría hecho todo lo que aquel hombre me obligara a hacer, sencillamente porque no me quedaba más remedio. No tenía amigos, familia ni casa. En aquella época, prefería que alguien me deseara para sus sucios fines a que no me deseara nadie en absoluto. Podría haberme engañado a mí misma, fingiendo que creía en sus mentiras. Podría haber pasado el resto de mi existencia en la tierra en aquella desesperada situación.

Pero Fortuna me sonrió. Didio Falco y Helena Justina me dieron una vida mejor. A final de mes, me verían casada con un buen hombre, y sabía que ambos derramarían lágrimas por mi felicidad, conscientes del papel que habían desempeñado en ella. Se habían topado con una niña que sufría en la miseria e instintivamente la habían arrancado de ella. Jamás hablaban de su benevolencia. Pero el día de mi boda estarían más orgullosos que la mayoría de padres.

Me sentía abrumada en este sitio que me recordaba aquel otro del que me habían salvado. En mi interior acechaba siempre un miedo arraigado en lo

más profundo de que mi rescate fuera una ilusión y de que me arrebataran mi seguridad. Ir allí, después de mi confesión a las macedonias, me ponía nerviosa. En cuanto a ellas, me arrepentía de haber confiado en ellas. Esperaba que nunca contaran a nadie lo que les había dicho.

En cuanto empecé a recorrer la zona, supe de inmediato que nadie de ningún burdel de las Gallinas Blancas tenía la menor posibilidad de escapar y hacerse respetable. La gente corriente pasaba por el Vicus Longus o el Vicus Patricius, las dos largas vías principales que discurrían a ambos lados del Viminal, y no darse cuenta en toda su vida de lo que pasaba allí. Pero cuando te detenías, cuando te fijabas, veías toda la miseria.

Había casas de vecindad ocupadas por entero por burdeles, cada una con su alcahueta repantingada en la puerta en un taburete de madera, o apenas visible, acechando en el interior. Las mujeres trabajadoras rondaban las calles, mirando abiertamente a los clientes potenciales de arriba abajo y ofreciéndose a voces. Había hombres que rondaban por allí, diferenciándose apenas los que eran clientes en perspectiva de los lamentables proxenetas y matones de los burdeles.

De repente vi a Chía. Estaba sola y la saludé de inmediato. Ella me respondió esbozando una leve sonrisa en su rostro infantil mientras me acercaba.

—No se lo deseo a nadie —le dije en voz baja—, pero en caso de que tengas la absoluta necesidad de abortar, la que lo hace en las Diez Tiendas se llama Nona. —Me sería difícil perdonarme a mí misma por decírselo, pero sentía lástima por su situación—. Pregunta en la panadería que hay frente a los servicios públicos, Chía. Las chicas que venden el pan te indicarán el sitio. Ellas la llaman la mujer sabia.

—¿Tú la has...?

—No, yo no. Tuve que hablar con ella por la investigación.

—Gracias —dijo Chía, sincerándose—. Los del burdel usan a una mujer, pero no me gusta.

Me preguntó qué estaba haciendo en las Gallinas Blancas. Respondí que buscaba a mi hermana. Tenía que darle un motivo, y la búsqueda de una chica fugada era creíble. Chía era demasiado inmadura para recelar que tuviera otros motivos. Parecía encaminarse a su habitación. Con la misma

cortesía que mis auténticas hermanas invitarían a una amiga a ir a casa para tomar unos pastelitos de almendras, Chía se ofreció a mostrarme dónde vivía.

El edificio, un burdel a gran escala, apestaba de tal forma a mugre y al hollín de las lámparas, que el hedor impregnaría mi pelo, mis ropas y hasta los mismos poros de mi piel. Tenía varios pisos de altura, todos plenamente ocupados por chicas trabajadoras, y estaba dividido en numerosas habitaciones similares, pequeñas y sin ventanas, de modo que había lámparas de aceite por todas partes, algunas humeando lánguidamente incluso de día.

El lugar estaba mejor gestionado de lo que esperaba. El contable, que ocupaba un taburete alto y tenía una tablilla de registro, podría haber sido el escribano de cualquier negocio respetable. Tenían una peluquera (que por su aspecto seguramente cumplía también sobre un jergón cuando la ocasión lo requería) y un chico con una palangana de agua para que los clientes pudieran lavarse después. Tal vez las chicas podían servirse también de esa palangana, aunque mucho me temía que no. La toalla parecía haber sido usada durante días y días sin que la lavaran. Incluso el chico tenía aspecto de usado. Desde luego a él también se lo tiraban, lo más seguro sin pagar de más.

Chía me condujo al piso donde estaba su cubículo. Por el camino pasamos por delante de otras habitaciones, algunas con la puerta cerrada, ya que estaban ocupadas, otras abiertas para que los visitantes vieran la mercancía que se ofrecía: mujeres semidesnudas, la mayoría con un aspecto muy poco erótico, más como colegialas tumbadas en su dormitorio. Casi esperaba ver muñecas y granjas en miniatura, aunque debía ser realista; todas aquellas jóvenes posiblemente no habían tenido juguete alguno en toda su vida. A estas alturas tan solo conocían los juguetes sexuales.

Las putas más hacendosas habían colgado cortinas en el umbral, algunas recogidas a un lado con un cordel mientras esperaban a los clientes. Todas tenían un letrero pintado sobre la puerta mostrando a una pareja (bueno, solía ser una pareja) enlazada en la postura sexual que realizaba cada una en concreto. Pestañeeé ante tanta variedad. En todas las habitaciones había también un letrero colgando de un gancho en el que se informaba del nombre y el precio de la ocupante, y luego ponía «ocupada», cuando la mujer le daba

la vuelta. En ese momento era la hora de comer, así que había bastantes habitaciones con la puerta cerrada. Oí pocos gritos de placer procedentes del interior. El sexo allí debía ser un acto maquinal, lacónico.

El pequeño cubículo de Chía era oscuro y mezquino, y apestaba tanto como el resto. Supuse que al cabo de un tiempo las mujeres se acostumbraban a aquel infame hedor a burdel. En el interior, tenía una sencilla cama individual cubierta por una manta raída y adornada con una raquílica almohada con la funda a rayas. Cuando Chía estaba allí, iluminaba la habitación con una lámpara de aceite hecha de barro. La joven se fue con ella a encenderla en una de las lámparas que había en el sombrío corredor.

Vi entonces que, al contrario que mi habitación o las de mis hermanas, en aquella no había por todas partes ropa, zapatos, chales, cosméticos, estuches de joyas, botellas de perfume de cristal rosa en forma de pájaros, colecciones de estatuillas en miniatura, instrumentos musicales con los que alguien había recibido tres lecciones, soportes para pergaminos o jarrones. El cubículo de Chía no tenía apenas nada. Al menos eso le evitaba que la incordiaran para que lo ordenara. No vi indicio alguno de que en aquel edificio se realizara ningún tipo de limpieza. La mugre de los suelos y los marcos de las puertas parecía prehistórica.

—¡Así que este es tu pequeño nido, Chía!

Una vez más, me dedicó esa lánguida y triste sonrisa suya. Tenía los cabellos negros y los ojos tiernos; seguramente a los clientes les parecía atractiva, aunque solo era joven. La flaca criaturilla tenía las manos diminutas y dedos de bebé; no parecía mayor de quince años, estaba sin formar, un poco atrasada para su edad. Creo que ella se dio cuenta de que me partía el corazón.

—No pasa nada —me aseguró, como queriendo tranquilizarme—. Estoy acostumbrada. Me dan ropa y comida. Tengo un trabajo. Las otras chicas son como una gran familia.

Hablaba como si se considerara afortunada; sencillamente tenía que resignarse.

Me senté a su lado en la cama, tratando de no imaginar quién más había pasado por allí ni fijarme en las huellas que había dejado. ¿Cómo podía ir allí un hombre que se respetara a sí mismo, y menos aún realizar lo que debería

ser un acto íntimo, en medio de tanta miseria?

—¿Te va bien, Chía?

—Oh, sí —afirmó ella con seriedad—. Parezco muy joven. Muchos hombres piden eso.

Al ritmo que llevaba, pronto parecería más vieja. Y entonces, ¿qué tal le iría?

—Entonces, ¿te tratan bien?

—Algunos.

—¿Y el resto?

Hizo una mueca, aunque su expresión era condescendiente.

—Me dicen que soy una niña mala y quieren castigarme. —Vio mi expresión—. Oh, es solo un juego, Flavia Albia. Cierra los ojos y olvídalo. Pronto pasará. —Eso mismo debía de ser lo que le había dicho el chulo.

—Bueno —le dije con dulzura—. Me preocupo por ti. Estaba pensando... ¿lograrás escapar a esta opresión? ¿Algún día llegarás a ser una persona fuerte que deba ser tenida en cuenta, como Rufia en la Hespérides? —Era una idea ridícula. Su extraordinaria palidez me lo dijo todo—. ¿O como Menendra? —insistí.

Chía me dirigió una astuta mirada; sabía qué era lo que me interesaba en realidad.

—Me refiero a la esquivia licia —añadí—. Aparte de andar por ahí amenazando a todo el mundo, aún no tengo muy claro a qué se dedica Menendra. Según ella, suministra mercancía a las tabernas, pero no está claro de qué se trata.

Chía se quedó meditando. Ahora éramos amigas, compinches ocasionales. No confiaba en que esa amistad durara, por lo que sería mejor que intentara aprovecharla.

—No querían decírtelo —contestó.

Ah. Era uno de esos momentos para los que vive un informante.

—¿Tus amigas macedonias? ¿Qué era lo que no querían contarme, querida Chía?

—Es verdad que Menendra vende cosas a las tabernas. Pero ya te lo he dicho antes. —Arqueé las cejas, desconcertada—. Es esa de la que te hablaba. —A Chía pareció sorprenderle que no la hubiera entendido—. Es

horrible. Me da miedo. Por eso no quiero pedirle ayuda a ella. Es a ella a quien usan aquí para las chicas. —Al final me lo dijo con todas las letras, casi exasperada al verme tan obtusa—. Albia, es la que se deshace de los bebés.

Solicitaban a Chía. En su puerta apareció un corpulento curtidor. Se mostró tímido al preguntar cortésmente si estaba ocupada en aquel momento, o si podía «hacérselo». Era un tipo corriente, casi agradable, aunque apestaba a los olores propios de su trabajo.

Me fui.

Antes de darle las gracias a Chía por nuestra charla y de dejarla sola para que ejerciera su oficio con el curtidor, la chica me había dicho dónde estaba la casa de comidas en la que se alojaba Menendra. La encontré con facilidad, pero cuando subí por la escalera lateral del edificio, hallé su puerta firmemente cerrada. Tenía un letrero con su nombre colgado de un gancho igual que los que había visto en el burdel, pero cuando le di la vuelta, el dorso no tenía nada, no anunciaba que estaba «ocupado». De modo que la gente iba a verla allí, pero no para fornicar.

Bajé y me compré un pastel en la bulliciosa casa de comidas. Me sorprendió lo bueno que era, teniendo en cuenta la zona. Así es Roma.

Volví al Jardín de las Hespérides andando despacio, comiendo por el camino. No pude evitar pensar en el fabuloso regalo que habría sido para mí en otra época comer un pastel caliente en la calle. La época en la que era una niña sin hogar en el sombrío Londinium.

Ese día el tiempo era variable, con pequeñas nubes que se desplazaban rápidamente dejando entrever los alegres rayos del sol. La temperatura era más fresca que al principio de la semana, así que se caminaba más a gusto

por la calle. Aun así, estaba en la Ciudad Dorada, con un clima muy distinto del que había conocido de niña: Roma, donde se podía ir a cuerpo aunque se ocultara el sol. Roma, donde todos mis parientes se reían de mí porque, si el sol asomaba en diciembre, me quitaba la capa, alzaba el rostro hacia su calor y empezaba a sonreír...

Tiberio, que estaba aún en la taberna, me pilló limpiándome las migajas del pastel de los labios. Viéndole la envidia dibujada en el rostro, me acerqué al Sapo Marrón para preguntar si podían darme un cuenco de estofado para él. No encontré a nadie por allí. La gente podía pasar por delante sin que les abordaran los travestidos. Toda la clientela que había acudido a comer se había ido. Entré en busca de la aletargada moza de la taberna. No estaba, pero encontré a una anciana que fregaba cuencos de comida; debía de ser la abuela que había cocinado el caldero del día.

—¿Dónde está la chica?

—Ha ido a tumbarse. —Lo interpreté del modo más licencioso. Tal vez había pasado demasiado tiempo investigando por las tabernas.

—¿Te queda algo del estofado de carne? Tengo un hombre hambriento al que alimentar al otro lado de la calle. —No mencioné que era un edil que debería hacer cumplir la norma de servir solo legumbres. Sin saber para quién lo quería, raspó el caldero para servirme amablemente lo que quedaba de estofado. Sonreí.

—Si eres como mi abuela, la del Aventino, te gusta ver el fondo del caldero bien limpio.

Desde luego que era como mi abuela. Sonriendo de oreja a oreja, me dejó pasar el dedo por el interior del recipiente para rebañar la salsa que quedaba. Pensaba que sería mejor probarlo, ya que no había catado el famoso estofado cuando había invitado a comer a las macedonias. De todas formas, desde siempre me gustaba apurar la comida de las ollas. Le gustaba a toda mi familia; cuando nos reuníamos unos cuantos en la cocina, a veces había peleas.

La felicité por el sabor. Quería ser amable, pero es que además estaba realmente bueno. Me agradó recordar que en las tabernas también se iba a comer.

La anciana tenía un pequeño cuenco cubierto que había reservado para sí

misma, pero estaba ansiosa por ver disfrutar de su comida a otra persona; me obligó a sentarme en un taburete e insistió en que lo aceptara. A pesar del pastel, engullí también el estofado. Las novias necesitan alimentarse. Mis dos abuelas habrían dicho lo mismo. En ese momento, las echaba de menos a las dos.

—¿Cómo te llama la gente?

—Abuela.

—¿Podrías darme tu receta, abuela? Mi tía dirige una caupona en el Aventino; les iría muy bien servir comidas tan deliciosas como esta. ¡La carne te ha quedado muy tierna!

Naturalmente, ella fingió haberse limitado a echar lo que tenía a mano ese día. Tal vez fuera cierto, pero sabía cuánto echar y qué más le daría buen sabor.

—Es buey de primera. Se lo compro a los victimarios.

—No, ¿en serio? ¿Te refieres a Costo y compañía?

—¿Los conoces?

—Van a encargarse de los augurios en mi boda.

—Oh, será muy bonito. Solo tienes que decirle al viejo Estaberio lo que quieres que profetice. —Logré adoptar la adecuada expresión ensoñadora, como si realmente estuviera deseando que llegara el día de la ceremonia. Las abuelas tienen sus normas. Saben que el matrimonio es una lotería, pero esperan que una novia esté pletórica de felicidad ese día. Tiempo habrá después para que pueda admitir que ha cometido un terrible error.

—¿Y cómo es que esos apuestos muchachos de los sacrificios despachan también carne?

La abuela se dio unos golpecitos en la nariz, pero me lo contó.

—Oh, tienen un montón de pequeños negocios aparte. Uno de ellos es mi nieto; tengo que pedirle que deje de contarme las cosas horribles que pasan... No es una tienda. Tienes que ir a la puerta de atrás en el día adecuado... —Al parecer, si un sacrificio salía mal, si se sacrificaba un toro grande y quedaban sobras, si llegaba el animal procedente de la granja en el campo y luego un cliente caprichoso no lo quería, Costo permitía a unos cuantos vecinos privilegiados que compraran de tapadillo las partes más selectas.

—Si a los dioses no les llega el olor a humo del altar, no sabrán lo que se

han perdido, ¿no? —Sonreí.

—De todas formas a los dioses solo les llega el olor de las vísceras. La carne se reparte... ¡después de que los cabrones de los sacerdotes hayan disfrutado de una buena comida!

—Mi abuela del Aventino creía que las vísceras eran la mejor parte.

—¡Debió de nacer pobre si pensaba eso!

—Sí, así fue —admití con sobriedad.

—Eso que ha ganado, muchacha.

—Tuvo una vida muy dura.

—Pero vivió para ver prosperar a sus nietos.

—Sí. —Incluida la intrusa de Britania. Al principio Junila Tácita me había recibido con una gran suspicacia, por si pretendía timar a su familia «auténtica»... pero al final acabó ablandándose.

También ella vendría a mi boda y lloraría, porque disfrutaba como pocas de una buena llantina en las ocasiones felices. Supongo que así compensaba todas las lágrimas que se había tragado valientemente en épocas más trágicas. Y había conocido muchas.

Miré fijamente a la abuela cocinera del Sapo Marrón.

—Bueno, dime, anciana, ¿conociste a la famosa Rufia?

Ella soltó una gran risotada.

—¿Y quién no?

Decidí arriesgarme. Pensé que era una mujer honrada y que contestaría con sinceridad.

—Esto es algo desagradable de preguntar, pero tengo que hacerlo: ¿Rufia dirigía un negocio de prostitución desde la taberna?

Fue entonces cuando la abuela se apoderó del cuenco de estofado para Fausto. Por un momento creí que se había ofendido y que mi prometido se había quedado sin su comida, pero la mujer solo quería colocar el cuenco sobre el brasero para mantenerlo caliente. Su acción sugería que la charla sería larga. ¡Excelente! (Fausto podía esperar). La anciana acercó otro taburete y se agachó para sentarse, soltando un quejido cuando sus articulaciones protestaron.

—¡Bueno! Tú lo que quieres es descubrir qué pasó en esa taberna. —La vieja señora se mantenía al día de los chismorreos y lo hacía con todo el descaro. Por suerte, no me parecía necesario mantener nuestra investigación en secreto. Los crímenes eran antiguos, y de algo serviría hacer saber al vecindario que estábamos abiertos a recibir información.

Mi compañera empezó a comportarse como si yo fuera su nieta y alguien menos indulgente que mis bobalicones padres tuviera que ocuparse de revisar mis deberes escolares.

—Apuesto a que te han estado dando evasivas. Deberías haber venido a verme a mí primero, Albia.

Me sentí esperanzada.

—Seis muertos. Debió de ser una noche espantosa. ¿Sabes qué ocurrió?

—¡Claro que no! Yo no meto las narices en cosas así.

Tras este estallido de integridad, hizo una pausa. Tuve que animarla para que volviera a hablar.

—Abuela, ¿así cómo? No sé qué clase de taberna es la Hespérides porque está cerrada por obras. Puede que ahora el nuevo propietario quiera que sea respetable, o eso cree. Pero ¿era entonces muy diferente?

—No peor que otras —me aseguró ella con aire satisfecho. Me costó un esfuerzo no pasear la mirada por el Sapo Marrón, que tenía un personal pésimo y clientes de baja estofa, sobre todo de noche. Dejaba que las rameras macedonias se sentaran allí, e incluso la moza que había desaparecido de la vista podría estar «echada» arriba con un cliente. A juzgar por los que había visto insinuándose a los transeúntes en la calle, la aletargada moza podía ser incluso un chico.

Poco probable; no era lo bastante guapa.

Mi confidente se dispuso a compartir lo que sabía. De cerca, la anciana no era una bonita visión. Se le habían caído la mayoría de los dientes, el pelo iba por el mismo camino, y ahora estaba llena de verrugas. Vestía una vieja túnica que podía haber pertenecido a un par de personas más antes de que ella la comprara como una ganga en un puesto de ropa usada.

Según decía, en la época del viejo Tales, la Hespérides pretendía ser del todo respetable.

—Si no te fijabas mucho.

—Tiene habitaciones arriba.

—Y las usaban.

—¿Para prostitución? ¿Estaba organizada?

—Oh, no —replicó despectivamente—. Si algún hombre lo quería, podía obtenerlo, pero no había prostitutas a tiempo completo. Aparte de que entonces no había tanta actividad obscena como ahora, el viejo Tales no tenía redaños ni para organizar una meada en una letrina pública.

—¿No te caía bien?

—En realidad no llegué a conocerlo. Mi marido sí, y decía que era un holgazán que hablaba demasiado y en el que no se podía confiar. Se daba aires de feliz propietario de la taberna, pero era Rufia la que llevaba el cotarro.

—¿Qué relación había entre Tales y ella?

—Rufia trabajaba allí. Él fingía ser el gran amo, pero en realidad dejaba que ella lo dirigiera todo. La taberna se habría ido al garete sin Rufia.

—¿No estaban liados?

—Oh, no. Ellos dos no. No creo que Rufia confiara en los hombres. Nunca tuvo pareja estable, ni tampoco hijos.

—¿Subía a las habitaciones con clientes?

—Si era necesario. Pocas veces.

Me pregunté si la abuela lo habría hecho también en su época. No podía preguntárselo porque de todas formas lo habría negado, indignada. Ahora tenía muchos nietos y una reputación decente que mantener. El pasado había quedado formalmente suprimido.

—¿Servicios rutinarios? ¿Hacía algo más, algo que tuviera que ver con las otras tabernas?

Mi confidente se inclinó hacia delante con aire conspiratorio. Tenía el aliento dulce, como si hubiera chupado pastillas de boticario para alguna dolencia.

—¿Otros negocios? No del tipo que tú insinúas. A lo que se dedicaba era a hacer de madre de todas las mujeres.

—¿«Madre» como la de un burdel?

—¡No, «madre» de madre! Ya sabes...

No, no lo sabía.

—Cuidaba de ellas. Muchas de las chicas forzadas a hacer ese trabajo son muy jóvenes e ignorantes. Ella les enseñaba a cuidar de sí mismas. A levantar el ánimo. A ser lo más limpias posible. A protegerse unas a otras, sobre todo si sabían que algún canalla rondaba por ahí. A enfrentarse con situaciones violentas. Y si tenían mala suerte y les pasaba eso que ya sabes, Rufia las llevaba discretamente a algún lugar escondido y hacía lo necesario. —La miré—. Para deshacerse del bebé. ¡Ya sabes!

—Sí, ya sé. —Así que Rufia había enseñado a Menendra, que ahora se ocupaba de lo mismo para las chicas de las Gallinas Blancas—. ¿Y qué hay de Nona?

—¿Es que conoces a Nona? Está bien, aunque he oído decir que cobra bastante caro... Nona llegó después. Se ocupa de lo mismo, claro. Bueno, se libra de los bebés; no creo que se moleste en nada más. En realidad no le gustan los hombres. Tampoco le gustan mucho las chicas; lo que hace, lo hace por dinero, aprovechándose de ellas y de su sufrimiento. Eso era lo que distinguía a Rufia. Que se comportaba como una madre.

—Dices que no tenía familia. ¿Fue porque se deshizo ella también de algún bebé?

—Pues... no creo. Bueno, son cosas que se perciben... Siempre pensé que era una de esas mujeres que no pueden concebir. Tuvo muchas oportunidades. Siendo moza de taberna... ¡ya te lo puedes imaginar!

—¿Ella quería hijos?

—Sospecho que sí. Siempre era muy agradable con mis pequeños cuando nos encontrábamos en la calle.

—Entonces, abuela, ¿cuidaba de las chicas alegres en su lugar?

—Eso es. Despertaban su instinto maternal. Era una mujer dura en muchos sentidos. Supongo que si hubiera tenido hijos propios, quizás habría sido una persona muy distinta. —La abuela rio al recordar—. Porque entonces hay que mantener la calma, ¿no? Digo que era dura, pero en apariencia. No tenía pelos en la lengua. No se andaba con chiquitas. Pero uno sabía a qué atenerse con ella, y nunca era injusta. Por eso caía bien a la gente.

Aparté a un lado mi cuenco.

—Alguien no la apreciaba. La mataron en la Hespérides.

—¿En serio? —La abuela se mostró confusa y se le humedecieron los

ojos. Era la misma clase de disociación que habría empleado mi propia abuela. «Solo soy una pobre anciana que no puede responder a preguntas difíciles...»—. Bueno, yo de eso no sé nada, querida.

—Entonces, ¿tampoco sabes nada de los cinco hombres cuyos cuerpos hemos desenterrado? —añadí. Ella negó resueltamente con la cabeza. Intenté presionarla, aunque me temía que sería inútil—. Podía tratarse de viajantes... lo han sugerido. No sé qué intentaban vender.

Para mi sorpresa, la anciana reaccionó de repente.

—Ah, esos serían los que venden mármol —exclamó—. Gavio y su cuadrilla. Siempre venían por aquí en aquella época. Les gustaba salir de noche a beber en la Hespérides.

—¡Oh! Pero ¿eso fue en el pasado?

—Se pelearon con Tales. Él era así. Le cogía antipatía a la gente sin motivo, le daba igual que fueran buenos clientes. Era un estúpido.

—O dejaron de ir porque estaban todos muertos, abuela. —Ella me miró socarronamente—. Si se pelearon, ¿habría llegado Tales al extremo de hacer que los mataran?

La mujer me miró como si estuviera chiflada.

—No —respondió en tono compasivo—. El viejo Tales era un cobarde. Pero ninguno de esos hombres está muerto. ¿De dónde has sacado esa idea, Albia? Están tan vivos como tú y como yo, igual que siempre. Están vivos y son unos chicos bastante decentes, para tratarse de viajantes. Viven en la callejuela de la Mula Sucia. Si no recuerdo mal, Rufia se alojaba en una habitación barata en la casa de Gavio y sus padres, cuando él vivía con ellos.

Respiré hondo. Luego, viendo que no parecía tener nada más que decirme, recogí el cuenco de estofado caliente del brasero y crucé la calle para llevarle el almuerzo a mi hombre.

—¡Albia! Has tardado mucho. —El tono de mi hambriento novio era tan mordaz como si ya nos hubiéramos casado. ¿Se habría disipado ya nuestra dicha primera... tan pronto?

Me pareció que valía la pena reavivarla; lo besé.

—Disculpa, querido. Pero te traigo un estofado divino hecho con buey de contrabando, si no te importa robar a los dioses...

—Perdón, divinidades... —Tiberio aferró el cuenco de estofado mientras con la otra mano sacaba de una bolsa sus cubiertos plegables. Me devolvió el beso, de modo que aún había esperanza para nosotros, y luego se apoyó en un montón de sacos llenos para empezar a comer. Aunque era un hombre piadoso, no parecía importarle sacar partido de un buey que había escapado al sacrificio. Tampoco prestó la menor atención a Dromo, quien, atraído al patio por el apetitoso olor del estofado, lo miraba esperanzado.

Julio Liberal, el dueño de la Hespérides, llegó hecho una furia y apartó a Dromo de un empujón. Me hice cargo de la situación para que Tiberio pudiera comer sin que lo acosaran.

—¡Liberal! Tu contratista está ocupado. Ven y habla conmigo. —Tiberio estaba escuchando, así que alcé la voz para que pudiera oírme y enterarse de mis últimos descubrimientos—. He descubierto unas cuantas cosas desagradables sobre tu preciosa taberna, entre ellas que aquí se realizaban abortos.

—¡Paparruchas! —exclamó Liberal con escasa convicción—. En este local solo se realizan actividades legales.

—Puede que ahora sí. Serás tú quien decida cómo llevar tu taberna, ¿verdad, amable propietario? —Quise ser justa, admitiendo que quizás él cambiaría el carácter de la taberna para mejor—. Pero vas a tener que esforzarte. Desde que murió el viejo Tales, el Jardín de las Hespérides ha sido ya examinada por los vigiles, y ni siquiera has abierto el negocio todavía.

—¿Es culpa mía que hayáis desenterrado un montón de viejos cadáveres? Alcé el mentón.

—Cadáveres que han adquirido un papel más misterioso que nunca. Ahora ya sé quiénes eran los mercaderes que estuvieron en la taberna la noche del trágico suceso. Eran de por aquí, un grupo de hombres que aún son muy conocidos en las Diez Tiendas. Dejaron de venir por el simple hecho de que Tales se peleó con ellos y les vetó la entrada. Mis fuentes creen que seguramente no medió provocación alguna.

Liberal tuvo a bien asentir.

—Sí, él era así.

—¿No lo imites entonces! ¿Has oído hablar de Gavio?

—Lo conozco. Suministra mármol para mostradores de tabernas. Actúa como intermediario para todas las canteras importantes. Fue él quien revistió los dos mostradores.

En ese caso, era indignante que Liberal hubiera afirmado previamente que no sabía nada de los mercaderes que habían estado aquella noche bebiendo en la taberna. Quería saber por qué había mentido, y luego obtener más información sobre los mercaderes, posibles testigos, y su relación con la taberna.

—¿Eso se hizo cuando ya te habías hecho cargo de la taberna, o cuando Tales aún vivía?

—No, él ya había muerto. Fue mi primera mejora, justo después de heredar la taberna. ¿Por qué?

—Bueno, para empezar, estabas presente la noche que desapareció Rufia. Así que cuando te pregunté quién estaba en la taberna, me engañaste deliberadamente.

—De acuerdo, es verdad, pensé que podían haber sido ellos.

—¿No, lo sabías! Pero si Gavio y los suyos no son nuestros cinco esqueletos enterrados, te lo pregunto una vez más, ¿qué otro grupo vino a la

taberna aquella noche? ¿Quiénes son esos hombres muertos?

El nuevo propietario adoptó una expresión de inocencia, fingiendo aún que era muy distinto de su inicuo predecesor.

—Lo siento, no puedo ayudarte.

—Quizá Gavio nos lo diga —masculló Tiberio con la boca llena de estofado, tratando de asustar a Liberal por mí.

—Bien pensado, cariño —dije, siguiéndole la corriente—. Iré a visitarlo. Los del mármol no recordarán haber bebido ni haberse tirado a una moza de taberna hace diez años; es algo que deben de hacer todas las noches. Pero seguro que recuerdan una gran pelea con Tales, y podrán decirnos quién estaba aquí aquella noche. Tal vez incluso nos cuente qué hacía Julio Liberal esa noche, ya que él tiene tan mala memoria —sugerí. Liberal movió los pies con gran inquietud.

¿Se había peleado Tales con los proveedores de mármol adrede para hacer que se volvieran a casa antes de que empezara el auténtico jaleo? ¿Estaba vaciando la taberna para no dejar posibles testigos de lo que tenía planeado?

—Bueno, y dime —continué, dirigiéndome a Liberal con un tono distinto—, ¿qué te trae hoy por aquí tan nervioso?

Esperaba que hubiera reflexionado seriamente. Por desgracia, no tuve esa suerte.

—He venido a ver los daños provocados en mi taberna —refunfuñó con muy mal humor.

—Bueno, pues has llegado demasiado tarde —dije, negándole mis simpatías—. Has elegido a un buen contratista; ya se ha limpiado y organizado todo.

—Sí, ya lo veo. Pero Manlio Fausto me ha enviado un mensaje de cómo estaba esta mañana.

Manlio Fausto seguía apoyado en sus sacos, comiendo estofado.

—Yo misma lo vi, era un desastre total. Liberal, lo único que te ha preocupado desde el principio es si todo esto va a retrasar la reforma. —Exasperada, me lancé al ataque—. Por supuesto, el auténtico problema es que hemos descubierto un grave crimen, cuyos culpables siguen libres por ahí y, sin embargo, nadie, y mucho menos tú, ha tenido la sensatez de decirnos quiénes son. No se habrían producido daños en tu taberna si hubiéramos

tenido a esa gente bajo arresto. ¡Yo diría que ya es hora de que empieces a cooperar!

Liberal adoptó una expresión furtiva, pero no dijo nada.

—¡Oh, vamos! Ya has admitido que Gavio estaba en la taberna. Venga, ¿a quién más viste esa noche?

Él meneó la cabeza como si la respuesta fuera que nadie. Eso yo no me lo había creído nunca. Así que seguía mintiéndome tercamente.

Le grité tratando de hacerle hablar. Estaba furiosa. Le dije que en un principio creíamos que los matones de Menendra tenían algo que ver con lo ocurrido, pero que nuestros testigos los habían descartado. Fue entonces cuando por fin Liberal estalló, creando una nueva complicación.

—¿Testigos? Si alguien ha visto quién lo ha hecho, ¡dile que tenga mucho cuidado! No quiero que salga herido nadie más. Esa gente no se anda con tonterías.

—¿Qué gente? ¿En qué andan metidos?

Él suspiró. Empezó a tironearse de nuevo del pelo.

—En las tabernas —admitió con tristeza—. Si tengo razón, Flavia Albia, esto iba contra mí.

Por una vez, había conseguido sorprenderme. Tiberio incluso dejó de comer. Como avisado contratista, seguramente empezaba a pensar que, si el ataque a la obra era culpa del propio cliente, sería este quien debería pagar por los daños. Por mi parte, le interrogué con severidad.

—¿Qué has hecho, Liberal, para merecer semejante castigo?

Él se retorció, su reacción habitual a la presión, hasta que por fin confesó.

—Les dije que no veía razón alguna para pagar por protección mientras la taberna estuviera cerrada debido a las obras.

—¿Pagar por protección?

Con el rabillo del ojo vi a Tiberio pasándole el cuenco a su esclavo. Dromo se quejó de que estaba vacío y luego empezó a lamer la salsa. Su amo se acercó a nosotros, limpiándose la boca con una servilleta y, lleno de interés oficial, exigió a Liberal que se explicara.

Resultó que todas las tabernas de la zona pagaban a una banda por su «protección», lo que por supuesto significaba que pagaban sobornos para que no atacaran sus locales. No fue una sorpresa; es un delito centenario que las

autoridades no lograrán erradicar, porque los dueños de las tabernas tienen demasiado miedo para quejarse.

Tiberio gruñó por lo bajo al ver la actitud resignada de Liberal. Al insistirle, este le dijo que en los barrios del Camino Alto, incluyendo el de las Diez Tiendas, los principales villanos eran los de la banda de Rabirio. Tiberio me miró: nos habíamos encontrado con ellos en un caso anterior.

—Ahora tendré que pagarles.

—¿Podrías denunciarlos! —replicó Tiberio con severidad.

Liberal se encogió de hombros.

—No es más que otro gasto —dijo con tono de lo más práctico.

—Ni hablar, eso es extorsión.

—No quiero ver cómo me queman la taberna.

—¿Así es como te intimidan? ¿Quién? ¿Rabirio el viejo, o el joven? Roscio se llama el hijo.

—No estoy seguro. Envían a agentes. Tales conocía muy bien a Rabirio —contestó Liberal—. Viejos compinches, o eso pretendía él. Nunca me ha visitado personalmente, solo han venido un par de secuaces suyos como mercaderes de esponjas. Aunque estos no venden nada, solo amenazan. Se te acercan mucho, no sonrían.

—¡Tácticas de tiburón! —La situación encolerizaba a Tiberio—. Se supone que Rabirio se está haciendo viejo. La siguiente generación quiere arrebatarse el control; se prevé una guerra interna—. ¿Te presionan con amenazas?

—Sí, solo eso. Déjalo correr, legado.

—¿Han intentado el truco de introducir a uno de los suyos en tu plantilla?

—¿Un topo? —Estaba claro que Liberal conocía mejor el mundo de lo que parecía.

—A eso me refiero. Un topo que te observa, se hace cargo de la caja, se queda con buena parte de los beneficios y te deja bien claro que «ellos» están al tanto de todo lo que ocurre en tu taberna.

—No, solo ofrecen protección. Si les pago, todos nos llevamos bien. Así es como funciona este negocio.

Me asaltaron múltiples ideas.

—Entonces, ¿Tales siempre pagaba? —Me preguntaba si los cinco

hombres muertos podrían haber sido sicarios; ¿se había resistido Tales? Para eso tendría que haber sido un hombre valiente, lo que no encajaba con la imagen que me habían dado de él. Y su heredero me aseguraba que el viejo tabernero pagaba sin rechistar. Nunca había habido enfrentamientos—. ¿Los hombres de Rabirio suelen beber aquí?

—Oh, no. Frecuentan otros sitios para pasar el rato, nunca mezclan el placer con los negocios. Lo único que toman aquí es un vaso de vino que les ofrecemos por hospitalidad.

—¿Para sellar el trato formalmente? ¡Qué civilizados! —me mofé.

Liberal no se dio cuenta.

—Bueno, siempre les hemos dado nuestro vino de mejor calidad, de la jarra que guardamos en la despensa, para asegurarnos de que se van contentos... ¡Fausto, tienes que explicarle cómo va el mundo de los negocios! —le dijo malhumoradamente.

—Creo que ya lo sabe —fue la tranquila réplica de mi prometido.

Tras haber cedido ante la presión, Liberal se alejó haciendo aspavientos. Lanzó una última pulla por encima del hombro.

—Deberías avergonzarte de ti misma, Flavia Albia. Has comprado un plato de carne en una taberna. ¡Deberías saber que eso contraviene las normas sobre alimentos del emperador!

Eso también lo sabía. Pero a veces la ley es ridícula. Si un decreto me parece intolerable, me resisto a obedecerlo.

Por supuesto, si el decreto es de Domiciano, lo hago discretamente. No soy tan estúpida.

Cuando fui en busca de Gavio, me acompañó Tiberio. El mármol era su especialidad, de modo que quiso venir y conocer al proveedor.

Tiberio devolvió el cuenco a la abuela del Sapo Marrón. Le dio las gracias por el estofado (pensando en pedirle más otro día) y siguió su rutina habitual de edil tiquismiquis; esta vez quería saber de quién era abuela la vieja abuela. Halagada y risueña, ella contestó que «de casi todo el mundo en el distrito del Camino Alto». Él le preguntó si sabía dónde vivía el vendedor de mármol actualmente, y ella le contestó que en la callejuela de la Mula Sucia, lo que ya me había dicho a mí antes.

Lo conduje al callejón de los excrementos, donde pudimos preguntar a los padres por la casa donde vivía Gavio. Ellos nos dejaron palmear al perro que les había dejado su hijo, una criatura babeante y feliz que nos recibió como a viejos amigos, aunque éramos unos desconocidos. Pero era una perra grande que dejó escapar un sonoro ladrido cuando llegamos. Eso podría disuadir a los intrusos, si eran cobardes. Los padres nos indicaron el otro extremo de la callejuela, pero al llegar descubrimos que Gavio había salido. Si estaba trabajando, podía encontrarse en cualquier parte; incluso podía haber ido a visitar alguna cantera a leguas de Roma.

Nos quedamos un tanto abatidos, pero entonces oímos ladrar con fuerza a sus otros dos perros en el interior. Así que no podía estar lejos y volvería al cabo de un rato. Caminamos hasta el final de la calle para evitar en lo posible el hedor del estiércol calentado por el sol, pero decidimos esperar. Este era uno de los riesgos de los informantes, no todo era infusión de menta y pastel

de nueces. Sin embargo, Dromo divisó un puesto de tartas de frutas y nos arrastró hasta allí. Mientras observábamos su meticuloso proceso de selección, Gavio llegó a casa para dar a sus perros el paseo de la tarde. Lo reconocimos porque el hombre del puesto lo saludó. Así que era popular.

Seguimos a Gavio hasta su casa, aunque no nos quedamos allí.

—¡Ladran tanto porque os han oído y pensaban que era yo que venía a sacarlas! Tendréis que venir con nosotros. Las chicas se volverán locas si no las saco, ahora que me han visto.

Al parecer aquellos animales tenían prioridad sobre todo lo demás, pero nos permitió acompañarlos en su paseo. Yo aún estaba digiriendo el pastel de la comida, además del estofado, pero me veía forzada a una excursión a lo largo de todo el Viminal. La mayor parte del recorrido era cuesta arriba. Gavio nos aseguró que las Tres Gracias no aceptarían otra cosa (también venía *Eufrosine*, a la que había recogido de casa de sus padres al pasar).

—No puedo dejarla ahí; pronto me diría muy clarito lo que piensa de eso.

Al principio seguimos la corriente al dueño y le dejamos cotorrear sobre sus mascotas. Procedían de los Pirineos, por lo que no eran en absoluto adecuadas para Roma. Se trataba de perras grandes que guardaban rebaños, con un pelaje largo y blanco que iban mudando alegremente y que era más denso sobre los pliegues de carne de sus grandes hombros; en las tres, el pelo blanco tenía grandes manchas negras sobre la cabeza y el lomo. Gavio nos explicó que las había comprado «a un hombre en una taberna», cuando eran cachorros. No imaginaba que la gente hiciera esas cosas, aunque desde luego los atestados mostradores de las tabernas están llenos de sórdidos mercaderes que venden todas clase de cosas.

Según su dueño, las Tres Gracias poseían una naturaleza de lo más dulce y tranquila; les encantaban los niños, adoraban tener visitas, pero defenderían ferozmente su hogar y a su familia contra los intrusos. (¿A pesar de habernos recibido con alegres babeos en casa de los padres?) Les encantaba salir a pasear para poder verlo todo, recorrer el vecindario y hacer tantos amigos como fuera posible. Las vimos tratando incluso de lamer al cuervo de un alfarero a través de los barrotes de su jaula. El pájaro las mandó a paseo. Bueno, fue algo más grosero, pero las perras agitaron la larga cola de todos modos.

El propio Gavio tenía un tamaño en consonancia con las perras a las que tanto quería. En su caso, era el resultado de haberse pasado muchas horas inclinado sobre mostradores de tabernas, probando los aperitivos mientras trataba sobre los requisitos del mármol. Era soltero y, aparte de visitar a sus padres cada día, su vida social consistía en beber con sus colegas, como él mismo nos contó abiertamente. Jamás habría adivinado que aquel tipo panzudo, de cara gruesa y carácter extrovertido era el hijo de la pareja consumida, enflaquecida y de aspecto nervioso a la que había conocido. Cuando estuvieran todos juntos, él debía de parecer un enorme cuco en el nido de un pequeño bisbita.

Tras repasar suficientemente la sabiduría canina popular, Tiberio inició una charla sobre el mármol. Todo termopolio, toda caupona, popina y mansio del imperio tiene uno o más mostradores revestidos de piezas de mármol en mosaico. Los locales de bebida y comida se reconocen así al instante, además de resultar más atractivos y fáciles de limpiar.

Gavio era un experto. Le gustaba charlar. Tiberio había empezado mencionando que los mostradores del Jardín de las Hespérides acababan de sufrir daños.

—Al parecer algún idiota ha dado un par de golpes con un martillo. — Gavio soltó una exclamación de horror; hacía muy poco que había suministrado el mármol. Hablaron sobre las reparaciones.

Gavio se dio cuenta enseguida de que Tiberio poseía los conocimientos profesionales que él respetaba.

—Bueno, ya sabes cómo son las cosas por aquí, señor; lo quieren todo por nada: bueno, bonito y barato. Les suministramos cualquier cosa que puedan pagar, y a veces saco una comisión con los mármoles exóticos: cipollino, brescia. Pero las tabernas de por aquí tienden a pedir una mezcla de luna y pentélico, el mismo blanco y gris que se ve por todas partes, simple rutina para mis chicos y para mí.

—¿Empleas principalmente piezas recicladas?

—¡Es legal! —protestó Gavio, como si Tiberio sugiriera que sus suministros eran robados.

—Lo sé, lo sé. Los recicladores tienen incluso un gremio en Roma. No te estoy criticando, Gavio. Se sobreentiende que cuando una propiedad se ha de

restaurar, el contratista tiene derecho a todos los materiales que extraiga, y se le permite venderlos. ¿Tienes contactos en el negocio de la construcción o en las canteras?

—Conozco a todo el mundo. Así se lleva un negocio.

—¿Cuánto tiempo llevas dedicándote a esto?

—Quince años por lo menos. —Gavio creía que Tiberio se lo había preguntado por pura cortesía, pero para mí era una pregunta útil; indudablemente el suministrador de mármol ya estaba en el negocio en la época de la matanza en la Hespérides—. Es cierto que obtenemos trozos en las canteras, pero sobre todo recojo las piezas adecuadas después de alguna reforma. A menudo adquiero piezas y las guardo para cuando surge algún pedido. Hace poco he comprado bastante material del templo de Vespasiano y Tito que Domiciano ha mandado terminar. Está cerca. Completamente revestido de espléndidos mármoles nuevos... ¿lo habéis visto? El emperador ha sido muy exigente y ha rechazado montones de piezas. El contratista prácticamente me pagó para que me las llevara.

—Y ese nuevo Foro suyo está justo al pie del Argileto. Tiene un buen templo de Minerva.

—Sí, aunque de esa obra saqué poco material. Los contratistas eran viejos amigos, así que me hice cargo de todas las piezas desechadas, pero no había ni para llenar un carro. Siempre hay altibajos. Aún nos estamos beneficiando de aquel gran incendio en época de Tito. Muchos grandes edificios públicos necesitaron restaurarse, así que tuvieron que quitar el material viejo y no todo estaba dañado por el fuego. Por lo general, la gente se alegra de que limpiemos la obra de restos, o al menos que nos llevemos lo que nos interese. No disfruto sacando partido de un desastre, pero en la vida hay que correr riesgos, ¿no? Si sabes adónde acudir, es como una rifa, ¡puede haber suerte!

Tiberio me miró sonriendo levemente, como si yo fuera uno de los riesgos que él había decidido correr.

Aún me encontraba entretenida con la idea de ser el premio de una rifa cuando decidí meter baza en la conversación.

—Me alegro mucho de que te hayamos encontrado. ¡Creíamos que eras

un hombre muerto, Gavio!

—Como podéis ver, no era más que un rumor malintencionado. —El vendedor de mármol tenía sentido del humor; se lo tomaba a guasa. A otras personas les sientan muy mal las noticias falsas sobre su deceso—. ¿Me ponían bien en la necrológica?

—Sí, creo que un poeta palaciego te escribió una oda conmovedora... Yo habría sido más realista. Conocí a tus padres, unas bellísimas personas, pero no mencionaron tu nombre. Ha sido un malentendido, así que te pido disculpas. La anciana abuela que cocina para el Sapo Marrón me sacó de mi error —expliqué. Gavio sonrió. Sabía a quién me refería—. No me digas que es tu abuela, Gavio.

Él guiñó un ojo.

—Mi abuela y la de la mitad del Camino Alto. Es la madre de mi padre.

—No me lo dijo.

—Le gusta tomarle el pelo a la gente. Típico de mi abuela. Me preguntará qué cara has puesto cuando te lo he dicho, luego se meará de la risa... Zámpate su estofado siempre que puedas, pero no te creas una sola palabra de lo que te cuente.

Habría sido muy inconveniente para mí que las historias de la abuela sobre Rufia fueran inventadas. Pero no, no creía que fuera así.

—Bueno, Gavio, supongo que te habrás enterado de que descubrimos unos cadáveres. Al menos no eras tú ni tus hombres los que estaban plantados en el jardín. Se cree que uno de los cuerpos es de la moza de la taberna, pero los otros cinco parecen hombres. Fausto y yo tenemos intención de descubrir quiénes eran y qué les ocurrió. Necesitamos testigos. Te han mencionado varias veces como uno de los clientes que estaba allí aquella noche. ¿Por casualidad no recordarás lo ocurrido?

—Pues sí. —Gavio tenía ahora una expresión más sombría—. Tales empezó a meterse con nosotros de repente, así que dejamos de ir a beber allí.

—Y eso pasó la noche en que desapareció Rufia.

—Otro motivo más para no volver a ir.

—La gente la describe como una persona bastante severa. ¿A ti te caía bien?

—Más o menos. Era una moza de taberna muy competente. Aunque había

otras.

—Si mis fuentes son correctas, Rufia también tenía una amplia influencia en la comunidad, por así decirlo, ¿no? —sugerí. Gavio no parecía entenderme—. ¿Se tomaba un interés maternal por todas las mozas de taberna y las prostitutas profesionales?

Él se encogió de hombros. Los asuntos de mujeres no iban con él.

Yo sabía que Gavio había mantenido relaciones sexuales aquella noche. Nipio y Natal me habían dicho que todos los proveedores de mármol habían subido a las habitaciones. Debía de ser algo habitual. Rufia «se ocupó de ellos», habían dicho, aunque eso podía significar que les había encontrado a una chica libre, no necesariamente que ella misma hubiera estado con ellos.

Me pregunté si sus noches de taberna habrían dado como resultado algunos embarazos de los que Gavio no tenía ni idea. Las mujeres que se acostaban con mercaderes no eran de las que podían dar el nombre del padre de su hijo. De haberse dado el caso, Rufia se habría encargado de solucionarlo; a los mercaderes no les habrían dicho nada. Bueno, a menos que una chica necesitara desesperadamente dinero para cubrir sus gastos y hubiera intentado sacárselo con zalamerías. Pero podía apostar a que, tratándose de clientes habituales, las chicas preferían callar antes que disuadirlos de recurrir a ellas en el futuro.

Sin duda, pagar por los abortos era otro aspecto de la vida tabernaria que Julio Liberal incluiría en los gastos generales.

No pude evitar pensar en Chía. La amenaza del embarazo representaba un problema mucho más grave para ella. Así era la vida de la calle: hombres relajados, mujeres desesperadas.

Formulé a Gavio la pregunta crucial: ¿habían visto sus hombres y él a otro grupo de bebedores, cinco en concreto, en la Hespérides, la noche en que el viejo Tales había buscado pendencia con ellos? Respondió que no, al menos mientras ellos estaban allí; debían de haber llegado más tarde.

Las perras nos hicieron saber que habíamos llegado a su destino. La elevada calzada terminaba bajo un grupo de acueductos. Cuando traspasamos las murallas servianas por la puerta del Viminal, las Tres Gracias se excitaron más que nunca. Se distrajeron saltando para intentar lamer a los soldados que supervisaban con pereza al gentío que pasaba bajo los arcos. Uno de los soldados les dio un bollo de pan, por lo que posiblemente ya se habían encontrado antes. *Aglaya* y *Talía* se sentaron para pedir más, mientras *Eufrósine* devoraba el regalo. Por el modo en que las trataba, rascándoles el pelaje del cuello, el joven soldado sabía de perros. Tal vez en su hogar había dejado animales a los que echaba de menos.

Las Gracias perdieron enseguida el interés, impacientes por seguir adelante. Una vez traspasada la puerta, Gavio se volvió hacia la gran plaza de armas de la Guardia Pretoriana, que se extiende entre la vieja muralla de la ciudad y el intimidatorio campamento militar. Por la tarde, raras veces hacen ejercicio. De todas formas, había pocos efectivos, ya que muchos se hallaban en la provincia de la Panonia con el emperador.

Gavio, Tiberio y yo nos quedamos en una esquina, tomándonos un bienvenido respiro y observando a las perras mientras ellas correteaban eufóricas, jugando alocadamente. De vez en cuando, uno o varios de los animales volvían corriendo hacia nosotros, jadeando sin control, buscando nuestra aprobación o que les tiráramos alguna ramita.

Un informante nunca debe darse por vencido, de modo que seguí

insistiendo sobre el tema de los cinco hombres muertos.

—Gavio, sé que la Hespérides, y seguro que también otras tabernas, son víctimas de extorsión por parte de bandas que supuestamente las «protegen». ¿Tú estabas al corriente de ello? —Él negó con la cabeza, como habría hecho cualquier persona sensata, por desgracia. ¿A quién le gusta que una banda crea que eres un chivato? ¿Quién quiere morir a sus manos, y de una forma muy desagradable?—. Me pregunto si el viejo Tales no decidió que ya estaba harto y se lo hizo pagar.

Tiberio también tenía otras preguntas.

—¿Podría ser que algún otro grupo quisiera introducirse en el negocio de la extorsión? ¿Alguna banda rival? Y quizá Tales se mantuvo fiel a la banda del viejo Rabirio, ya que se conocían, como nos han asegurado.

—Nunca oí hablar de ningún rival —afirmó Gavio—. Pero sí vi a Tales y a Rabirio charlando como grandes amigos. Una vez, estando yo en la taberna, se enzarzaron en un juego de soldados. Es cierto que se conocían de antiguo. Creo que desde niños.

—¿Conoces a Rabirio? —pregunté.

—De vista. Era un pretencioso ridículo. Iba por la taberna muy a menudo, se apoyaba en un bastón para intimidar más mientras inspeccionaba su territorio. Pero sobre todo en el Esquilino, que eran sus verdaderos dominios.

—¿Es un bruto?

—De vez en cuando le cruzaba la cara a algún esclavo o sirviente con el bastón, para que así la gente supiera lo duro que era. Una vez lo vi pateando a una mujer. La tiró al suelo. Pero eso no lo habría ni intentado en la taberna de Tales. Si Rufia lo hubiera visto, le habría cortado los testículos. Hace tiempo que no lo veo por ninguna parte. Como dices, seguramente ya está viejo y otra persona ha ocupado su puesto.

Solté un bufido.

—Me gusta lo que oigo de Rufia. Aplaudo sus métodos... Supongo que, trabajando para tantas tabernas, verías a Rabirio en acción, ¿no? ¿Te hacen confidencias los dueños? ¿O a lo mejor oyes cosas? —Gavio asintió con aire receloso—. Pero ¿en la Hespérides no viste nunca que se produjeran amenazas o se entregara dinero?

—Esos tipos suelen ser discretos —replicó Gavio—. Los ves un momento

detrás del mostrador, hablando con el dueño como si le preguntaran qué tal su hermano o algo por el estilo, luego se estrechan la mano y se marchan sin que te des cuenta siquiera. —Gavio daba evasivas, igual que antes había hecho Liberal. Pero esta descripción se contradecía con su anterior afirmación de que no sabía nada sobre las extorsiones. Decidí no ponerlo en evidencia. Era más importante conseguir que siguiera hablando.

—¡Los apretones de manos son un toque muy civilizado para hombres que viven de la violencia! —comentó Tiberio con tono mordaz—. Tal vez deberíamos preguntar a tus colegas si saben algo más. ¿A los que van a beber contigo, quizás?

—Estoy seguro de que todos dirán lo mismo que yo, legado.

—Por favor, no lo habléis entre vosotros —le rogué—. No les sugieras lo que han de responder. Será mejor que digan la verdad espontáneamente.

Gavio pareció ofendido, pero no discutió.

—Estoy seguro de que Gavio y sus chicos son sinceros, Albia. —Tiberio adoptaba su papel de «hombre justo»; yo sabía que solo era una actuación, parte de su estrategia.

Me quedé callada, evaluando la situación. Diez años atrás, Rabirio había sido el despiadado jefe de una banda, un hombre muy distinto del debilitado espectro que debía de ser en ese momento. En el pasado había sido fuerte y temido, había tenido el poder absoluto, extendiendo sus tentáculos por todas partes. No solo había acudido en persona a inspeccionar sus dominios, haciéndose ver con una sonrisa en la cara, y propinando súbitos e inesperados golpes para reafirmar su mensaje, sino que también habría estado atento a cualquier murmullo subversivo. Los tipos como ese pueden llegar a ser obsesivamente suspicaces. Conservan el poder manteniéndose siempre vigilantes. Si Rabirio hubiera sido de alta cuna, podría haberse convertido en un emperador paranoico.

Gracias a Júpiter, no era el caso. Con un matón en el poder ya teníamos más que suficiente.

A esas alturas parecía inevitable que se produjera un golpe de mano en la banda de Rabirio. Hacía tiempo que no lo veía nadie. Debía de estar muy débil. Un sobrino llamado Roscio empezaba a despuntar en el negocio; el matón de Rabirio, su siniestro compinche Galo, estaba deseando reemplazar

al joven Roscio. ¿Habrían comenzado ya las maquinaciones entre secuaces y familiares en la época del crimen en la Hespérides? ¿O hacía demasiado tiempo de eso?

Cabía también la posibilidad de que alguien fuera de la banda intentara maniobrar contra Rabirio. Algún intruso que quisiera quitárselo de en medio y hubiera descubierto que, diez años atrás, aún era capaz de liquidar a sus rivales. ¿Por qué en la Hespérides? ¿Había convencido Rabirio a Tales, su viejo amigo de la infancia, para que cooperara proporcionándole un lugar discreto, donde su escuadrón de la muerte pudiera tender una emboscada? ¿Habían usado el jardín como cementerio para deshacerse de los cadáveres tras una guerra de bandas?

Tiberio y yo dejamos a Gavio en la animada compañía de sus perras. Primero mi prometido dijo que quería pasar por el cuartel de la Tercera Cohorte, que estaba cerca de la puerta del Viminal. Allí nos fuimos, pero nuestro contacto, Macer, no estaba ese día de servicio. Le dejamos un mensaje pidiéndole que nos presentara un informe sobre la situación de las bandas de extorsionadores que operaban en las tabernas de las Diez Tiendas. Tal vez respondiera, pero aposté con Tiberio a que Macer se acogería convenientemente a la excusa de «no haber recibido el mensaje».

Volvimos caminando por otro sitio, ascendiendo hasta la fortificación, donde el aire era más fresco. Caminando a lo largo de las murallas en dirección a la puerta Esquilina, no dijimos gran cosa, disfrutando en silencio de nuestra mutua compañía. Parecía que había pasado demasiado tiempo desde que habíamos podido hacerlo por última vez.

En otro tiempo la antigua y elevada muralla serviana había marcado los límites de la ciudad. A la sazón Roma se había expandido mucho más allá de las viejas fortificaciones, que no se habían derribado y se habían convertido en una zona de recreo para bucólicos paseos, escapadas amorosas, animadores populares, teatro callejero y titiriteros. Incluso en días laborables por allí arriba había haraganes y conspiradores, además de algún que otro lunático haciendo cabriolas. De vez en cuando, uno de los lunáticos blandía un cuchillo.

En el resto de la ciudad, la expansión había adoptado la forma de bulliciosos distritos residenciales, pero allí, a nuestra izquierda, se extendía

ante nosotros lo que otrora había sido un cementerio para indigentes; tenía tan mala fama que nadie quería vivir allí, de modo que la zona se había transformado en varios amplios jardines. Se rumoreaba que habían tenido que echar por encima siete metros de tierra nueva para cubrir el olor a muerte.

Nombrados según el millonario de turno que los hubiera encargado, aquellos lujosos paseos ajardinados eran de acceso público; bueno, para eso creaban los ricos extravagantes espacios en la ciudad... para asegurarse de ser eternamente conocidos por su buen gusto, su dinero y su magnífica generosidad. La persona moría, pero sus pinos piñoneros permitían que su nombre perdurara. La poda ornamental era un homenaje mejor que una tumba. Lo digo en serio: los jardines se crean en el interior de la ciudad para que todo el mundo se fije en ellos, mientras que las tumbas han de colocarse fuera, a lo largo de las carreteras.

Los jardines del Esquilino eran hermosos, con un diseño de lo más elegante, llenos de árboles y plantas espléndidas, y adornados con estatuas (generalmente robadas a naciones vencidas). Algunos tenían museos con gigantescos huesos prehistóricos o pabellones para las artes escénicas. Sin duda, el fabuloso Estertinio había hecho vibrar las cuerdas de su cítara en perfecto modo hipodórico para un público selecto en el Auditorio de Mecenas. Todos los jardines proporcionaban aire fresco y tranquilidad; eran un bálsamo para un alma cansada.

Por supuesto, también ocultaban a rateros y ramera; eran lugares de sórdidas transacciones. Por lo general, como parte del público, uno intentaba concentrarse en las fantásticas vistas y en la vigorizante atmósfera. Ese día, al contemplar los jardines desde lo alto, me fijé nuevamente en el contraste entre las civilizadas cumbres de Roma y sus sempiternas y sórdidas profundidades. Lo libidinoso y lo grosero atropellaban a lo sublime allá donde miraras. Codo con codo; nariz con nariz. Roma era una ciudad de tremendas contradicciones, que los nativos consideraban normales o incluso aceptaban con fanático orgullo.

Yo tenía una visión más distante, claro está. Cosas de mi reservado carácter del norte. Bueno, no tanto en agosto. En aquel momento, tenía demasiado calor y no estaba de muy buen humor.

Al llegar a la puerta Esquilina descendimos al nivel de la calle. Mientras caminábamos, Tiberio había tenido una idea.

—Un poco más adelante están los barracones de la Segunda Cohorte. ¿Podrás aguantar un poco más y venir a ver si Ticiano está en casa? Sé que quieres descansar.

—Puedo soportar esto y más.

—Estás cansada.

—Soy una informante, aguantaré. Eso sí, detesto tener tratos con ese bufón deprimente. De todos los servidores públicos apáticos y exasperantes que he conocido en la vida, Ticiano se lleva la palma.

—Sí, sabía que sentías predilección por él.

Comprendía por qué Tiberio había sugerido la visita. Ticiano era un investigador de los vigiles que conocíamos y su ronda incluía el corazón del imperio criminal de Rabirio.

No estaba. ¡Gracias de nuevo al panteón entero de los encantadores dioses!

En lugar de perder el tiempo con una visita al cuartel, me fui en busca de un tal Juventus, que en cualquier caso era una apuesta mejor. Yo lo conocía y se lo presenté a Fausto. Se suponía que su nombre era secreto, a fin de mantener su anonimato durante un proyecto especial de control de las bandas locales.

Según Juventus, se suponía que nadie sabía siquiera que él existía, y mucho menos su propósito. Yo estaba al corriente desde hacía años. Mi tío Lucio Petronio había puesto en marcha la operación «Rey de los Bandidos», de modo que mis conocimientos sobre sus objetivos eran más amplios que los del propio Juventus; había oído a Petro divagando sobre el proyecto durante la mayor parte de mi vida adulta. Mi tío no aprobaría que aquel idiota fuera un agente de enlace en su legendario plan.

Juventus estaba sentado en una habitación, solo (a causa de su misión especial), sin hacer nada. Nadie lo supervisaba. Nadie le había explicado debidamente lo que debía conllevar su proyecto.

Empezó diciendo que no podía hablar sobre su trabajo. Eso al menos lo

protegería de poner en entredicho su competencia. Sin embargo, el secretismo del proyecto le hacía sentirse solo. Estaba desesperado por hablar con alguien.

—¡Escupe, Juventus! —le ordené con severidad, viendo que flaqueaba.

A Tiberio no le gustaba meter en líos a los demás.

—Puedes hablar conmigo sin peligro, soy Manlio Fausto, edil plebeyo. Oí hablar de ti a raíz del caso Aviola, de modo que conozco oficialmente tu misión. Yo diría que informar a los ediles es un principio fundamental de la operación «Rey de los Bandidos». Un día tendremos que tomar decisiones basadas en tus informaciones de especialista.

«Especialista» no era un concepto que comprendiera bien Juventus. También recelaba de «principio», aunque lo que sí sabía con seguridad era que palabras como «informar» y «decisiones» estaban destinadas a producirle repelús. Era una norma profundamente arraigada en los catorce cuarteles que los vigiles dedicaran todo su tiempo y su ingenio a esquivar ambas cosas. Desde el día de su ingreso, sus horribles camaradas le enseñaban a extinguir incendios, dar palizas a los ladrones, intimidar al público, detestar a su tribuno, hacer gestos obscenos a espaldas de cualquier idiota pomposo con toga, respetar a las vírgenes vestales, camelarse a las mujeres (las vestales no cuentan como mujeres en ese sentido, pero prácticamente el resto del mundo sí) y evitar siempre informar a sus mandos de cualquier cosa. Las decisiones oficiales solo conducían a más trabajo. Los chicos de los vigiles tenían cosas mejores a que destinar su tiempo, como por ejemplo hacer el vago, ir desaseados y visitar las tabernas.

En su papel de especialista, Juventus visitaba más tabernas que el resto, e iba solo. Podía llamarlo trabajo. Su propósito era averiguar qué tramaban las bandas criminales. Dichas bandas solían operar desde burdeles y tabernas, de modo que Juventus frecuentaba esos sitios diligentemente para echarles un vistazo y aumentar su cuenta de gastos. Se le veía venir de lejos sin problema porque tenía una expresión triste que no encajaba en esos sitios, y siempre llevaba sandalias atadas con cuerda. Él se consideraba a sí mismo un avezado observador, pero lo cierto era que tendría suerte si evitaba contagiarse de una desagradable enfermedad o convertirse en un borracho.

Al menos, si alguien podía haber visto a los matones de Rabirio en acción,

ese era él. Naturalmente, Juventus nos aseguró lo contrario. Había estudiado a fondo la sección del manual de entrenamiento dedicada a la falta de espíritu de servicio.

Sacamos partido de su necesidad de contacto humano. Cuando vimos que temía que volviéramos a dejarlo solo en su habitación, afirmó que cualquier suceso ocurrido diez años atrás era muy anterior al inicio de su trabajo. Fausto fingió tener en tan alta estima los conocimientos de Juventus, que consideraba de alto valor cualquier información que pudiera darle sobre aquellos días lejanos. Mi prometido era todo un adulator.

—Sé con cuánto rigor te tomas tu trabajo. —En realidad, al poco rato de conocerlo, Tiberio ya pensaba que Juventus era un tipo mezquino, que se emborrachaba con facilidad y carecía de habilidades. Los de Rabirio podían dirigir tranquilamente sus negocios ante las narices de semejante zoquete. Era preciso que la iniciativa contra las bandas criminales se llevara mucho más en serio—. Tal vez como parte de tu misión especial, habrás pensado en ahondar un poco en el pasado.

A Juventus le parecía un cambio sorprendente que alguien lo tuviera en alta estima. Hizo un esfuerzo por especular, aunque en realidad era mera fachada. Cualquiera se daría cuenta de que no había investigado nada, pero eso no lo detuvo. Según él, en ese momento las tabernas del Viminal sufrían ahora más control que en otros tiempos. Galo, la mano derecha de Rabirio, se había mudado desde el Esquilino para extender su influencia a la colina contigua. Era tan ambicioso como cruel. Hablando con propiedad, la zona que nos interesaba caía bajo la jurisdicción de la Tercera Cohorte, donde deberían poder proporcionarnos más detalles.

No admitimos que primero habíamos ido a hablar con Macer, de la Tercera Cohorte, pero sí le dijimos que era nuestro contacto con respecto a la matanza de las Hespérides.

Juventus afirmó que había colaborado con Macer, aunque habría que oír lo que opinaba él sobre eso.

Juventus no tenía nada más que decirnos. Lo dejamos para que continuara solo, sin hacer nada. Tiberio trató de convencerme de que quizás a partir de entonces llevaría a cabo investigaciones más útiles.

—¡Tiberio Manlio, qué hombre tan indulgente eres!

—Voy a casarme contigo, Flavia Albia. He de ser optimista.

Antes de regresar al Viminal, cruzamos la vía principal para entrar en los Jardines de Palas. Nuestro paseo por las murallas había avivado nuestro deseo de pasar más tiempo juntos y en paz. Aquellos grandes jardines, encargados por un liberto millonario del emperador Claudio, servirían como homenaje atemporal a un hombre que acabó ejecutado por orden de Nerón. Al final, Nerón eliminó a cuantos pudo, tanto por ser dueños de espléndidas fincas, como por supuesta traición. Cuanto más ricos eran, más podía afanar. Además, Palas había sido el confidente y, según los rumores, amante de Agripina la Menor, la tiránica madre de Nerón. Sí, a ella también la mató. Una familia encantadora.

Palas había sido secretario jefe del Tesoro, un hombre increíblemente rico. Aunque jamás se sugirió siquiera que no fuera honrado, ni hubo malversación aparente, reunió una fortuna lo bastante considerable como para crear un notable espacio ajardinado. Esto lo llevó a la muerte. Pero los magníficos Jardines de Palas seguían rindiendo tributo a la memoria de un burócrata que, de lo contrario, habría caído en el olvido hacía mucho tiempo.

Paseé con Tiberio por la parte de los jardines que daba al oeste. Esta escapada furtiva al atardecer nos ayudó a librarnos de tensiones. Nos sentamos en un banco de piedra bajo una amable sombra, sonriendo levemente, pensando que la vida estaba hecha para momentos así. Tiempo libre, tiempo para hacer lo que se te antojara, o para no hacer nada en absoluto, solo o en buena compañía: de todos los lujos del imperio, quizás este fuera el mayor. Para ser justos con los romanos, sabían valorar su tiempo de ocio.

Me empapé de la luz del atardecer, vaciando mi mente.

Era el momento del día en que el ambiente empezaba a cambiar de forma sutil en las zonas residenciales más pobladas. Todo el mundo despertaba de la siesta. Los baños se preparaban para abrir y el olor a humo aumentaba a medida que se llenaban los hornos de leños. Los soldados cambiaban de turno; pronto los vigiles se reunirían para salir a patrullar. Hombres necesitados de mecenas se encaminaban hacia el Foro en busca de alguien a

quien sacar una invitación a cenar; hombres de posibles se hacían visibles para que los parásitos pudieran congraciarse con ellos, o bien se ocultaban para que no los identificaran. Mujeres que podían permitirse una velada de entretenimiento empezaban a arreglarse, poniéndose en manos de sus peluqueras y manicuras, de las esteticistas con sus tarros y sus frascos de afeites. Los enfermos se encontraban en un punto bajo. Los trabajadores estaban cansados. Los animales ladraban, mugían, rebuznaban pidiendo comida. Sobre nosotros, en el cielo aún azul, los vencejos graznaban al abalanzarse a gran velocidad sobre los insectos. Otros sobrevolaban las fuentes y estanques del jardín.

Tiberio tenía los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás. No estaba dormido, porque me sujetaba la mano y me acariciaba lentamente el dorso con el pulgar. El calor del banco nos calentaba a través de la ropa.

Allí, en la paz de los Jardines de Palas, mi cerebro halló un espacio propio para trabajar. Dos piezas de información encajaron entre sí.

—Tiberio... —Él volvió la cabeza para escuchar—. Morelo creía que uno de los esqueletos era de una mujer que había dado a luz: «pelvis de mujer, en edad fértil, da la impresión de que llegó a parir, pobre arpía infeliz...». Pero otros me han dicho que la moza de taberna desaparecida era ya de edad madura y que nunca había tenido hijos: «Siempre pensé que era una de esas mujeres que no pueden concebir...» Si ambas personas están en lo cierto... —Tiberio abrió los ojos. Había comprendido—, el esqueleto que encontramos en el Jardín de las Hespérides no puede ser de Rufia.

Tiberio tuvo una de sus típicas reacciones. No hizo ningún comentario. Apretó un poco los labios. Observé que asentía levemente. Dos veces.

Algunas personas se habrían puesto a hablar sin ton ni son.

—Ahora tendré que volver al principio para descubrir quién es la chica sin cabeza —me lamenté.

—Lo descubrirás —replicó el hombre discreto.

Al menos no tendría que aguantar charlas interminables durante el desayuno sobre si deberíamos probar a comprar zanahorias de mejor calidad en una verdulería nueva que al final podía resultar decepcionante, o seguir con Lupio *el Judía Verde*, el verdulero al que comprábamos siempre... Tiberio me escucharía, pensaría, asentiría... y dejaría que yo decidiera.

Podía vivir así. Por supuesto, si las zanahorias que hubiera elegido resultaran ser de segunda categoría, no se cortaría en decírmelo. Cuando Tiberio daba una opinión, sabía cómo hacerse escuchar.

—Estoy muy enfadada conmigo misma por haberlo pasado por alto.

—No ha sido culpa tuya, amor mío. Yo tampoco lo vi. —El hombre justo había hablado.

Dejó entonces que meditara sobre el modo de replantearme el caso.

De vuelta en las Diez Tiendas, antes de irse a ver a sus obreros, lo vi llevando a cabo una concienzuda inspección del mármol de los mostradores de las tabernas. Se concentró sobre todo en la Hespérides, naturalmente. Sus dos mostradores estaban revestidos de las piezas blancas y negras que, tal

como sabíamos ahora, Gavio había suministrado. Él mismo iría a inspeccionarlos al día siguiente, para ver las esquinas destrozadas en la incursión de los matones.

Por dentro, los laterales de los mostradores estaban enyesados y pintados luego con una sencilla mano de color rojo oscuro. Solo los vería el personal de la taberna. Por fuera, para atraer al público, Liberal había gastado más dinero, y parte de los acabados eran de mármol policromado que, según me explicó Tiberio, eran cipollino, con vetas verdosas, y numídico, con vistosas franjas amarillas y fondo púrpura.

—¿Raros?

—No, pero hay que saber buscarlos. Una vez encuentras una fuente de suministro, solo hay que pedir el material... eso suponiendo que puedas esperar todo el tiempo que tarde en llegar el transporte.

—¿Y que tengas dinero suficiente?

—Eso también.

—Me pregunto si Liberal tiene más dinero del que pensamos. —No había esperado que la investigación acabara involucrando una herencia, pero en ese punto todo parecía posible.

—Un hombre con una herencia reciente y sin familiares exigiéndole lujos no debería tener problemas para pagar piezas desechadas de mármol cipollino.

—Cierto. Pero... —aún no estaba dispuesta a dejar tranquilo a Liberal—, de todas formas, ¿cuánto habrá heredado?

—¿Podrás descubrirlo?

—A través del impuesto de sucesión.

—Si es que lo ha pagado —replicó Tiberio con tono sombrío, en su papel de magistrado.

Solté una risita.

—¿Y quién no declara menos de lo que tiene, edil? ¿No es la oportunidad de hacer trampas con el impuesto de sucesión una de las cosas que alivia el dolor de los deudos?

Tiberio adoptó una fingida expresión de severidad. Debía de ser muy consciente de que mi padre sufragaba los gastos de nuestra boda gracias precisamente a esa hábil contabilidad.

Tras inspeccionar otras tabernas, Tiberio encontró fragmentos de molduras, e incluso antiguas columnas incorporadas, pero la mayor parte de los mostradores se habían hecho con losas de mármol pulido. Entre los habituales blancos y grises del mármol pentélico y el de luna, encontró también, con evidente sorpresa, mármol de Brescia, alabastro, e incluso un pequeño fragmento de granito negro de Asuán. El Descanso del Soldado, un sórdido agujero que había escapado a nuestra atención hasta entonces, lucía incluso tres bloques reciclados de pórfido que formaban un triple dibujo de diamante en la parte frontal del mostrador. Tiberio opinó que aquellas piezas tan poco habituales debía de haberlas instalado un experto. Pero el Descanso del Soldado era un lugar tan desagradable en todo lo demás, que ni siquiera aquel elegante mostrador había aumentado su público. Incluso el Sapo Marrón (que solo tenía pintado mármol de imitación) podía alardear de tener más clientes, aunque buena parte de ellos tenían gustos peculiares relacionados con travestidos: aquel establecimiento atraía a unos parroquianos atípicos.

Estábamos en la Medusa hablando sobre mármol. Los conocimientos de Tiberio eran amplios, por lo que la conversación se prolongó un rato. No pedimos bebida ni comida; el almuerzo nos había saciado. Aquella clase de charla debía de ser toda una rareza en las tabernas de las Diez Tiendas: un hombre hablando a una mujer sobre una pasión de toda la vida, sin el menor indicio de que la cosa fuera a acabar en sexo. Ella escuchaba, no como preludeo para vaciarle luego la bolsa, sino porque le gustaba oírle hablar.

El personal de la taberna empezaba a ponerse nervioso.

—¡Aquí no tienes normas que comprobar, edil!

Tiberio cortó lo que me estaba diciendo. La interrupción lo irritó.

—¿A cuánto queréis que ascienda la multa? —dijo—. ¿Veo mesas ilegales ocupando la acera? Por no hablar de los riesgos para la salud. ¡Limpiad esta salpicadura de salsa! Debe de llevar semanas pudriéndose aquí, mientras la gente apoya los codos en ella. No serváis a nadie más hasta que este mostrador quede immaculado... ¿Y qué escondes en ese plato caliente que has metido rápidamente detrás del mostrador?

—Garbanzos, de veras.

Tiberio lanzó al tabernero una de sus largas miradas.

—Espero que sea verdad.

A mí el plato me olía a cerdo, la carne que más se comía en Roma, pero el severo Manlio Fausto no pretendía iniciar una guerra para hacer cumplir la ley de servir solo legumbres. Bueno, al menos de momento.

Yo lo conocía muy bien. Pasaría por allí al día siguiente. Si no habían cumplido su orden de limpiar el mostrador, caería sobre la Medusa con todo el peso de los cinco rollos de su libro de edictos. Vender carne en lugar de alubias y garbanzos sería el primer cargo. Cuando las personas hacían un esfuerzo, Manlio Fausto se mostraba indulgente. Si le faltaban al respeto, los aplastaba.

Tomé muy buena nota de su sistema de trabajo. Es fundamental saber cómo reacciona un hombre al que le llevan la contraria antes de casarte con él.

—No es necesario que la tomes conmigo —se quejó el mozo, y empezó a frotar sin ganas el sucio mármol con un paño mojado—. Si querías un plato de olivas gratis, no tenías más que pedirlo. —Hizo una pausa insultantemente larga—. Señor.

Apoyé la espalda en el mostrador, fingiendo un gran interés en un burro que traía las alforjas llenas de legumbres y granos para el Descanso del Soldado. Con el rabillo del ojo observé a mi hombre adoptando su postura oficial.

Fausto se cruzó de brazos mientras seguía con atención los lamentables intentos de limpieza. Bajo su escrutinio, el mozo se arrugó, se fue en busca de un cuchillo, y acabó rascando con la hoja la mancha reseca. Arrastró los restos con cuidado hasta la palma de su mano y luego los arrojó a la calle.

—Así está mejor, ¿no te das cuenta? Ahora limpia el resto con un poco de vinagre, luego podrás volver a servir oficialmente.

Sonreí para mí, tomando más notas mentales. Tendría que asegurarme de que teníamos una esclava muy limpia para la cocina. Las iberas y las panonianas tenían fama de ser las que mejor dejaban la casa.

—Ahora será mejor que revise tu menú diario —dijo Fausto al mozo.

Así, pues, le entregaron un tablón con la lista de platos que ofrecía la Medusa. Conforme con el edicto de Domiciano, supuestamente la lista incluía una sopa gala de alubias blancas, y caldo de cebada de legionario, e

incluso se afirmaba que la ensalada llevaba semillas de lino y de calabaza. Sin embargo, los potes del mostrador donde podían guardarse esas semillas estaban vacíos.

—Este es el tablón que nos enseñas a los ediles cuando venimos de inspección —comentó Manlio Fausto, dejando claro que no se le podía engañar con facilidad—. ¿Qué es lo que servís en realidad?

El mozo se hizo el inocente y tuvo la sensatez de guardar silencio.

—Enviaré a alguien de incógnito para ponerlos a prueba.

—No hay problema, señoría. Somos famosos en todo el Camino Alto por nuestros deliciosos guisos de legumbres.

—¡No exageres! —le recriminó Fausto.

Por los rumores que había oído mientras me movía por aquel barrio, en realidad la Medusa era famosa por ofrecer sexo con animales.

Me vino a la mente una engorrosa pregunta: ¿era cosa corriente? ¿El hueso de perro que se encontró en la Hespérides había pertenecido a algún pobre chucho al que habían obligado a realizar actos de perversión?... «Tranquilízate, Albia. En los jardines se cavan tumbas. Cuando mueren los perros, a menudo los entierran en las casas donde han vivido como cariñosas mascotas.» ¿Y qué mejor lugar para pasar la eternidad un sabueso que en el legendario Jardín de las Hespérides? Una serpiente a la que ladrar y unas aburridas hijas de Zeus para darte palmaditas todo el día. Perfecto.

«No te distraigas, Flavia Albia. No te sientas obligada a investigar sospechosas muertes de perros. Límitate a las preguntas normales.»

—Dime una cosa, muchacho —dije, aunque el tipo no era tan joven. Debía de estar trabajando ya en el período que me interesaba—. ¿Han corrido rumores de otras mujeres desaparecidas por aquí, como Rufia en la Hespérides?

—La verdad es que no —respondió él, después de pensárselo.

—¿No?

—A ver, nunca se ha dicho que el viejo Tales les hubiera aplastado la cabeza.

—¿Algún rumor distinto, entonces? Sobre todo me interesa la época en que se inauguró el nuevo anfiteatro Flavio. Seguro que lo recuerdas, porque se celebraron juegos durante varios días. Las tabernas debieron de sacar

grandes beneficios.

El mozo esbozó una sonrisa que puso al descubierto sus dientes separados y desempolvó sus recuerdos.

—Una vez, una fregona de la Cuatro Lapas se fugó con un marino de una sola pierna. No se la volvió a ver. De todas formas, la mayoría piensa que el barrio mejoró mucho cuando se fue.

Suspiré para mis adentros.

—Eso ha sido muy útil. —Es lo que dicen los investigadores a los testigos decepcionantes. Solo por si eso les lleva a pensar en algo más útil. Raras veces se da el caso.

Me esforcé por no entregarme a especulaciones sobre el muerto número cuatro, cuyo esqueleto habíamos encontrado con una pierna cortada. No se trataba de aquel marino. Nuestro número cuatro había tenido dos piernas, aunque una se hubiera ido por su lado en medio del tumulto y la hubieran arrojado al hoyo con el resto. Ese era el argumento más contundente. La mayoría de marineros con una sola pierna no andan por ahí llevando la pata amputada con ellos.

«No me digas que conociste a uno que sí lo hacía. Debía de ser un chiflado.»

—¿Por casualidad no tendrás edad suficiente como para recordar a un grupo en el que había un hombre con una grave cojera?

—A montones. A cada momento una carreta atropella a alguien, o lo aplasta una rueda de molino.

Le di las gracias de nuevo. Sí, identificar a los cadáveres iba a resultar difícil.

Por no mencionar al perro.

Estuve a punto de no molestarme en preguntar.

—Una cosa más, si no te importa. ¿El viejo Tales tuvo perro alguna vez?

—*Manteca* —respondió el mozo, esta vez sin pararse siquiera a pensar—. Siempre venía por aquí y se agachaba para dejar en nuestra acera su diarrea galopante. Por Hades, hacía años que no pensaba en *Manteca*. Ahora estoy descompuesto... —Se estremeció visiblemente—. El viejo Tales quería con

locura a esa criatura peluda, pero creedme, era horrible.

Intenté ignorar la sonrisa que me dedicaba Tiberio.

—¿*Manteca* murió?

—¡Pues anda que no tendría años si no hubiera muerto! Se tragó el talón de una bota que alguien le lanzó para que jugara. Se atragantó hasta morir. Tales se pasó cuatro días lloriqueando.

Casi no me atrevía a continuar preguntando.

—¿Y no sabrás por casualidad qué hizo con los restos de *Manteca*?

—Oh, todo el mundo lo sabía. Lo proclamó a los cuatro vientos. Los enterró en un gran agujero en el patio. El viejo Tales celebró un funeral en el jardín. Estaba muy borracho. Luego siguió bebiendo sin parar durante una semana. Iba a poner una placa conmemorativa, pero al final no lo hizo. Bueno, le habría costado dinero. No quería lo suficiente al chucho, ni a nadie en realidad, como para abrir el cofre de su dinero. Luego, justo antes de que nos hiciera a todos un favor y se matara bebiendo, recobró la sobriedad y de inmediato se olvidó del pobre y viejo chucho. Perra vida.

—¿Y dirías que eso fue más o menos en la misma época en que desapareció Rufia? ¿En el año del anfiteatro?

—Seguramente. Puede que antes. Pero no mucho.

—¿No estás seguro?

—No. No suelo anotar en mi calendario el día de la muerte de los horribles chuchos de otras personas.

—¡Mis disculpas!

—Aceptadas.

—¿Por qué olvidó el viejo Tales a su adorada mascota? —intervino Tiberio de pronto.

—Se echó una nueva novia. A esa aún la quería más. ¿Y quién no? Nadie se explicaba qué había visto en él. Era muy guapa... ¡Por Hércules, la recuerdo perfectamente! ¿Qué habrá sido de ella?

—¿Cómo se llamaba? —pregunté, ansiosa por identificar a la atractiva criatura.

Como era típico en un hombre, no recordaba a esa beldad tan bien como afirmaba.

—Por Hades, qué sé yo. Ha pasado mucho tiempo. Las mujeres van y

vienen. ¿Cómo esperas que recuerde el nombre de una furcia entre tantas como hay en las calles? ¡Aunque fuera de las más guapas!

Fin de la historia, en lo que a él se refería.

Suspiré y me volví hacia Tiberio. Él notó mi desánimo y me dedicó palabras de aliento.

—Brillante, Flavia Albia. *Manteca*. Ya le has puesto nombre a uno de los cuerpos.

—Por desgracia, amor mío, es del cuerpo que no interesa a nadie. — Maldije mi mala suerte sin aspavientos, al estilo de mi padre—: Esto solo podía pasarme a mí. ¡Encuentro seis cuerpos en la escena de un crimen, pero solo consigo identificar al perro!

—No olvides que también desenterramos un hueso de pollo —me dijo Tiberio sin mover un músculo de la cara, impávido.

—Naturalmente. Querido, ahora mismo estoy trabajando en descubrir de qué pollo pudo tratarse.

—Es bueno tener prioridades —replicó él sonriente. Luego espetó de repente—: ¡Ya solo quedan tres días!

La boda.

¿Adónde podía ir a continuación? Aún quedaba mucho día por delante. Entonces, mientras volvíamos al Jardín de las Hespérides, vimos a los mozos, Nipio y Natal, que se dirigían a cumplir con su turno de trabajo, si no recordaba mal, en la Cuatro Lapas.

Tiberio, que los consideraba un par de libertinos con los que no quería hablar en aquel momento, siguió caminando a grandes zancadas en dirección a la obra. Con un esfuerzo logré saludar a Nipio y Natal con aire risueño, como si acabara de ocurrir alguna cosa hilarante.

—Hola, pareja. ¡Me alegra poder deciros que, tras un valiente trabajo detectivesco, he identificado uno de los cadáveres! —Quizá su expresión fuera recelosa; quizá solo se preguntaban por qué lo encontraba tan divertido—. Voy a poner a prueba vuestra memoria. ¿Alguno de los dos recuerda a *Manteca*?

Qué estupendo sería si el perro, cuya muerte parecía totalmente fortuita, acabara proporcionándome el modo de avanzar en el caso. «¡Buen chico! Cómete un hueso a mi salud en el Hades...»

Los mozos habían ido a los baños o al barbero; andaban por ahí apestando a aceite para el pelo. Ambos llevaban su habitual túnica verde, que seguramente no habían lavado desde que los había visto la última vez. Había olvidado la poquísima confianza que inspiraban. Aun así, yo no quería pan de garbanzos con pescado en escabeche y un vino tinto, solo sus recuerdos.

—¡*Manteca*! —Se miraron mutuamente, luego ambos adoptaron posturas de exagerada sorpresa al unísono—. ¿*Manteca*, dices? —exclamó Natal,

ajustándose el guijarro de su colgante—. Por Júpiter tonante, ¿a qué viene hablar ahora de ese chucho?

—Estoy segura de que algunos de los huesos son de ese perro.

—Perra —me corrigió Nipio, haciendo tintinear sus brazaletes—. Era hembra. De eso hace mucho tiempo. Por Hades, Albia, sí que eres meticulosa. ¿Tienes por costumbre recuperar las mascotas que entierra la gente bajo los rosales?

—Me gustan los perros... Además, me satisface poder etiquetar a cada cual por su nombre. —Quería dar a entender que podría añadir otros en un futuro próximo.

—*Manteca* era un bicho horrible. Provocaba muchos problemas... mordía, se peleaba, siempre estaba en celo. ¿Has intentado alguna vez llevar una taberna donde una perra tiene una larga lista de pretendientes, pero su amo quiere mantenerla pura para poder vender sus innumerables crías como mascotas purasangre? No podíamos ni movernos de tantos chuchos como teníamos que ahuyentar, y luego *Manteca* tenía sus camadas de montones de cachorros. Era repugnante. Todo el mundo la aborrecía, excepto Tales.

—Pero al final os librasteis de ella. ¿No se atragantó con una bota?

—Cierto.

—¿Se la dio alguien para que jugara con ella?

—Rodina. Dioses, era una furcia bobalicona. —Por lo visto Nipio había revelado el nombre antes de tener tiempo de pensárselo.

—La novia de Tales —convine yo con tono casual, sin que siquiera sonara como una pregunta. No me corrigieron, por lo que debía de ser cierto—. Me han hablado de ella. Belleza y cerebro no siempre van de la mano. Era realmente guapa, ¿verdad? ¿Todos los hombres andaban tras ella? ¿Así que Tales no daba crédito a su buena suerte y se lo perdonaba todo?

—¡Oh, no la perdonó por la muerte de *Manteca*! —se mofó Natal—. La pelea por culpa de su preciosa perra fue interminable. Incluso cuando pareció que lo dejaba correr, se notaba que Tales seguía dándole vueltas al asunto.

Yo me había desplazado como si tal cosa hasta colocarme en el hueco entre los mostradores, de modo que los mozos no pudieran marcharse. Una vez retenidos allí, dejé de fingir que me hacía gracia.

—Lo que estáis diciendo no coincide con lo que me han contado. Por ahí

comentan que *Manteca* murió accidentalmente, Tales se quedó desconsolado, estuvo a punto de matarse bebiendo, y solo dejó de lamentarse cuando se echó una nueva novia.

Como era de esperar, los mozos decidieron que era más importante presumir de su propia información que ocultar los hechos.

—¡Pues te han informado mal! —insistió Natal con cierto desdén—. Habrás estado hablando con esos delincuentes inútiles de la Rómulo o del Descanso del Soldado. Nosotros trabajábamos aquí, seguro que sabemos mejor lo que pasó.

—Claro, claro, sin duda. Estoy dispuesta a creer todo lo que me digáis. —No era una promesa que hiciera a menudo a los testigos. De hecho, estaban locos si me habían creído—. Entonces, ¿esa preciosidad llamada Rodina trabajaba de moza en la taberna?

—Oh, sí.

—¿Era la favorita del viejo Tales?

—Pasaba por su cama casi todas las noches, desde mucho antes de que *Manteca* la palmara. Estaba colado por ella. La chica lo tenía engatusado.

—¡La típica historia! —exclamé, asintiendo—. ¿Era joven?

—Joven y descarada. Tales no era su primera conquista. Claro que ella tampoco era la primera para él.

—¿Y luego ella mató a su perra sin querer?

—En realidad no le gustaba la perra —masculló Natal con vehemencia—. A nadie le gustaba. Si pasabas demasiado cerca de ese bicho, te mordía porque sí. Rodina ni se le acercaba. A los clientes que se sentaban o se ponían cerca de *Manteca* no les servía nunca. Teníamos que ocuparnos nosotros. La perra era grande y fuerte; la chica le tenía pavor.

—Bueno, por eso intentó distraerla con la bota —explicó Nipio—. No era su intención matarla, o eso dijo ella después, aunque cuando la perra empezó a atragantarse de mala manera, esa furcia no hizo nada para ayudarla. Desde luego no lamentó su muerte.

—Al menos hasta que Tales se puso como loco.

—Entonces, ¿él sabía que había sido culpa de Rodina? —pregunté.

—Al principio no. Ella tuvo mucho cuidado en no decir nada.

—¿Así que él no le echó la culpa?

—¿No hasta que lo descubrió! —cacareó Natal. Nipio soltó una risita al recordarlo.

—¿Se lo dijo ella?

—Era tonta, pero no tanto. Debió de irse de la lengua alguien de la taberna. No fuimos nosotros —se apresuró a asegurarme Nipio.

—No creo que importe quién fuera... ¿Luego qué? ¿Se puso furioso?

—¿El Etna es un volcán?

Enarqué las cejas.

—¿Estaba lo bastante furioso como para llegar a matarla?

—No. Tales era de los que hablaba mucho, pero lo que es hacer, no hacía gran cosa. Estuvo mucho tiempo enfadado con ella, pero al final pareció que se le pasaba.

—¿Tú no crees que se le pasara de verdad? ¿Qué hizo que se tranquilizara, o que lo pareciera al menos?

—Ella debió de engatusarlo.

—¿Sabéis cómo lo consiguió?

Los dos mozos me miraron con lástima, dándome a entender que cualquiera podía adivinarlo.

29 de agosto

Cuatro días antes de las calendas de septiembre
(a.d. IV Cal. Sept.)

Dos días antes de la boda de
Tiberio Manlio Fausto y Flavia Albia

No tenían nada más que decirme sobre la perra muerta o la moza de taberna perdida, así que los dejé marchar.

Abandoné mi investigación por ese día. Me considero dura, pero no soy tan fuerte como me gustaría; es una reliquia de mis primeros años de vida. El mismo amable y viejo médico que ayudó a mi madre a curarme la sarna me diagnosticó raquitismo. Glauco, del gimnasio al que acude mi padre, me indicó unos ejercicios que he estado haciendo desde la adolescencia, pero siempre tendré los huesos frágiles.

Después del largo paseo ascendiendo el Viminal con las Tres Gracias, incluso a Tiberio le pareció que ya había tenido bastante. Pasamos una tarde tranquila juntos. Teníamos pocos ánimos y no hablamos sobre el caso.

La zona de las Diez Tiendas también parecía tranquila aquella noche. Había poca gente por la calle, como ocurre a veces sin motivo aparente. Justo cuando crees que le has tomado la medida a un lugar, la gente cambia sus costumbres. Quizá por una noche, a veces para siempre. Eso te recuerda que no conviene dar nada por sentado.

Basándome en eso, sería precavida y por el momento evitaría decidir si Tales, que durante tanto tiempo había sido el supuesto asesino de Rufia, la moza de su taberna, había asesinado en realidad a la otra moza, Rodina. Resultaba tentador. Pero ¿por qué en la época del asesinato todo el mundo se había centrado en la mujer equivocada en lugar de en la verdadera víctima?

¿Habían desaparecido dos mozas al mismo tiempo? ¿Era eso posible? La gente sabía que Rufia había desaparecido, pero nadie había comentado nada

de Rodina. ¿A qué venía esa diferencia? Cualquiera de las dos podría haberse ido a trabajar a otro sitio. Una moza de taberna de buen ver siempre encontrará empleo; a una moza que solo tiene experiencia puede que le cueste más, pero acabará consiguiéndolo. Si Tales era tan horrible como parecía, y además estaba furioso con ella, tal vez Rodina se fuera sin decírselo a nadie. Quizás adivinaron el motivo y por eso su desaparición no suscitó comentarios. Pero ¿por qué se iría también la otra, Rufia, la reina de la taberna?

«¡Basta, Albia! Déjalo ya. Despeja la mente.»

Nos retiramos a nuestra habitación más temprano que otras veces. Incluso la cama plagada de bultos nos pareció atrayente.

La esposa romana ideal está siempre dispuesta para su marido, no rehúye el coito. Tal vez yo no fuera la opción más sensata para Tiberio ahora que quería volver a casarse, pero sería una buena esposa para él. Bueno, al menos cuando se celebrara la boda que él quería. Mientras tanto, cuando sus ojos grises se volvían hacia mí con amorosas intenciones, él era el amante que yo deseaba; resultaba fácil estar dispuesta para él.

Dormimos abrazados, aunque esa noche hacía bochorno. Debía de estar preparándose una tormenta de verano, aunque de momento se negaba a estallar. Nos despertamos en una mañana de calor sofocante y pegajoso. Nos levantamos temprano, incómodos ya por la elevada temperatura. Me puse la túnica más ligera de que disponía y las sandalias más sueltas; prescindí de las joyas. Esperaba no tener que andar detrás de nadie. Iba a ser un día duro, de mucho calor.

Comparamos pan, que nos llevamos a la Hespérides para comérselo allí, ya que Tiberio iba a encontrarse con Gavio en la taberna. El vigilante nocturno nos dijo que Gavio se había dejado caer por allí la noche anterior para una inspección preliminar de los mostradores.

—Debería decirte que... se dio prisa en marcharse. Espero no haberlo molestado.

—¿Oh? ¿Qué ocurrió, Trifo?

—Vino con dos perros grandes. Nos pusimos a hablar y entonces le conté

que se había hallado la mascota del viejo tabernero y que por lo visto el animal había muerto atragantado.

Tiberio debía de haber hablado de *Manteca* a los obreros mientras yo departía con los dos mozos. Luego ellos se lo habían contado a Trifo. Nuestros hombres, todos ellos fascinados por el misterio de los esqueletos, nos observaban a Tiberio y a mí intentando resolverlo. Seguramente el capataz aceptaba apuestas sobre nuestro éxito. Jugar por dinero era ilegal, pero eso nunca disuadía a nadie.

—Bueno, ¿y cuál fue el problema, Trifo?

—Creo que el animal muerto. Resulta que la perra que se desenterró era la abuela de las mascotas de ese hombre. No le gustó la historia de la bota, quizá fuera eso. Desde luego, se tomó a mal algo que yo dije. Volverá hoy para dar un precio por los mostradores estropeados. Quizá tú puedas tranquilizarlo —sugirió el vigilante, esperanzado, mirándome.

Así que ese iba a ser mi trabajo. Me casaba con el dueño de la empresa y luego, cada vez que sus obreros molestaran a alguien (por Juno, eran albañiles, ¿cuántas veces iba a ocurrir?), me enviarían a mí de emisaria. Tomé otra nota mental: habría que enseñar a nuestra limpiecísima criada ibera a hacer pastel de mosto con miel, para tener siempre algo que ofrecer como mediadora.

—¿Cómo que se tomó a mal algo que dijiste? ¿Qué es exactamente lo que me espera, Trifo?

—No lo sé. Se puso muy nervioso; dijo que quería hablar contigo. ¡No es culpa mía!

—No, supongo que no. A Gavio le gustan mucho los perros; quizá quiera saber de quién era la bota que mató a *Manteca*... Podría haber venido a buscarme ayer por la tarde si quería hablar conmigo.

—Dijo en tono misterioso que quería pensarse bien las cosas. Cuando se fue de aquí, cruzó al otro lado para ir a beber al Sapo Marrón, pero lo vi marcharse al poco rato.

Trifo se fue enseguida a dormir con aire de culpabilidad. Tiberio me dio las gracias de antemano por mi ayuda con Gavio, parpadeando más que de costumbre.

—¡El toque femenino! —musitó, sutilmente satírico.

Mientras esperábamos al vendedor de mármol, recibimos otra visita sorpresa de las coordinadoras de nuestra boda. No tenían la menor idea de cómo ayudar a la gente ocupada pidiendo una cita previa.

Julia y Favonia llegaron en la silla de manos de nuestra madre, con el amable Katutis caminando con gran fatiga detrás. Ellas saltaron al suelo gritando que tenían algo sumamente urgente que discutir con nosotros en el máximo secreto, me agarraron y me alejaron de Tiberio a toda prisa. Me dijeron que podía invitarles a refrescos mientras hablábamos.

—No tenemos dinero —dijeron. Eso ya me lo imaginaba. Logré que pasaran de largo al llegar al Sapo Marrón para acabar sentándolas delante de la Medusa. Con mucha sensatez, Katutis siguió andando solo hasta la Rómulo.

Las chicas miraron fijamente en dirección al Sapo Marrón. Antistio les había descrito nuestra visita. Lo más probable es que hubiera omitido la parte en la que había intentado comprar un revolcón con la moza de la taberna y se le habían ofrecido delicias macedonias en su lugar.

—¿Cómo es que habéis estado hablando con el cuñado?

—Vinieron a casa anoche. Madre pensó que debía darles de cenar.

Señalé que había tenido la amabilidad de no invitarnos a nosotros.

—No, dijo que Tiberio y tú necesitáis pasar tiempo a solas.

—Madre siempre tiene razón.

—Eso es lo que ella dice.

Pedí cuencos de olivas y lo que pudieran proporcionarnos que se pareciera a un té con menta.

—¿Podrías traernos una cucharadita de miel con el té, si no es mucha molestia, por favor?

—¿Y sería posible que el mío me lo sirvieras en vaso en lugar de taza?

Por los dioses, eran las hijas de un informante que dirigía una casa de subastas, pero no tenían ni idea.

Mientras esperábamos el largo rato que tardaron en preparar aquella extravagante novedad (el cocinero incluso se asomó para echarnos un vistazo con expresión agria), mis hermanas charlaron sobre los méritos artísticos de la cabeza de Gorgona pintada en el cartel de la taberna. A pesar de la supuesta urgencia de su misión, no pararon de hablar de la cabellera de

serpientes de Medusa, lo que les recordó que todas íbamos a tener una peluquera especialmente contratada para emperifollarnos a la moda el día de la boda. Aunque mis hermanas admitían que yo debía tener la prioridad, me rogaron que las dejara a ellas ser las primeras.

—Ya sé que eres la novia, por supuesto, pero no vale la pena que se esfuerce. Cualquier peinado que te haga quedará oculto bajo el velo de color azafrán...

—Oculto y aplastado. Es absolutamente preciso que hagamos algo con madre; no se lo cuida nada y es la matrona de honor. Luego la peluquera podrá arreglarte a ti. Albia, querida, lo entiendes, ¿verdad?

Lo entendía. Mi día en realidad era su día.

—Tiberio pensará que estás preciosa; se sorprenderá tanto de verte aparecer, que le parecerá estar en el Olimpo, sorbiendo ambrosía.

—Tiberio no sorbe. Yo no me casaría con un hombre que no tuviera buenos modales en la mesa. Madre debe de haberos hablado de lo importante que es eso. Lo contrario sería el camino más rápido hacia el divorcio por culpa de un marido irritante... He aceptado celebrar la boda. Tiberio sabe que estaré allí.

Ellas lo dudaban. Mi certeza resultaba ajena a aquellas dos mariposuelas. Querían que todo fuera como la seda, pero les encantaba asustarse ellas solas con un pánico absurdo sobre lo que podía salir mal.

Llegó su refrigerio. Como de costumbre, recibieron exactamente lo que habían pedido, servido sin ningún tipo de comentario. No era de extrañar que no tuviera la menor idea de que eran demasiado exigentes.

—Bueno, a ver, niñas, ¿qué es eso tan urgente?

Por un momento, me miraron sin comprender.

—Oh, por los dioses, Albia, es absolutamente terrible. Hemos olvidado lo más importante, ¡tenemos que irnos de compras ahora mismo!

—No puedo.

—¡Tienes que venir!

—¿Por qué?

—Esto podría haber sido un desastre total. Escucha... ¡Aún tenemos que organizar los regalos entre los novios!

—¿Qué?

—Ya sabes que Tiberio y tú tenéis que intercambiar presentes. Todo el mundo se escandalizará si no lo hacéis. ¿Qué piensas dar a Tiberio?

—El mejor regalo de su vida: yo.

—No bromees. Hemos pensado en algo asombroso que es absolutamente necesario que le des: ¿qué te parece una torques de oro?

Suspiré, pero solo para mis adentros. En los quince años que llevaba viviendo como miembro de la familia Didia, me había acostumbrado a recibir regalos considerados exóticos. Cualquier cosa britana, gala, belga o germana, o de cualquier otro lugar donde aparecieran rostros de ojos saltones en sus expresiones artísticas, se consideraba especialmente apropiada para mí. A veces, yo señalaba que quería olvidar la mística Britania, escenario de mi trágica infancia. Siempre era en vano.

Mis hermanas me miraron fijamente, presas de una nueva incertidumbre. Julia era la más sensible.

—¡Oh, no! ¿Crees que Tiberio no querría llevar una torques?

—Estoy segura de que no. Es muy tradicional.

—Padre tiene una.

Solté un bufido.

—Fue un regalo de un rey loco. ¿Se la pone? No, se la ha colocado alrededor del cuello al busto de Vespasiano que tiene en su estudio. ¿No recordáis el escándalo que se montó porque se dobló el collar al ponérselo al busto?

—¿Pues entonces qué? Hemos tardado una eternidad en dar con esta idea. Parecía perfecta.

—El tiempo empleado en pensar nunca es tiempo desperdiciado, queridas... ¿Sabéis lo que va a obsequiarme Tiberio?

—Dice que es una sorpresa. Estamos seguras de que no ha pensado aún en nada.

—Lo hará. —No quería malgastar energías esperando que fuera unos pendientes; su último presente había sido un banco de piedra. Exactamente lo que yo deseaba en aquel momento, y entonces no éramos amantes siquiera. Aunque era más que evidente que lo seríamos.

—Entonces, ¿qué le regalarás? ¡Albia, Albia, Albia, elige algo!

La idea se presentó por sí sola. Recientemente, estando yo enferma,

cuando él cuidaba de mí, a veces leía, en silencio si yo dormía, o en voz alta para distraerme. Le gustaba Horacio. Recordé que también me leía fragmentos de Juvenal. O del hermano de Cicerón hablando de cómo ganar unas elecciones. Estábamos cerca del Argileto, donde supuestamente abundaban los vendedores de rollos, lo que sería muy cómodo para ir a comprar.

—Le regalaré un libro.

Las chicas se quedaron encantadas.

—¡Oh... poemas de amor! Eres brillante. Qué idea tan buena.

—No. Favonia, cálmate y escúchame bien. La poesía amorosa trata sobre amores no correspondidos, o sobre esposos muertos, o es demasiado pornográfica, de modo que Tiberio no podría enseñar su regalo. Y por lo general constituye una pésima lectura.

—¿Pues entonces qué? —gimieron.

—A él le gusta saberlo todo. Le regalaré la *Historia natural* de Plinio, que afirma contener todos los conocimientos del mundo.

Se produjo una pausa.

—Es un compendio —expliqué.

—Mierda, Albia. ¿Eso no es absolutamente gigantesco?

—No digas palabrotas. Treinta y siete rollos, creo. A él le parecerá muy romántico, os lo prometo. No se lo digáis.

—¡Oh, Albia!

—¡No se lo digas, Julia!

A mis hermanas les horrorizó mi maravillosa idea. Querían discutir conmigo, pero yo las envié de vuelta a casa. Al otro lado de la calle, vi que un hombre había llegado al Jardín de las Hespérides. Por el modo en que medía los mostradores, debía de trabajar con Gavio. Comunicué a mis hermanas que debía irme.

Las conduje de vuelta a la silla de manos, les permití que se inclinaran hacia mí para darme un beso de despedida, y luego intercambié un solemne saludo con Katutis y le pedí que se ocupara en secreto de la compra del compendio. Para entonces, Tiberio y nuestro capataz, Larcio, estaban delante

de la taberna hablando con el recién llegado.

El recién llegado se llamaba Apio. Era otro hombre robusto con ropas polvorientas, uno de los colegas que habían estado presentes la noche en que el viejo Tales se había peleado con Gavio. Me puse en alerta. Eso significaba que Apio conocía a Rufia, que ella le había servido. Apio había estado en la taberna poco antes de que seis personas hallaran su final. Me contuve mientras se desarrollaba la charla profesional sobre mármoles, sin ver el momento en que acabara. Apio podía contarme su versión de lo sucedido aquella noche.

Se suponía que debía encontrarse con Gavio en la taberna esa mañana. Entonces confirmarían qué reparaciones podían llevarse a cabo y calcularían el coste de las mismas. Estrictamente hablando, se trataba de un trabajo aparte que se hacía de forma directa para Liberal, pero Tiberio lo supervisaría como parte de la obra de reforma.

Yo sabía el porqué. A los contratistas no les gusta tener dos cuadrillas de obreros trabajando en su obra, por si se producían conflictos. Me parecía normal. Los informantes opinamos exactamente lo mismo con respecto a que otras personas anden metiendo las narices en nuestro trabajo para aprovecharse de lo que sabemos. Mi pista no es tu pista, chaval. Piérdete y vete a poner la oreja a otra parte.

Gavio había dicho a Apio que se reuniría con él para comer algo antes de ir a la taberna, pero no había dado señales de vida. Apio no hacía más que mascullar que era muy raro.

Al cabo de un rato no pudimos ignorarlo más. Gavio seguía sin aparecer, la sorpresa se convirtió en perplejidad y luego dio paso a la preocupación.

—Esto no es propio de él. Gavio no deja nunca tirado a nadie. Puede darse el caso de que llegue tarde por algo, pero empiezo a pensar que debe de haberle pasado algo...

Al final, sugerí que fuéramos a la callejuela de la Mula Sucia a buscarlo.

Gavio era un hombre simpático, con unos padres honrados. No me habría gustado que sufriera ningún daño. Pero en cuanto llegamos al final del callejón, lo supimos.

Había mujeres en las puertas, junto a un pequeño grupo de hombres horribles, bajos y recios, que empuñaban látigos; debían de ser los arrieros. Un par de niños pequeños con andrajos estaban sentados en la calle de inexistente acera, observando a los adultos. Todo el mundo parecía a la espera. Estaban allí de pie, mirando. Sabían que ocurría algo malo. Nadie tomaba la iniciativa. Me gustaría decir que eso no habría ocurrido jamás en el Aventino, pero en los alrededores de la plaza de la Fuente habría sido peor; la gente se habría encogido de hombros y habría seguido rápidamente su camino.

Sus padres no estaban a la vista, gracias a los dioses.

Nos acercamos a la puerta de Gavio, donde descubrimos lo que había atraído la atención de la gente. En el interior, los dos perros que vivían con él aullaban sin cesar. El doble sonido era tan persistente, tan lastimero, que erizaba el vello.

Llamamos a la puerta, lo que aumentó el frenesí de los aullidos de los perros. Unos pesados golpes intermitentes sugerían que se lanzaban contra la puerta. Entre ladrido y ladrido, empezaron a gemir con desesperación.

Mis dos compañeros decidieron quién debía ir a casa de los padres en busca de una llave de repuesto: yo, claro. Apio debía de conocer a la pareja, pero no se ofreció voluntario. Yo prefería simplemente que derribaran la

puerta, pero me disuadieron. Obedientemente me dirigí a casa de los padres para obtener de algún modo el artilugio sin mencionar por qué creíamos que era necesario.

—*Aglaya* y *Talía* han estado ladrando toda la noche, molestando a los vecinos. Apio teme que Gavio se haya puesto enfermo, de tantos aperitivos de taberna, quizá. Solo queremos entrar para ver por qué ladran los perros...

De hecho, nos lo imaginábamos.

Gavio yacía en el suelo. Sus dos alteradas perras daban vueltas a su alrededor. Cuando entramos, pararon y se abalanzaron sobre nosotros con ladridos frenéticos, chocando la una contra la otra, pero comprobamos con alivio que no se mostraban agresivas. Intentamos calmarlas, llamándolas por su nombre. De inmediato volvieron a aullar y a corretear sin pausa alrededor de su amo.

Gavio debía de haberse pasado toda la noche tirado en el suelo. Vi sangre. No en grandes cantidades, solo en su túnica y alrededor de la cabeza.

Logré agarrar a las perras por el collar y tiré con fuerza para sujetarlas. Me había preguntado si nos atacarían para defender a su amo, aunque ya sabíamos que aquellas grandes bestias eran amistosas; no hicieron ningún intento por detenernos, pero sus patas arañaron con fuerza las tablas del suelo cuando Tiberio se acercó a él. Me costó mantenerlas a raya; tenían una gran fuerza. Apio permaneció a mi lado, horrorizado, sin ayudar.

Tiberio se arrodilló junto a Gavio durante un rato que se me hizo eterno. Palpó su cuello buscando signos vitales, le buscó el pulso en las muñecas, musitó algo inaudible, luego le cerró los ojos respetuosamente. Se irguió.

—¿Qué ha ocurrido?

—Lo han apuñalado en el cuello. —Debía de haber sido rápido o habría habido más sangre. Una hoja fina. ¿Una navaja de bolsillo? ¿Una cuchilla para afilar plumas de junco? Una hoja que se podía llevar encima oculta para esquivar a la ley. No vi indicio alguno de esa arma. Se la habían llevado después de usarla.

—¡Oh, Gavio, Gavio, viejo amigo! —salmodió Apio. Sacudía la cabeza una y otra vez, acongojado por su pérdida; oímos desesperados gemidos de

protesta. Gavio no debería estar muerto. Tiberio lo tranquilizó.

—Apio, quiero que vayas corriendo a por un médico. Solo para asegurarnos, pero pídele que venga deprisa. Dile que lo solicita un edil... y que, por supuesto, pagará la visita.

Solté a las perras, incapaz de sujetarlas por más tiempo. Volvieron corriendo junto a su dueño, pero ahora se limitaron a sentarse a su lado, lloriqueando o husmeando el cadáver de vez en cuando. No se le veía el rostro, que tenía vuelto hacia el otro lado.

Apio se fue. Parecía alegrarse de poder hacer alguna cosa práctica. Tiberio y yo nos quedamos y respiramos lentamente, asimilando la situación.

Gavio vivía en una pequeña habitación alquilada, como tantas otras personas. Tenía solo el mobiliario esencial. Yo había visto lugares más deprimentes, muchos en realidad. El marmolista mantenía su alojamiento bastante limpio. Quizá su madre iba a limpiar; quizás él había sido uno de esos hombres que cuidan bien de su hogar. Vi varios cuencos grandes para dar de comer a las mascotas; sus propios utensilios resultaban escasos en comparación. Oía a perro por todas partes, pero a mí no me resultaba desagradable. Daba la impresión de que oficialmente cada perra tenía una manta en un rincón, pero una o la otra se había encaramado quizás a la cama cada noche para dormir con Gavio. Aunque protestara, debía de haberlo permitido, en realidad incluso le habría alegrado. De todas formas, la mayoría de noches habría estado demasiado bebido.

Sus animales le hacían compañía. Eran sus hijos. Le habría roto el corazón abandonar a sus queridas mascotas de aquella manera. También a ellas se les partiría el corazón cuando comprendieran que habían perdido a su amo y mejor amigo para siempre.

La cama estaba hecha, nadie había dormido en ella la noche anterior. Sobre una mesa había indicios de que solo una persona se había sentado allí con un vaso de vino. No vi restos de comida, pero había poco sitio allí; un hombre soltero comería fuera de casa. Por otra parte, sabíamos que a Gavio le gustaba pasar la velada en tabernas con amigos.

La puerta y la ventana no mostraban daños, de modo que el comerciante en mármoles había dejado entrar a quienquiera que se hubiera presentado allí. Por supuesto, un hombre fuerte con unos perros grandes se habría sentido

seguro en su propia casa. O quizá conocía a sus visitantes, fueran quienes fuesen. Quizás eso facilitaría encontrarlos cuando yo empezara a buscar... ¿Visitantes? Estaba dando por sentado que había más de una persona involucrada.

Debían de haber llamado a la puerta. Gavio les había permitido entrar, o ellos se habían abierto paso, aunque no había signos de pelea. ¿Se había dado cuenta Gavio del motivo de su visita?

No podían haberse quedado mucho tiempo. Sin demorarse ni causar alboroto, lo habían matado de una puñalada. Debían de haber llevado un cuchillo o una daga consigo; luego se lo habían vuelto a llevar. Los perros no los habían disuadido. No habían tenido que hacerles daño. Entonces, ¿conocían a los perros? ¿Los habían reconocido las amistosas Gracias?

Paseé la mirada por la habitación y pensé que, si habían robado algo, no podía ser mucho. Tal vez se habían llevado dinero. Aun así, esa no había sido la razón principal de su visita.

Se habían marchado, dejando a los perros dentro con el cuerpo, y habían cerrado la puerta. Dudaba de que hubieran entrado en ninguna otra casa de la callejuela de la Mula Sucia. Si preguntábamos a los vecinos, todos dirían que no habían oído nada. Al menos hasta la mañana, cuando los desolados aullidos de *Aglaya* y *Talía* le habían proclamado al mundo que, definitivamente, pasaba algo malo.

Apio llegó con un médico. Tiberio se arrodilló con él junto al cadáver para examinarlo y los dos hablaron en voz baja. Mientras tanto, Apio y yo les pusimos las correas a los perros para que no salieran corriendo antes de llevarlos a la casa de los padres. Allí expliqué a la pareja lo más amablemente que pude que Gavio había sido asesinado. Antes de que su dolor se hiciera notar, los padres parecieron más perplejos que otra cosa. Por supuesto, afirmaron que su hijo era el mejor de los hombres; nadie podía guardarle resentimiento alguno y mucho menos desearle algún mal...

Eran frases que yo ya había oído antes en suficientes ocasiones como para tomármelas con reservas. Los padres nunca saben tanto sobre sus hijos como creen. El que supuestamente es el mejor de los hombres puede resultar un depravado sin moral. Y no solo había quien deseara hacer mucho daño a Gavio, sino que, en efecto, se lo habían hecho.

Seguía siendo cierto que era un hijo solícito. Había ido a ver a sus padres la noche anterior como de costumbre. La pareja comentó que lo habían visto un poco distraído. Su madre había pensado que no se cuidaba, pero el padre dijo que ella siempre creía lo mismo; en su opinión Gavio debía de tener asuntos del trabajo en la cabeza.

—¿Estaba preocupado por ello?

—No, el negocio le iba bien. Sencillamente, le daba vueltas a su último proyecto. Le encantaba su trabajo. Siempre se involucraba al máximo en cada nuevo contrato; pensaba en ello día y noche. Nosotros siempre le decíamos que descansara de vez en cuando y se divirtiera, pero su profesión era su

vida. Conocía a todo el mundo y a todos les caía bien. Había levantado la empresa hasta convertirse en el único vendedor de mármol de una amplia zona. ¡Todo para nada! ¿Qué será ahora de su empresa?

Con esto demostraron poco tacto, ya que Apio nos acompañaba. Seguramente él, o alguno de los que aún no habíamos conocido, se haría cargo del negocio.

¿Había sido un problema de rivalidad? Tendría que averiguar si lo que le había sucedido al comerciante de mármoles había sido motivado por alguna rencilla dentro de la cuadrilla. Mientras esperábamos a Gavio en la taberna, Apio ya nos había dicho que él era su mano derecha, pero era un papel en el que parecía a gusto. Había dado a entender que todo iba como la seda. Se llevaban bien. Yo no había tenido la impresión de que Apio estuviera descontento, ni que anhelara una mayor influencia en el negocio. Parecía ser de los que prefieren obedecer por naturaleza. Su reacción al encontrar el cadáver, además, también parecía sincera. O había sufrido un auténtico mazazo o, si lo sabía de antemano, era un buen actor.

De repente los padres pidieron ver el cuerpo de su hijo; yo los disuadí. Para empezar, Tiberio y el médico seguían allí, hablando sin duda sobre la causa de la muerte.

Apio salió en busca de una compasiva vecina para que hiciera compañía a los padres. Ambos empezaban a mostrar mayor fragilidad y confusión. La madre estaba paralizada por el dolor; apenas decía una palabra. El padre necesitaba hablar.

—Siempre es duro. Cuando son pequeños, sabes que debes esperar ciertos riesgos... al crecer, crees que el peligro ya ha pasado. Ningún padre imagina que tendrá que enterrar a un hijo adulto.

La vecina les hizo sentarse y los tapó a los dos con mantas que sacó de alguna parte.

Tiberio vino a buscarme y abandonamos la callejuela. Apio nos llevó al almacén de mármoles, donde conocimos al resto de trabajadores. Eran dos ejemplares más de hombres ásperos y fornidos, habituados a acarrear pesadas losas con cuidado. Hombres callados, con un mordaz sentido del humor.

Hombres corpulentos que revelaban su flaqueza cuando se enfrentaban con problemas. Hombres cuyas mujeres solían ocuparse de resolver las dificultades.

Tiberio les explicó lo que había ocurrido. Yo observé la reacción de los operarios. Primero se quedaron atónitos, abrumados después. A su lado, Apio se dejó llevar y mostró su congoja. Uno de ellos dijo que necesitaban tomar algo, de modo que bien podríamos haber acabado en otra taberna. Pero pudo más la inercia. Se quedaron en el almacén.

Nos sentamos todos sobre pilas de losas de mármol. Fue como una muestra de respeto hacia Gavio, que amaba su oficio y seleccionaba personalmente las piezas sobre las que nos habíamos sentado. Su cuadrilla afirmó que sus conocimientos sobre el material no tenían parangón, que era asombroso lo que disfrutaba con ello. Los tres hablaron de él con discreción, recordándolo sobre todo como un hombre decente como pocos.

Nadie esperaba perderlo tan pronto. Nadie podía imaginar cómo sería ahora la vida cotidiana, sobrellevando el gran vacío de su repentina ausencia. No temían por su sustento. El negocio podía continuar como hasta entonces. Su inquietud se centraba en la pérdida de un miembro tan importante de su círculo. Su jefe desde hacía largo tiempo. Un amigo de toda la vida. Tanto Apio como los otros dos afirmaron que irían a visitar a los padres de Gavio; eran como de la familia.

Temían también por la suerte de las perras. No se podía esperar que la pareja de ancianos se ocupara de las tres. No se tomó ninguna decisión al respecto, pero se notaba que al final aquellos camaradas acabarían dando con una solución. Algo se haría. Uno de ellos, o alguien a quien conocieran, proporcionaría un buen hogar a las Tres Gracias.

Hicieron cábalas sobre el funeral. Querían colocar una lápida conmemorativa. De inmediato se hizo una colecta, mientras estábamos allí con ellos. Incluso el compañero del que los otros se burlaron porque nunca tenía dinero prometió que pediría prestado a su hermano esa misma noche. Era un grupo muy unido. Habían trabajado juntos durante muchos años y también habían compartido su tiempo de ocio. Dos de ellos estaban casados con sendas hermanas. Si había algún festejo, iban al circo en grupo. Lo que Tiberio y yo vimos en el almacén de mármoles era distinto de la comunidad

de empleados de las tabernas, menos cohesionada, más vaga y efímera. Los que trabajaban en las tabernas a menudo se conocían, pero también cambiaban con frecuencia; no les unían vínculos familiares o amistosos como en el caso del grupo de Gavio. Me pregunté si eso tendría importancia.

Abandonamos el almacén de mármoles con Apio; él se dirigía al collegium de recicladores de mármol. Gavio era oficial y el collegium proporcionaba servicios funerarios. Nos acompañó hasta la vía principal. Al detenerse en una fuente para beber, nos miró fijamente. Quería decirnos algo.

—¿Qué te preocupa, Apio? —pregunté con amabilidad.

Durante nuestra charla matutina en la Hespérides, mientras esperábamos al marmolista, Apio nos había dicho que Gavio y él se habían encontrado la noche anterior en una caupona. Apio había creído que se trataba de una cena rutinaria, durante la cual discutirían los planes para inspeccionar una obra. Pero visto lo ocurrido, dijo, le parecía que Gavio se había mostrado más preocupado de lo normal.

Miré a Tiberio. Estaba serio, alterado por el hallazgo del cadáver. Dándole vueltas todavía. Sin que hubiera ningún motivo aparente, de pronto caí en la cuenta de que no había mandado llamar a los vigiles. Como funcionario, esa habría sido normalmente su primera medida.

Me senté en el borde de la fuente y recorrí con los dedos el amplio borde redondeado hasta meterlos en el interior del pilón. Pronto la túnica se me mojó con las salpicaduras del agua en la cálida piedra, pero el día era tan caluroso que se secaría con rapidez en cuanto me alejara. Clavé la vista en la fuente, evitando mirar a Apio a los ojos, mientras le señalaba que todo el mundo querría que yo encontrara al asesino de su colega. Mi primera línea de investigación habría de centrarse en averiguar si Gavio se había peleado con alguien.

Conduje esta conversación sin ayuda. Tiberio se quedó cerca, sumido al parecer en sus propios pensamientos.

Según Apio, sí, se había producido alguna que otra disputa, aunque por lo general ellos se imponían por el simple hecho de vivir en la misma zona donde realizaban su comercio. Gavio había echado a cualquiera que intentara vender piezas de mármol, fuera a los dueños de las tabernas o a cualquier otra persona. Apio me dio bastantes detalles sin hacerse de rogar. Unos cuantos

años antes, habían tenido sus más y sus menos con unos numidios que habían intentado introducirse en el negocio. Los extranjeros debían comprender que podían traer sus materiales a Roma, pero que también se esperaba de ellos que se abstuvieran de intentar la venta directa. Tenían que entregar la mercancía importada a los vendedores locales, a un precio razonable que permitiera a los contratistas sacar su tradicional beneficio.

Dado que yo aún intentaba identificar a los cinco hombres muertos de la Hespérides, me interesó aquella rivalidad. Apio admitió que el enfrentamiento podía haberse dado unos diez años atrás. Pero se trataba tan solo de dos numidios. Y además, Apio los había visto un par de veces desde entonces, en el Emporio.

Así pues, no eran ellos.

Según Gavio, había surgido otro conflicto menor cuando un tal Arcadino había intentado socavar el comercio del mármol auténtico en favor del mármol pintado de imitación, más barato, en el que él era especialista. Arcadino se había empeñado en convencer a los dueños de las tabernas de que la pintura resultaba más elegante, como los falsos vergeles pintados en muros interiores o incluso en jardines al aire libre. Habíamos visto mármol de imitación en el Sapo Marrón, de modo que al menos un propietario se lo había tragado.

—Gavio lo echó. Arcadino guardó sus bonitos potes de pintura y no volvió nunca más.

—Pero ¿trabajaba solo? —pregunté.

—A veces se hacía acompañar por un niño que le mezclaba los colores.

Desde luego, los cuerpos hallados en el Jardín de las Hespérides no eran de un hombre y un niño. Se trataba de otra pista falsa.

—¿Y cómo se encargaba Gavio de esos rivales?

—Los disuadía o les hacía el vacío.

—¿Sin violencia?

—Somos hombres pacíficos. Además, Gavio ofrecía buenos tratos a los clientes, y sabía cómo llegar el primero. Los nuevos nunca se nos adelantaban.

¿Algún otro problema reciente que no hubiera mencionado? No, me aseguró Apio; hacía años que no se enfrentaban a competencia alguna. Gavio

lo tenía todo bien atado.

—Entonces no será eso lo que provocó el ataque —dijo Tiberio con tono sombrío. Me sobresaltó al hablar repentinamente.

—Quería verme hoy —recordé—. Me lo ha dicho Trifo. —Reparé en que Apio escuchaba con atención. Le expliqué que nuestro vigilante había mantenido una extraña conversación con él—. Algo alteró a Gavio. Trifo le contó que una moza de la taberna llamada Rodina había provocado accidentalmente la muerte del perro del viejo Tales. ¿Te suena eso de algo, Apio? Cuando lo viste anoche, ¿te mencionó Gavio la muerte del perro?

Apio respondió despacio, como si reflexionara.

—Dijo que habían desenterrado a *Manteca*.

—Solo unos cuantos huesos. Y seguramente también a la moza de taberna; en su caso, casi todo el esqueleto. —Decidí no mencionar el detalle de la cabeza cortada.

Aun así, Apio palideció. Era bastante remilgado. Me disculpé.

—Lo siento, he sido demasiado truculenta.

Por un momento creí que no íbamos a llegar a ninguna parte, pero de repente Apio admitió que sabía por qué se había alterado Gavio.

—Me lo dijo en confianza.

—Ha muerto, Apio —insistí con delicadeza—. Y quizá nos ayudarías a encontrar al asesino.

Él capituló. La noche anterior, Gavio había admitido algo que, sin que él se diera cuenta, en realidad todos los de su equipo sabían desde el principio: Gavio había estado colado por Rodina. Se habían hecho amigos, aunque oficialmente ella fuera la novia del dueño de la taberna. El marmolista creía que Rodina lo consideraba alguien especial en el que podía confiar a espaldas del viejo Tales.

Recordé que, hablando con Gavio sobre Rufia, él me había dicho: «Tenían a otras.» Ahora que sabía que le gustaba otra de las mozas, recordé haber visto un brillo especial en sus ojos.

—¿Se acostó con ella?

—Pues sí, como todo el mundo.

Eso era trabajo. Por razones evidentes, mientras Rodina se encamara con Tales, cualquier amistad real con otro hombre debía ser mantenida en secreto.

—Y, según vosotros, ¿ella consideraba que Gavio era un amigo especial?

—Nosotros pensábamos que el afecto era solo por parte de él.

—¿Habría acabado mal?

—El pobre se engañaba a sí mismo.

Aun así, Rodina había confiado en él. Gavio sabía que la moza cada vez era más desgraciada con el viejo Tales, explicó Apio, y que hablaba de marcharse. Cuando Rodina dejó de trabajar en la Hespérides, Gavio dio por sentado que había roto con el dueño. Luego, durante diez años, supuso dócilmente que había dejado la taberna y había huido sin decirle nada. Le dolía que no se lo hubiera dicho. Como se suponía que su amistad era un secreto, no tenía a nadie con quien hablar de sus penas. Así aceptó que en realidad Rodina no sentía nada por él, que había sido otro de sus problemas en las Diez Tiendas, alguien de quien tenía que librarse, así que lo había abandonado convenientemente al mismo tiempo que a Tales.

Con certeza, tanto hombres como mujeres se engañan a sí mismos en las relaciones. Cuando una de las dos partes no puede seguir fingiendo, el que se aferra al pasado sufre un desengaño.

—¿Crees que el viejo Tales sabía que Rodina mantenía una relación estrecha con alguien? —pregunté. ¿Podía haber sido la amistad con Gavio la causa de lo que le había sucedido a Rodina?—. ¿Tales era celoso? Siendo el propietario de la taberna, supongo que se consideraba también el dueño del personal. ¿Podría ser esa la verdadera razón por la que se peleó con Gavio y os echó a todos de la Hespérides?

—Sí, eso pensábamos nosotros —contestó Apio—. Nunca le dijimos nada a Gavio. Era un hombre reservado. No le habría gustado hablar de ello, sobre todo porque creía que Rodina también lo había abandonado. Nosotros procuramos cuidar de él, fingiendo no darnos cuenta de nada mientras se recuperaba. Hasta anoche, nadie volvió a mencionarla jamás. Me quedé de piedra cuando ayer Gavio sacó su nombre a colación.

—¿Y qué razón dio Gavio para hablar de ella? ¿Porque se enteró de que Tales le echó la culpa a Rodina de la muerte de su perro?

—Oh, no, eso siempre lo había sabido. No fue por el perro, fue porque el vigilante le dijo que Rodina estaba enterrada en el jardín. Es que hasta entonces todos pensábamos que Tales estaba tan entusiasmado con ella que

no tenía ningún motivo para hacerle daño. A pesar incluso de la muerte del perro —explicó Apio—. Siendo como era él, se entristeció cuando *Manteca* se atragantó y murió. Pero no se lo echó en cara a Rodina. Seguía sintiendo lo mismo por ella, aunque podía entender el enfado de Tales. Pero anoche el vigilante le dijo que Rodina estaba muerta y eso le dio que pensar.

—¡Ah!

—Era muy guapa. —Apio hizo este comentario, luego soltó un silbido y trazó con las manos un voluptuoso perfil—. Ojo, no era una jovencita. Había vivido con otros hombres. Incluso tenía hijos. Y por eso ayer Gavio sintió curiosidad.

—Cuéntame.

Una de las razones por las que el marmolista había creído que Rodina se había ido de las Diez Tiendas por voluntad propia era que tenía dos hijos pequeños. Los estaba criando ella sola; seguramente eran de distintos padres. No era un secreto: Tales lo sabía, Gavio lo sabía, todo el mundo lo sabía. No los tenía en la taberna, sino en una habitación más adecuada en otra parte. Una mujer los cuidaba mientras ella estaba trabajando. Cuando Gavio fue a buscar a Rodina a su alojamiento, la niñera le dijo que los pequeños no estaban. Habían ido a buscarlos de repente y se los habían llevado; la mujer se había llevado una sorpresa y no sabía adónde se habían ido.

Hasta entonces, Gavio siempre había dado por supuesto que la propia Rodina había recogido a sus hijos para escapar en secreto con ellos. Pero cuando Trifo le reveló que el cuerpo de la moza estaba enterrado en la taberna, el marmolista se había dado cuenta de que eso era imposible.

Entonces, ¿quién se había llevado a los niños? ¿Y dónde estaban en ese momento?

Dejamos que Apio se fuera a la asociación de proveedores de mármol.

Caminando junto a Tiberio, yo iba pensando en quién habría matado a Rodina y por qué. ¿Y quién había atacado a Gavio? ¿Había sido la misma persona? En ese caso, el asesino de Rodina no podía haber sido el viejo Tales. Y si Tales había matado a la moza, ¿para qué iba a querer nadie impedir que Gavio me hablara de ello?

No me cabía la menor duda de que el ataque tenía como objetivo silenciarlo para siempre. Eso significaba que, quien lo hubiera matado, conocía su intención de hablar conmigo. ¿Cómo lo había descubierto el asesino, o asesinos? Según Apio, habían estado cenando solos. Pensé en preguntar en el Sapo Marrón, adonde Trifo había visto que se iba Gavio a beber. O se había peleado con quienes se hubieran presentado en su casa, y eso los había llevado a matarlo.

Eso implicaría que llevaban cuchillos consigo habitualmente. En Roma las armas eran ilegales, aunque muchos en el Camino Alto hacían caso omiso, como en cualquier otra parte. Yo misma llevaba un «cuchillo para la fruta». «Por si necesito trocear una manzana, por supuesto, señoría.»

Quise hablar de ello con Tiberio, que caminaba muy callado junto a mí.

—El mayor problema es saber quién se beneficia de la muerte de Gavio...

—¡No, para! —exclamó él. En realidad, casi me lo esperaba. Había notado que estaba extrañamente introspectivo. Avivó el paso, como si hubiera decidido encaminarse a un nuevo destino. Su expresión se hizo más

resuelta.

—¿Qué ocurre, edil?

—Tengo que volver a la callejuela. He prometido que regresaría para hablar con el médico cuando acabara. Luego tendré que dar alguna explicación a los padres...

—¿El médico aún estará allí? ¿Qué me estás ocultando? Has examinado el cadáver... y te ha llevado un buen rato, no creas que no me he dado cuenta. ¿Has encontrado algo? ¿Una pista?

—Más o menos. —Tiberio me tomó de la mano mientras caminábamos, antes de explicarse—: A Gavio le clavaron un cuchillo en el cuello. La sangre debió de brotar de inmediato. Puede que se tambaleara, seguramente cayó al suelo. En ese momento, imagino que los perros se pondrían muy nerviosos. Puede que el atacante considerara prioritario alejarse de los animales antes de que se abalanzaran sobre él. A causa de la sangre, debía de dar la impresión de que Gavio ya estaba muerto.

—¿Pero...? —Adivinaba ya adónde conducirían sus palabras.

—La herida no dio en la arteria, lo que habría supuesto una muerte rápida. El arma no debió de acertar en el punto fatídico... Por eso he enviado a buscar al médico con tanta urgencia. No quería dar falsas esperanzas a los padres; sería una crueldad. Pero el médico va a intentarlo...

—¿Quieres decir que...?

—Tal vez pueda revivirlo, salvarlo. Aún estaba caliente. Me ha parecido notarle el pulso. Cuando lo he examinado, Gavio aún estaba vivo.

Me recogí las faldas para poder seguir el paso de Tiberio y volvimos rápidamente a la callejuela de la Mula Sucia. Al pasar por entre los mirones, adoptamos una expresión solemne, como si tuviéramos que llevar a cabo alguna otra formalidad, y entramos de nuevo en casa de Gavio. En el interior, el médico nos dijo que «el muerto» aún respiraba. Le había vendado la herida. Con las debidas atenciones, el galeno creía que el herido podía salvarse, aunque no era seguro. Le hicimos jurar que guardaría el secreto, le pagamos y lo despedimos.

El plan de Tiberio era decírselo únicamente a los padres. Para empezar, no quería que el asesino volviera a terminar el trabajo. También creía que podía ser útil dejar que el agresor creyera que había tenido éxito.

Mi prometido descubrió que detrás del edificio había un angosto pasaje. Salió por allí él solo mientras yo me quedaba sentada junto al herido. No me atrevía a imaginar como podía ser un pasaje en la parte posterior de la callejuela de la Mula Sucia. En cualquier caso, permitió a Tiberio ir en busca de los padres de Gavio sin que lo vieran. Siguiendo las instrucciones del médico, cuidarían en secreto de su hijo. Eran una familia muy unida y Gavio tenía una gran fortaleza física. Si se recobraba lo bastante para poder hablar, los padres nos enviarían un mensaje.

Dejamos a la anciana pareja al cuidado del herido y nos fuimos; esta vez sí volvimos al Vicus Longus.

La mañana aún no había concluido, pero tras semejante sacudida

emocional, tenía la impresión de que habían transcurrido horas. De mutuo acuerdo, nos encaminamos directamente al Sapo Marrón. Uno de los chicos-chicas estaba fuera con un espejo de mano, aplicándose más lápiz de ojos egipcio. Él-ella me lanzó insinuaciones libidinosas, luego, viendo que no daban resultado, probó con Tiberio... un error aún mayor.

—Calla y enséñame tu certificado de registro, por favor.

—¿Cómo?

—Cuando empezaste a trabajar en esta denigrante profesión deberías haberte inscrito en el registro de prostitutas. Soy un edil plebeyo y acabas de hacerme proposiciones. Nunca follo con ilegales. Quiero examinar tu certificado.

La linda criaturita se puso en pie de golpe y huyó soltando una sarta de improperios.

Miré a mi novio.

—Si hubiera sido legal, ¿habrías considerado la posibilidad de follar?

—Era hablar por hablar.

Dejé al autoritario Manlio Fausto en el banco del exterior, dispuesto a acosar al público en general; ahora que había empezado a adoctrinar, necesitaba desahogarse. Estaba de un humor insoportable por culpa de lo que le había ocurrido a Gavio.

La aletargada moza de la taberna salió a ofrecerle una bebida gratis. Debía de haberse enterado de quién era. Tiberio pidió una jarra de agua. La moza no tenía energías siquiera para escandalizarse.

Entré en la taberna donde, tal como esperaba, la abuela se encontraba preparando el gran caldero de estofado de «cosas».

—¡Llegas demasiado pronto! Tendrás que esperar, muchacha. —Sabiendo que era la abuela de Gavio, el plan secreto de Tiberio me colocaba en una delicada posición. Postergué decirle la verdad.

Me acomodé con cuidado en un taburete para no estorbar. Había estado antes en la cocina de una abuela mientras esta preparaba la comida; numerosos pescozones me habían enseñado a no molestar mientras una atareada mujer trabajaba.

—El edil está fuera —le advertí.

—La chica se ocupará de él.

—No es su tipo.

—Oh, ya me acuerdo. ¡Crees que lo eres tú! Recuerda, si consigues salir adelante con la boda, saldrás adelante en la vida... ¿Cuánto falta para el gran momento?

—Dos días. —Logré decirlo sin estremecerme.

—Pues será mejor que te des prisa —comentó ella con franqueza. Era una auténtica abuela—. Si de verdad pretendes averiguar quiénes son esos viejos huesos.

—No me atosigues, por favor. No estoy perdiendo el tiempo. Lo averiguaré. Y descubriré quién los enterró. Escucha, solo quería decir que es mejor fingir que esos fantásticos callos que estás guisando son una variedad de legumbre, ¿de acuerdo?

La abuela me lanzó una mirada irascible. Conocía las normas; también sabía cómo sortearlas, pero ese día no iba a quedarse callada.

—Veamos. Legumbres... ¿qué podrían ser? ¿Alubias o judías verdes? ¿Qué prefieres? ¿Negras, blancas, verdes, rojas, moteadas o con rayas como el culo de un pato? ¿Te apetecen guisantes, garbanzos, lentejas, mijo, cebada, avena, algarrobas o altramuces? No, no voy a castigar a nadie con altramuces. Eso es comida para burros. ¿Semillas? ¿Frutos secos? ¿Nueces, piñones, almendras...?

—Avellanas. ¡Basta! —exclamé—. Maldita sea, abuela. Me has soltado todo el catálogo de un mayorista.

Ella soltó un bufido. Sentirse ofendida y triunfal a la vez debe de ser una lección que se aprende cuando tienes setenta y cinco años y eres una cascarrabias.

—¿Qué es en realidad?

—¿El qué?

Ya conocía ese juego.

—Ya sabes. ¿Los callos?

—Hígado.

—¡Mmm!

—A todo el mundo le apetece un poco de comida casera. Yo nunca uso recetas. Simplemente le pongo a todo cebollas y un poco de cebada perlada. A veces uso hígado, otras veces riñones. Me gusta hacer pastel de riñones,

pero no empleo todas las vísceras. Las ubres, los callos... ya te los puedes quedar. Y prefiero evitar los sesos. —Tras este discurso, siguió picando chalotas rápidamente. Usaba un cuchillo viejo, pesado, ancho y con mango de madera. Por suerte yo sabía que a Gavio lo habían herido con una hoja fina, de lo contrario me habría preguntado si no habría algún asunto familiar tras el ataque.

—Se me hace la boca agua, pero puedo esperar un poco. El hígado no necesitará más que vuelta y vuelta en la sartén... No puedo seguir llamándote abuela. ¿Cómo te llamas en realidad?

—Todo el mundo me llama abuela. ¿Qué te hace especial a ti, jovencita? —soltó. Yo quería seguir hablando así, sintiéndome nostálgica. Vaya, con esto de la boda, debía de echar de menos a mis abuelas. Tal vez ella percibió mi tristeza, porque se ablandó, como les pasa a las abuelas—. Me llamo Prisca.

—Gracias. Aprecio el honor que me haces.

La miré. Ella dejó de cortar enérgicamente. Nos comprendimos. Ella supo que tenía algo que decirle.

—Prisca, lo siento mucho, pero tengo que darte una mala noticia.

Ella dejó el cuchillo despacio y se limpió las manos en la falda. Eran pequeños preliminares formales para estar decentemente preparada.

—¿Quién ha muerto? —A su edad, la gente solo se ponía solemne para dar un triste mensaje.

—¿Viste a Gavio aquí anoche? —pregunté lentamente, postergando el momento con nerviosismo.

—¿Quién ha ido a por nuestro Gavio? ¿Ha sido él entonces? —Estaba alterada, aunque quizá no del todo sorprendida, pensé—. ¿Qué ha ocurrido?

—¿Lo viste cuando vino por aquí? —insistí. La abuela había visto a Gavio el día anterior, cuando se había enterado de que habían asesinado a Rodina. Tenía que tratarla como a una testigo importante, presionarla para que me contara su historia antes de decirle lo que le había pasado a Gavio.

—Puede que estuviera aquí y que me tomara con él una copita para mi artritis. No hay ningún mal en eso.

—Una copita para calentarse. Te ayuda a dormir a pesar del dolor. En este punto de tu vida, te lo mereces, Prisca. —Me habían instruido debidamente

sobre los derechos de la gente mayor—. Bueno, dime. Cuando vino desde la Hespérides, muy alterado, ¿te dijo algo? ¿A ti, que eres su abuela?

—Por supuesto. Ahora es un hombre hecho y derecho, pero yo le limpiaba su sonrosado culito de niño. No puede ocultarme nada.

—¿La historia de Rodina, la antigua moza de taberna? ¿Esa a la que todos los hombres deseaban?

—Sí. Me habló de eso.

—Cuéntame qué te dijo exactamente, abuela. Es importante. Habló con su amigo, su mano derecha en el negocio, Apio...

—Conozco a Apio. Suéltalo de una vez. ¿Qué le ha ocurrido a mi Gavio? —No había olvidado la amenaza de la mala noticia que debía darle.

—Lo has adivinado, abuela. Siento ser yo la que tenga que comunicártelo.

—Albia, déjate de rodeos.

Obedientemente se lo conté.

—Lo atacaron. Alguien se presentó en su casa anoche. Él les dejó pasar. Lo apuñalaron en el cuello. Lo hemos encontrado en el suelo hace un rato.

—¿Está muerto?

No pude evitarlo. Tenía que aliviar el sufrimiento de Prisca. Si era malo para unos padres sobrevivir a un hijo, ¿cómo había de ser para una abuela? Por como hablaba Prisca, Gavio era su favorito, de modo que le dije que corría un gran peligro y que era preciso que fingiéramos que estaba muerto.

—Tengo que ir a verlo.

—No, abuela. Sus padres cuidarán de él. Es por su seguridad mientras intentamos salvarlo. Tú asegúrate de que todo el mundo vea lo afligida que estás.

Ella guardó silencio, resistiéndose aún, luego me espetó:

—¿Estaban los perros con él?

—Volviéndose locos.

—¿Quién los tiene ahora? A él solo le preocuparían los perros.

—Sus padres se han quedado con los tres, al menos temporalmente. Sospecho que Apio les ayudará a encontrar una solución. Los hombres de su cuadrilla han quedado destrozados... Yo estoy haciendo todo lo posible por descubrir quién lo atacó. Así que, ¿puedes decirme por favor qué te dijo Gavio?

La abuela se dispuso a contarme la historia con la mayor eficacia. Era idéntica a la de Apio, aunque salpicada de comentarios desdeñosos sobre la ingenua predilección de su nieto por Rodina.

—Hacía años que me había olvidado de esa chica, pero cuando mi nieto me habló de ella, la recordé. No me caía bien. Era una fresca, frívola y pechugona. Sé que a él le gustaba de verdad... y desde entonces no se ha interesado por nadie. En mi opinión Gavio escapó de una buena. ¿Quieres que te hable de Rodina? En mi opinión a esa solo le interesaba encontrar a algún hombre que se dejara engatusar para criar a sus hijos. Era de las que..., ya sabes, se quedaba embarazada solo con que un hombre le guiñara un ojo. Claro que eso no era culpa suya. Algunas mujeres no pueden evitar concebir.

—Podría haber evitado a los hombres.

—¡Oh, trabajaba en una taberna, Albia! Imposible mantener las piernas cerradas. Habría perdido su trabajo.

—Al parecer tenía dos hijos pequeños.

—Y más.

—¿Tuvo más?

—Estoy segura.

—¿Entonces, ¿no era joven?

—Empezó joven.

—Como todas. Sé justa... no tienen más remedio, abuela. Tanto si es una triste elección propia como si son esclavas y las obligan. ¿Los otros bebés murieron de manera natural, o se deshizo de ellos? ¿La ayudó Rufia a resolver su problema?

—No lo sé. Yo nunca hice nada parecido, ni tampoco ninguna de mis hijas. Bueno —añadió Prisca, en tono realista—, al menos que yo sepa.

Yo seguía pensando en los hijos de la moza de taberna.

—Si no fue Rodina quien recogió a los dos niños aquella noche, ¿se te ocurre alguien más?

Prisca se encogió de hombros.

—¿Un hombre que quería una familia ya hecha? Debió de ser alguien que sabía que Tales u otra persona habían liquidado a esa Rodina y la habían enterrado. Luego, como vivimos en un mundo cruel, lo más seguro es que pensarán que podían ganar dinero vendiendo a los niños a un mercader de

esclavos. Seguro que eran mocosos horribles y lloricas. —Quería dar a entender que no eran como sus nietos. Seguramente tenía razón, ya que sus descendientes habrían sido niños regordetes y satisfechos que se alimentaban de pasteles de riñones que rezumaban salsa...

—No creo que tuvieran una vida muy feliz —dije—. ¿No eran muy pequeños? Pero lo bastante mayores para dejarlos con una cuidadora. Si aún siguen vivos, ahora deben de ser casi adultos; no recordarán a su madre ni su historia.

—Entonces, ¿no crees que puedas encontrarlos? —Hasta ese momento, ni siquiera se me había ocurrido en buscarlos. Maldición. Como informante, siempre acababan recayendo en mí esta clase de responsabilidades.

—Solo si averiguo quién se los llevó. Hay muy pocas posibilidades.

«Casi no vale la pena molestarse, Albia. ¡Déjalo correr!»

—No era culpa suya la vida en la que nacieron —admitió la abuela—. Si se hubiera sabido, la gente habría intentado hacer algo por esos mocosos, creo yo. Nuestro Gavio era lo bastante bobo como para ocuparse de ellos. Los habría puesto a dormir sobre la manta de los perros. Habría añadido dos cuencos de comida... —Ahora se sorbía los mocos, frotándose los ojos malhumoradamente con el dorso de la muñeca.

—Lo sé. Tu nieto es un buen hombre.

—El mejor. —Empezó a llorar. Por mera cuestión de principios, atribuyó sus lágrimas a las cebollas, pero se me permitió reconocer lo que las causaba realmente.

Tuve que quedarme con ella mientras se lamentaba por el peligro que corría su nieto. No quería aspavientos, así que permanecí sentada en silencio.

Se me ocurrió que nada es tan sencillo como parece. Fácilmente podía tildar las Diez Tiendas y las Gallinas Blancas como sórdidos enclaves de vicio: bebida, prostitución, extorsión y tráfico de esclavos, ajenos a personas respetables como Tiberio y yo. Sin embargo, ambos habíamos hecho cosas sobre las que no hablaríamos nunca en una velada.

Y allí, a pesar de toda la crudeza, aún era posible descubrir burbujas de vida familiar normal. Algunas personas tenían habilidades, desempeñaban

trabajos normales en la comunidad. Al entrar en esa taberna, después de pasar por delante de la criatura de sexo indeterminado con los ojos perfilados de rojo, te encontrabas con una abuela corriente que preparaba un estofado con ingredientes, utensilios y métodos campesinos centenarios. Comida casera, succulenta y gelatinosa, siempre con cebada perlada porque era su manera de cocinar. Ella también veía el vicio, pero de alguna manera lograba mantenerse al margen; en su mundo, había amor familiar e incluso compasión por los huérfanos de mujeres casquivanas. En otro tiempo, yo misma había sido acogida en esa clase de entorno. Podía ser duro. No había lujos. Pero alimentaba la vida y, donde había vida, con el tiempo podían surgir las oportunidades.

Tal vez, pensé, lo ocurrido en el Jardín de las Hespérides no tenía nada que ver con la bebida, la prostitución, la extorsión o el tráfico de esclavos.

Eso sí, en ese caso, se había llevado a cabo y se había ocultado de un modo muy profesional.

Estaba a punto de irme. No podía soportar más la tensión de ver la infelicidad de aquella afectuosa abuela. Quería confiar en ella, pero seguramente no debería haberle contado la verdad; se trataba de que el villano o villanos vieran reaccionar a todo el mundo como si Gavio hubiera muerto de verdad. Aun así, las lágrimas de Prisca eran perfectas. Además, todavía existía el riesgo de que Gavio se nos muriera.

Justo cuando me despedía, la abuela me sorprendió con un comentario.

—Has mencionado a Rufia.

—¿Sí?

—No creo que ella ayudara a Rodina. La odiaba.

Reflexioné un momento.

—¿Qué ocurrió? ¿Estaba celosa porque Tales se metía en la cama con Rodina? ¿Porque ella era más joven, más guapa y pechugona, y tenía más éxito con los hombres?

—No sé si estaba celosa. Pero Rufia siempre había creído que Rodina no traía más que problemas. Hizo todo lo posible por convencer al viejo Tales de que se librara de ella. Una estupidez, en realidad. Ya conoces a los hombres;

con eso solo consiguió que él se fijara en la joven.

—Lo sé. Si quieres que un hombre haga algo, abuela, solo tienes que decirle que no lo haga.

—Yo nunca fui a la Hespérides —afirmó Prisca—. No teníamos mucho dinero, así que siempre cocinaba en casa para todos. Cuando salíamos, solíamos ir al gran termopolio del Clivus Salutis, donde hacen mucho pescado y aceptan grupos familiares. Así que no conozco toda la historia. Pero una oye cosas. Allí se peleaban por algo, eso seguro. Y Rufia siempre tuvo las de ganar.

Entonces cabía preguntarse si la moza de taberna, que según creía todo el mundo había sido asesinada, estaba en realidad detrás de los otros asesinatos.

Cuando salí a la calle, la jarra de agua de Tiberio estaba vacía. Me dirigió una mirada inquisitiva, como si yo hubiera estado ausente mucho rato, aunque me había esperado pacientemente.

Al salir del Sapo Marrón, coincidí con otras personas que se dirigían al interior. Al frente iba Menendra, seguida como siempre por sus dos hombres. Macer debía de haberlos soltado. Supuse que en realidad no habían hecho nada (al menos que él supiera). Trifo no los había identificado y Macer no quería cargar con el papeleo de un arresto.

Ese día los matones llevaban morrales colgados al hombro; Menendra portaba una tablilla y un punzón. Curiosamente parecían un grupo de auditores a punto de llevar a cabo una inspección.

—¡Espera un poco, Menendra! La anciana cocinera acaba de enterarse de que han asesinado a su nieto. Está muy alterada. Dale algo de tiempo para recobrar. —Observándola de cerca, detecté un leve parpadeo en las duras facciones de la mujer—. Gavio —dije en voz baja, haciendo saber a Menendra que estaba vigilando su reacción—. Vive en la misma callejuela que las personas en cuya casa intentaste entrar por la fuerza. ¿Tú no sabrás por casualidad algo de todo eso?

—¿Y por qué habría de saber nada? —respondió, encolerizándose como de costumbre—. Apártate de mi camino, Albia.

Señalé los útiles de escritura sin moverme del sitio.

—¿Realizando una inspección de los fruteros?

Se quedó mirándome. Debía de haber olvidado que las chicas dárdanas

me habían dicho que suministraba productos de la huerta. Todos sabíamos que era mentira. Convencida de que el negocio de Menendra, fuera cual fuese, había sido en otro tiempo el plan de Rufia para enriquecerse, alargué la mano con gesto autoritario, exigiendo ver la tablilla.

Tiberio se levantó del banco para apoyarme.

—Muéstranos tus notas, por favor.

La situación se volvió desagradable. Intenté apoderarme de la tablilla. Menendra se resistió. Agarré el objeto por una punta. Forcejeamos, tirando de los extremos de madera. Yo me mordía el labio; ella me insultaba.

Al mismo tiempo, los dos matones se abalanzaron sobre Tiberio. Le sujetaron los brazos, lo derribaron de espalda sobre la mesa de fuera y empezaron a golpearle la cabeza contra las tablas de madera. Parecían a punto de abrirle el cráneo.

—¡Dejadlo en paz! —grité. Solté la tablilla. Menendra se tambaleó. Tiberio, que era bastante fornido, intentaba defenderse, pero eran dos contra uno y ya había caído. Maldición, no estaba dispuesta a perder a mi novio antes incluso de haber sacrificado la oveja en la boda—. Este hombre es un edil, consagrado a Ceres. Tocarle ofende a la gran diosa. Deteneos, si no queréis que os ahorquen.

Eso era cierto. Los ediles no llevaban guardaespaldas porque su persona era sagrada. También era cierto que Fausto no podría defenderse. Sus atacantes ya no tenían nada que perder.

—¿Y qué vas a hacer? —se mofó Menendra.

—Ordenaré que os arresten. —Había cambiado mi humor. Mi voz era peligrosamente grave. Ella lo percibió e hizo una seña a sus hombres, que soltaron a su víctima a regañadientes. Luego le lancé un grito a Macer, al que acababa de ver acercándose por la calle con un grupo de vigiles, seguramente para venir a vernos.

—¡Justo a tiempo! —exclamó Tiberio, poniéndose en pie mientras los soldados aferraban a sus atacantes.

Me volví hacia Menendra.

—Crees que tienes esta zona bajo control, pero ya lo ves, ¡aún gobierna la

ley!

Tiberio alzó una mano para pedirme que me calmara. Sin que les dijeran nada, Macer y sus hombres registraron a los detenidos. Vaciaron los morrales de los matones y añadieron la tablilla de Menendra a la pila de tablillas volcadas sobre la mesa. Encontraron bolsas que contenían una pequeña cantidad de dinero, luego despojaron a ambos hombres de cuchillos de aspecto mortífero.

Macer estaba contento.

—Mira qué bien. Puedo detenerlos por ir armados.

Las armas eran ilegales. Incluso los guardias pretorianos llevaban togas y fingían ser civiles inofensivos. Los despiadados cabrones disfrutaban de un modo siniestro con esa broma.

Tiberio examinó de cerca los cuchillos.

—No veo sangre, pero esto... —Sostuvo el punzón en equilibrio en la palma de la mano—. Esto pudo ser lo que se usó para apuñalar a Gavio, el vendedor de mármol. Fue con una hoja fina. —Explicó a Macer que Gavio había sido agredido, dando a entender que había sido un ataque mortal.

Macer sabía que su cohorte tenía la misión de mantener vigilada la callejuela de la Mula Sucia después de que alguien hubiera intentado entrar por la fuerza en la casa de los padres. Podría haberse sentido culpable por haber fallado a la familia... pero como oficial de los vigiles no conocía ese sentimiento. Su atareada conciencia soportaba muchos fracasos peores que ese.

No sin cierta pomposidad, Macer anunció que, además de a Menendra, volvería a llevarse a los matones al cuartel, ya que estaban involucrados en un asesinato. Ellos protestaron... pura formalidad. Macer rio y les dijo que, estando él de servicio, todo el mundo era culpable hasta que se demostrara su inocencia. De hecho, tradicionalmente, cualquiera era culpable hasta que se «demostrara» que era culpable.

—Sobre todo si no me gusta el careto.

Aprovechando mi presencia, me pidieron que registrara a Menendra. No descubrí nada, pero eso a Macer le dio igual.

—También para ti tengo una celda —dijo—. Pareces una puta que seguramente es culpable de algo. —La justicia romana. Se remontaba a la

época de Rómulo. A aquellas mujeres sabinas les encantó que las raptaran. ¿De qué se quejaban? Habían conseguido marido, ¿no?

Menendra vestía buenas ropas y era una mujer de mediana edad, no tenía mucha pinta de prostituta, aunque a juzgar por su dura actitud podría haberlo sido en el pasado. Mientras ella se quejaba, examiné las tablillas volcadas sobre la mesa. Pensaba que, si realmente Menendra se había hecho cargo de todas las actividades de Rufia, las tablillas contendrían sórdidos detalles sobre mujeres que se acostaban con clientes en las tabernas, quizás incluso nombres de clientes y cuentas de burdel. Acuerdos con importadores de esclavos y traficantes extranjeros. Notas sobre dónde trabajaba cada patética criatura, qué ingresos se obtenían de la fornicación, horas, porcentajes, listas de precios.

No se trataba de eso exactamente. Sorpresa mayúscula. Había precios, sí, de los siguientes productos: cebada, avena, alforfón, mijo, guisantes, garbanzos, arvejas, infinitas variedades de judías, semillas de lino y sésamo, incluso calabazas. «Frutos secos estacionales, solicitar precios...» Una de las tablillas de notas contenía una lista de casas de comidas. Figuraban cantidades de dinero, a veces con el día de pago marcado.

Asombrada, clavé la vista en Menendra. Ella me dirigió una mirada desafiante.

—O bien «semillas de mostaza» y «judías verdes» son tus códigos secretos para las trabajadoras del sexo, o estos números revelan que tu comercio es mucho más prosaico... ¿comercias con... legumbres?

A ella le hizo gracia mi asombro.

—¡Esa no te la esperabas! Soy la reina de las legumbres y los cereales. Piénsalo bien. —Ahora parecía un avaro contando su oro, babeando sobre cada moneda, dando apelativos cariñosos a sus áureos.⁶ Desde luego, se regodeaba en su poder comercial. Parte de su satisfacción se debía a que nadie, ni siquiera yo (sobre todo yo) se había dado cuenta de que se podía crear un imperio financiero en aquel campo concreto—. ¿Cuántas tabernas y casas de comidas existen en Roma?

—Oh, ya entiendo. Has encontrado un auténtico filón en ese mercado. El comercio legal se basa en tres pilares fundamentales: vino, aceite de oliva y trigo. Pero sale un edicto imperial prohibiendo servir carne, y de repente los

alimentos de la gente corriente se convierten en un producto vital.

—No había suficiente; Rufia supo verlo. Empezó distribuyendo altramuces. Sigue sin haber suficientes productos, o no están disponibles en las cantidades necesarias, ni en las variedades suficientes. Nosotros nos ocupamos de hacer de intermediarios para los dueños de las tabernas. Nos están muy agradecidos. —Menendra me miraba de la forma más desagradable posible—. No es nada ilegal. Ayudo a mantener lleno el estómago de la gente con productos que el emperador acepta. No puedes acusarme de nada.

—Eso es cierto —admití, sin poner en duda su afirmación—. Cada vez que un hambriento trabajador pide un potaje de lentejas antes de ir a trabajar, se puede decir que eres la salvadora de Roma. Sugeriré que te concedan una medalla... aunque puede que tengas que esperar, Menendra, hasta que sepamos si tuviste algo que ver con el apuñalamiento de Gavio.

Los vigiles se llevaron a rastras a Menendra y a sus hombres. Macer se quedó con nosotros. Tiberio y él me miraron con expresión entre atónita y satírica.

—Vaya —comentó Tiberio con tono amablemente burlón—. Primero tienes un jardín lleno de huesos, pero el único cadáver que consigues identificar es el del perro del dueño. —Macer soltó un bufido y Tiberio musitó con cariño—: Y ahora, mi amor, ¡investigas lentejas!

Seguro que no me enfrentaba a una guerra por las legumbres; la idea parecía ridícula. Sin embargo, sonreí levemente y dije que a veces las cosas más nimias pueden despertar una tormenta de pasiones. Macer se lo tomó al pie de la letra, agitó el cuello de su túnica y replicó que ojalá el tiempo cambiara y se desatara una verdadera tormenta que refrescara el ambiente. Aunque enjuto, también él padecía con el calor. Todos sudábamos un poco.

La frágil criatura con la cara pintada se acercaba despacio al Sapo Marrón con intención de volver a ocupar el asiento desde el que ofrecía sus servicios. Para charlar en privado, nos fuimos a la Cuatro Lapas, donde parecía reinar la tranquilidad. Sus mesas también ocupaban la acera sin cumplir la ley. Nos sentamos a una de ellas. Dio igual que no quisiéramos tomar nada, porque en todo el rato que estuvimos allí, nadie salió a servirnos. En un tablón se anunciaba que el plato del día eran gachas de avena; empezaba a fijarme en qué legumbres o cereales se ofrecían. Debido a la presencia de un edil en la zona, de pronto habían surgido por todas partes letreros visibles ofreciendo menús completamente legales. Estaba claro que el negocio de Menendra saldría beneficiado.

El mostrador en forma de L de la Cuatro Lapas tenía tres tonalidades de gris. También en eso había empezado a fijarme. En el cartel exterior solo aparecían tres conchas cónicas, no cuatro, aunque muy bien dibujadas. Vi un cesto para un perro o un gato, pero el animal debía de haberse ido a dar una vuelta. La lista de precios no solo incluía vinos, sino el coste por sesión con Orquiva o Artemisa. La virginidad tenía un plus. Algún bromista lo había

añadido con una tiza distinta.

Macer había acudido en respuesta a nuestra petición de un informe sobre la extorsión en las Diez Tiendas. Solo había tardado un día en responder. Parecía pensar que deberíamos agradecerle la rapidez con que había atendido nuestra solicitud. Señaló que tenía otros deberes que cumplir; por ejemplo, el día anterior había sido el cumpleaños del tribuno, lo que había supuesto un día entero de celebraciones. Su tribuno era un pobre hombre que no tenía familia. No era difícil explicarse por qué. En cualquier caso, los muchachos habían hecho lo posible para compensarlo por ser tan desagradable. Al menos mientras él pagara las copas.

—¿Fuiste tú quien me envió a esa lumbreira llamada Juventus? Balbuceaba no sé qué sobre que era un «enlace» en un «proyecto especial». Un chalado. Menudo payaso.

—Debió de ir por cuenta propia —le aseguró Tiberio con gravedad—. Nosotros jamás te habríamos hecho algo así. —Por lo visto Macer sabía que era culpa nuestra. No obstante, no parecía guardarnos rencor.

A Macer le entró sed al pensar en Juventus. Pasó al interior de la taberna, donde silbó para que lo sirvieran, sin obtener respuesta. El lugar estaba muerto. Resueltamente, Macer se hizo con un vaso, eligió una jarra de vino de un estante, la olisqueó, se sirvió una buena dosis, limpió una gota de la jarra con el dedo y se lo chupó, antes de echar un par de monedas de cobre en un platillo. Cuando volvió a salir, se sentó con nosotros y bebió. Nosotros aguardamos cortésmente.

Su informe sobre las actividades de extorsión fue corto. En ese momento el territorio de las Diez Tiendas se hallaba bajo el control del viejo Rabirio a través de su hombre fuerte, Galo. Su joven sobrino Roscio también tenía el ojo puesto en el barrio, pero por el momento no había tomado ninguna iniciativa. Macer estaba de acuerdo en que Galo intentaría presionar a Liberal, aunque este tuviera la taberna cerrada por reformas. Sin embargo, le parecía improbable que la banda hubiera destrozado la obra. A ellos les interesaban las tabernas en buen estado para ganar más dinero. A los Rabirio les gustaba que se hicieran mejoras. Y aunque Liberal nos dijera lo contrario, seguramente había pagado, o lo haría pronto.

En cuanto al ataque a Gavio, Macer dudaba de que fuera obra de la banda

de Rabirio. No concordaba con sus métodos. Para empezar, el abominable Galo habría matado también a los perros, de eso no cabía duda; además, cuando pretendían silenciar a alguien, nunca dejaban a la víctima con vida. Por si necesitábamos más para convencernos, el método de Galo consistía en apalear a la gente. Quería que el resultado se viera especialmente doloroso para infundir terror a los demás. En cualquier caso, disfrutaba con ello.

Guardamos un sombrío silencio durante un rato.

Pregunté a Macer si sabía algo sobre los mercaderes de legumbres. Respondió que no, aunque le pareció muy interesante. Quizá lo investigara.

Ya sabía yo lo que quería decir con eso.

¡Ja!

—Olvídalo —me dijo Tiberio en tono burlón—. Ya tienes suficiente trabajo intentando identificar al pollo muerto.

Había tenido la amabilidad de esperar a que se fuera Macer antes de empezar a tomarme el pelo. Aun así, consiguió enojarme. Si hubiera existido algún modo para seguir la pista de la difunta ave a la que nadie lloraba, y de quién hubiera sido su dueño, o si hacerlo hubiera servido para algo, habría emprendido la tarea, solo para darle a Tiberio una lección.

A pesar de todo, empecé a pensar en aquel hueso de pollo.

Enseguida le pregunté a Tiberio el nombre de los enterradores que se habían llevado nuestros esqueletos, y allá me fui para echarles otro vistazo. Algunos informantes no se habrían molestado, pero a mí me gusta ser concienzuda (cuando no se me ocurre nada más). Y nada de burlarse. Estaba a punto de demostrar que la diligencia da sus frutos.

Tiberio se dispuso a encaminarse con sus obreros a la vía Loreti Minoris. Parecía divertirse que yo fuera a ver al enterrador.

—¡Tú eres la experta! Creo que la clave para este caso está en si el pollo cloqueaba en el modo dórico o el lidio... —Me alejé, levantando el brazo en ese gesto universal que significa: «¡Métete la vara de un estandarte por donde te quepa, sabelotodo!»

Encontré al enterrador. El negocio decaía a causa del calor. Incluso los afligidos parientes se quedaban en casa, dejando que sus muertos se hincharan y se volvieran azules en los féretros, en el patio interior. Me pregunté si las muertes de la Hespérides habrían ocurrido en época de calor; podría haber sido un motivo más para enterrar a las víctimas rápidamente.

Mi llegada supuso una agradable sorpresa para el enterrador. Bueno, cualquier mujer sola, sobre todo viva, era bien recibida, aunque el tipo no se pasó de la raya. Se lo agradecí mentalmente. Hacía demasiado calor para esquivar las atenciones de un moscón. Aun así, deseé que mi túnica fuera un poco más gruesa y que no se pegara al cuerpo a causa del calor.

Silvino, el enterrador, atendía a las necesidades de los más ricos en el Camino Alto. Así pues, no tenía una clientela muy amplia, dado que la gente allí era de baja extracción, o tan encumbrada que estaba siempre en villas y palacios. Los emperadores de la familia Flavia y los miembros de su familia poseían viviendas privadas en el Viminal, pero solían morir en alguna de sus numerosas fincas campestres, o cuando iban de camino a una de ellas. La diarrea había acabado con algunos de ellos, aunque no con Domiciano, por

desgracia.

A pesar de que su libro de pedidos estaba vacío, Silvino tenía una expresión esperanzada y, dada la naturaleza de su negocio, una actitud incongruentemente positiva. Le expliqué quién era y lo que quería examinar. Él balbuceó que era una suerte que hubiera seguido las órdenes del edil y hubiera guardado los huesos en una caja, cuando podría haberlos esparcido alrededor de la pira funeraria de alguna otra persona. Le respondí fríamente que, en efecto, tenía razón.

Fue en busca de los huesos. Me puse nerviosa al pensar que la pelvis femenina pertenecía casi con toda seguridad a alguien a quien ya podía asignar un nombre. Había visto cadáveres en otras ocasiones, pero esta debía de ser la primera vez que veía huesos desnudos y sabía algo sobre su dueño. Lo comenté y el enterrador asintió. Dijo que la mayoría de cuerpos que recibía eran desconocidos para él, y francamente lo prefería. Cuando moría un amigo suyo, pedía que lo embalsamara algún colega.

Era más refinado que el enterrador al que yo solía recurrir en caso de cadáveres sin identificar. Al contrario que el infame Fundano, nada en Silvino sugería que utilizara a los muertos para secretos placeres sexuales. No por ello era del todo civilizado. «Guardar los esqueletos un tiempo», tal como le había pedido Manlio Fausto, significaba que habían acabado en un irrespetuoso revoltijo dentro de un gran arcón, tan rotos y entremezclados que jamás podrían volver a ser clasificados como correspondía.

—¿Qué harás si se encuentra a algún pariente y quisiera reclamar el cuerpo de su familiar?

—Formular las preguntas pertinentes para lograr una descripción, y usar luego mis habilidades para juntar unos cuantos huesos que parezcan concordar.

—De hecho, nos pareció que todos los hombres tenían una constitución similar. Tal vez trabajaban en la misma profesión o procedían de la misma aldea.

—¿Quieres mi experta opinión? —se ofreció él, y continuó, tanto si yo quería como si no—. El hueso nasal de uno de los hombres ha sobrevivido, lo que no ocurre siempre. Verás... —Revolvió alegremente entre las calaveras, arrojando a un lado las que no tenían nariz—. Debía de tener la nariz

ganchuda; podía ser oriental. Es posible que incluso del norte de África, pero en ese caso, del extremo griego del Mediterráneo.

—¿Te refieres a Egipto? —sugerí.

—Esta nariz quedaría muy propia en la cuenca del Nilo. Pero es solo una suposición. La mitad del Senado republicano tenía una nariz como esta, a juzgar por las estatuas del Foro.

—Causaría un gran revuelo si dijera que se enterró a cinco senadores en el Jardín de las Hespérides. Un cínico podría farfullar que, en ese caso, no era de extrañar que nadie se hubiera dado cuenta de que habían desaparecido en diez años. Pero es poco probable que desaparezcan unos senadores... Se nota que te tomas un interés poco habitual en los rasgos distintivos —dije a Silvino, felicitándolo.

—Es la única forma en la que pueden comunicarse los muertos. «Cuando estaba vivo, este era mi aspecto. Bebe y disfruta de la vida, pues pronto te convertirás en cenizas...»

Silvino era calvo y tenía las orejas grandes. Tal vez le ayudaran a captar el más leve hálito si alguna vez le enviaban un cuerpo por error. Evitaría esa pesadilla de las personas medrosas en la que los entierran o los queman vivos.

—¡Ahora, Flavia Albia, a trabajar! ¿Qué estás buscando?

—Un trozo pequeño y frágil de costilla. Uno de los vigiles nos dijo que era un hueso de pollo.

—¡Ah, eso!

—¿Sabes a lo que me refiero?

—Lo he visto.

—Espero que no lo hayas tirado.

—Oh, no. —¿Adoptó entonces una expresión extraña?—. El de los vigiles se equivocó. —Bueno, así era Morelo—. Desde luego no era de un ave, en mi humilde opinión... que nunca es equivocada. ¿Has venido porque tú también lo sospechabas, Albia?

—No sé qué sospecho —respondí con sinceridad—. Algo me da mala espina. Cuanto más pienso en ello, más me parece que tengo que volver a verlo.

—¡Bueno, eso es comprensible! —comentó él enigmáticamente.

Silvino empezó a escarbar en la colección de huesos, lo que le llevó un buen rato, porque la costilla en cuestión era muy pequeña. Al principio, siguió la conocida costumbre masculina de remover las cosas sin orden ni concierto, olvidando al poco tiempo lo que ya había revisado. Rompió algunos huesos. Al final logré incitarle a ser más metódico. Cuando hubo revisado y apartado un cuarto de los restos aproximadamente, metió la mano y sacó lo que estábamos buscando.

Tuve que esforzarme para no decirle que debería alegrarse de haberlo hecho a mi manera. Me limité a sonreír y a darle las gracias. Mejor favorecer que siguiera siendo simpático. Aún necesitaba su experta opinión.

El fragmento tenía el mismo aspecto de hueso de pollo que la primera vez. Le recordé a Silvino que los esqueletos se habían encontrado en el patio de una taberna, donde debían de haber arrojado restos de comida durante décadas.

—Parece razonable pensar que esto es una reliquia del pollo a la bardana de algún cliente.

—Lo dudo. Un cliente maleducado podría arrojar un hueso pequeño por encima del hombro, pero invariablemente un perro o un gato o alguna alimaña se lo llevarían —objetó Silvino—. ¿Cuántas ratas crees que viven en una taberna corriente?

—¡Demasiadas! Y, desde luego, los huesos estaban enterrados a bastante profundidad. Acepto lo que me dices. Entonces, ¿qué es?

—¿Desenterrasteis otros restos de comida? —Yo ya me había mostrado de acuerdo con él, pero el enterrador insistía en sustentar su opinión, claramente orgulloso de su habilidad—. Las tabernas no pueden permitirse el lujo de arrojar restos de comida en una zona en la que vayan a sentarse los clientes. Los ahuyentarían los malos olores y los animales carroñeros que correrían entre sus pies. No, no, las tabernas y casas de comidas llevan su basura al vertedero que les quede más cerca. Así las ratas corretean al final de la calle o, mejor aún, en la calle de algún otro.

—De acuerdo. Entonces, ¿esto fue un sacrificio apresurado que enterraron con los muertos? —Mientras él me daba una lección, yo sujetaba el diminuto fragmento de hueso en la palma de la mano—. Supongo que ya estoy más o menos preparada para tu veredicto, Silvino —sugerí.

Él aceptó la indirecta.

—Fue un trágico sacrificio. Se entregó un alma a los dioses... Pero fue la de un niño, Flavia Albia. —Me dio la noticia poco a poco, de modo que yo me mentalizara—. En mi opinión, es la costilla de un bebé.

Dejé escapar un suspiro involuntario.

Tras darme la noticia, el enterrador pasó a relatar los detalles más macabros.

—Seguramente aún no había nacido. Quizás estaba en la pelvis de la madre y se separó cuando los obreros excavaban.

—Es cierto que no fueron cuidadosos con el primer cuerpo que hallaron. Quizá revolvieron los huesos de la mujer; faltan bastantes.

Silvino no se desanimó.

—Otra posibilidad es que a veces, en los entierros, los gases del cuerpo expulsan al feto. No me preguntes cómo lo sé —dijo. Y me abstuve muy mucho de inquirir al respecto, así que me lo contó de todas maneras—. Cuando excavas un agujero para una urna funeraria y te encuentras con una tumba antigua, de vez en cuando descubres un feto que ha salido de entre los muslos de una mujer. Después de que la enterraran, quiero decir.

—¿Vivos? —Revisé mi opinión: todos los enterradores son horripilantes—. Me refiero a los fetos.

—¡No por mucho tiempo! —Si vio mi rostro, decidió ignorar mis escrúpulos—. Es casi seguro que el feto estaba muerto cuando enterraron a la madre. Sin embargo, hay quien afirma que la expulsión puede darse incluso cuando se está enterrando el cadáver de una mujer. Es una historia de horror que utilizamos para asustar a los aprendices.

Dado que yo no era su aprendiz, no necesitaba que me asustara. Verifiqué que estaba en lo cierto sobre el hueso.

—Así pues, es de un feto. Cuando nos enteramos de lo que se estaba excavando, se tomaron precauciones. ¿Por qué encontramos solo una costilla?

—¿Qué antigüedad tiene tu enterramiento?

—Diez años.

—¿Sin féretros?

—La tierra desnuda.

—Ahí tienes la respuesta. Se han deshecho con el tiempo. Todos los demás huesos del feto debieron de descomponerse por completo en la tierra.

—¿Incluso el cráneo? —De verdad esperaba que al bebé no lo hubieran decapitado igual que a la madre.

—Recuerda que la cabeza sería blanda y no estaría del todo formada. Sí, pudo deshacerse en la tierra. No sé por qué se habrá conservado esta única costilla. No hay motivo. Simple casualidad.

Noté que la estructura de mi caso cambiaba. Si el esqueleto era de Rodina, en aquel momento había estado embarazada. Por el tamaño de la costilla del feto, Silvino calculaba que ya debía de notársele, o incluso estaba ya en el último trimestre, así que cualquiera que la hubiese visto se habría dado cuenta. Esto podía tener una importancia enorme. Toda clase de dinámicas se habrían alterado a causa de su embarazo. Podía ser algo simple: esa era la razón por la que quería abandonar al viejo Tales o por la que él quería librarse de la moza. O también era posible que hubiese afectado a otras personas.

Varios sospechosos de mi lista de personajes infames podían haberse enfurecido o haberse sentido amenazados por aquel bebé. A veces, las repercusiones dependen de quién sea el padre, aunque tratándose de una moza de taberna, ella no lo sabría. ¿Eso importaba? Cuando una mujer da el nombre del padre, siempre queda la duda, por ridícula que sea la reclamación. La futura madre no puede demostrar quién es el responsable... pero nadie puede probar tampoco que no sea el hombre al que ella señala. Lo que quizás importaba más en este caso era quién había dicho ella que era el padre, y si este lo había aceptado.

Si Rodina era lista, quizás había utilizado el embarazo para sus maquinaciones. El bebé podía haberle parecido una oportunidad de conseguir una vida mejor para ella y su familia. Por lo que me habían contado de la moza, era algo más que factible.

En ese punto me pareció que la investigación tenía dos vertientes, tal vez sin conexión entre sí. Una era el tormentoso triángulo formado por Tales, Rufia y Rodina. Pensé también en Gavio, pero tenía la impresión de que se había mantenido al margen de la tragedia principal.

El otro misterio era el de los cinco hombres que habían muerto. Su identidad seguía tan sumida en la oscuridad como el día que habíamos hallado sus esqueletos. Tal vez procedían de Oriente, pero también podíamos andar errados. No había descubierto ninguna pista sobre ellos ni sabía por qué alguien los había borrado metódicamente de la faz de la tierra.

Esta segunda cuestión tendría que esperar a que encontrara algún indicio. Sobre la primera, poco a poco, a medida que había ido sonsacando a nuevos testigos potenciales, había llegado a identificar a las personas involucradas. Eso me permitía especular sobre los motivos y estos me ayudaban a ver por dónde debía continuar.

Ya sabía lo que quería investigar: la herencia. Al hablar antes de ello con Tiberio, no nos había parecido que fuera necesariamente significativa. ¿Cuánto dinero tenía Liberal, y qué parte del mismo le había legado Tales? Recordaba haber dicho que podía descubrirlo por los impuestos que el nuevo tabernero hubiera pagado sobre la herencia, a lo que Tiberio había respondido soltando una irónica carcajada. Pero había otro modo de comprobarlo de manera más precisa. Nada de impuestos; necesitaba el testamento de Tales.

Podía despedirme ya de Silvino, pero primero formulé una pregunta por si se daba el improbable caso de que pudiera ayudarme.

—¿Dices que te ocupas de la mayoría de funerales de la zona del Camino Alto? ¿Por casualidad no enviarías tú al viejo Tales en compañía de sus dioses? ¿El dueño de la Hespérides?

—Sí, en efecto.

—¡Oh! ¿Recuerdas cuándo fue? El nuevo propietario le dijo a mi compañero que ocurrió hace unos seis meses. Me gustaría tener una fecha más exacta, si es posible. —Decidí explicarle el porqué; Silvino era un colega profesional—. Espero poder dar con su testamento... si depositaron una copia en el registro, como deberían haber hecho. Creo que tuvo que existir testamento, porque le legó la taberna a Julio Liberal.

—Sí. Yo les oí leyéndolo.

—¡Oh, estupendo!

Silvino era un testigo de lo más útil, bien informado y dispuesto a compartir la información; suponía un agradable cambio para variar.

—No se molestaron en esperar los nueve días de luto formal —explicó.

—Liberal estaba impaciente por confirmar que la taberna era suya. Me dijo que él era el único heredero obvio. Eso explicaría las prisas.

—Si estaba tan seguro de que la heredaría él, ¿a qué venía tanta impaciencia? —argumentó Silvino—. Daba la impresión de que temía que aparecieran otros aspirantes.

—¿Se presentaron en el funeral?

—No. Cuando se designó a Liberal como albacea y único heredero, no quedaba nadie más que él.

—Parece una persona nerviosa por naturaleza. Llevaba mucho tiempo esperando la taberna, así que quizá solo necesitaba la garantía formal... ¿Te invitaron a la lectura del testamento?

Silvino sonrió.

—No me invitaron exactamente. Después de incinerar a Tales, celebraron una pequeña reunión en la taberna. Me temo que soy un poco entrometido y me las arreglé para acompañarlos.

—¡Tienes mucha práctica! —Le devolví la sonrisa.

—Por supuesto. Supervisar una pira da mucha sed. En mi opinión, la gente quiere mostrarse agradecida si te ocupas adecuadamente de sus seres queridos. Incluso cuando se olvidan de invitarme, doy por sentado que

pretendían hacerlo.

—Podrías ahorrarme mucho tiempo y un largo trayecto hasta el Atrio de la Libertad. —Se supone que las copias de los testamentos ejecutados deben guardarse en los archivos, por si se pierde el original. Pero también pueden depositarse en algún lugar adecuado, como por ejemplo los templos. No era la primera vez que me encontraba en un aprieto por no saber dónde buscar. A veces, prefiero no preguntárselo a las partes involucradas.

—¡Puedo decírtelo todo! —alardeó Silvino, y me pareció que quizá se estaba preguntando cuánto valdría la información para mí. Nos llevábamos tan bien... ¿por qué estropearlo? No me apetecía lo más mínimo descubrir que tenía intención de cobrar, no precisamente en dinero, sino en especies.

—¡Suéltalo entonces! —le insté, fingiendo ser presa del entusiasmo, al tiempo que dejaba a un lado cualquier otra idea suya—. ¡Oh, esto es fantástico, Silvino! —exclamé, imitando el tono de Julia y Favonia—. Liberal recibió la taberna. Necesito averiguar si heredó más cosas. No sé si él disponía de dinero, para empezar, o si el propio Tales estaba en buena situación, ya puestos.

Vi a Silvino dejándose llevar por el puro gozo de compartir lo que sabía.

—Julio Liberal heredó lo suficiente para pagar un magnífico funeral e innumerables fuentes de hojas de parra rellenas para una amplia representación del barrio.

—¿Tales era muy popular? ¿Hubo muchos asistentes a su sepelio?

—Lo era y los hubo.

—Bueno, supongo que cuando muere el propietario de una taberna, incluso los que no son clientes habituales sienten de pronto un gran afecto por él y quieren brindar en su recuerdo con un vaso de vino gratuito... ¿Era tu primera visita a la taberna? ¿Vas allí normalmente a beber?

—No. Una gran parte de mi trabajo se desarrolla de noche —explicó, y no me sorprendió: los funerales deben hacerse una vez que ha anochecido—. Para cuando volvemos de la necrópolis, después de guardar el equipo y cerrar, lo único que me apetece es irme a dormir. Pero esa vez sí que fui, y me quedé asombrado. Tales tenía una buena taberna. No es de extrañar que Liberal estuviera tan impaciente por recibirla.

—¿De qué murió Tales? —le espeté de repente. Hasta entonces, en el

curso de mi investigación nadie lo había mencionado, pero el enterrador tenía que saberlo.

Silvino disfrutó contándomelo.

—De viejo, de beber y comer demasiado, de llevar una mala vida. Vino, mujeres y música, o como lo definimos en nuestro negocio, de causas naturales.

—¿Había llegado su hora? —Me alegraba de oír que al menos una persona en las Diez Tiendas había logrado pasar a la otra vida en circunstancias que no eran sospechosas—. Y dime, Silvino, aparte de la taberna y del coste de un buen funeral, ¿dejó mucho dinero? ¿Era muy rico?

Una vez más, mi confidente se deleitó con sus revelaciones.

—¿Quieres decir, Flavia Albia, además de la propiedad y los beneficios de la taberna, y lo que ganaba con el juego?

—¿Juego? —Ese aspecto de su carácter era una novedad—. ¿El viejo Tales era jugador? ¿Tenía suerte con sus apuestas?

Silvino negó con la cabeza; no le había comprendido bien.

—Supongo que debía de apostar alguna que otra vez. Pero no me refiero a eso. Por supuesto, todo se llevaba con gran discreción, pero el Jardín de las Hespérides siempre ha tenido la fama secreta, o al menos eso me han contado, de ser un local donde se hacían apuestas ilegales. Había quien recorría largas distancias para ir a apostar en noches especiales. Un grupo cerrado de clientes habituales. Supongo que Tales lo permitía, siempre que él se llevara su tajada.

Parpadeé.

—Déjame adivinar. La venta legal de comida y bebida se realizaba abiertamente en los mostradores; la fornicación se daba en las habitaciones de arriba, y mientras tanto, ¿se colocaban los tableros de juego y se jugaba en privado en el patio trasero? —Silvino pretendía hacerme creer que un hombre como él, que prefería irse pronto a casa por las noches, no podía saber tales cosas—. Con una cortina en el corredor, el jardín no se veía desde la calle —proseguí—. Así tendrían tiempo para echar cualquier prueba en un cubo si alguien avisara con un silbido que se acercaban los agentes de la ley. Los vigiles entrarían y se los encontrarían a todos comiendo olivas delicadamente.

—Eso suponiendo que los agentes de la ley no participaran también en las

apuestas, como todos los demás, Flavia Albia.

—Eso les encanta, por supuesto. —Por eso nunca llegan casos de ese tipo a los tribunales. Incluso hay tableros de juego grabados en los escalones de la basílica Julia. Con frecuencia son los propios abogados los que juegan, ante la mirada de viejos jueces decrepitos.

Recordé el año en que se inauguró el anfiteatro Flavio y los largos festejos que se celebraron en la ciudad: un centenar de días de juegos. La ocasión fue también una magnífica excusa para convertir toda Roma en una gigantesca casa de apuestas durante ese tiempo. Tales debía de haber obtenido pingües beneficios. Si había un año en que podía haber ganado tanto como para provocar envidias, era ese. Solo me extrañaba que el viejo Tales hubiera sobrevivido en lugar de acabar enterrado junto a la tapia de su jardín.

Eso explicaba por qué Liberal estaba tan impaciente; sin duda temía perder una fortuna. Posiblemente incluso Rufia había exigido una porción del pastel a cambio de dirigir el negocio. Después había aparecido la fecunda Rodina. El dinero explicaba por qué una moza de taberna a la que todos deseaban había intimidado precisamente con Tales. Tal vez Liberal se hubiera dado cuenta de que él mismo parecía tan desesperado que Tales podía cambiar de opinión con facilidad sobre quién heredaría la taberna, si lo presionaban.

Al final había ganado Liberal, pero estaba convencida de que diez años atrás había estado a punto de perder la propiedad. Era hora de investigar a Liberal muy a fondo.

Esta nueva información sugería motivos por los que Rufia, que controlaba la taberna desde hacía tiempo, quizá también albergaba cierto resentimiento: Tales se aprovechaba de su eficaz trabajo, pero prefería acostarse con una moza más joven y guapa. No era de extrañar que Rufia detestara a la forastera. Si creía que la pechugona Rodina iba detrás del dinero de Tales, pensaría en impedirselo, y tal vez habría tanteado incluso a Liberal para que se aliara con ella. Mientras tanto, si Rodina estaba embarazada y afirmaba que Tales era el responsable, su reclamación, por ridícula que fuera, podía haber reforzado su posición. Tal vez Tales era uno de esos idiotas que, en la edad madura, son capaces de aceptar cualquier historia improbable con tal de tener un heredero propio.

Por otro lado, también cabía que Tales se hubiera tomado a mal el intento de manipulación de Rodina. Había sido un soltero recalcitrante durante años. ¿Por qué iba a ceder de repente? En lugar de recibir de buen grado al bebé que estaba en camino, quizás él había decidido deshacerse de aquel estorbo. ¿Se habría confabulado con Rufia?

En cualquier caso, Rodina estaba embarazada. Le había dicho a Gavio que quería marcharse, pero el comerciante de mármoles era su único confidente; los demás creían que se verían obligados a cargar con ella. Tanto Rufia como Julio Liberal tenían buenos motivos para librarse de Rodina para siempre. Puede que incluso Tales empezara a cansarse de ella. Desde luego, no había sido un hombre que deseara tener tres niños pequeños correteando por su taberna. Era preciso encargarse de Rodina, y antes de que diera a luz.

Bien, y los cinco hombres que habían muerto, ¿no serían de una banda criminal dedicada al juego? ¿O acaso Rodina tenía cinco robustos hermanos que habían ido a la taberna para defender sus intereses? ¿Cinco protectores en potencia, de anticuada nariz ganchuda, posiblemente de una de las provincias orientales? Cinco hermanos bastante estúpidos, que se habían dejado subyugar.

¿O acaso esos cinco hombres habían muerto por un motivo del todo distinto, y su asesinato había permitido de modo oportuno a Tales y a Rufia deshacerse de Rodina al mismo tiempo?

Cada vez tenía más claro que tanto Rufia como Liberal debían estar al corriente del plan para atacar a los cinco hombres, y que habían estado estrechamente involucrados en él. Rufia había desaparecido la misma noche, pero Julio Liberal estaba vivito y coleando, y se alojaba a la vuelta de la esquina de la que ahora era su taberna.

Decidí abordar el asunto de inmediato. No tenía tiempo para discutirlo con Tiberio; estaba muy nerviosa y ansiaba actuar. No iría a encontrarme con él, obraría de inmediato, yo sola y por mi cuenta. ¿Por qué esperar?

Existían varias razones, por supuesto. Una de ellas, y no de poca monta, era el ataque contra Gavio. Quienes tuviesen tanto interés en hacerle callar quizá me atacaran a mí también. Era de suponer que habrían tomado parte en el asesinato de las seis víctimas diez años atrás. Aunque tal vez no hubieran sobrevivido todos a la década subsiguiente, cualquiera de ellos sería peligroso. Si Liberal era uno de ellos, tendría que interrogarlo con mucha cautela.

En otro tiempo habría sido la voz de mi padre la que habría sonado en mi mente, atosigándome para que fuera más prudente; ahora mi marido se hacía cargo de los consejos imaginarios. Al más puro estilo romano, había pasado de estar bajo el control de un cabeza de familia masculino a otro.

En cualquier caso, sería mejor ir acompañada. Pensé en pedir a Larcio que me prestara a uno de los obreros. Luego recordé que todos se habían ido con Tiberio a la vía Loreti Minoris, donde iban a dar un gran impulso a la obra para acabar la casa a tiempo para la boda. ¿Lista para mi vida doméstica? ¡Por Juno Matronales! La casa quizás estaría lista, pero yo no. Cuando tenía tiempo para pensar en ello, me entraban ganas de huir.

Despreciaba demasiado a Liberal para tenerle miedo. Al parecer el tipo no había trabajado jamás, se había limitado a aposentar el trasero, esperando a que Tales muriera. Pero para entonces yo conocía bien sus motivos y podía

evaluar los riesgos. ¿Qué habría hecho Liberal si Tales hubiera encontrado otra persona a quien legarle su fortuna? ¿Sería posible que, bajo su quejumbrosa ansiedad, Liberal ocultara una vena despiadada?

Tonterías. No existían pruebas de nada de todo eso. A Liberal le encantaba ser propietario y seguramente esperaba obtener grandes ingresos, pero yo no lo veía llegando muy lejos. Sí, parecía impaciente por dirigir el negocio, pero no tenía carácter para ello. Al igual que Tales, trataría a sus clientes con prepotencia, esperando que lo invitaran a un vaso de algo tolerable y que lo consideraran un tipo divertido. Pero yo dudaba de que su reputación llegara a igualar a la del viejo tabernero.

¿Aparecería alguien con un carácter más fuerte para ocuparse de la rutina diaria de la Hespérides, como había sido el caso de Rufia? Desde luego no serían Nipio y Natal, ni sus amiguitas dárdanas. Si seguía habiendo juego ilegal, veía muy factible que los Rabirio se enseñorearan de la propiedad a través de Galo. La taberna entera, con su bonita fuente instalada por mi amado, podía convertirse en una guarida de la banda, una más de su negra lista de propiedades. Liberal era una presa tan fácil que a buen seguro los Rabirio prescindirían de él totalmente. Era el dueño. ¿Y qué? Eso no detendría a un grupo criminal organizado.

Estos pensamientos habían hecho que aminorara el paso. Cuando llegué a la zona de las tabernas, de camino a casa de Liberal, caminaba muy despacio. Reparé en unas personas que aún no me habían visto.

Eran cuatro, todas mujeres. Por ello no se habían reunido para cotillear en una taberna, sino junto al alto mostrador de la panadería. Reconocí a tres de ellas: la abuela Prisca; Lépida, del puesto de comidas, y Menendra. Macer debía de haber liberado a esta última de su horrible calabozo. Era la más joven de un maduro corrillo. La cuarta mujer parecía la más vieja, una desconocida de cabellos blancos que se apoyaba con dificultad en dos bastones. Aunque nunca la había visto, parecía a sus anchas en el barrio.

Como me ocurría con frecuencia en aquella zona, unas bestias de carga me impidieron acercarme a ellas. La presencia de Menendra implicaba que las demás participaban de su negocio. Mientras yo intentaba rodear a los burros de carga, el grupo se dispersó, en apariencia de forma natural. La anciana desconocida se metió en una silla de manos con paso

sorprendentemente brioso y se alejó deprisa antes de que pudiera verla bien. Lépida se fue a toda prisa como si tuviera un puesto lleno de clientes que atender. Menendra también se desvaneció.

Únicamente logré interceptar a la abuela. Ella intentó esquivarme, no lo logró, y luego eludió mis preguntas presentando a las dos jóvenes dependientas de la panadería como nietas suyas. Lépida era una de sus hijas, de modo que Lepidina, la hija que tenía en el puesto de comidas, era otra nieta...

Su actitud había cambiado. Me dirigió una mirada acusadora como si no quisiera hablar conmigo. No me extrañó que fuera por causa de Gavio. El ardid de Tiberio no había funcionado; al final se había descubierto que aún estaba vivo. El hecho mismo de que Gavio perteneciera a una familia numerosa había provocado que la verdad saliera a la luz.

Por supuesto, su abuela había ido a visitarlo; igual que otros parientes, según dijo ella. Hizo un anuncio en voz alta, como informando a todo el vecindario.

—¡Pensaba que eras una persona decente, Flavia Albia! Ninguno de nosotros entiende cómo has podido hacer algo tan terrible. La familia va a verlo colocado en su féretro. Cuando llego yo, lo encuentro en la cama, mientras lo alimentan con un caldo.

Supongo que otros miembros de la familia consideraban una crueldad fingir que Gavio había muerto. Debían de haber hablado con Prisca para convencerla de que se lo pensara mejor; el típico cambio de opinión provocado por la familia, que ignoraba toda lógica. Ahora Tiberio y yo éramos enemigos. La anciana levantó una mano y me apartó de un empujón.

—¡No te me acerques con tus malas artes, muchacha! ¡Menuda arpía estás hecha! Eres despreciable, y ese hombre tuyo no es mejor que tú.

La dejé marchar.

Las dos muchachas con trenzas de la panadería me miraban con franca curiosidad. Pedí mi barra de pan habitual. Me sirvieron en silencio. Una vez más, era la última venta del día, la barra torcida con un trozo quemado.

Intenté ponerlas de mi parte.

—Solo intentábamos proteger a Gavio, y quizás obligar a su atacante a descubrirse.

Debían de haberles dicho que no hablaran conmigo. Aun así, me vendieron el pan. En aquel barrio, el negocio era lo primero.

No sería bien recibida en el Sapo Marrón, donde la anciana Prisca era la reina de la cocina. En aquel momento, no tenía la menor posibilidad de hacer que cambiara de opinión con respecto a mí, de modo que me encaminé al puesto de comida, esperando hablar con Lépidia. No se encontraba allí. Posiblemente estaba con Prisca, su madre. Al menos encontré a Lepidina, de la tercera generación, limpiando el puesto.

Ella y yo no habíamos mantenido ninguna conversación. Cuando su madre estaba en el puesto, la joven se limitaba a escuchar. Por su parte Lépidia solo se había mostrado abierta conmigo la vez que Lepidina se hallaba ausente. La hija era otra mujer delgada y muy trabajadora, de unos veinte años de edad. Tenía un rostro agradable y se mostraba tímida, casi medrosa.

Le pedí una bebida fría. Noté que Lepidina se preguntaba si debía o no servirme, pero igual que antes en la panadería, se impuso el negocio, o al menos los buenos modales. La abordé en cuanto me trajo el vaso. Aunque ya era una mujer adulta, deduje que estaba soltera y que seguía bajo el dominio de su madre. Seguro que vivían juntas y que su madre se consideraba la dueña de la casa.

Lepidina se mostró esquiva, pero no tenía la menor idea de cómo librarse de mí. Le repetí lo que les había dicho a las jóvenes de la panadería.

—Espero que tu madre y tu abuela comprendan que nuestra intención era buena. No ha funcionado... —Peor aún, pensé, Gavio volvía a estar en peligro—. Lepidina, ayúdame, por favor. Me preocupa muchísimo lo que pueda ocurrirle a Gavio si la noticia de que sigue vivo se extiende por las Diez Tiendas y llega a oídos de sus atacantes.

—Nosotros no diremos nada.

—¡Oh, vamos! Acabo de ver a cuatro mujeres manteniendo una buena charla, con dos dicharacheras jovencitas en el mostrador del pan escuchándolo todo. No quiero culpar a nadie, pero esto ya no es un secreto.

Las dos sabemos que para la hora de la cena el chismorreo se habrá extendido por todo el Camino Alto.

—No, quedará en la familia. —Tal vez, pero se trataba de una familia muy extensa, ya lo sabía yo.

—Bueno, sinceramente espero que pueda mantenerse en secreto, pero creo que ya lo saben demasiadas personas. Menendra no es de la familia, ¿no? —dije, dejando entrever cierta indignación en mi tono—. ¡Vaya, ni siquiera sé quién era la otra vieja urraca que hablaba con tu madre y tu abuela! ¿Tú la conoces?

Lepidina sacudió la cabeza con un nervioso y breve movimiento, manteniendo la boca cerrada.

—¿Es alguien de quien no habláis nunca? —sugerí en voz baja—. ¿Alguien que todo el mundo cree que ha muerto?

Al oír estas palabras, se asustó tanto que se refugió a toda prisa detrás del puesto y, sintiéndose segura allí, declaró con valentía que debía marcharme. Corrió entonces una pesada cortina de cuero y se ocultó detrás.

El banco para los clientes estaba fuera. Me senté y permanecí allí, tosiendo para hacérselo saber.

Es posible que enviara alguna señal de alguna manera. Tanto si Lepidina pasó un mensaje como si no, al cabo de media hora apareció su madre, acercándose rápidamente por la calle. Descorrió la cortina y la dejó recogida, pero la hija se mantuvo fuera de la vista.

—¡Flavia Albia, me gustaría que dejaras libre mi banco, si no te importa!
Apoyé el vaso.

—Lépida, escucha. ¿Gavio puede hablar ya? —Lépida negó con la cabeza. Aún seguía estando muy débil. Claro que, de todas maneras, con una herida en el cuello muy vendada le resultaría difícil hablar—. Es muy importante llevarlo a un lugar seguro. Un lugar que no conozca nadie. Yo soy persona non grata, de modo que tendré que confiar en ti para que convencas a la familia de que disponga lo necesario cuanto antes. Si quieres, puedo intentar conseguir ayuda de los vigiles.

Lépida cedió un tanto.

—Y si no, podrían ayudaros Apio y su cuadrilla —insistí—. Ten presente que Gavio todavía corre peligro. Quieren matarlo. El gran misterio es por qué

él les permitió entrar en su casa. —Lépida se mostró confusa—. Los conocía —le dije—. Tanto él como sus perros conocían al atacante. Por lo tanto, pensarán que puede identificarlos.

Ahora no solo parecía confusa, sino también aterrorizada.

Lo intenté por última vez.

—Hace un momento, cuando estabais todas en la panadería, había alguien con vosotras. Se ha ido en una silla de manos. No era alquilada, parecía particular. —En mi familia teníamos una así, en teoría para que la usara mi madre, aunque últimamente mis hermanas la tomaban prestada a menudo. La nuestra tenía el mismo aspecto: con una pintura antaño elegante pero ya un poco estropeada, y dos portadores que la llevaban a donde se les indicaba. La pareja que había visto eran de ese tipo. A diferencia de los portadores de sillas alquiladas, no habían incordiado a la anciana con un montón de palabrería, fingiendo no conocer el destino que se les solicitaba—. Era un transporte de su propiedad. Les ha dicho que se pusieran en marcha y lo han hecho a toda prisa.

Lépida fingió no saber a quién me refería. No hice caso de su numerito.

—Adivino de quién se trata. No hace mucho me aseguraste que no habías llegado a conocerla.

—¿Ah, sí? Bueno, pues ahora la recuerdo —replicó Lépida sin avergonzarse de su anterior mentira.

—Eso parece. Supongo que alguien se puso en contacto con ella para comentarle los recientes sucesos ocurridos en la taberna. ¿Le dijeron que se habían desenterrado viejos huesos?

—Supongo que alguien le habrá hablado de ello. —Lépida no tenía más remedio que admitirlo, pero se apresuró a añadir—: Vive muy lejos. No sé dónde se aloja en Roma.

—Alguna de tus compinches lo sabrá. Menendra sin duda. Envíale un mensaje. Quiero reunirme con ella, y que sea pronto. La jornada se acaba, así que pongamos que sea mañana. —Solo me quedaba el día siguiente para concluir con mi investigación. Al otro día, me convertiría en esposa y estaría en mi nueva casa, sirviendo desayunos nupciales a parientes a los que no soportaba—. Ella misma puede fijar el lugar y la hora. Dile que tiene que reunirse conmigo —insistí—. Díselo de mi parte a Rufia.

Antes de dejarlo y retirarme, hice una última visita. Finalmente entré en razón y comprendí que era demasiado tarde para enfrentarme a Liberal. Él lo negaría todo como de costumbre. Además, a aquellas horas del día, ya no estaba en mi mejor momento. Tal vez el mejor modo de tratar con un hombre tan nervioso sería hacer que lo arrestaran. Quizá, metido en una celda, el miedo le haría hablar. Macer podía encargarse de ello.

Así pues, me fui a la callejuela de la Mula Sucia para ver a Gavio. Sus padres me dejaron pasar, pero lo encontré dormido. Yacía inmóvil, protegido por tres silenciosos perros, respirando con gran dificultad. Me dijeron que la herida se le había infectado; deliraba. Habían conseguido darle de comer un par de veces, como había dicho su abuela, pero la mayor parte del tiempo ni siquiera quería beber agua. Yo lo vi en un estado tan febril que temí por su vida.

Aunque rabiaba de impaciencia por preguntarle determinadas cuestiones, no lo molestamos. Dejándolo al cuidado de su padre, salí al callejón con la madre, Annina. Ella sabía que yo había sugerido que trasladáramos a Gavio a algún lugar más seguro, pero estaba demasiado débil. Después de verlo yo misma, me mostré de acuerdo. En lugar de moverlo, Apio y su cuadrilla irían a su casa después del trabajo y se turnarían para protegerlo. Yo temía que muriera a pesar de todo.

—Sé que has hecho cuanto has podido, Flavia Albia.

—Solo queremos descubrir quiénes lo hicieron, para poder detenerlos y castigarlos.

—Lo sé. —Era ese momento de la tarde en que había más gente de la habitual en la callejuela. Un par de mujeres saludaron a la madre de Gavio con la mano y le sonrieron con simpatía.

—Mira, Annina, siento tener que molestarte con esto, pero ¿ha dicho algo tu hijo?

Ella negó con la cabeza.

—No recuerda lo que ocurrió. Se lo hemos preguntado con suavidad, pero se ha alterado mucho. Todo el mundo ha sido muy bueno, ¿sabes? Todos sus primos han venido a ver cómo está —dijo. ¿Cuántos primos serían? No era de extrañar que no hubiéramos podido mantener en secreto que había sobrevivido. La madre comprendió lo que estaba pensando, porque añadió—: Lo siento. Es el padre. Cuando viene gente, disfruta charlando con ellos. Es terrible, pero esto le ha hecho cambiar de una forma extraña. Los deja pasar porque son de la familia y, bueno, ya sabes cómo es eso...

Le aseguré que lo sabía.

Necesitaba distraerla para que dejara de divagar sobre el incumplimiento de su promesa.

—¿Por casualidad no habrás visto hoy a Rufia? —pregunté bruscamente. Aunque no había admitido en ningún momento que supiera que Rufia estaba viva, recordaba la forma en que había hablado de ella al ir yo a ver la antigua habitación de la moza de taberna. Annina negó todo contacto reciente. Quise asegurarme—. En vista de todo el interés que hay sobre el lugar donde vivía, me preguntaba si no habría venido ella misma a ver la habitación.

—No. No ha venido.

—Pero ¿tú sabías que está en Roma?

—Bueno, lo oí susurrar cuando estaba comprando comida... —Annina parecía aliviada de que yo estuviera al corriente.

—Te caía bien —sugerí—. Le guardabas la habitación por si volvía. ¿Siempre has sabido que estaba viva?

Frunció los labios antes de admitirlo.

—Sí.

—¿Lo sabía todo el mundo?

—¡Oh, no! No, todos pensaban que estaba enterrada en el jardín.

—¿Era eso lo que Rufia quería que pensarán?

—Supongo que sí.

—Y seguramente esa noche fue a por sus cosas, ¿no? ¿Todas sus pertenencias? Y supongo que también su dinero. —Estaba en lo cierto, porque Annina asintió en silencio.

La miré, quizá con una expresión de reproche. Finalmente ella acabó explicándose:

—Entró corriendo, diciendo que se iba, pero me suplicó que no se lo contara a nadie. Uno de los arrieros la esperaba fuera con un par de bestias...

—¿Qué arriero?

—Yo estaba dentro. No llegué a verlo. Ella bajó con su equipaje y un montón de bolsas de cuero, llenas de dinero, de eso estoy segura. Luego soltó una exclamación de alivio: «¡Ya está, ahora nos vamos! Gracias por todo. ¡Recuerda que no me has visto!» Y se fue a toda prisa.

—¿Adónde iba? ¿Sabes dónde ha pasado estos diez últimos años?

—No.

Si Rufia quería que la gente la creyera muerta, por supuesto no iba a dejar su nueva dirección.

—Tuvo que decirle a alguien cómo ponerse en contacto con ella —insistí—. Ahora está aquí, de vuelta después de tantos años, y no puede ser una coincidencia. Ha venido por lo que hemos descubierto en la taberna. Alguien le envió un mensaje.

—¿Menendra quizá? Rufia la dejó a cargo de su pequeño negocio.

—Seguro que no deseaba venir. Se la ve muy vieja. Y débil.

—Bueno, tiene que serlo. Pero la edad no la detendría. Esa mujer se mantendrá ocupada hasta que muera.

¿Ocupada matando gente? Me pregunté si habría más tabernas con esqueletos bajo la tierra de sus patios.

—Bueno, ¿y por qué crees tú que se dio a la fuga de noche?

—¿Porque se había hartado de Tales? ¿Porque quería empezar de nuevo? No lo sé, no hablamos de eso. Tenía mucha prisa. Solo me dijo que se iba y que por favor no se lo contara a nadie.

—Y no lo hiciste.

—No. Sé mantener un secreto. De todas formas, nadie me preguntó.

Le sonreí para tranquilizarla y di media vuelta para marcharme. En ese

momento, a Annina le vino a la mente una cosa. Debía de estar tan preocupada por el estado de su hijo que olvidaba otras cuestiones, incluso las importantes.

—¡Él pensaba que eran egipcios!

—¿Cómo?

—Gavio. Debía de estar delirando. Yo le pregunté: «¿Tienes algo que decirle a Flavia Albia, hijo?» Él ha murmurado: «Los vi entrar. Eran todos egipcios.» Y enseguida ha vuelto a quedarse dormido, aunque parecía más tranquilo, como si creyera que había dicho algo decisivo. Pero no tiene sentido, ¿verdad? —balbuceó Annina.

Tal vez no. No tenía sentido si pensaba que Gavio hablaba sobre los que le habían atacado en su casa. Pero tenía muchísimo sentido si, en realidad, se refería a la noche de los crímenes en la taberna.

Cuando me fui y volví caminando por la callejuela, al pasar frente a la casa de los padres levanté la vista hacia la antigua habitación de Rufia. Aún no era de noche, así que no se habría encendido ninguna lámpara; no vi signos de vida de ningún tipo. Claro que, para la anciana a la que había vislumbrado antes apoyándose en dos bastones, aquella angosta escalera sería demasiado empinada. Debía de hacer mucho tiempo que no servía a clientes en las habitaciones superiores de las tabernas. Ahora solo podría encargarse de organizar el trabajo de otros.

Tiberio había dicho que no volvería a dormir esa noche. Quedaba mucho por terminar en la casa, y también iría a la oficina de los ediles, su última visita oficial antes de la boda. Compré salchichas frías, vino de Lucania y unos cuantos encurtidos para una cena a solas en nuestra habitación. Después decidí ir a lavarme. Pensé en si debía desplazarme hasta los grandes baños nuevos de Tito. Quizás un edificio imperial mantendría una mejor higiene que el cuchitril del barrio. Pero estaba casi tan lejos como el Foro. El calor se había vuelto sofocante. No conseguiría más que volver a sudar y a acalorarme con la caminata de vuelta; además, no estaba de humor para las multitudes de la tarde.

Tras soportar un rápido fregoteo y un remojón en los baños cercanos, me puse mi última túnica limpia. Bueno, estaba pasable una vez le di la vuelta. Engullí mi solitaria cena y luego me senté a peinarme hasta que se me secó el pelo. Allí, sola, me sorprendió notar cómo me afectaba el silencio. En otro tiempo, en la plaza de la Fuente, estaba tan acostumbrada a él que ni me daba

cuenta. Ahora Tiberio vivía conmigo allí, y era una presencia amable, incluso cuando estaba en otra habitación.

Le echaba de menos. Sí, había llegado la hora de iniciar una nueva rutina doméstica; los dos necesitábamos compañía.

Estaba ordenando nuestra atestada habitación, un proceso que no exigía mucho tiempo, cuando alguien aporreó la puerta de la calle. Ya era de noche; el cielo se había encapotado aunque era verano. Quizá la conciencia de la soledad me había puesto nerviosa. Quizá me había afectado lo sucedido a Gavio. Sea como fuere, no quería bajar a contestar. Durante unos instantes permanecí sentada, paralizada, pero los estruendosos golpes continuaron. No era un vendedor de profecías de los que iban de puerta en puerta ofreciéndolas. Eran todos unos timadores, pero si no obtenían respuesta a su llamada, la mayoría eran capaces de pronosticar que no había nadie en casa.

Tal vez se tratara de algo relacionado con la investigación. Haciendo un esfuerzo, bajé por las escaleras y pregunté quién era.

—¡Morelo! ¡Deja de follarte al edil, pónmelo presentable y envíamelo!

Abrí la puerta, más temblorosa de lo que esperaba.

—Lo siento. Me has pillado por sorpresa. Me he puesto nerviosa.

—Cálmate, no soy un violador, solo tu adorable tío Tito. He venido desde el Aventino —se quejó Morelo—. En mi estado. Ya sabes que aún estoy asignado a «servicios ligeros», y eso solo para que me paguen unas miserables monedas de cobre. —Morelo había estado al borde de la muerte tras sufrir un ataque en abril. Aún era demasiado pronto para que volviera al trabajo, pero supuse que su tribuno quería ayudarle. El gobierno tiene unas normas muy estrictas sobre las bajas por enfermedad. Los soldados, o están en el hospital de su cuartel, o desfilando. Los vigiles no tenían hospital, se recuperaban por sí solos o morían; pero se les consideraba soldados a efectos de la paga.

—Deja de quejarte. Estás aquí, disfrutando de un agradable paseo nocturno, en lugar de ir corriendo a apagar edificios en llamas y dejar que se te chamusque el pelo. No tienes que pelearte con criminales de mal aliento que te dicen que te metas en una calabaza para dar de comer a un burro, y puedes conversar con personas refinadas como yo.

—¿Y el edil?

—No se encuentra aquí.

—¡Por Hades y todos sus espíritus! ¿Por qué no me habíais dicho que no estaría?

—¿Porque no sabíamos que ibas a venir, quizá?

—Necesito verlo. He de decirle una cosa.

Me mostré fría.

—Pues tendrás que decírmela a mí en su lugar, Morelo.

—No voy a contárselo todo a una maldita mujer.

—No soy una maldita mujer. Soy una informante, y de las mejores, además. Dímelo. Luego, si considero que Tiberio Manlio querrá saberlo, puedo transmitirlo mejorando tu gramática y con un tono de voz más elegante.

—¡Elocución! Seguro que eso le gusta. —Siendo Morelo como era, hizo que sonara como si fuera una avanzada postura sexual—. Invítame a algo de beber, Albia. Con todo lo que he tenido que andar, me lo merezco.

—Estoy a punto de convertirme en una mujer casada. No puedo ir a una taberna a invitar a beber a hombres desconocidos... —Di por terminado mi altivo parloteo y admití con sinceridad—: Morelo, estoy más que harta de sórdidas tabernas. Vamos a dar un paseo y a buscar algún sitio mejor para sentarnos. Y de paso, así nadie nos oirá.

Mientras caminábamos por las calles llenas de tempranos juerguistas y trabajadores que habían acabado su jornada e iban a reunirse con sus familias, le puse al corriente de mis descubrimientos. El intérprete de zampona que incordiaba por las tabernas nos adelantó, de camino a atormentar a quien lo escuchara. Pasó un burro con un saco de judías.

—¿Manlio Fausto ha descubierto todo eso? —preguntó Morelo con admiración.

—No, cerdo, he sido yo.

—¡Eres una joya! Y sumamente...

—No lo digas.

—Hablar contigo era mucho más divertido antes de que te prometieras.

—Para mí no —repliqué con aspereza—. No me vengas con esas, Tito,

querido. Apuesto a que tu Pulia espera con ahínco mi boda. No querrás que se lo estropee mencionándole a esa elegante mujer de la calle de los Plátanos con la que te enredaste.

Morelo no mostró la menor vergüenza.

—Nada de eso.

—¡Te vieron! En toda tu carnalidad.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Tengo mis espías —aseguré, aunque en realidad lo habíamos visto Tiberio y yo—. Según cuentan, no te molestaste en tirártela, simplemente te tumbaste y dejaste que la gran señora hiciera todo el trabajo.

—La gente cuenta muchas mentiras —dijo Morelo, desmintiéndolo con recato—. ¿Quieres oír lo que he averiguado o no?

Decidimos sentarnos en un banco de piedra que había delante de una casa. Yo me sentía revitalizada después del baño y la cena, pero Morelo necesitaba descansar. Acabé arrepintiéndome; fui a una taberna a buscarle un vaso de mulsum. Mientras lo hacía, él encendió un par de lámparas que alguien había apagado y ordenó a todos los holgazanes que rondaban por allí que siguieran su camino. Dos rateros andaban de caza por esa parte del Vicus Longus.

—¡Largaos a robar a otra parte! —gritó Morelo. Ellos se dieron cuenta de que era de los vigiles y obedecieron sin rechistar.

Un portero asomó la cabeza con gesto agresivo desde el interior de la casa del banco que estábamos usando. Morelo le sonrió con una inclinación de cabeza, como si tuviéramos todo el derecho del mundo a estar allí. El portero se encogió de hombros y volvió a meterse dentro.

—Ten cuidado por si vacían algún orinal desde arriba —dije—. Bueno, ¿y qué tienes que contarme, despreciable fisgón de la Cuarta Cohorte?

Por supuesto, él se hizo de rogar.

—¡Sé lo que piensas, Flavia Albia! Me di cuenta el otro día con Macer. Tú crees que nunca investigamos nada, que no abrimos un expediente de los casos, que no mantenemos un registro.

Asentí con la cabeza. Eso era exactamente lo que pensaba. ¿Para qué fingir lo contrario?

—Pues te equivocas. —Me señaló con el dedo índice—. Y ahora te diré el porqué. Te lo diré, y luego disfrutaré escuchando tus disculpas.

—Entonces, mejor será que valga la pena. ¡Habla, Morelo!

Aún consiguió irritarme más bebiendo otro trago de mulsum. Hizo sonar los labios de satisfacción, tomó un último sorbito y miró calle arriba y abajo. Yo aguardé con paciencia, cruzando las manos. No pensaba volver a preguntar. Si su información tenía algún valor, no había recorrido el largo camino desde el Aventino solo para volverse a casa sin comunicarle a alguien su entusiasmo.

—Esos cinco hombres. Dijiste que eran mercaderes.

—Eso fue lo que me contaron. Pero ya no sirve. Los supuestos mercaderes eran proveedores de mármol que no parecen corresponderse con los cuerpos. Sobre todo porque aún están vivos.

Mi broma cayó en saco roto. Morelo no estaba para chanzas.

—Dijiste que eran mercaderes, así que procedimos en consecuencia, mujer.

—Puede que lo fueran —admití—. Hemos descartado a los del mármol, así que los cadáveres podrían ser de cualquiera.

—Dijiste mercaderes. Mercaderes extranjeros.

—De acuerdo —admití, tratando de tranquilizarlo—. Extranjeros no es muy preciso, aunque parece una posibilidad. Pero sigue.

—Dijiste...

—Ya sé lo que dije. ¿Y entonces qué?

—Entonces pensé, ¿dónde se reúnen los mercaderes? ¿Sobre todo esos tipejos extranjeros? ¿Qué vendían? —Dejé que se tomara su tiempo. A cualquiera que tenga una buena historia debería permitírsele controlar el ritmo—. Todos van río arriba hasta el Emporio.

Asentí.

—Piensa en ello, mujer.

Volví a asentir, incapaz aún de ver por qué era tan importante.

El Emporio, también llamado pórtico Emilio, se encuentra a orillas del río Tíber, a los pies del Aventino, junto al Dique de mármol. Es una formidable serie de almacenes donde se descargan y guardan artículos de importación. Es ruidoso y caótico, está lleno de comerciantes y estafadores, encargados de los muelles y mayoristas, además de interminables pilas de mercancías de todo el mundo, productos de lujo en su mayor parte, todo tipo de objetos y

materiales increíblemente valiosos. Sí, los mercaderes irían allí. No cabía duda.

—Entonces esto es lo que pensé —continuó Morelo—. Esos cinco hombres..., nadie por aquí sabía quiénes eran, nadie en el Camino Alto los echó de menos. Macer no podrá decirte nada de ellos jamás. Si se alojaban cerca de aquí, el dueño de la casa simplemente pensaría que se habían largado sin pagar. Se quedaría con su equipaje como compensación y no diría absolutamente nada. Una práctica habitual. Pero ahí está la jugada ganadora para ti, Albia. Si alguien relacionado con esos hombres muertos quería descubrir qué les había pasado, no vendrían aquí a preguntar. Empezarían en el sitio a donde sabían que iría cualquier vendedor. Si escribieron desde el extranjero, se pondrían en contacto con la cohorte que vigila ese lugar. Así que —añadió con un elocuente énfasis— el informe sobre personas desaparecidas no llegaría al puñetero Macer ni a esa basura de la Tercera Cohorte. El Emporio forma parte de nuestra ronda. Nos llegaría a nosotros, a la Cuarta.

Le recordé que había transcurrido una década.

—¿Y qué? —preguntó él. Me eché a reír.

Morelo reflexionó sobre su información.

—Aquí es donde tu injusta opinión sobre nuestros métodos de trabajo va a traicionarte, jovencita. —Apuró su vino de un largo y lento trago.

Nuestra conversación se desarrollaba como era habitual entre nosotros: una mezcla entre lo horrible y lo útil. Cada uno de los dos pensaba que el otro era una amenaza social, sin embargo, sabíamos reconocer la fiabilidad del trabajo de cada uno.

Le pedí disculpas.

—Aceptadas.

—La Cuarta Cohorte siempre es maravillosa y profesional. Y ahora, habla.

—Esto es lo que yo creo. Es de suponer —dijo Morelo, inclinándose hacia mí como disponiéndose a hacer una confidencia— que los mercaderes del Emporio que comercian con productos de lujo tendrán familias en su lugar de origen que pondrán el grito en el cielo si no regresan a casa. Acaso sean tan pudientes que en su país tuvieran una elevada posición social. Puede

que, si dispusieran de influencias, sus familiares hubieran convencido a las autoridades de su provincia para que intervinieran oficialmente. Puede que, si lo sobornaron, el gobernador de la provincia escribiera a Roma haciendo preguntas sobre la misteriosa desaparición. A los gobernadores les encanta agitar su bastón de mando.

—Estoy de acuerdo. Al menos si el soborno fue lo bastante sustancioso... Entonces, sin duda se ordenaría a los vigiles que investigaran, o incluso a las cohortes urbanas, no lo quisieran los dioses. Pero Morelo, aun así, fue hace diez años.

—¿Y qué? No estás hablando de esos cabrones de las cohortes urbanas, ni de los bobos de la Tercera, sino de nosotros, la gloriosa Cuarta Cohorte. Nuestro territorio. Nuestro interés. Nuestra investigación. Y tratándose de la investigación para un gobernador, se me ocurrió que se habría registrado en un rollo. Lo busqué —afirmó orgullosamente.

—¡Mi querido gordinflón! —Estaba sinceramente impresionada—. ¿Y lo encontraste?

—Lo busqué —declaró Morelo— en el lugar especial donde guardamos los rollos antiguos que pueden ser necesarios para evitar problemas en el futuro.

—¿Y dónde es eso?

—Es un estante en la oficina de administración, justo al fondo, con todas las horribles arañas, detrás de la enorme jarra que reservamos para cuando viene el tribuno de visita.

—¿El tribuno os visita?

—No, si puede evitarlo. Pero cuando lo hace podemos ofrecerle su propia jarra especial, ¿no? Por eso nos adora. No sabe que el médico la usa para mezclar los laxantes con una gran espátula cuando los chicos están atascados por culpa del estreñimiento.

—Tenéis que comer más judías.

—Demasiados gases. ¿Has estado alguna vez en un cuartel rodeada de flatulencias por todas partes?

Me estremecí como esperaba, pero haciéndole notar mi impaciencia.

—Vamos, pedazo de cerdo. ¿Encontraste o no encontraste un rollo con viejos informes de personas desaparecidas?

Morelo me miró casi con tristeza al ver que lo había dudado. Metió la mano en el interior de su túnica y sacó un rollo, que me tendió. No estaba tan sudado como cabría esperar.

—Por supuesto que sí, Flavia Albia. Hace diez años, nos dieron la lata de mala manera para que investigáramos la desaparición de cinco hombres. Eran extranjeros. Se inició el procedimiento habitual. Es decir, nuestro investigador fue a los almacenes e hizo preguntas, preguntas inteligentes, planteadas con pericia. No había ni rastro, no logramos encontrarlos. Nuestro veredicto fue que podría haberles ocurrido cualquier cosa; lo más probable era que se hubieran caído por la borda en el trayecto de vuelta a casa y se hubieran ahogado. Pero durante doce meses no dejaron de preguntar a nuestro hombre por las novedades del caso, aunque naturalmente no hubo ninguna. Puedes verlo tú misma, porque con suma paciencia firmó con sus iniciales en el rollo cada vez que le preguntaron. Y luego lo guardó en nuestro estante especial detrás de la jarra del tribuno, así que, ahí está, para que lo leas.

Lo sujeté como si se tratara de un objeto frágil, y de hecho así era, después del tiempo transcurrido.

—Bueno, ¿y quiénes eran esos hombres a los que tenía que buscar la Cuarta Cohorte?

Morelo estaba disfrutando tanto de su impresionante revelación que parecía a punto de dejar caer su jarra de mulsum.

—Te daré sus nombres, encanto: Julio Ptolomeo era su jefe; cojeaba mucho, nos dijeron. Los otros eran Pilades, Hermógenes, Isidoriano y Cesarión. Todos egipcios. De Alejandría.

—¿Y a qué se dedicaban esos hombres?

—Eran exportadores especializados en lentejas egipcias de muy alta calidad.

Escribí los nombres de los comerciantes desaparecidos en mi tablilla de notas. Abrí el rollo y lo leí. En efecto, un gobernador provincial había pedido a Roma que se investigara en nombre de unos solicitantes. Se llevaron a cabo diligentes comprobaciones; se enviaron respuestas corteses a Alejandría. «Sin rastro.» Se expresaban disculpas. Las iniciales que registraban todas las acciones eran siempre LPL. Se trataba del predecesor de Morelo: Lucio Petronio Longo, mi tío, ahora retirado. Debía de haber detestado semejante pérdida de tiempo, pero lo había hecho con eficiencia.

Le pagué a Morelo otro vaso de mulsum y pedí otro para mí. Sabía dulce. Los avances en lo que antes parecía un caso imposible me levantaron el ánimo. Nos reímos los dos de que al final me encontrara investigando una guerra por el suministro de lentejas.

—¡Solo podía pasarte a ti, Flavia Albia!

—¡Solo a mí! —Le dediqué una sonrisa de agradecimiento—. Gracias, Tito Morelo. Eres un buen amigo. Tendrás doble ración de pasteles de cebada en mi boda.

—¡Cebada! —Los dos reímos sin poderlo remediar ante la mención del cereal.

Morelo hizo más bromas sobre flatulencias, igual que un niño. Tenía cuatro hijos pequeños y se le daban muy bien los efectos de sonido. Alcé el rostro hacia el cielo nocturno, por el que se desplazaban rápidamente unas nubes presurosas, disfrutando de aquel inesperado avance.

Prometí mantenerlo informado y me despedí del fatigado jefe de

investigaciones antes de regresar a la habitación alquilada. El día siguiente iba a ser importante. Al acabar, tendría que abandonar el trabajo, tanto si lo había concluido como si no, e ir a casa de mis padres, donde había de dormir, suponiendo que una novia nerviosa pueda dormir antes de la boda.

Intenté dormir esa noche al menos. Tras una breve reflexión sobre el tema de las lentejas, me apagué como una lámpara sobre la que hubieran soplado. Poco después, cuando los ruidos de la calle aún eran evidentes, me desperté sobresaltada. Alguien subía por las escaleras en dirección a la habitación.

Por supuesto, podía tratarse de un ataque como el de Gavio, pero el instinto me llevó hasta la puerta. Adormilada aún, no me hice con un arma. Esta vez no estaba tan preocupada, en parte porque mi anterior visita había sido Morelo, pero sobre todo porque, a pesar de no estar despierta del todo, el sonido de los pasos me resultaba familiar. El considerado recién llegado llevaba una pequeña lámpara de cerámica para ayudarme a reconocerlo de inmediato. Me pregunté de qué mostrador de taberna la habría robado.

—¡Tiberio! Pensaba que no ibas a volver esta noche.

—¡Te echaba de menos!

Corrió escaleras arriba y me envolvió en un abrazo. Tras prolongarlo unos instantes para asegurarse de que yo aún existía, apagó la lámpara de un soplo. Nos metimos en la cama... para dormir. Tumbados en la oscuridad, le hice un resumen de mis hallazgos. Luego le tocó a él. Me dijo que nuestra casa ya era habitable.

—Espero que te guste.

—¿A ti te gusta?

—Sí.

—Entonces a mí también me gustará. Tenemos las mismas preferencias y costumbres, que es lo que hace que funcione un hogar. Yo solo recuerdo la casa de Loreti Minoris como una ruina abandonada, pero si tú crees que nos sirve, yo estoy contenta, mi amor.

Tiberio soltó un murmullo de satisfacción. Justo antes de dormirnos, se sintió obligado a informarme sobre los progresos de la boda; yo le escuché como correspondía.

—Van a empezar a cocinar mañana. Se ha encargado la comida a un cocinero de moda de lo más exclusivo. Se llama Genio.

Dejé escapar un sonoro gemido.

—¡Genio! ¿En qué estaban pensando? Lo conozco. Es terrible. Genio fue uno de los grandes desastres de mi padre como comprador de esclavos. Cada vez que oímos decir que va a encargarse de algún banquete de postín, nos morimos todos de la risa. Su fama es un completo fraude. Genio no sabe cocinar en absoluto.

Cuando dejé de despotricar, Tiberio me apaciguó.

—No te preocupes, últimamente se ha vuelto demasiado famoso para preparar los platos él mismo, así que viene con una tropa de elegantes y competentes ayudantes que se ocuparán de todo el trabajo. Las organizadoras de la boda me aseguran que Genio idolatra a Falco por haber sido él quien le dio el primer empujón, hasta el punto de que servirá un soberbio banquete de bodas en agradecimiento... y a precio de coste, además.

—¡Mi boda será de baratillo!

—No lo creo. Me han dicho que ahora Genio es una leyenda por sus ingredientes increíblemente exóticos.

—¡Oh, lenguas de avestruz no! Está tan pasado de moda... —Exhalé un suspiro y me rendí—. Solo espero que sepa que las lentejas mejores y más codiciadas del imperio se producen en Egipto.

Tiberio rio entre dientes y se acurrucó a mi lado. Nos dormimos.

30 de agosto

Tres días antes de las calendas de septiembre
(a.d. III Cal. Sept.)

Un día antes de la boda de
Tiberio Manlio Fausto y Flavia Albia

A la mañana siguiente, Tiberio y yo nos levantamos temprano. Salimos a tomar un desayuno rápido en el puesto de comidas. Lépida no estaba, pero era evidente que su hija me esperaba para transmitirme un mensaje. Me habló casi airadamente.

—Mi madre me ha pedido que te diga que esa mujer por la que preguntabas ha abandonado la ciudad.

No me lo creí.

Tiberio se iba a la Hespérides. Era el último día de trabajo. Tenían previsto hacer la conexión con el acueducto, llenar el canal y comprobar si tenía alguna fuga. Luego cedería la taberna reformada a su dueño a primera hora de la tarde, antes de dejar por fin el trabajo e irse a preparar para la boda. Sus últimas instrucciones fueron que no interrogara a Julio Liberal yo sola.

Bromeó conmigo antes de irse.

—Nunca hemos mencionado la apropiada coincidencia de que las manzanas de oro de las Hespérides fueran un regalo de boda para la diosa Juno.

—La manzana de la discordia fue la causa de la guerra de Troya — contraataqué yo afablemente—. ¿No se presentó alguien con esa fruslería de oro en la boda de Peleo y Tetis, sin ser invitado? ¿A quién se han olvidado de incluir en la lista de invitados tus organizadoras, querido? ¿Es posible que nos envíen alguna fruta?

Tiberio se detuvo y se volvió para mirarme.

—¡Laia Graciana! —exclamamos al unísono. Su ex-mujer.

Le dije con dulce tono que dejaba a su discreción si era preciso enviar una apresurada invitación a la siniestra Laia. Tiberio hizo una mueca y se dirigió a la taberna mascullando que necesitaba un trago.

Me quedé sentada un rato tomando notas en silencio. También en mi caso había llegado el final del trabajo. Me quedaba un día para resolver mi enigma. Habían surgido nuevas pistas, pero aún había demasiadas preguntas sin respuesta. Para organizarme mejor, hice una lista:

- ¿Dónde ha estado Rufia? ¿Por qué fingió que había muerto?
- ¿Es de Rodina uno de los cadáveres? ¿Por qué no tiene cabeza? ¿Dónde está?
- ¿Los demás cadáveres son de los egipcios? ¿Quién quería matarlos? ¿Por qué?
- ¿Quién cometió los crímenes? ¿Quién los ordenó?
- ¿Quién cavó las tumbas?
- ¿Por qué cortaron una pierna?
- ¿Dónde están los hijos de Rodina?
- ¿Quién destrozó la obra en la taberna? ¿Por qué?
- ¿Por qué Menendra registró la habitación de Rufia? ¿Qué buscaba?
- ¿Quién intentó forzar la entrada a la casa de Annina y su marido? ¿Por qué?
- ¿Quién atacó a Gavio? ¿Fue para hacerle callar?
- ¿Qué más presencié Gavio después de que los egipcios entraran en la taberna?
- ¿Se trató de un asunto de sexo? ¿Extorsión? ¿Juego? ¿O lentejas?
- ¿Qué papel desempeñó Tales en la matanza? ¿Estaba presente Liberal? ¿Estaba presente Rufia?

«¡Bien hecho, Flavia Albia, investigadora de primera! Aun tratándose de ti, menuda lista para dejar sin completar el último día de plazo.»

Estaba guardando mis notas en la bolsa que llevaba a la cintura, cuando vi llegar a Macer, de la Tercera Cohorte. Lo llamé, diciéndole que tenía noticias para él.

—Por cierto, he visto que soltaste a Menendra.

—También dejé ir a sus hombres. No hay nada contra ellos. Tenían coartada para el asalto a la casa de la callejuela y también para el apuñalamiento. Tu vigilante mantiene que no son los que encontró destrozando la taberna, así que la cuestión quedó zanjada.

—¿Las coartadas eran falsas o creíbles?

—Flavia Albia, no tengo tiempo para comprobar coartadas. La gente me da la suya, yo la acepto... Me han parecido creíbles. Esos forzudos no son más que dos agradables chicos que venden cebada.

—No tan agradables... pero ¿quién lo es por aquí? —Le conté a Macer que Morelo había dado con la identidad de los cinco hombres muertos. Lo expuse en tono neutro para evitar celos, pero Macer aceptó sin problemas que le habían ganado por la mano. Debía de ocurrirle con frecuencia. Él jamás había oído hablar de unos egipcios que se hubieran metido en líos en el Camino Alto; en ese momento, tampoco tenía a nadie especial en su lista de personas a las que vigilar.

Se dirigía a la taberna para ver a Tiberio, que le había pedido un informe sobre el juego ilegal. Me fui con él.

—¡Así que ese es vuestro siguiente fantástico móvil para los asesinatos! —bromeó Macer, aunque él también creía que las apuestas ilegales podían explicar muchas cosas. Ofreció a Tiberio una visión general bastante razonable.

Jugar por dinero era ilegal. La mayoría de agentes de la ley lo toleraban a pequeña escala, siempre que no provocara otros problemas. En general, los dueños de tabernas eran capaces de sofocar cualquier pelea provocada por juegos de dados o de damas. Los vigiles tenían otras cosas que hacer. Su mayor preocupación eran las bandas de matones bien organizadas. De vez en cuando, las autoridades ordenaban medidas enérgicas que, en ocasiones, incluso servían de algo... durante un tiempo.

Tiberio le dijo que, según se había enterado, el viejo Tales ganaba mucho dinero con el juego. Macer no se sorprendió. Cuando Liberal reabriera la

taberna, lo mantendría vigilado.

La mención a Liberal me instó a exponer que él era uno de los sospechosos de los crímenes. Dado que tenía una cita con Tiberio esa misma mañana, para firmar la solicitud de acceso al acueducto, Macer y yo nos quedamos por allí hasta que llegó. Una vez concluidas las formalidades, Tiberio se llevó al funcionario de la junta de aguas para ofrecerle una cortés bebida de agradecimiento, mientras Macer y yo reteníamos a Liberal para entrevistarlo. Salimos con él a la calle y nos acomodamos en los mostradores que Apio y la cuadrilla del mármol habían reparado ya.

—Las cosas van a ir así, señor —dijo Macer, que se encargó de los preliminares y de este modo convirtió el interrogatorio en un asunto oficial de los vigiles, con mucho respeto fingido—. Yo voy a volver a mi cuartel, si te decides por la opción más difícil, acabarás viniendo conmigo. Te meteré en mi celda hasta que te vuelvas loco entre las paredes desnudas, oyendo los horribles gritos de los sospechosos a los que se tortura. Entonces descubrirás que estás dispuesto a hablar sobre la noche en que se produjeron las seis muertes. Estarás más que dispuesto, créeme. La opción fácil es que te quedes aquí, a la agradable luz del sol, y me lo cuentes todo. Sabemos que estuviste presente esa noche —anunció Macer con calma—. Tenemos un testigo.

Eso se lo había inventado. Cualquiera que estuviese familiarizado con los interrogatorios le habría preguntado: «¿Quién es?» Pero la pregunta no llegó y Macer me guiñó un ojo discretamente. Liberal era un aficionado y el vigil estaba a punto de ganarse un tanto.

—Alguien estaba esperando en la Rómulo para acompañar a un miembro del personal a su casa —afirmé, adornando la historia. Pensaba en Gavio y Rodina, aunque por supuesto ella no necesitaba escolta hasta casa, puesto que dormía con el viejo Tales—. Liberal, te vieron.

—Esta es tu última oportunidad —le prometió Macer solemnemente—. Admítelo, vamos.

—Si no lo haces —dije, presionando al desventurado testigo—, tu bonita taberna reformada tendrá que reabrir sin ti.

La taberna era el sueño de Liberal. Antes que perderse un solo día en su

amada propiedad, decidió aflojar.

—Lo hicieron otras personas. Yo no participé en nada.

—Vamos —dije, apretándole las tuercas de inmediato—. Queremos a los que cometieron los crímenes. Ayúdanos y te ayudarás a ti mismo. —Tenía un cebo más para lanzarle—: Sabemos que Rufia no murió. Está aquí, en Roma. Será arrestada como sospechosa de haber participado en los crímenes. No queda ningún otro superviviente que conozca la verdad. Por lo que he oído decir, es una mujer inteligente. Así que, cuando la interroguemos, seguro que se protegerá a sí misma acusándote a ti de ser el culpable de todo. ¿Quieres que pase eso?

Funcionó.

—Sí, estaba aquí —confesó Liberal finalmente—. Pero después de que ocurriera. —Viniendo de un delincuente empedernido, sería una mentira; viniendo de él, seguramente era verdad.

Se apoyó en el mostrador de su taberna y clavó la vista en una de las hornacinas, paralizado por los recuerdos. Macer y yo dejamos de presionarle. Cuando estuvo listo, lo escupió todo.

—Volví. Volví después de que se cerrara al público, porque tenía la impresión de que se jugaría esa noche. Tales solía celebrar eventos después del cierre, por invitación especial. Era el año en que se inauguró el anfiteatro. Le sacábamos partido a los interminables juegos. Tales revisaba el programa del día siguiente, y luego aceptaba apuestas. No se podía hacer en el anfiteatro, al menos abiertamente.

—Así que viniste a apostar. ¿Qué encontraste? —le insistí cuando se quedó callado.

—Nunca lo olvidaré. Estaba tan asustado que me meé encima. Fue algo horrible, repugnante.

—Cuéntanos todo lo que viste. —Hablaba en voz baja, pero con firmeza. Macer escuchaba. Era el típico investigador oficial despreocupado, pero al fin decidió mostrar una auténtica habilidad: llegado el momento, paciencia.

Liberal prosiguió haciendo un esfuerzo.

—Era tarde. Estaba solo. Mi madre creía que me había ido a la cama; me escabullí de casa sin que ella lo supiera. No había nadie en el Vicus Longus ni tampoco en esta calle. Entré directamente, con toda la inocencia del

mundo. Pensaba que había una reunión, como ya os he dicho. Vi luces en el patio, lo que me pareció normal. Pero estaba todo demasiado tranquilo. No había nadie sirviendo bebidas. Debería haberme vuelto a casa. Pero no lo hice, fui un estúpido y seguí andando. Recorrí el pasillo y salí al jardín.

—¿Quién estaba allí?

—Solo Tales, nadie más. —Liberal hizo una pausa. Parecía traumatizado—. Aparte de los cadáveres. Yo nunca había visto nada igual. Personas muertas, tendidas en una fila, todas juntas, bajo el cenador.

—¿Cómo las habían matado? —quiso saber Macer.

—Les habían cortado la garganta.

—¿Mucha sangre?

—Suficiente para hacerme vomitar.

—Cinco hombres y una mujer —apunté—. ¿Era Rodina?

Liberal asintió. Se humedeció los labios con ese nervioso tic suyo. Se retorció las plateadas puntas de los cabellos entre los agitados dedos.

—No tenía... —No pudo decirlo.

—No tenía cabeza —terminé con frialdad—. ¿La cabeza yacía allí?

Liberal se armó de valor para recordar la escena.

—No. No, la cabeza no estaba. Solo el resto de su cuerpo. Repulsivo. — Parecía a punto de vomitar en ese mismo instante.

¿Alguien se había llevado ya la cabeza? Extraño.

—¿Sabías quién era con seguridad?

—Sí. Estaba embarazada. Además, Tales dijo: «Esta es esa arpía de Rodina. No volverá a molestarme.» Yo sabía que ella le había estado presionando; quería asegurarse el futuro. A Tales no le gustaba que nadie lo atara, por eso quería librarse de ella.

Macer se inclinó de lado para mirar las peludas pantorrillas de Liberal que asomaban bajo la túnica.

—¡Vaya, fíjate! —comentó el vigil, de lo más directo—. ¡Creo que este pobre cabrón asustado está tan nervioso que ha vuelto a mearse encima!

Liberal se retorció. Macer le animó a seguir hablando:

—Publio Julio Liberal, hombrecito patético, ¿le habían cortado una pierna a uno de los muertos?

—No. ¡Oh, no me hagas recordarlo! —Estaba poniéndose histérico. En

cualquier momento lo íbamos a perder.

—¿Seguro?

—Estaban en el suelo con las piernas apuntando hacia mí. ¡Me habría dado cuenta! —De modo que la decapitación y la amputación de la pierna fueron incidentes separados.

Respiré hondo y dejé escapar el aire, demostrándole cómo serenarse.

—Cálmate. Libérate de ese peso y quizá te sientas mejor. Has decidido cooperar, recuerda. Bueno, ¿qué pasó después?

—En ese momento, Tales había terminado de desnudarlos a todos. Se irguió, miró a su alrededor, y me vio. Yo no daba crédito. Se comportaba como si aquella escena no fuera nada del otro mundo. Parecía creer que yo debería habérmelo imaginado. Me dijo que estaba esperando a unos peones que iban a cavar las tumbas. Yo podía ayudar si quería. Me negué. Entonces él dijo: «Pues ahueca el ala y vete a casa a dormir.» Y eso hice.

—¡Así de fácil! Podría ocurrir cualquier noche en cualquier taberna... ¿Quiénes eran esos peones? —preguntó Macer.

—No lo sé. Los enviaba un hombre.

—¿Qué hombre?

—No me lo dijo. No creo que el viejo conociera a los peones. Los enviaba ese hombre. Tales dijo que era su contribución.

—¿En qué?

—Tales no me lo especificó.

—¿No se lo preguntaste?

—Me pareció demasiado arriesgado saberlo. No quería acabar muerto bajo el cenador yo también.

—Tales no pudo matar él solo a seis personas. Así que algún otro, alguien a quien no llegaste a ver, tuvo que ayudarlo —sopesé—. ¿Alguien que dispuso los cuerpos en una fila ordenada, para no estorbar a los enterradores..., y que abandonó el sitio antes de que llegaras tú? ¿Luego otra persona enviaba a peones a cavar?

—Así fue, sí.

—¿Estás totalmente seguro de que no viste a nadie en la calle al acercarte?

—No. La mayoría de las tabernas estaban ya a oscuras. Puede que oyera

ruido de gente en el interior del Sapo Marrón, pero esos no cierran nunca.

—¿Qué fue de la pila de ropa? —preguntó Macer con un resoplido. Los vigiles y sus procedimientos. Aunque en cierto modo tienen razón: en aquel momento, las ropas habrían sido pistas sobre la identidad de las víctimas. Aún lo serían, si existían.

Liberal palideció al recordarlo.

—¡Seis túnicas manchadas y el mamillare⁷ de una mujer preñada! —Macer rio entre dientes—. Debían de estar empapados en sangre.

—Lo lavamos todo. En la fuente pública. Lo colgamos del emparrado para que se secara durante la noche.

—¿Me tomas el pelo? ¿Por qué no tirarlo todo o destruirlo?

—A la mañana siguiente, me obligaron a deshacerme de las pruebas —confesó Liberal mansamente—. Tales me dijo que fuera al granero de Agripa. Llevé las ropas a varios puestos de segunda mano que hay allí y los vendí.

—¡Por Júpiter! ¿Qué hiciste con el dinero?

—Tuve que dárselo a Tales.

—¿Da la impresión de que eras su pequeño esclavo! ¿Hacías siempre lo que te decía ese cabrón? —No hubo respuesta—. ¿Es eso todo lo que sabes sobre los crímenes?

—Sí.

—¿En serio? ¿No te explicó Tales qué había pasado?

—No. Y no se lo pregunté. No quería saberlo. Durante años sufrí pesadillas en las que veía esos cadáveres. Y aún las sufro.

—La siguiente vez que viniste a la taberna —dije con tono severo—, ¿todos los cuerpos habían desaparecido? ¿No se dijo absolutamente nada sobre ellos?

Liberal negó con la cabeza.

—¿Nunca? —preguntó Macer.

—Nunca. Tales jamás habló de ello. —Hizo una pausa—. Yo ni siquiera sabía que los habían dejado aquí. Suponía que se los habían llevado para enterrarlos en otro sitio, de forma que no pudieran relacionarlos con nosotros. Jamás habría encargado una obra de reforma si... Me horroricé cuando los obreros empezaron a encontrar huesos.

Todos respiramos profundamente.

—¿Y qué hay de la otra moza de taberna, Rufia? —pregunté.

—No volví a verla después de aquella noche.

—¿No estaba aquí cuando llegaste?

—No.

—Sigue viva. ¿Lo sabías?

—Al principio, no. —Meneó la cabeza—. Lo descubrí en los documentos de Tales cuando el viejo murió. —Viendo lo conmocionado que estaba, supuse que había sido Liberal el que se había dejado llevar por el pánico cuando nuestros obreros habían empezado a desenterrar esqueletos, y que fue él quien envió un mensaje para advertir a Rufia. Al detectar su histeria, seguramente ella había pensado que sería mejor regresar para vigilarlo.

—¿Qué te comentó Tales acerca de su desaparición?

—Solo lo que le dijo a todo el mundo. «Esa zorra se ha ido.» Nunca explicó nada más —aseguró. Eso corroboraba lo que me habían dicho Nipio y Natal sobre Tales, justo al inicio de mis indagaciones.

—¿Y tú no revelaste nada? —insistió Macer, mostrándose asombrado—. ¿Nunca contaste a nadie lo que habías visto? Hombre, me dejas perplejo. ¿Por qué no? ¿Nunca?

La cobarde respuesta de Liberal parecía sincera:

—No quería molestar al viejo Tales. Iba a legarme la taberna algún día, pero podía cambiar de opinión. Guardé silencio para que me dejara la propiedad en herencia.

—¿Además de una gran suma de dinero? —sugerí.

—Algo hubo de eso.

—¿Beneficios de las apuestas?

—Es posible. No me tenía al corriente de sus finanzas. —Esa había sido siempre su versión: era un joven al que obligaban a permanecer al margen de las disposiciones del negocio. Se sentaba en un rincón soñando con el día en que todo sería suyo, pero en realidad no tenía idea de nada.

No podía ser cierto. Nadie que anhela el momento de recibir una herencia es tan despreocupado sobre lo que va a heredar. La gente hace todo lo posible por descubrirlo de antemano.

—Pero siempre supiste que había dinero, ¿no? Me pregunto, Julio Liberal, si la perspectiva de heredar una fortuna no te incitaría de hecho al asesinato.

Por primera vez, la única, Liberal se defendió.

—En ese caso —replicó—, si hubiera querido matar a alguien, ¿no habría sido a Tales?

Tenía razón. Lo reconocí con una inclinación de cabeza.

—Me sorprendí cuando se leyó el testamento —mantuvo, con expresión inocente—. No sabía nada del dinero. Solo sabía lo de la taberna. Eso era lo que siempre había anhelado; soñaba con ser propietario de una taberna. Eso es lo único que he deseado siempre: el Jardín de las Hespérides.

Después de preguntar si eso era todo, Macer informó a Liberal de que se lo llevaba para que hiciera una declaración. Sería arrestado como cómplice tras los asesinatos. Liberal protestó airadamente, a lo que el vigil respondió con calma:

—Que yo sepa, en ningún momento te he prometido que fueras a quedar libre. ¿Algún testigo me ha oído decir eso?

—¿Y qué hay de la opción fácil?

—No hay opción fácil con los vigiles. Se enviará un detallado informe sobre ti al prefecto. Solo él puede decidir si has de ser juzgado. Si tienes suerte, te dejará libre bajo fianza... ¡ya que eres un respetable propietario y hombre de negocios! —se burló Macer.

Yo mantuve la vista baja, sin tomar parte. Quería que Liberal estuviera a salvo en alguna parte. Eran muchas las estupideces que podía hacer después de haber roto su silencio de una década. Ahora que se había quebrado su voluntad, se estaba haciendo añicos rápidamente.

Calculé que mi única esperanza de resolver los crímenes era hacer saber en el vecindario que Liberal había sido arrestado. Sugeriría, además, que nos había contado más de lo que había revelado en realidad. Daría a entender que eran inminentes nuevos arrestos. Pondría nerviosos a quienes hubieran estado implicados en los crímenes.

Por supuesto, eso nunca funciona. Todos mis contactos previos se esforzaron en mantenerse invisibles. Menendra no apareció en todo el día, ni tampoco sus escoltas, que seguramente merodeaban por dondequiera que

estuviese ella. Tal vez andaban por otra zona con su voluminosa lista de guisantes, bulgur, harina de maíz, sésamo y lentejas, a la caza de clientes.

La casa de comidas estaba cerrada. No podía encararme con Lépidia y cuestionar su afirmación de que Rufia se había ido de la ciudad. Pero no había recibido respuesta acerca de la reunión que yo esperaba tener con la envejecida moza de taberna. Esa reunión no iba a producirse.

En el Sapo Marrón, dos de los chicos-chicas se habían apoltronado en la calle para depilarse las cejas y otros sitios mucho más íntimos. Hice una mueca y traté de no mirar mientras me decían que nadie había visto a la abuela ese día. A la hora de la comida, el personal de la taberna había tenido que conformarse con las sobras, «¡hojas de lechuga!», pero les habían prometido caldo de cordero el día siguiente, ya que uno de los muchos nietos de Prisca iba a encargarse del sacrificio en una boda.

—¿No será mi boda? ¿Su nieto es Costo? ¿Costo, el que dirige el *victimarium*?

—No, es uno de sus hombres, Erasto. Le han dado una paliza en una taberna, como de costumbre. Vamos a prestarle un emplasto para la cara para que tenga buen aspecto.

¡Qué horror! ¡Mi *cultrarius* estaba lleno de moretones, lo que seguramente era una falta de respeto a los dioses, y aquellos molestos travestidos se comerían mi cordero, *Nieve*!

Fui a quejarme a Costo, pero el negocio estaba cerrado y a él no se le veía por ninguna parte. Un niño que daba puntapiés a una pelota en la calle me dijo que el hombre había ido a que le sacaran una muela; los otros lo habían acompañado para sujetarlo. Procuré no fijarme mucho; la pelota deforme del niño parecía la vejiga inflada de un cordero. Sin duda, parte de algún sacrificio.

Decepcionada, volví a la Hespérides. Tiberio y sus obreros intentaban por todos los medios hacer que funcionara la fuente. Me senté a observarlos. Al principio, no salía agua. Con el rostro enrojecido, Esparso realizaba las tradicionales maniobras de fontanería: golpeaba ruidosamente las tuberías con un martillo. Cuando los otros gritaron «¡Cálmate!», arrojó al suelo las

herramientas y se negó a hacer nada más.

Larcio y Tiberio se arrodillaron el uno al lado del otro para hablar como hombres más experimentados, hombres que estaban a punto de hacer algo mucho más técnico. Tiberio golpeó la tubería.

—Eso no hará que se mueva.

—Cierra el pico, Esparso.

—¡Au! —Mi amado había apuntado mal con el martillo y se había golpeado en el pulgar—. ¡Au, au! —Al retroceder y levantar el martillo, también se había dado en la cabeza.

Larcio se hizo con la herramienta, asestó un golpe experto y el agua salió a borbotones.

—¡Por Júpiter, cierra la llave de paso, Sereno! —El agua llenó rápidamente el canal de la fuente, que pronto se desbordó—. ¡Ajústala, ajústala! ¡Hacia el otro lado, idiota!

Consiguieron parar el torrente. Se sentaron todos, jadeantes. Sonrieron, con esa adorable expresión entre avergonzada y triunfante de los obreros, después de haber convertido un fracaso en éxito por los pelos. Esparso aplicó un trapo sucio a la frente de Tiberio, donde una larga brecha había empezado a sangrar. También se lamía una ampolla de sangre del pulgar golpeado. Felicité a todos por el trabajo bien hecho y acudí al lado de mi amado. Por lo visto, iba a tener un novio con pinta de gladiador moribundo.

—Deberíamos haber colocado una válvula de separación, jefe.

—El cliente está preso. Que lo decida él, otro día.

—Nos llamará para que vengamos a hacerlo.

—Estaremos demasiado ocupados para venir.

—¿Lo prometes?

—¡Absolutamente! —Tiberio se inclinó hacia mí mientras yo presionaba la herida de su frente—. Esta noche lo recogeremos todo, le entregaremos su maldita taberna, o la cerraremos, si no se presenta, y nos iremos para siempre.

Los otros habían terminado el descanso; se pusieron en pie y trataron de hacer flotar unos platos en el canal. La mayor parte se hundieron. Afirmé que yo lo había avisado desde el principio. Sereno derribó a Esparso, que cayó al agua y salpicó a todo el mundo. Todos nos alegramos de refrescarnos, porque la tarde se había vuelto bochornosa.

Cuando se calmaron, empezaron a limpiarlo todo y a retirar escombros. Pusieron todas las herramientas y los materiales utilizables en carretillas para llevárselos al Aventino. Todo lo superfluo se sacó de la taberna y se tiró en el callejón de atrás. Se suponía que esa noche iría un transporte a recogerlo todo; así se había solicitado, y era posible que incluso apareciera. Lo barrieron todo a conciencia. Larcio dispuso el gastado mobiliario de madera como un ama de casa meticulosa. Colocaron un candil en el centro exacto de cada mesa. Regaron cuidadosamente la raquítica higuera. Limpiaron con agua el polvo del mosaico de Océano, que quedó resplandeciente.

Eso fue todo. Tiberio y yo despedimos a los hombres. Los veríamos al día siguiente, todos ataviados con ropas de celebración.

—¡Y dispuestos a beber!

Nosotros volvimos caminando despacio a la habitación alquilada para recoger nuestras pertenencias. Dromo, que añoraba su rutina doméstica, estaba tan impaciente por llegar a casa que lo apiló todo en su carretilla de mano y se fue, quejándose del peso. Tiberio le había recordado que al día siguiente podría hartarse de pastel hecho por el fabuloso cocinero de las clases altas, Genio.

—¿Sabe cocinar?

—No.

Cuando se hubo marchado, mi futuro marido y yo nos tumbamos en la pésima cama con la intención de esperar a que refrescara. Ambos estábamos preocupados, pensando demasiado en la empresa vital en la que íbamos a embarcarnos al día siguiente. Con un matrimonio a costas cada uno, y tras una década de espera para arriesgarnos a repetir, ninguno de los dos podía permitirse que este fracasara. No era necesario hablar de ello y, de todas formas, estábamos demasiado cansados.

Nos quedamos dormidos. Cuando nos despertamos, ya era de noche. Nos esperaban para la cena; para cuando llegáramos al Aventino, seguramente ya habría acabado. Nadie que nos conociera se sorprendería demasiado. Siempre que investigábamos un caso éramos impuntuales; aún no sabían que este último había fracasado y que había quedado exasperantemente incompleto.

Dejamos la habitación ordenada, cerramos y devolvimos la llave al propietario. Nos cruzamos con Menendra y un par de sus burros cargados con

sacos de grano. Era una entrega para la Cuatro Lapas; a la puerta de la taberna había un grupo de prostitutas macedonias que, a falta de clientes, estaban de cháchara con un músico que tocaba la pandereta.

Cuando abandonábamos las Diez Tiendas por última vez, pasamos por delante de la Hespérides. Al parecer, durante el transcurso de la tarde se había preparado todo, por lo que estaba ya abierta y en funcionamiento.

Al igual que el día en que inicié este informe, el Jardín de las Hespérides era una taberna típica, aunque bastante grande, situada en la esquina de una calle bulliciosa, con dos mostradores de mármol, cinco hornacinas para tinajas de comida, tres estantes llenos de jarras agrietadas, una lista de precios ilegible colgada en una pared desconchada y un desvaído fresco de mujeres desnudas que protegían sin éxito un manzano. Esta taberna tenía mozos que servían con gran lentitud y chicas guapas que hacían todo el trabajo. Arriba había una habitación que se usaba para citas; la pareja la llevabas tú mismo o podías pagar a alguien del personal.

Pocas cosas habían cambiado. Solo que se habían desenterrado unos cadáveres en el jardín y se habían identificado. Sin duda, los clientes habituales seguían incordiando a forasteros que podían invitarles a una ronda, hablándoles de la antigua tragedia. Seguro que seguían afirmando que uno de los cuerpos era el de una moza de taberna llamada Rufia.

No vimos si Macer había liberado al nuevo propietario y este se hallaba en el interior, asumiendo el papel que había elegido, tratando de convertirse en un personaje local. Sí vimos al matón extorsionista, Galo. Ambos mozos, Nipio y Natal, le estrecharon la mano con reverencia, como si fuera un personaje destacado. Él aceptó su saludo como un patricio y usó la abertura que había entre los mostradores para pasar al interior. Tal vez su intención era tomar algo en el jardín, bajo el cenador, junto a la fuente, observando el mosaico asimétrico del dios del mar. Seguramente no pensaría siquiera en la moza de taberna asesinada que había estado enterrada bajo su asiento, ni en sus cinco compañeros muertos.

Con el ánimo extrañamente apagado, Tiberio y yo emprendimos juntos el largo camino de vuelta a casa. Recorreríamos el Vicus Longus, pasando por

las Gallinas Blancas sin prestar atención a los burdeles; llegaríamos al Argileto, observaríamos a vendedores de rollos, zapateros y fabricantes de dientes postizos y pelucas que daban fama a la Subura, pero no nos detendríamos a ojear sus mercancías. Evitaríamos el foro Transitorio, que aún tenía una parte en obras, pero pasaríamos junto al foro de Augusto y el foro de César para salir al Foro principal, cerca del Rostra. Rodeando el Capitolio por la cara norte, llegaríamos al mercado de carne, donde contendríamos el aliento. Lo cruzaríamos rápidamente para alcanzar la puerta Trigémina y recorreríamos su elegante pórtico en el Dique de mármol antes de detenernos cerca del Emporio, a los pies del acantilado del Aventino, en casa de mis padres.

Tiberio me dejaría allí para ir a casa de su tío.

Se suponía que esa noche yo debía consagrar mi medallón a los dioses domésticos de la casa de mi padre (yo nunca había tenido un medallón; Falco jamás había tenido Lares). Debía abandonar todos los objetos de mi infancia. Dado que yo ya tenía catorce años cuando me adoptaron, tampoco me quedaban objetos infantiles.

Pasaría la última noche antes de la boda en el mismo pequeño dormitorio del último piso que había ocupado siendo adolescente, donde había escrito poemas de amor y había despotricado contra las injusticias del mundo. Según la tradición, debería soñar con el día que me aguardaba.

Yo, que soy una profesional de los pies a la cabeza, me limité a maldecir y a rumiar amargamente por no haber resuelto mi caso.

31 de agosto

El día antes de las calendas de septiembre
(pridie Cal. Sept.)

El día de la boda de
Tiberio Manlio Fausto y Flavia Albia

¡Llovía!

¿Quién piensa en una boda e imagina lluvia? La oí primero en medio de la noche, cuando una gran tormenta traspasó el cielo de parte a parte. La lluvia era tan intensa que la casa entera resonaba por la presión del agua recorriendo rápidamente los canalones exteriores. Sonaba como un inútil aparato del taller de Herón de Alejandría, el gran inventor de curiosidades mecánicas. La lluvia debía de inundar las calles, refrescando el aire con fuertes ráfagas. Me despertó incluso a mí, una novia que, seamos sinceros, por la noche había bebido con su madre demasiadas copitas de un fuerte licor. A menos que la lluvia parara, acabaría casándome bajo un temporal.

Podía ser un desastre. Demasiadas cosas en las que pensar, de modo que volví a dormirme.

Me despertaron de nuevo antes del amanecer. Unos pasos presurosos y unos susurros anunciaron a mis damas de honor, que venían en mi busca para mi primera tarea. Una novia debe levantarse en la oscuridad para recoger flores del jardín de sus padres. Con esas flores, la novia (¡yo no, oh, por favor!) debía tejer una guirnalda que colocaría sobre su peinado especial para sujetar el velo. También debían tejerse guirnaldas para el novio y para todas las niñas que quisieran tomar parte (ya me habían advertido de que serían numerosas, la mayoría de una edad de tres años, todas ellas bien conocidas por su historial de ponerse histéricas de la emoción). Además, debía haber un ramo de hierbas simbólicas: amor, honor, alegría, fidelidad, devoción, larga

vida, fertilidad y pureza. ¡Un potente atadillo de hierbas! La receta perfecta para el matrimonio.

En casa de mis padres no había jardín, de modo que me llevaron a la azotea y me sacaron de un empujón a la terraza, donde se habían colocado tiestos nuevos con hierbas junto a las habituales macetas de rosas.

—¡No le hemos hecho los seis tirabuzones!

—Va a empaparse ahí fuera. Ya le arreglaremos el pelo cuando vuelva a entrar.

Seguía lloviendo con fuerza, así que tuve que salir sola con las tijeras y la cesta. Un ululante vendaval barría la terraza; mis sandalias se hundieron en el agua que cubría el suelo. Mis damas se quedaron en la puerta de la azotea, instándome a darme prisa porque la lluvia las salpicaba. Rápidamente recogí unos cuantos puñados llenos de barro de lo que podían ser romero, mejorana, salvia, espliego y mirto... o unas ramitas cualesquiera, porque yo soy una chica de ciudad y me habían dejado sola en la oscuridad.

Por suerte, la costumbre dicta que a una novia hay que mimarla con un baño para ahuyentar el mal de ojo y hacer que huela bien. Podía vivir con el mal de ojo, que consideraba un alma gemela, pero necesitaba urgentemente un baño de agua caliente y perfumada. Mi madre, mis hermanas, la anciana tía de mi marido y unas cuantas esclavas curiosas me observaban, chismorreando.

La peluquera contratada se presentó muy puntual. Con el dinero que cobraba, a esa mujer no podía detenerla una lluvia torrencial. No se demoró conmigo, ya que mi peinado era el habitual de una novia: seis bucles trenzados, a los que se daba forma de punta de lanza con un peine, recogidos en alto como si fuera una virgen vestal, expertamente atados con cintas y sujetos en la coronilla. Esa parte fue dolorosa. El peinado tenía que mantenerse todo el día. Los alfileres eran largos y estaban firmemente clavados. Mujeres que habrían hecho bien en callarse un poco me dijeron que había que sufrir para cumplir con la tradición. Mi respuesta fue mordaz.

La *ornatrix* estaba empeñada en hacerme unos pequeños rizos alrededor de la cara. Yo me opuse, discutimos, y ella se fue a atender a mis impacientes hermanas y la tía Valeria, que iban a hacerse un complejo peinado imperial: un estúpido tocado de bucles diminutos dispuestos en corona sobre la frente.

Mientras tanto, yo me vestí con ayuda de mi madre, que se había peinado tranquilamente ella sola. Primero me puse una larga túnica blanca sin dobladillo, se suponía que tejida sin costuras en un anticuado telar vertical. La tela picaba, por supuesto. Luego el legendario velo de color azafrán de tía Maya, con la mustia guirnalda encasquetada encima. De los agujeros de polilla caía polvo de la tela como caspa. La túnica llegaba hasta el suelo, así que, cuando Helena se agachó para ponerme los zapatos teñidos de azafrán, no dejó de repetirme que la sujetara para no tropezar con el bajo.

—No te encorves; ponte derecha. Ya no tienes catorce años.

Finalmente, un cinto de lana, que mi madre ató con un nudo de Hércules. Solo mi marido podía desatarlo. Helena hizo bien el nudo; no lo necesitaba, pero padre le había dibujado un diagrama.

El velo de color azafrán pretende ser un símbolo de sumisión al marido. Todas nos reímos a carcajadas.

Me ordenaron no ponerme joyas. En teoría la única excepción había de ser el anillo de compromiso. Mi futuro marido no me había proporcionado ninguno, así que me puse la vieja alianza que usaba como informante para parecer una viuda respetable (Léntulo y yo no habíamos celebrado una boda formal). No quería pasar todo aquel estresante día sin algo de brillo para animarlo.

Me pusieron el mojado ramo en las manos. Me llevaron abajo, donde mis hermanas se habían pasado horas decorando la entrada con alfombras orientales del almacén de antigüedades, ramas de árbol, hiedra y guedejas de lana. Un joven esclavo atrapaba los insectos que salían reptando de la hiedra. Tanto Julia como Favonia tenían una vena artística. Se podía pensar que era la casa de un loco o que se iba a celebrar en ella una boda.

Llegó Tiberio. Con toga y después de pasar por el barbero, su aspecto era el de un hombre con el que valía la pena casarse. Parecía cansado, pero seguramente tenía resaca después de pasar una velada aguantando a su familia. Vino solo; todos los demás consideraron que podían saltarse la ceremonia del augur y reunirse con nosotros después. Le di su guirnalda, que él se puso con nerviosismo. Intercambiamos una mirada de complicidad. Su

tía Valeria apareció procedente de la cocina con su cuenco de gachas de avena.

Debíamos solicitar la aprobación de los dioses, y los augurios que confirmaran el favor divino que debían obtenerse antes de la salida del sol. ¿Qué idiota había inventado eso? No se hace siempre, pero las organizadoras de mi boda eran tradicionales.

En aquel momento se produjo un desgraciado altercado. Nadie le había dicho a mi tío, el viejo maestro de la pomposidad Gayo Bebio, que no podía dirigir el sacrificio.

—¡Qué falta de consideración! —musitó la tía Valeria, deleitándose en la crítica—. El pobre hombre se ha traído incluso su propio cerdo. —El enclenque animal tenía una expresión extraña en los ojos.

Gayo Bebio decidió realizar el sacrificio de todas formas. Su esposa, la estirada hermana de mi padre, Junia, y su hijo Junilo lo acompañaban para ayudarlo, de modo que tuvieron que observar cómo se colocaba el velo sobre la calva y empuñaba el cuchillo para sacrificar al animal, al tiempo que intentaba evitar que el velo se le cayera. El cerdo le dirigió una mirada y se dio a la fuga justo cuando llegaban los demás invitados; se agolpaban en la puerta principal y entraban con capas chorreando agua, lo que permitió al frenético cerdito salir corriendo.

Al instante Gayo Bebio se lanzó en pos del fugitivo y echó a correr por el Dique de mármol, blandiendo su cuchillo de carnicero sin usar y llorando de frustración. No le aliviaría que atrapara al cerdo, ya que había quedado profanado por su escasa disposición al sacrificio. Tendría que volver a empezar con otro animal. El mercado de carne aún no había abierto.

Junia fingió que Gayo Bebio no era su marido. El dulce Junilo vaciló, luego salió corriendo, solícito, y siguió a su padre por el muelle bajo la tormenta.

Todos los demás se quedaron en el vestíbulo procurando no mencionar en voz alta que el cerdo a la fuga era un mal presagio. Por suerte aparecieron mis victimarios profesionales, conduciendo cariñosamente a *Nieve*, la oveja que yo había solicitado. Adornada con una corona y cintas doradas, el animal se dejó conducir muy obedientemente y luego soltó un adorable balido. Los victimarios habían traído su propio altar portátil, sobre el cual ofrendarían la

oveja a los dioses.

Tiberio y yo nos metimos en una habitación lateral antes de nuestra entrada oficial. Favonia asomó la cabeza al interior.

—¡Mierda, Albia! Eres genial, hermana. ¡Son taaaaaan guapos!

Los tres guapos expertos, descalzos, con largas faldas sujetas por anchos fajines y sus divinos pectorales al aire, cumplieron con su deber sin un solo fallo. Me asomé para asegurarme de que valían el dinero que les pagaba, mientras Tiberio examinaba altivamente un estante lleno de jarrones griegos.

Todos estaban perfectos. Paso, mi hermoso victimario, condujo suavemente a la oveja, murmurándole para mantenerla contenta. Víctor, mi musculoso popa, sacó enseguida su mazo y la aturdió con él. Erasto, mi *cultrarius*, había participado en una pelea, según me habían contado los travestidos del Sapo Marrón, pero debía de haber disimulado hábilmente las lesiones, porque no se notaban. Rajó la garganta de *Nieve* de un enérgico tajo, disfrutando con su labor; con destreza recogió la sangre en un cuenco especial de bronce, para que no salpicara el mosaico del vestíbulo, y luego abrió el vientre para que fuera inspeccionado.

Con los tipos musculosos había llegado también un anciano que parecía un vagabundo. Imaginaba a la gente pensando: «Ese bufón de Falco ha vuelto a ceder y ha aceptado a indigentes para que tomen una buena comida en la boda de su hija.» Sin embargo, era el augur. Estaberio era un viejo acabado con juanetes que, además, olía mal. Inspeccionó las entrañas de la oveja detenidamente, luego dijo con voz temblorosa:

—¡Los dioses aprueban esta unión. Veo felicidad en el hogar y en el lecho matrimonial!

Tiberio se acercó por detrás de mí a grandes zancadas y asomó también la cabeza.

—¡Y nada de insolencia! —exclamó. El anciano añadió con nerviosismo la profecía solicitada. Tiberio y yo hicimos entonces nuestra presentación formal y fuimos recibidos con corteses aplausos.

Julia Junila, la maestra de ceremonias, leyó una lista.

—Invocamos la presencia de los dioses: Jano, dios de las puertas, los comienzos y los finales; Juno Pronuba, protectora del matrimonio; Júpiter, el dios padre; la madre Tierra, e Himeneo, dios de las ceremonias

matrimoniales.

—Oh, cielos, no hemos comprado suficiente comida para tantas personas —bromeó mi madre.

—Ahora nuestra novia —prosiguió Julia Junila— será entregada por una matrona que solo se haya casado una vez y cuyo marido aún viva.

—Y ofrecerá unos adecuados consejos —añadió Favonia, en tono aparentemente irónico.

Helena se acercó a mí. De repente su hermano, mi tío Camilo Justino, exclamó en voz alta:

—¡No cumples con las normas, hermana! —Bueno, así era mi madre—. ¡Detente! ¡Helena Justina se ha casado dos veces! ¿Es que nadie lo recuerda? Antes de contraer matrimonio con Falco, se casó con aquel idiota conspirador.

Madre fulminó a Justino con la mirada, pero dio un paso atrás.

—¡No mencionéis las conspiraciones! —siseó alguien. Demasiado tarde. Todo el mundo que no lo sabía había empezado a preguntar.

En nuestra familia no faltan las mujeres independientes. Claudia Rufina dio un paso al frente, presentándose voluntaria como sustituta. Era la esposa de Justino, pero su matrimonio era inestable; a Claudia le encantaban las bodas, en las que solía encerrarse en una habitación para llorar a lágrima viva, mientras el tío Quinto susurraba sus súplicas al otro lado de la puerta.

—Soy mujer de un solo hombre —afirmó—. ¡Las novias extranjeras tenemos que mantenernos unidas, Albia!

Claudia Rufina me entregó entonces con tan experimentado estilo que me pregunté si no se debería todo a una conspiración entre ella y mi tío. Claudia juntó la mano derecha de Tiberio y la mía, que el augur ató juntas con lana. Por eso sé que Estaberio olía. Al menos Claudia desprendía un leve olor a algo aromático, un regalo sin duda tras una furiosa pelea con Justino.

—Tiberio Manlio y Flavia Albia han decidido expresar sus promesas en silencio, al antiguo estilo —anunció Julia. Era la primera noticia que teníamos, pero a mis padres les había ido bien, así que clavé la vista en los grises ojos de mi prometido e hice ciertas promesas secretas, mientras él me devolvía la mirada con expresión más seria, aunque yo sabía cómo interpretarla.

—Por Júpiter, Juno y todos los dioses, yo, Tiberio Manlio Fausto, declaro que consiento de buen grado en tomar a esta mujer como esposa —dijo Tiberio con voz firme.

Yo fingí pensármelo mejor antes de aceptar en voz baja.

—Por Júpiter, Juno y todos los dioses y diosas, yo, Flavia Albia, juro que doy mi consentimiento de buen grado para aceptar a este hombre como mi marido.

Intercambiamos anillos. Nos besamos. Mi madre, Claudia y las damas de honor me besaron. Y a él. Tuve que tirar de ellas para apartarlas.

No pudimos escapar de la parafernalia. Estaberio sacó una balanza con un pequeño peso en uno de los platillos; Tiberio colocó monedas en el otro platillo hasta equilibrar la balanza. Yo dije que esperaba que eso demostrara que sería un marido justo. Mi padre le ofreció una moneda de cobre como dote simbólica. Como muchos otros padres en esta situación, Falco se regodeó con la solitaria moneda de escaso valor, como indicándonos que no esperaríamos nada más. No obstante, siguiendo instrucciones de Julia, padre me entregó otra moneda para que la sujetara con la mano y una segunda en una bolsa, y colocó una tercera en mi zapato derecho, haciéndome cosquillas a propósito. Comenté que era tanto como lo que solía darnos a sus hijas cuando salíamos de noche a alguna fiesta... una suma bastante tacaña para regresar a casa.

Falco bromeó diciendo que esta vez sería mejor que no regresara, y luego hizo una ofrenda en el altar delante de unos dioses Lares, dejando un juguete al lado. Yo no había visto ese juguete jamás; me fijé en un pequeño sobrino que empezaba a llorar. Mi madre mostró con teatralidad una rueca y un huso, que me entregó (símbolos de la vida doméstica... aunque no en casa de mi madre, ni en la mía). Otro préstamo. Lo mismo podía decirse de los dioses domésticos, algo desprestigiados. Aquel Lar y su disparejo Penates, bailando con sus cuernos de la abundancia, tenían pinta de ser el producto de un robo con violencia.

Los consejos de Claudia fueron los siguientes:

—Tu dote te pertenece a ti, no permitas que él empiece a «administrarla»; cuando tengáis hijos, insiste siempre en que él esté en casa cada día a la hora del baño; sé el sereno centro del torbellino en el hogar.

Alguien preguntó qué sabias palabras se ofrecerían al novio, así que mi padre ordenó a Tiberio que me tratara bien si no quería que mandara que le cortaran la cabeza. Era la primera boda formal de una hija; estaba muy emocionado.

A continuación se celebró el banquete.

A Tiberio y a mí nos obligaron a ocupar los asientos de honor, dos sillas cubiertas por una única piel de oveja, con la salvedad de que como las pieles tienden a apestar, Julia y Favonia la habían sustituido por una manta de lana. Llegaron más invitados, atraídos por la promesa de un festín a pesar de la tormenta. Se acercaron con regalos, algunos de los cuales ni siquiera eran de segunda mano, y nos saludaron. Había más tías y tíos de los que yo podía ubicar en nuestro árbol familiar, algunos con hijos a los que no había visto en mi vida. Si un bebé lloraba, montones de mujeres rivalizaban por acunarlo hasta dormirlo.

También había llegado la hermana de Tiberio con la familia, y el tío Tulio se estaba portando bien; había decidido pensar en la boda como en una reunión de negocios donde debía mostrarse pragmático e inteligente para lograr un difícil acuerdo. Pronto los tres sobrinos de Tiberio encontraron ramas de los adornos que podían usar como lanzas y empezaron a corretear por todas partes, persiguiendo a las pequeñas damas de honor de tres años. Después de un exceso de chillidos, las niñas acabaron vomitándose encima, así que riñeron a los críos, que a su vez acabaron derramando amargas lágrimas. Por razones que no tenían nada que ver, Fania y Antistio no participaron en aquel revuelo, aunque se les oyó manteniendo una violenta discusión; luego desaparecieron por separado, hasta que Fania reapareció sollozando y le dijo a Tiberio que era terriblemente desgraciada y que quería dejar a su marido. Algunas de las mujeres se abalanzaron sobre ella y se la llevaron para consolarla, solo la tía Maya le recriminó su actitud.

—¡Si quieres dejarlo, déjalo, mujer! ¡Pero no le arruines la boda a tu hermano!

Los hombres comentaron sensatamente entre ellos que debían moderarse en la comida y la bebida... antes de empezar a probar ánforas de vino a toda

velocidad. Las pequeñas damas de honor empezaron a corretear desnudas mientras se lavaban y secaban sus ropas. Tía Valeria anunció tres veces que iba a echarse un rato, sin conseguir despertar el menor interés.

Yo tuve un inesperado encuentro con Camilo Eliano, el hermano mayor de mi madre. Años atrás, me había enamorado locamente de Aulo, lo que al final había acabado rompiéndome el corazón; habíamos hablado muy pocas veces desde entonces. Hosidia Melina y él se habían divorciado y ambos se habían vuelto a casar con otras personas, sin embargo, había traído a Melina a mi boda.

Ahora me daba cuenta de que Aulo Camilo era un hombre difícil, taciturno y malhumorado; la vida a su lado habría sido un desastre, por no mencionar que, siendo mi tío, la ley lo prohibía. Se había comportado como un cabrón con una chica muy joven que necesitaba sentirse segura, pero era el día de mi boda, así que me relajé. Todas las novias quieren que otras mujeres sufran su mismo destino.

—Aulo Camilo, Melina y tú parecéis más unidos y mejor que nunca. El entrometido de su padre ha muerto. —Aunque bebía como una esponja, Minas de Karistos no había logrado ahogarse en alcohol, sino que se había caído de una escalera durante unas Saturnales. Todos creíamos que había perdido el equilibrio al estar sobrio por primera vez en su vida—. ¿Por qué no volvéis a casaros Melina y tú?

Aulo era uno de los abogados más inteligentes que honraba la basílica con su presencia y, sin embargo, no se le había ocurrido. Lo dejé sopesando la posibilidad. Mi madre estaría orgullosa de mí.

No dejaban de servir comida, que era exquisita. Teníamos que prolongar el banquete durante todo el día para que la procesión nupcial se hiciera al caer la noche. El cocinero de moda, Genio, no tenía que afanarse en la cocina, de modo que deambulaba por entre los invitados dándose aires, para comprobar cuánto disfrutaban todos de los maravillosos platos de sus ayudantes. Me acerqué para darle las gracias por su pericia. Supervisar es un trabajo muy duro.

—¿Puedo hacerte una pregunta sobre comida, Genio?

—Eres la novia, pregunta lo que quieras.

—Las lentejas egipcias... ¿son las mejores del mundo?

—Muy apreciadas. Muy buscadas.

—¿Y de precio muy elevado, que poca gente en Roma estaría dispuesta a pagar? ¿Los mercaderes de lentejas ganarían un dineral, o necesitarían otras fuentes de ingresos?

—Estás en lo cierto, Flavia Albia. Hay un mercado muy limitado para las lentejas de primera calidad. Los proveedores tendrían que diversificar el negocio comerciando también con otras legumbres, o dedicándose a algo completamente distinto.

—Gracias, Genio, eres un genio.

—Eso me dicen a menudo —replicó él con modestia.

Antes de volver a sentarme junto a mi marido, inspeccioné las mesas de comida. Algunos de los platos no eran el fruto de la refinada habilidad de cocineros de moda, sino que los habían traído algunos invitados. Tía Junia nos ofrecía sus famosas albóndigas, esferas incomibles que deberían estar circunscritas a un arsenal militar. Sin embargo, unos entusiastas invitados rebañaban un caldero tratando de hacerse con un plato de lo que me pareció reconocer como uno de los estofados campesinos de Prisca. Era tan larga la cola, que Genio se acercó y pidió la receta.

Katutis, el secretario de mi padre, que aún estaba lo bastante sobrio como para poder repasar su lista, dijo que el caldero lo habían entregado como regalo de boda. Sacó una de las notas que guardaba diligentemente para que después yo enviara cartas de agradecimiento.

La nota nos deseaba larga vida y felicidad. Cuando le di la vuelta, leí una interesante noticia. «Gavio ha muerto. Abrió la puerta porque era su primo. No puedo tolerarlo, pero no debo decir quién era. De una abuela con el corazón roto. PS: Rufia se encontrará contigo en el templo de Vespasiano y Tito una hora después del mediodía. Le he contado lo de la boda, pero dice que se vuelve a casa hoy mismo.»

¿Qué?

La información no me servía de nada. Obviamente, no podía asistir a la cita. Rufia estaba en el Viminal y yo en el Aventino. Está muy bien ser profesional, como era yo siempre... pero aquel era el único día de mi vida de

informante en el que debía dejar de lado el trabajo. Tenía que quedarme en el asiento cubierto por una colcha de lana, junto a mi nuevo y devoto marido, sonriendo...

No. Sí que fui. La hora de la cita había pasado ya, pero me arriesgué. Yo, Flavia Albia, la novia, dejé un mensaje que nadie descubriría hasta pasado el rato y abandoné mis propios esponsales.

¿Qué me impulsó a hacerlo? De pronto había descubierto que me lo estaba pasando bien en la celebración. Me sentía cómoda con Tiberio. Veía a mis allegados, reunidos todos para festejar nuestra felicidad. Era el centro de atención, aunque me sentía extrañamente aislada de nuestros invitados.

Llovía a cántaros. Pronto quedaría empapada. Antes de irme me quité el velo de color azafrán y sustituí los zapatos de boda por otros más recios. Robé la capa impermeable de algún invitado. Tenía capucha, como la de un dios céltico, así que seguramente pertenecía al tío Petro, quien, al igual que Falco, se consideraba un experto en esos temas. Lo había vislumbrado antes con mi hermano Póstumo, ocupándose del fuego del altar: trabajo de hombres.

Dejé a toda la familia en casa, en la parte baja del Dique de mármol, y caminé presurosa, con la cabeza gacha, por entre los monumentales edificios que se alzaban al pie del Capitolio. Pronto rodeé los foros para iniciar el ascenso del Argileto. Había poca gente a causa del mal tiempo. Las calles eran transitables, aunque en el Foro, incluso sus excelentes desagües etruscos estaban inundados, así que tuve que salvar grandes charcos saltando. El Argileto y el Vicus Longus eran cuesta arriba y tuve que luchar contra los torrentes de agua que inundaban incluso las aceras.

Mientras caminaba, repasé mentalmente mi lista de preguntas. La preparación es la clave para una buena entrevista.

Domiciano había mandado construir el templo de Vespasiano y Tito como

mausoleo y santuario de su familia. La familia Flavia, que no se había distinguido en nada, necesitaba reconocimiento. Sin embargo, para entonces ya contaban con dos emperadores deificados, además de varios parientes insignificantes a los que se había premiado con la divinidad por orden de Domiciano, y con su sobrina Julia, a la que, según se rumoreaba, Domiciano había forzado sexualmente. Las cenizas de la pobre Julia estaban allí, junto con las urnas de su padre, su hermano y un hijo pequeño que había tenido la suerte de morir antes que su paranoico progenitor. Si aquel diablillo hubiera vivido, lo más probable es que Domiciano se habría vuelto en su contra.

Debido al mal tiempo, el templo no podía cumplir su objetivo, que era ser admirado. Aliviada al ver una silla de manos esperando, lo que podía significar que Rufia seguía allí, atravesé rápidamente un amplio recinto cuadrado y pasé bajo un arco para entrar en otro recinto que contenía un bello y grandioso templo en mármol pentélico blanco, rodeado de cipreses desperdigados. Era muy alto. Una enorme estatua del difunto emperador Tito intentaba desmentir los celos paranoicos que le tenía Domiciano. También había una estatua de Vespasiano, cuya casa había ocupado aquel terreno en otro tiempo, cerca de la de su hermano Sabino, donde había nacido Domiciano en un cuarto interior, cuando Vespasiano no era más que un pariente pobre. Básicamente, el templo de la familia Flavia se había erigido para ensalzar el lugar donde había nacido el propio Domiciano.

A mí solo me importaba que podría resguardarme en su interior.

En cuanto llegué, la lluvia cesó de pronto. ¡Gracias Júpiter Pluvius y benévolo Tempestates!

No había asistentes; todos los esclavos del templo debían de haberse puesto a cubierto. Me sacudí la ropa en el umbral, justo cuando Rufia se disponía a marcharse.

—¡Llegas tarde!

—¡Ahora estoy aquí! Ya puedes dar gracias. He abandonado mi boda por ti. —Al echar la capucha de la capa prestada hacia atrás, los seis bucles, atados aún en un ridículo moño con sus cintas ya empapadas, corroboraron mis palabras.

—Por eso he esperado. Empieza, pues.

Sus modales eran tan ariscos como esperaba, aunque se calmó rápidamente. Por lo que había oído decir de ella, no me sorprendió que Rufia sintiera un reticente respeto por las personas que le hacían frente. Debían de haber sido muy pocas. Era anciana, estaba gravemente incapacitada, y los bastones a duras penas la ayudaban a sostener su robusto cuerpo. Su rostro, que nunca había sido hermoso, delataba su avanzada edad. Sus ralos cabellos grises estaban sujetos con un pasador de hueso como el que yo recordaba haber visto en su antigua habitación; llevaba el brazalete de plata que Annina me había dicho que se ponía todos los días; tenía los pies pequeños.

No tomé notas. De todas formas, ella no lo habría permitido. Sin perder el tiempo en palabras corteses, empecé haciendo un claro resumen de lo que quería: ¿qué había ocurrido aquella noche fatídica en la Hespérides, quién lo había hecho y por qué? ¿Y por qué había desaparecido la propia Rufia, dejando que el mundo creyera que había sido asesinada?

—Te contaré lo que ocurrió para que te retires y dejes de husmear.

Así que por eso había accedido a hablar conmigo. Pero sería yo quien decidiera si debía parar o no, porque mi intención era encontrar a los asesinos.

Nos hallábamos en la elegante cripta del mausoleo Flavio, bajo la mirada de los enormes bustos de aquella ambiciosa familia. Rufia apoyaba la espalda en una pared para sostenerse. Yo permanecía frente a ella, consciente de que podía utilizar sus bastones como armas. Si me agredía, yo estaba demasiado mojada y entumecida, y demasiado sumida en mi sentimiento de culpa por haber abandonado la boda, como para oponer resistencia.

—Rufia, sé que los seis cuerpos hallados son de Rodina y de unos mercaderes egipcios. También sé, y tengo un testigo que lo confirma, que el viejo Tales planeó los asesinatos.

—Ese no habría podido organizar ni un concurso de meados.

—¿Pero podía llevar las apuestas! —repliqué—. De modo que, ¿fue él?

—Él fue el único culpable de las muertes.

—Eso pensaba que dirías. ¿Qué ocurrió? Háblame de los egipcios.

—No sabes si eran ellos —señaló ella, tanteando.

—Sí, lo sé. Procedían de Alejandría, vendían lentejas: Julio Ptolomeo, el

jefe, que tenía una pierna lisiada, y luego Pilades, Isidoriano, Hermógenes y Cesarión.

Rufia resopló.

—¡Eres competente! Eso es más de lo que yo llegué a averiguar.

—¿Por qué los mataron? ¡No creo que fuera por las legumbres!

La anciana se encogió de hombros.

—En parte. Yo llevaba un pequeño negocio de altramuces, vendía alubias y granos a todas las tabernas. Enseñé el oficio a Menendra, que ahora dirige este comercio. Se gana un buen dinero. El viejo Tales nunca lo comprendió, estaba demasiado enfrascado en sus sucios intereses.

—¿Intentaba Ptolomeo meterse en tu terreno? Aquellos egipcios vendían una mercancía muy cara, para un mercado muy limitado. ¿Querían expandir su negocio y suministrar género más corriente a las tabernas?

De nuevo mi interlocutora me lanzó una mirada admirativa.

—Sí, era lo que pensaban hacer... y yo estaba dispuesta a impedirselo. Me iba bien. Era una mujer rica, estaba enseñando a Menendra a hacer todo el trabajo por mí. ¡No está mal para una antigua esclava iliria! Esos tipos podrían haber elegido cualquier otro lugar, yo no podía permitir que me hicieran perder unos valiosos ingresos.

—Así que decidiste eliminarlos... ¿para impedir que invadieran tu territorio?

—No, los liquidó Tales. Yo soy inocente. —Estas palabras suelen indicar culpabilidad—. Para él la amenaza era mayor. En realidad, los mercaderes no habían ido a la taberna a vender grano. Fueron a apostar. Era el año del anfiteatro. Esos egipcios habían estado allí, intentando jugar en las carreras, pero no lo habían conseguido. Conocieron a alguien de por aquí que les habló de las fantásticas veladas en la Hespérides, sin problemas con las autoridades. Apuestas más altas y más actividad, y todo en un local agradable con una atmósfera animada. —Se notaba que Rufia estaba orgullosa de los servicios que prestaban—. Solo se podía participar con invitación previa; alguien tenía que presentarte a Tales, para que comprobara que era seguro y que había buenas perspectivas. No solo que no irían con el cuento a las autoridades, sino que tenían dinero en abundancia para gastar.

Asentí. Eso era lo habitual.

—No se podía llamar a la puerta y entrar sin más.

Rufia era de esos narradores que siguen recalcando sus argumentos, aunque los hayas comprendido desde el principio.

—Solo con invitación. Entiendo.

—¡Chica lista! —se mofó ella—. Pero no has averiguado por qué Tales se cargó a esos egipcios, ¿verdad? Fue por las apuestas. En realidad no las dirigía él. Ya te lo he dicho, era un inútil; se encargaba de todo un hombre al que conocía, Rabirio.

—El jefe del crimen organizado.

—¡Ah, has trabajado bien!

—Sé que Rabirio y Galo dirigen un negocio de extorsión. ¿Así que también andan metidos en las apuestas? ¡Qué sorpresa! ¿Mataron ellos a los egipcios?

—No eran tan estúpidos. A Rabirio le caían bien los egipcios. Lo único que hizo Galo fue enviar después a unos hombres de confianza para que cavaran las tumbas.

—¿Y por qué quería Tales ver muertos a los egipcios?

—Porque se habían dado cuenta de la mina de oro que teníamos entre manos. Se conchabaron con el viejo Rabirio, ese demonio tramposo, para adueñarse del negocio. A Tales lo habrían apartado por completo. Pero en esa época, el tal Galo apenas empezaba a hacerse fuerte, así que convenció a Tales para que se aliara con él. Liquidarían a los egipcios, ganando a Rabirio por la mano, de modo que Galo pudiera empezar a crear su base de poder. Intentaba desbancar a su jefe. Pero de los egipcios tenía que encargarse Tales, para impedir que Rabirio se enterara de que Galo estaba detrás de todo. No tenía agallas para echar a Rabirio él mismo, al menos de momento, así que fingía serle leal.

—Entiendo —dije—. Rabirio pretendía traicionar alegremente a su viejo amigo Tales. Galo se presentó entonces, a espaldas de su jefe, le contó a Tales que estaba siendo engañado y se ofreció para ayudarlo. Pero Tales debía encontrar a alguien que cometiera los asesinatos; tenía que matar a los egipcios en su taberna y correr con todos los riesgos.

—¡Galo es muy listo, sabe manipular a la gente! —exclamó Rufia en tono burlón—. Y Tales era un idiota. Al final, Galo prácticamente no tuvo que

hacer nada.

—¿Y a quién encargó Tales los asesinatos?

—Eso no lo sé. —Debía de estar mintiendo, pero supuse que nunca lo admitiría. Era tan dura como afirmaba todo el mundo. Había pasado diez años evitando cualquier represalia por lo ocurrido aquella noche en la Hespérides; no iba a perderlo todo ahora con una confesión.

—De acuerdo, cambiemos de tema. ¿Cómo convenció Tales a los asesinos?

—Con dinero, naturalmente.

—¡Ah, qué otra cosa, si no! Entiendo por qué querían matar a los egipcios, pero ¿por qué a Rodina?

Rufia escupió en el suelo.

—Esa zorra estúpida. ¡Por Juno, cómo la detestaba! Esas chicas que adulan a los hombres para que las mantengan... La verdad es que se hacía demasiadas ilusiones. Tales no estaba en absoluto dispuesto a compartir su dinero. Y si lo hubiera estado, no nos engañemos, lo habría pescado yo misma. Era despreciable, desde luego, pero el dinero lo habría hecho más soportable.

—Te habías ganado tu parte. —Quería demostrarle que comprendía su situación—. Pasaste años dirigiendo esa taberna en su nombre, porque él era un incapaz. Pero nunca reconoció tus méritos. Nunca fuiste más que una moza de taberna.

Ella lo admitió a regañadientes.

—Y a Rodina le habría sucedido exactamente lo mismo, pero la muy tonta no se daba cuenta. Sigamos. Así que esos hombres se presentaron en la Hespérides, pensando que era noche de apuestas. Tales les dijo que los demás aún no habían llegado, de modo que, mientras esperaban a que la cosa se animara, los emborrachó y ordenó a Rodina que los distrajera. Los muchachos entraron...

—¿Esos muchachos cuyos nombres desconoces?

—Los mismos.

—¿No los reconociste?

—Pues no. —Una mentira descarada.

—¿Cómo mataron a los egipcios?

—Les rajaron la garganta. Con rapidez y destreza. Se cargaron a dos antes de que Rodina, la muy idiota, empezara a chillar al ver la sangre. Los demás estaban alegres y farfullaban, pero se dieron cuenta de lo que ocurría; uno de ellos la agarró. Rodina se movía despacio, era un peso muerto cuando estaba embarazada. El tipo le rompió el cuello, así que uno de los muchachos se lo rompió a él, y luego acabaron con los otros en cuestión de segundos. Todo muy profesional. Colocamos los cuerpos en fila, listos para ser enterrados. Eso es todo.

—No, no todo. ¿Qué me dices de ti, Rufia, de tu desaparición?

—Tales no lo sabía, pero yo ya tenía planeado marcharme. Lo que ocurrió aquella noche, bueno, podía soportarlo, tengo estómago para eso y más, pero fue la gota que colmó el vaso. Le dije que había juntado unos buenos ahorros, que pensaba largarme y empezar una nueva vida con ese dinero, y que si quería evitar problemas me dejaría marchar. Él se sorprendió mucho. Bueno, no sabía que, además de las propinas y de lo que conseguía con los altramuces, había sacado dinero de su caja en el banco; eso lo descubriría más adelante. Le aseguré que jamás regresaría para molestarlo, siempre que él colaborara conmigo. Era tan débil y patético que accedió. Para ser justos, siempre cumplió con su parte del trato.

—¿Adivino que fue sugerencia tuya lo de decapitar a Rodina?

—Por supuesto. ¡Rápido y profesional! De ese modo, si se llegaban a descubrir los cuerpos, nadie se daría cuenta de que ese cadáver no era el mío.

—¿Por qué fingiste que habías muerto?

—Oh... solo porque no quería que hubiera líos después.

Ella nunca admitiría la verdad, pero yo estaba convencida de que seguramente su participación en los crímenes había sido mayor de lo que afirmaba. Era evidente que, la moza necesitaba huir. De lo contrario, la gente la habría acusado de los crímenes. Si, a pesar de haberlo negado, en realidad sabía quiénes eran «los muchachos», ellos también debían de conocerla. Me pregunté si no habría sido Rufia en realidad, y no Tales, quién había organizado la matanza.

—También les sugerí que cortaran esa pierna retorcida que tenía uno de ellos, por la misma razón —prosiguió ella—. Por si acaso venía alguien buscando a los egipcios. Y le dije a Tales que les quitara las ropas y se

deshiciera de ellas.

Le conté que habían cortado la pierna equivocada, a lo que replicó que era típico de los hombres. Seguramente había sido el propio Tales. Siempre había sido un idiota.

—Bien, Flavia Albia, ¿eso era todo lo que querías saber?

Tenía unas cuantas cuestiones más, así que empecé a acribillarla a preguntas. Yo estaba empapada y tenía mucho frío, y estaba claro que las enfermas articulaciones de Rufia no soportarían su peso mucho más tiempo. Teníamos que acabar. ¡Por Juno, debía regresar a la boda!

Abordé los acontecimientos más recientes. ¿Quién había destrozado la obra de la taberna y quién había atacado a Gavio? ¿Quién lo había matado, de hecho, tal como me había informado el mensaje de la abuela? Rufia afirmó no saber nada de todo eso.

¿Qué habían hecho con la cabeza de Rodina? Se la había llevado Rufia. No le había dicho a nadie qué hizo con ella; por eso Menendra, que seguía siendo su aliada, había ido a registrar su antigua habitación, por si la había escondido allí.

—Bueno, ¿y qué hiciste con ella?

—La envié a una granja. Los cerdos se la comieron. No podíamos llevar los cuerpos, eran demasiados para trasladarlos. La gente se habría dado cuenta. Podrían haber detenido el carro que los transportara para inspeccionarlo.

—Alguien trató de forzar la entrada. ¿También fue Menendra?

—No, sus hombres recelaban, así que se lo pidió a otra gente, pero metieron la pata. Después regresé y le dije que no tenía por qué preocuparse.

—¿Quién te contó que habíamos encontrado los huesos y te hizo volver? ¿Fue Liberal?

Ella lanzó otro escupitajo.

—¡Otro idiota!

—Por lo visto la taberna los atrae... ¿Qué pasó con los hijos de Rodina? Rufia admitió que se los había llevado ella.

—Han crecido estupendamente. Mi chico es contable de los ricos; la chica es música. Respetable, no se quita la ropa ni se va con los clientes. Podría haber ganado un premio en los Juegos de Neápolis, si aún se celebraran —

aseguró, recordando los festivales que se habían interrumpido después de la erupción del Vesubio—. Por supuesto, ahora está en esa edad en que se vuelven locas por los chicos. Les he dado una buena vida, Flavia Albia. Los he compensado por todo.

—¿Te fuiste a Neápolis, entonces? —deduje.

Admitió que se había instalado allí en una discreta propiedad; llevaba un grupo de prostitutas del más alto nivel, destinadas a los hombres más ricos de las exclusivas villas de la bahía en sus fiestas. Prostitutas de lujo.

—Limpias. Bien arregladas. De modales encantadores. Servicios refinados.

—Y supongo que se te da bien.

—No podría irme mejor. Me adoran. Cuido muy bien de ellas.

Sí, así era la Rufia de la que había oído hablar.

Consideré la posibilidad de arrestarla..., pero me habría resultado difícil hacerlo sola. Ella observó cómo sopesaba mis opciones y se burló de mi impotencia.

—Yo no hice nada. No maté a nadie. Lo único que podrás decir contra mí es que sabía la verdad, pero no denuncié lo que había visto. Yo lo negaré.

De todas formas, yo se lo habría contado todo a los vigiles, pero ella había empleado su última baza: se había convertido en una buena madre de dos jóvenes cuyas vidas quedarían arruinadas si la perdían. Eran aún demasiado jóvenes para sobrevivir por sí solos de un modo respetable. Serían huérfanos, a merced de un mundo sórdido. ¿Conocía Rufia mi propia historia? Era posible, si había hablado con las macedonias, a las que yo había mencionado mi horrible infancia. No podía desearle ese destino a nadie, en especial a quienes tenían la oportunidad de llevar una vida normal, como la había tenido yo.

Creo que, en efecto, Rufia lo sabía, y al final debió de verlo escrito en mi cara. El día de mi boda, con mi corazón lleno de gratitud hacia Falco y Helena, que me habían ofrecido una segunda oportunidad en la vida, el bienestar de los inocentes hijos de Rodina era más importante incluso que obtener justicia para los muertos. Yo, personalmente, no emprendería

ninguna acción contra Rufia.

Habíamos terminado. Acepté que eso era todo lo que llegaría a descubrir.

Atravesamos juntas el pórtico decástilo para pasar de un recinto al otro, donde ahora había otra silla de manos junto a la de Rufia. El pobre Tiberio debía de haber leído mi mensaje y me había enviado un medio de transporte para que regresara junto a él.

Nos despedimos. Mis porteadores corrían chapoteando y maldiciendo por las mojadas calles desiertas, mientras yo, en la intimidad de la silla de manos, me entregaba a antiguos pesares y lloraba.

La gente había empezado a congregarse ya ante la casa. A todo el mundo le encanta una procesión a la luz de las antorchas, aderezada con bromas y canciones obscenas. Me alegré de ver una pequeña multitud a pesar del mal tiempo. Nuestra idea era precisamente que la boda se hiciera notar en el Aventino. No llovía, pero el cielo seguía muy encapotado y se oían truenos lejanos sobre el Tíber, río arriba.

Me apresuré a entrar. Volé escaleras arriba. Tiberio entró con una copa de vino en la mano mientras me estaba secando lo mejor posible para volver a vestir mi atuendo de novia.

—Tiberio Manlio, amor mío, pareces un hombre desesperado al que ha abandonado su mujer.

—El día de su boda nada menos. ¡Qué ignominia!

—Lo siento mucho. —Era sincera.

—Bueno, has vuelto. —Sus grises ojos expresaban serenidad—. ¿Es así como va a ser nuestra vida?

—No, si puedo evitarlo... La próxima vez podrás acompañarme.

—Te lo agradezco... Bueno, ya sabía con quién me casaba. Cuando he leído el mensaje de Prisca, he comprendido que no tenías alternativa. Te habría seguido, ¡pero he pensado que al menos uno de nosotros debía quedarse para atender a nuestros invitados! —fue su débil reproche—. Ven aquí. —Me enderezó la mustia guirnalda y luego me abrazó y me besó, haciéndome saber cuánto se alegraba de verme—. Entonces, ¿Rufia te lo ha contado todo?

—Sí, aunque no he logrado convencerla para que confesara quiénes cometieron la matanza. Olvídalo —dije, sujetando el rostro de mi amado entre las manos y sonriéndole cariñosamente—. Bajemos y demos comienzo a la procesión.

—¿Preparada?

—Toda tuya, marido mío.

—Mmm. Espero que no ocurra nada más —replicó él con no poco entusiasmo.

Algunos de los invitados ni siquiera se habían dado cuenta de mi ausencia mientras se atiborraban de bebida y comida. Para entretenerlos durante la tarde, mi padre había contratado al fabuloso Estertinio.

—¡No creo que necesitéramos escucharlo dos veces! —bramó Antistio. Estaba celoso porque mis padres, al parecer sin esfuerzo, habían logrado que el muy solicitado virtuoso accediera a dar un concierto privado.

Fania Faustina y Antistio debían de haber celebrado una boda como la nuestra. Tal vez en esa época tenían tantas esperanzas para el futuro como nosotros. Sin embargo, en la última semana, él había solicitado sexo por dinero a una moza de taberna como si tal cosa. En un momento de pánico, pensé: «Es imposible saberlo.» Por muy seguros que nos sintiéramos en ese momento Tiberio y yo acerca de nuestra relación, podía pasar cualquier cosa...

Pero hay que tener fe.

—¡Albiola! —musitó Tiberio, como si adivinara lo que estaba pensando.

Luego nos llevaron a los dos en volandas a una habitación privada, donde el fabuloso Estertinio improvisó con su cítara especialmente para nosotros. Había sido idea de mi madre.

Al escucharlo de cerca, pudimos observar sus manos, sentir su emoción, captar hasta la última refinada nota. Tocaba casi como si fuera por su propio placer, pero permitiéndonos compartir íntimamente su destreza. La música parecía traspasarnos de parte a parte, resonando en nuestro interior, llevándonos hasta el éxtasis. Por primera vez en todo el día, disfrutamos de un momento a solas, juntos, sentados en silencio, dándonos la mano. Nuestras

almas se vaciaron antes de llenarse de nuevo, de amor. Estertinio disfrutaba con su propio talento y maestría. A veces lanzaba destellos de notas casi con arrogancia, luego regresaba a los meticulosos y hábiles motivos musicales. Después se volvía hacia nosotros con una leve sonrisa y nos regalaba su exquisita música a nosotros, la pareja de novios.

Cuando terminó, salimos, anonadados, para iniciar la procesión. Empezó a llover otra vez. Cómo no. Sin embargo, los ingeniosos hombres de mi familia habían dedicado la tarde a construir un gran dosel. Sostenido por cuatro varas, serviría para protegerme de la lluvia durante el trayecto hasta mi nueva casa. Explicaron con orgullo que incluso habían tenido la precaución de emplear dos varas más largas para la parte delantera, de modo que, cuando se acumulara el agua en el dosel, se deslizaría hacia atrás y caería lejos de mí.

Se abrió la puerta principal justo cuando empezaba una persistente llovizna. En el exterior había muchos amigos y colegas reunidos. Algunos, como los victimarios, se habían ido temprano, pero habían vuelto para la procesión. Estaban también los obreros de Tiberio; conocidos míos de la plaza de la Fuente; Rodan, nuestro horrible portero del edificio del Águila, y miembros de los vigiles.

Mi padre y el tío Petro dirigían como sargentos a los que iban a tomar parte en la procesión. Mi primo Mario, el hijo de Maya, tocaba la flauta. Se entonó un himno nupcial con escasa coordinación. El novio me arrebató de los brazos de mi madre con una fingida exhibición de fuerza (esas mujeres sabinas tienen mucho por lo que responder).

—¡Esfuézrate un poco más, Albia, no te resistes lo suficiente!

—¡Oh, llévatela ya! —exclamó madre, y me empujó hacia él. Me sentí como un saco de lana en una riña entre pastores.

Me situaron bajo el dosel, a resguardo de la lluvia. Detrás de mí, Julia Junila Layetana portaba la maldita rueca y el huso. Mi hermano Póstumo intentaba controlar a los traviesos sobrinos; al menos no conseguirían prender ningún fuego bajo la lluvia. Dos de los niños, que habían comido alguna cosa pegajosa, me tomaron de las manos, y otro se puso delante blandiendo una antorcha.

—De espino blanco, espero.

—No, de adelfa. Lo más parecido que hemos podido encontrar.

Tiberio inició la marcha. Sentí una punzada momentánea; no deseaba separarme de él. Empezó a repartir entre la multitud frutos secos, dulces y pastelillos que Dromo llevaba en un saco en su carretilla. Más tarde me enteré de que Dromo retuvo todos los pastelillos que le fue posible para comérselos él.

Yo también eché a andar entre vítores y grandes risas. Al principio caminé deprisa, porque todo el mundo quería escapar de la lluvia, pero no tardé en aminorar el paso cuando tuve que ascender por las empinadas escaleras que llevaban a la cima del Aventino.

A lo largo del trayecto, se entonaron canciones indecentes, conocidas como versos fesceninos, que habrían resultado mucho más obscenas si alguien hubiera conocido el vocabulario. En un intento de improvisación, la multitud lanzó también el antiguo grito nupcial, o más bien, dado que era «oscuro», simplemente gritaron. Una vez en la cima, dejé caer la obligada moneda como ofrenda a los dioses de las encrucijadas, aunque dudaba de que llegaran a encontrarla en el enorme charco de agua.

El Aventino es extremadamente escarpado, sobre todo en la cara del acantilado. Que alguien intente subir por ahí llevando una falda muy larga y mojada y unos zapatos nuevos de color azafrán, procurando no meterlos en los charcos. Al final de las escaleras de Casio, giramos después de pasar por delante del templo de Juno (salve, diosa del matrimonio). Eso nos llevó a tomar un desvío por la vía del Armilustrio, hasta rodear la parte posterior del templo de la Libertad y llegar al Vicus Altus, que por definición se hallaba en un punto alto de la colina. Acabamos en la vía Loreti Minoris, aunque giramos brevemente a la izquierda para pasar por el templo de Ceres.

Allí se habían congregado otros ediles para vitorear a su colega. Yo estaba sin aliento, pero seguía con el ánimo alegre hasta que vi a Laia Graciana, mi austera predecesora, de pie en los escalones del templo, donde dirigía el culto religioso.

—¡Salud a la señora! —Mis pequeños ayudantes le sacaron la lengua. Yo le lancé un beso; ahora estábamos en el mismo barco... oficialmente las dos esposas de Manlio Fausto.

Cuando dimos media vuelta delante del templo, los truenos se acercaban a Roma por el río y la lluvia arreciaba. Seguí avanzando con valentía hasta que

algunos mayores de la comitiva pidieron un descanso. Todo el mundo tenía el pelo pegado a la cabeza, incluidas mis hermanas y la tía Valeria, cuyos bucles se habían deshecho.

El agua empezó a filtrarse incluso en el interior del dosel. Impaciente por la espera, con la guirnalda de hierbas chorreando agua que me caía por el cuello, charlé con los obreros que se habían presentado voluntarios para llevar las varas del dosel. Sonreí al vigilante nocturno.

—Pareces enfermo, Trifo. ¿Demasiada comida?

—Solo estaba pensando en que escapé por los pelos cuando destrozaron la obra de la taberna. Podría haberme rajado la garganta.

Me sacudí el agua del velo, esforzándome por recobrar la concentración.

—¿Quién?

—Ese que está ahí en medio de la multitud. Uno de los tipos que ha sacrificado tu oveja. Ese tal Erasto.

Bueno, gracias, dioses.

Allí estaba yo, flanqueada por mis dos pequeños ayudantes como carceleros, centro de todas las miradas. Túnica blanca, velo y zapatos de color azafrán, tocado mustio. Y cuando por fin comprendí la verdad, no pude hacer nada.

Los miré horrorizada. Ellos me miraron a mí. Ya no eran perfectos. Por la mañana, Erasto debía de haber utilizado la poción de los travestidos para ocultar su marca de nacimiento, además de los cardenales y el ojo morado, pero la lluvia había borrado su disfraz y había permitido que Trifo lo reconociera.

Erasto usaba cuchillos a diario. Todos ellos usaban cuchillos. Se les permitía llevarlos a todas partes. Eran expertos en matar. «Rápido y profesional...» Así que habían sido ellos. Ellos eran «los muchachos» a los que el viejo Tales, o seguramente Rufia, habían encargado que mataran a los egipcios. Del barrio, más jóvenes entonces, pero dispuestos a todo, receptivos a ofertas de dinero a cambio de poner en práctica sus habilidades. Costo era dueño de una granja. «La envié a una granja. Se la comieron los cerdos...» Costo no había asistido a la boda; ¿se había dado cuenta de que el juego había terminado? ¿Se había dado a la fuga? ¿O acaso era inocente, pero había comprendido a qué otros trabajos se habían dedicado sus hombres diez años

atrás? Los tres victimarios habían rebanado el pescuezo a Julio Ptolomeo y a sus cuatro colegas, y seguramente también a Rodina.

Y Erasto debía de haber matado a Gavio. Era uno de los nietos de Prisca, primo de Gavio. Si hubiera llamado a la puerta del comerciante en mármoles, este le habría dejado entrar, como parientes que eran.

Ellos se dieron cuenta de que yo lo sabía todo y empezaron a alejarse de la procesión, primero subrepticamente, luego más deprisa.

Yo no podía hacer nada. Algún otro tendría que perseguirlos, después. No pensaba abandonar al novio por segunda vez. Tiberio era tolerante, pero una esposa sensata sabe que no debe tentar a la suerte. Mi flamante esposo iba por delante, pero retrocedió para ver por qué se había retrasado la comitiva. Lo había visto emprender la marcha, más feliz que nadie, saludando, sonriendo, arrojando frutos secos y pastelillos a la gente, mostrando al mundo que era mi orgulloso y dichoso marido. Me miró con expresión inquisitiva. Como buenamente pude, me desasí del niño que me tenía agarrada y agité las manos para señalar frenéticamente a los victimarios. Él lo entendió y echó a correr tras ellos.

En torno a las cumbres del Aventino vimos el resplandor de los relámpagos, casi al mismo tiempo que estallaba un enorme trueno. El cielo se quebró de repente con el estruendo más grande que había oído en mi vida. Empezó a diluviar. La tempestad se abatió sobre nuestras cabezas y un gran destello iluminó las calles.

En la esquina del Vicus Altus, los tres victimarios se encontraron al descubierto, sin protección. Tiberio estaba muy cerca de ellos. El rayo cayó justo donde se encontraban ellos. Me cubrí el rostro, pero volví a mirar de inmediato y vi cuatro cuerpos tumbados en el suelo.

Cuando mi primer marido murió en un accidente, estaba sola en casa. Al menos el día de tu boda tienes al lado a toda la familia para abalanzarse sobre ti y sostenerte.

—No te preocupes, cariño. Ya van padre y Petro. No, Albia, quédate aquí. No sirvió de nada. Eché a correr, corría hacia él.

Mi padre alzó un brazo. Uno de los cuerpos tendidos se movía. Tiberio seguía vivo. Lo ayudaron a levantarse, lo sostuvieron, lo enviaron de vuelta a encabezar la procesión. A pesar de las diferencias que habían tenido, su tío Tulio estaba con él, rodeándolo con un brazo, llevándolo prácticamente a rastras. Mario corrió en su ayuda. Tiberio parecía confuso del todo, no sabía dónde estaba ni qué sucedía.

El tío Petro me detuvo.

—Después. Ya hay gente ayudando al muchacho. A esos ni los mires, no te alteres por ellos. —Los culpables habían muerto. Petro iba comprobándolo sin dejar de sacudir la cabeza. Los cuchillos habían atraído al rayo, me dijo después mi padre; habían muerto a consecuencia de las quemaduras.

Felicité a mi tío rápidamente.

—Puedes estar orgulloso. Estos hombres mataron a los egipcios desaparecidos que te pidieron que buscaras en el año del anfiteatro. Tu rollo nos proporcionó los nombres.

Él se mostró encantado.

—Ahora ve. Disfruta de tu procesión. Eres una buena chica, la primogénita de Falco, y tu hombre no está nada mal. Apenas un poco

chamuscado. Tú y él os merecéis una buena boda. Solo tú podrías conseguir un festejo en el que tres personas se convirtieran en humo...

Estaba de acuerdo. Solo yo. Tres muertos. El novio golpeado por un rayo. Mis esponsales pasarían a la historia.

—Sigue, muchacha.

Así pues, emprendí de nuevo la marcha bajo el dosel en dirección a mi nuevo hogar.

Cuando llegamos a la vía Loreti Minoris, vi que nuestro pórtico, antes apuntalado, había sido restaurado y pintado en bonitos tonos crema y rojo oscuro, y adornado con hermosas molduras y maravillosos artesonados y columnas de imitación de mármol. Me habían advertido que en el interior las paredes solo estaban enlucidas, pero la elegante entrada era un indicio del estilo de vida que Tiberio tenía pensado para los dos.

Las puertas se abrieron para recibirme. Perplejo y conmocionado, sujeto por su tío y mi primo, un nervioso Tiberio trató de darme la bienvenida. Le hice callar y envolví las elegantes jambas de las puertas con cintas de lana, un supuesto símbolo de mis futuras actividades domésticas. Enseguida unté la puerta con aceite y sebo, para propiciar la abundancia, e hice una mueca al ver que manchaban la pintura nueva. Petro y mi padre aparecieron a tiempo para introducirme cuidadosamente en el interior, levantándome en vilo, mientras Julia y Favonia me agarraban los pies para asegurarse de que no chocaban sin querer con una de las jambas; teníamos que evitar un presagio tan terrible como un resbalón.

En el atrio, ayudaron a Tiberio a ofrecerme fuego y agua, símbolos de la vida que íbamos a tener juntos.

—¡Broncas encendidas y lágrimas! —murmuró una invitada con sarcasmo.

Entregué otra moneda a Tiberio como muestra de mi supuesta dote. Casi tenía miedo de tocarlo por si crepitaba.

Dejé una tercera moneda como ofrenda a sus dioses Lares, que parecían ser las estatuillas torcidas de la casa de mis padres; alguien debía de haberlas subido hasta allí. Intenté encender el hogar con la mojada antorcha nupcial;

unos primos hicieron saltar chispas con pedernal y luego prendieron el fuego por mí. Arrojé la antorcha apagada entre los invitados, que lucharon por hacerse con ella como amuleto de buena suerte... Menuda idiotez.

Intercambiamos regalos. El tío Tulio habló por Tiberio, diciendo que su obsequio para mí era nuestra nueva casa, aunque también me ofreció unos pendientes de perlas, de los que no me separaré jamás. Yo le había comprado la *Historia natural* de Plinio, pero solo un rollo.

—Tengo que explicártelo, mi amor. Este primer rollo es un larguísimo índice, con el que lamentablemente descubrirás que el rollo que más deseas, el que trata sobre piedras preciosas y mármoles, es el penúltimo. Mi plan es este: te doy el primer rollo ahora, en nuestra boda, y luego cada año recibirás otro rollo por tu cumpleaños. Cuando llevemos treinta y siete años de felicidad juntos, tu colección se habrá completado. Entonces podrás elegir otro libro, o abandonarme.

Tiberio sonreía cuando consiguió hablar con voz ronca:

—Si nos divorciamos, ¿podré conservar la biblioteca?

—Lo discutiremos cuando llegue el momento.

Un día, Tiberio tendría la obra entera. De eso estaba segura.

Nuestra dura prueba casi había terminado. Recité una plegaria («¡Que los Cielos me ayuden!») y mi matrona de honor me condujo a la cámara nupcial. Nos esperaba nuestra cama, nuestra cómoda cama de la plaza de la Fuente.

No permití que Claudia Rufina pasara más allá de la puerta del dormitorio, que cerré con firmeza. Solo entonces pude ocuparme de mi afectado marido. Lo acosté en la cama, tratando de no llorar demasiado. Son muchas las novias que han de apañárselas con novios demasiado borrachos para moverse. El mío estaba medio paralizado y a duras penas podía gemir, pero no era culpa suya.

—Tiberio Manlio, tienes el favor de los dioses. Júpiter Óptimo Máximo te ha golpeado con su rayo, pero te ha permitido vivir.

Deshice yo misma el maldito nudo de Hércules, pero después él siempre dijo que eso era lo que esperaba de mí en cualquier caso.

Permanecimos inmóviles y silenciosos en la cama, escuchando a nuestros invitados que, empapados y exhaustos, se disponían a partir. Al día siguiente volverían todos y tendríamos que darles un banquete (Julia y Favonia habían vuelto a contratar a Genio); en noches sucesivas, se celebrarían nuevos festejos. Casarse no es ninguna fiesta. Pero nuestra intención era hacerlo público a lo grande, y nuestra boda había superado todas las expectativas. «Edil golpeado por un rayo el día de su boda» sería incluso titular en la *Gaceta Diaria*.

Oí a los últimos invitados paseándose por la casa. Capté voces femeninas cansadas, de las mujeres que recogían a sus hijos pequeños. A los hombres se les oía menos. Yo había columbrado a padre y al tío Petro alejándose de sus esposas, mientras ellas los criticaban. Si en algo los conocía, lo habrían acordado de antemano, aunque les leí los labios y musitaban el clásico: «Vámonos a una taberna; ¡necesito un trago!»

La visita a la taberna sería decorosa, porque se llevaban con ellos a mi hermano menor Póstumo y a Mario, que era muy refinado, un filósofo. Excluyeron al detestable Antistio, pero invitaron discretamente al tío Tulio como gesto de unidad.

Al propietario de alguna taberna se le daría bien la noche. Tal vez sería el Astrónomo. Pero allí donde fueran, yo sabía que sería una taberna mejor que el Jardín de las Hespérides.

Notas

1. La palabra «taberna» del castellano actual deriva de la palabra latina *taberna*, con que en la Roma antigua no se designaban las tabernas, sino las tiendas. (*N. de la T.*)

2. En la antigua Roma, las antorchas eran una parte importante de la procesión que llevaba a la novia a su nuevo hogar. Pero las antorchas bajas eran un símbolo de muerte, y así se llevaban en los funerales. (*N. de la T.*)

3. Nombre genérico con el que se designaban en la antigua Roma alojamientos para viajeros, tabernas o locales de entretenimiento. (*N. de la T.*)

4. Del latín *columbarium*, que significa palomar. Se le daba este nombre a los nichos que contenían las urnas funerarias en los sepulcros romanos, por su parecido con los palomares. (*N. de la T.*)

5. República: La República es el período de la historia de Roma comprendido entre el 509 a.C. (expulsión de Tarquino el Soberbio y fin de la monarquía) y el 29 a.C. (proclamación del emperador Octavio César Augusto). (*N. de la T.*)

6. Moneda de oro utilizada en la antigua Roma hasta el 309 d.C. (*N. de la T.*)

7. Banda con la que las romanas se sujetaban y ceñían el busto. (*N. de la T.*)